

**LA GUERRA CONTRA LOS INDÍGENAS PIJAOS: FINANCIAMIENTO, ORGANIZACIÓN MILITAR  
Y VIDA COTIDIANA, 1550 – 1615**

**JUAN JOSÉ VELÁSQUEZ ARANGO**

**TESIS PRESENTADA PARA OPTAR AL TÍTULO DE MAGISTER EN HISTORIA**

**DIRECTOR**

**DR. JUAN DAVID MONTOYA GUZMÁN**

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, SEDE MEDELLÍN**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y ECONÓMICAS**

**DEPARTAMENTO DE HISTORIA**

**MEDELLÍN**

**2018**

*La guerra no consiste sólo en la batalla sino en la voluntad de contender.*

Thomas Hobbes

## TABLA DE CONTENIDO

<b>ABREVIATURAS .....</b>	<b>7</b>
<b>AGRADECIMIENTOS.....</b>	<b>8</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>9</b>
<b>CAPÍTULO 1. LA GUERRA CONTRA LOS INDÍGENAS PIJAOS. ACTORES, CARACTERÍSTICAS Y DESARROLLO .....</b>	<b>14</b>
1.1. Los Pijaos: nombre y ubicación .....	14
1.1.1. Habitación.....	21
1.1.2. Demografía .....	24
1.1.3. Organización social y actividades de subsistencia .....	32
1.2. La gobernación de Popayán, el Nuevo Reino de Granada y la expansión hacia la Cordillera Central.....	37
1.3. Encuentros y desencuentros con la población indígena pijao .....	43
1.4. Justificaciones del bando hispánico para hacer la guerra.....	48
1.4.1. Defensa de los caminos.....	48
1.4.2. Economía y explotación indígena.....	54
1.4.3. Defensa de las ciudades .....	56
1.4.4. Canibalismo y esclavitud.....	68
1.5. Justificaciones del bando pijao para hacer la guerra.....	81
1.6. Algunos intentos de conquista y pacificación .....	83
1.7. Consecuencias de la guerra .....	102
1.7.1. Situación de los indígenas .....	102
1.7.2. Configuración política, económica y social.....	106
<b>CAPÍTULO 2. ORGANIZACIÓN Y ADMINISTRACIÓN MILITAR EN LA GUERRA CONTRA LOS PIJAOS .....</b>	<b>111</b>
2.1. La guerra en el Imperio Español y el surgimiento del temprano Estado moderno .....	112
2.3. La guerra en Indias.....	122
2.4. Establecimiento de un sistema militar en Indias.....	126
2.5. Organización y administración de la guerra contra los pijaos.....	131

2.5.1. Financiamiento de la guerra (1550-1613) .....	133
2.5.2. Organización y reclutamiento de las tropas .....	143
<b>CAPÍTULO 3. CULTURA MATERIAL Y VIDA COTIDIANA EN LA GUERRA CONTRA LOS INDÍGENAS PIJAOS .....</b>	<b>155</b>
3.1. Bando español.....	156
3.1.1. Armamento .....	156
3.1.2. Procedencia y manufactura .....	176
3.1.3. Organización, tácticas y estrategias.....	178
3.1.4. Ropajes y comidas .....	184
3.2. Bando indígena .....	186
3.2.1. Armamento .....	186
3.2.2. Tácticas, estrategia y modo de lucha .....	188
3.3.3. Organización, ritos, creencias y costumbres guerreras .....	192
<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>194</b>
<b>ANEXO .....</b>	<b>198</b>
1. Vecinos y encomenderos que realizaron donaciones gratuitas a la campaña dirigida por el presidente don Juan de Borja en los años de 1606 a 1608 (en oro de 13 quilates) .....	198
<b>FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>204</b>
Fuentes manuscritas .....	204
Fuentes impresas.....	205
Bibliografía.....	209
<b>ÍNDICE DE TABLAS</b>	
1. Promedio de integrantes por familia en parcialidades pijao.....	26
2. Población pijao.....	28
3. Tasas de crecimiento de la población indígena en regiones con influencia pijao.....	30
4. Intentos de pacificación de los pijaos según fray Pedro Simón.....	85
5. Repartición de la derrama para la guerra entre los vecinos encomenderos de Ibagué. Mayo de 1603.....	138
6. Soldados enviados desde la Gobernación de Popayán para la campaña de 1603.....	146

7. Compañía de la gente de Ibagué que presentó el capitán Gaspar Rodríguez del Olmo. 29 de junio de 1603.....	146
8. Compañía de la gente de Tocaima que presentó el capitán Pedro Jaramillo de Andrada. 29 de junio de 1603.....	148
9. Encomenderos y personas de Buga y Cartago que se ofrecieron para ir a la guerra. Septiembre de 1606.....	150

## ÍNDICE DE GRÁFICOS

1. Población indígena inicial y final en diversos períodos en regiones con influencia pijao.....	31
--	----

## ÍNDICE DE IMÁGENES

1. Reconstrucción de un guerrero pijao (siglo XVI), realizada a partir de fuentes documentales y arqueológicas.....	18
2. Pinzas halladas en la región de Chaparral, fabricadas con la técnica de cera perdida en oro de 14 quilates.....	35
3. Reconstrucción de un alférez real sosteniendo su lanza en posición de defensa (ca. 1610), realizada a partir de fuentes documentales, pictóricas y piezas de museo.....	100
4. Demostración matemática de esgrima.....	120
5. Detalle en que se aprecia el plano de un fuerte según los parámetros de forma estrellada de la traza italiana.....	129
6. Reconstrucción de un arcabucero mestizo recargando su arma (finales del siglo XVI - comienzos del XVII), realizada a partir de fuentes documentales, pictóricas y piezas de museo.....	153
7. Detalle. Enfrentamiento entre españoles y guerreros mexicas.....	158
8. Mosquetero en guardia.....	162
9. Partes de la espada española.....	166
10. Detalle. Guardas de la espada española.....	167
11. Landsknechte [Lansquenete con montante].....	168
12. Detalle de un grabado elaborado por Theodore de Bry.....	167
13. Pica con hoja de laurel, alabardas, y partesana.....	170
14. Soldados españoles en Castilla, entre los que se encuentran Diego de Almagro y Francisco Pizarro, equipados con coseletes, adargas y alabardas.....	172
15. Detalle de guerrero tlaxcalteca usando un escaupil.....	172

16. Detalle. Español armado de espada y adarga cortando la mano de un indio que asistía a la fiesta de Huitzilopochtli.....	173
17. Detalle. Soldados españoles marchando, armados con rodela y coseletes.....	173
18. Reconstrucción de un soldado mulato sosteniendo su lanza en posición de defensa (finales del siglo XVI - comienzos del XVII), realizada a partir de fuentes documentales, pictóricas y piezas de museo.....	174
19. Detalle. Fuerte de las barrancas bermejas construido para combatir a los indios carares del Magdalena.....	180

## **ABREVIATURAS**

A.C.A.: Archivo de la Corona de Aragón (Barcelona)

A.C.C.: Archivo Central del Cauca (Popayán)

A.G.I.: Archivo General de Indias (Sevilla)

A.G.N.: Archivo General de la Nación (Bogotá)

A.R.S.I.: Archivum Romanus Societatis Iesu (Roma)

B.N.E.: Biblioteca Nacional de España (Madrid)

## **AGRADECIMIENTOS**

Esta investigación debe infinitas gracias a diferentes personas que la hicieron posible. En primer lugar, al profesor y director de esta tesis, Juan David Montoya Guzmán, por sus aportes, recomendaciones y correcciones a lo largo de todo el proceso investigativo. Además, fue quien me sugirió el tema de investigación, pues antes de reunirme con él había planeado realizar algo completamente diferente. También a los docentes Roberto Luis Jaramillo, Luis Miguel Córdoba, y Diana Bonnett, quienes gracias a sus clases y comentarios ayudaron a encaminar el rumbo de este trabajo.

Especial agradecimiento a todos los miembros del grupo de investigación “Historia, Territorio y Poblamiento en Colombia”, adscrito a la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, por haberse tomado el tiempo de leer algunos de los capítulos y ofrecerme sus comentarios y correcciones.

A mis amigos y compañeros Fernando Suárez, Juan Pablo Guerra, Lucas Gómez, y Susana Roldán, por su gran apoyo, su lectura de los borradores del texto y sus comentarios al mismo.

Un reconocimiento especial a Ana Marcela Calderón Arias por su trabajo en la elaboración de los diferentes mapas.

Por último, pero no menos importante, un agradecimiento inmenso a mis padres y a mi hermano (autor de las ilustraciones de este trabajo), quienes durante todo el período en que llevé a cabo la Maestría de investigación me brindaron su apoyo incondicional en todos los niveles posibles. A ellos dedico este texto.



## INTRODUCCIÓN

“Este suceso alborozó de manera a todo el Reyno que se han hecho por él singulares demostraciones de alegría espirituales y temporales.<sup>1</sup>” Con estas palabras el presidente de la Audiencia de Santa Fe, don Juan de Borja, manifestaba en una carta al rey, fechada el 12 de junio de 1611, la sensación de alivio que después de más de 60 años de guerra contra los indios pijaos sentían muchos de los habitantes de las diferentes ciudades de la jurisdicción de la Audiencia y de la gobernación de Popayán, especialmente de aquellas ubicadas en la Cordillera Central, al ver que sus enemigos al fin parecían ser derrotados.

Desde que en 1538 los conquistadores españoles tuvieron su primer contacto con este grupo indígena, cuando la hueste de Sebastián de Belalcázar se dirigía a Santa Fe, comenzaron las descripciones de “unos yndios *caribes* q(ue) comen carne umana muy guerreros que se llaman los *pixaos*”<sup>2</sup>. A partir de entonces se crearía una zona de frontera justo en medio de los dos ejes de avance del dominio español: la gobernación de Popayán y el Nuevo Reino de Granada. Este fenómeno representó un terrible inconveniente no solo para las autoridades, sino para todos los vecinos y viandantes en general, pues impedía el tránsito de personas y mercancías entre ambos territorios. Adicionalmente, la zona tenía especial interés para los conquistadores y colonos, pues además de contar con una cantidad considerable de mano de obra indígena que pudiera sustituir a la cada vez más reducida población nativa encomendada, poseía ríos con grandes cantidades de oro y tierras aptas para el desarrollo de una actividad ganadera considerable.

A partir de 1550, año en que parte la expedición del capitán Andrés López de Galarza que daría paso a la fundación de la ciudad de Ibagué, comienzan los enfrentamientos de manera sistemática entre el bando español y el pijao. Ambos grupos comenzarían a organizar acciones ofensivas y defensivas para proteger sus zonas de habitación o tratar de expandir sus fronteras de control e influencia. De esta forma, la guerra y las fronteras comenzaron a moverse y a modificarse según las contingencias, creando sistemas de relaciones dinámicos entre los actores involucrados, dando paso al desarrollo de alianzas y tácticas que buscaban sacar alguna ventaja que pudieran inclinar la balanza.

---

<sup>1</sup> “[Carta de Juan de Borja, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 12 de junio de 1611, en A.G.I., *Santa Fe*, 18, R. 12, N. 122, f. 1v.

<sup>2</sup> “Descripción del Nuevo Reyno [Santafé 9 de junio de 1572]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes. S. XVI*, ed. Hermes Tovar Pinzón, cinco tomos (Bogotá: Biblioteca Nacional / Colcultura / Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1993-2010), tomo III, 291.

Los pijaos, encabezados por sus mohanes y líderes elegidos para cada acción bélica, lograron extender su zona de influencia desde la margen derecha del río Magdalena hasta el valle del río Cauca, y desde el río Páez hasta la ciudad de Cartago (hoy Pereira). Por su parte, el bando hispánico se turnaba entre organizar la defensa de sus ciudades y caminos reales, y realizar entradas organizadas a costa de particulares que capitulaban con las autoridades, o con dineros y soldados levantados por los vecinos, encomenderos y moradores de las poblaciones cercanas. A pesar de algunos logros por parte del régimen español, como la fundación de algunas ciudades y el retroceso temporal de sus enemigos hacia la sierra, los pijaos fueron quienes dominaron la situación hasta los primeros años del siglo XVII. Su estrategia y tácticas, basadas en emboscadas, asedios y reducción de la mano de obra indígena al servicio español, demostró ser considerablemente efectiva para diezmar a su oponente.

Solo con la llegada de don Juan de Borja como presidente de la Real Audiencia de Santa Fe en octubre de 1605, la situación tomaría otro rumbo. Logrando coordinar de manera efectiva los esfuerzos militares desde el Nuevo Reino y la gobernación de Popayán a través del ejercicio de una autoridad enérgica para hacer cumplir las diferentes obligaciones a encomenderos, vecinos y mercaderes, además del asesoramiento de los mejores capitanes de la tierra, y la ayuda de cientos de indígenas aliados, Borja pudo llevar a cabo de manera efectiva una campaña casi de exterminio contra los pijaos. Esta guerra “a sangre y fuego” logró ir desplazando a los indígenas hacia las inhóspitas tierras del filo de la Cordillera Central, en donde tuvieron que afrontar la decisión de rendirse, morir de hambre, o combatir hasta el final contra las fuerzas de sus enemigos. Muchos de los pijaos fueron muertos en batalla, ejecutados en los caminos y fuertes, o esclavizados. Los pocos supervivientes huyeron hacia otras tierras y terminaron por mezclarse con diferentes grupos indígenas.

Esta guerra y el estudio de las etnias agrupadas bajo el término pijao, ha sido ya objeto de investigación de diferentes trabajos que son considerados como clásicos en la historiografía nacional. Tal vez los que más resaltan son los de Manuel Lucena Salmoral con su libro sobre el gobierno de don Juan de Borja<sup>3</sup>; Álvaro Félix Bolaños, quien realizó una disquisición acerca de la descripción y estigmatización presente en las fuentes españolas sobre los pijaos<sup>4</sup>; y Hernán

---

<sup>3</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada (1605-1628)*, En: Historia Extensa de Colombia, vol. III, tomo 2 (Bogotá: Ediciones Lerner, 1965).

<sup>4</sup> Álvaro Félix Bolaños, *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios pijaos de fray Pedro Simón* (Bogotá: CEREC, 1994).

Clavijo Ocampo, con su trabajo sobre las élites del Tolima, y en cuyo primer capítulo trata acerca de este conflicto<sup>5</sup>. Si bien estas obras han aportado bastantes luces en el estudio de este fenómeno, presentan algunos inconvenientes o vacíos.

En el caso de Lucena Salmoral, se trata de un trabajo mayoritariamente descriptivo, sin mucho análisis pormenorizado, y que carece de variedad de fuentes documentales que se consultaron para su elaboración. Además, a medida que se avanza en la lectura, no pasa desapercibido una cierta admiración por la figura del presidente Borja, la cual llega en ocasiones a considerarse una especie de héroe o superdotado militar. En el caso de Bolaños, si bien es un trabajo con una excelente base teórica, también adolece de haberse realizado con pocas fuentes. Todos los análisis se hicieron a partir de unos cuantos informes, ignorando o desconociendo la mayoría de material de archivo que en muchas ocasiones contradicen las teorías presentadas por el autor, en especial acerca del fenómeno del canibalismo. Además, se trata más de un esfuerzo de análisis literario y crítica de fuentes que de un estudio a profundidad del conflicto. Por último, el trabajo de Clavijo Ocampo, si bien resulta orientador, es en ocasiones demasiado radical con las divisiones temporales que hizo del conflicto. Como se verá más adelante, esta guerra fue cambiantes y polifacética, por lo que reducirla a unas cuantas categorías no resulta suficiente.

Además de los trabajos de profesionales, el tema de los pijaos ha sido bastante popular en el folklore y la cultura popular nacional y regional. Su imagen ha sido usada tanto para condenarla de barbarie y exaltar el pasado español<sup>6</sup>, como para alabarla como insignia de las luchas indígenas por sus tierras en contra de la expansión europea, o como signo de filiación regional<sup>7</sup>. Tal vez los mejores ejemplos sobre ambas tendencias sean las figuras de los “caciques” Calarcá y don Baltasar. El primero, reconocido por su valentía y fervor en la lucha contra sus enemigos

---

<sup>5</sup> Hernán Clavijo Ocampo, *Formación histórica de las élites locales en el Tolima*. Tomo I. 1600-1813 (Bogotá: Banco Popular, 1993). Sobre la historia del Tolima y su colonización también puede mencionarse el trabajo de Adolfo Triana Antorveza, *La colonización española del Tolima, siglos XVI-XVII* (Bogotá: Funcol, 1992).

<sup>6</sup> En un texto de Carlos Restrepo Canal publicado en 1952 sobre el gobierno de don Juan de Borja, se califica siempre a los pijaos de “bárbaros”, y a todas sus acciones como “fechorías”. Ver: Carlos Restrepo Canal, “Gobierno de don Juan de Borja en el Nuevo Reino de Granada, 1605-1628”, en *Revista de Indias*, núm. 50 (octubre-diciembre 1952), 729-744.

<sup>7</sup> Esto es lo que se ha podido inquirir después de haber conversado con diferentes conocidos nacidos en el departamento del Tolima acerca de la imagen que tienen sobre este grupo indígena. Debe recordarse además que incluso el equipo de fútbol de la ciudad de Ibagué, “Deportes Tolima”, es llamado popularmente como el “conjunto pijao”.

españoles, y el segundo, alabado por ser haber decidido unirse al bando de la “civilización” y acabar con la vida del primero, hecho que en realidad es falso<sup>8</sup>.

Conocidos estos trabajos y consideraciones, esta tesis busca ofrecer una visión y comprensión algo diferente de la guerra entre pijaos y españoles. Más que una descripción detallada del conflicto, en donde se pormenoricen las diferentes entradas, despoblamiento y asaltos de ambos bandos, se pretende analizar quiénes y de qué formas llevaron a cabo la guerra durante su larga duración, y qué elementos y conocimientos fueron incorporados o desarrollados a medida que continuaban los enfrentamientos. Para ello, y en dirección contraria a los trabajos tradicionales, se ha optado por elegir una perspectiva que considere al Imperio español como una entidad policéntrica en la que cada uno de los territorios que lo componen se nutre de las ideas y experiencias desarrolladas en los demás, a la vez que elabora unas propias según sus condiciones locales o regionales<sup>9</sup>. Como han demostrado trabajos como el de Serge Gruzinski, el mundo de los siglos XVI y XVII estaba interconectado y sus habitantes se desplazaban de un lado a otro trayendo y llevando con ellos todo tipo de mercancías y saberes<sup>10</sup>. El Nuevo Reino de Granada, la gobernación de Popayán, y el territorio donde se libró esta guerra, no fue la excepción.

De esta forma, en el primer capítulo se realiza una descripción general de los actores de la guerra, buscando describir sus condiciones de vida, organización social y económica, así como exponer sus motivaciones y justificaciones para hacer la guerra. También se analizan las principales acciones bélicas, como las diferentes entradas o los despoblamiento de ciudades, hasta su finalización en la campaña de don Juan de Borja. Por último, se hace un repaso general por las principales consecuencias de la guerra a corto plazo, en especial en el destino de los supervivientes pijaos, y en la configuración política y económica del territorio tras el fin de las hostilidades.

El segundo capítulo se centra en las formas de organización y financiamiento de la guerra por parte del bando español. Realizando un barrido por las formas de hacer la guerra en Europa e Indias, tanto durante la baja Edad Media como en los primeros años de la Conquista y a lo largo

---

<sup>8</sup> Manuel Lucena Salmoral, “Calarcá no murió a manos de Baltasar”, en *Boletín cultural y bibliográfico*, núm. 10 (1962), 1265-1269.

<sup>9</sup> Esta perspectiva ha sido empleada recientemente en los trabajos recopilados en *Las Indias Occidentales. Procesos de incorporación territorial a las Monarquías Ibéricas*, eds. Óscar Mazín y José Javier Ruíz Ibáñez (México D.F.: El Colegio de México, 2012).

<sup>10</sup> Serge Gruzinski, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2010).

del tiempo que duró el conflicto contra los pijaos, se pretende analizar qué factores y elementos fueron empleados de estos otros contextos, cómo evolucionaron en las circunstancias de este fenómeno, y qué particularidades propias desarrolló en este ámbito. Se profundizan inquietudes tales como de dónde salía el dinero para pagar la guerra, quiénes estaban obligados a acudir como soldados, cuáles eran los rasgos comunes del grueso de las tropas (edades, procedencia) o cómo estaban compuestas las compañías, entre otras.

El último capítulo se centra en el nivel de la cultura material y la vida cotidiana de los soldados españoles y los guerreros pijaos durante sus campañas. Por medio de la descripción de armas, armaduras, tácticas, bastimentos, costumbres y usos, se busca comprender cómo los fenómenos analizados en los capítulos anteriores se ven representados en el nivel de la cotidianidad de los hombres que vivieron en carne propia las inclemencias de esta guerra. Se trata de nutrir a este tipo de investigaciones de una perspectiva que logre acercar al lector a la comprensión de un pasado y una realidad en la que están inmersos seres humanos con padecimientos y alegrías, elemento que a veces se obvia y termina por darnos una visión de la historia bastante abstraída y deshumanizada. Para contribuir más a esta corriente, se han elaborado una serie de ilustraciones que se encuentran en la sección de anexos, donde se ha realizado un ejercicio de reconstrucción gráfica de algunos personajes que participaron en la guerra para que el lector pueda hacerse una imagen mejor sobre aquellos acerca de quienes está leyendo.

La temporalidad de la investigación, a saber, el período comprendido entre 1550 y 1615, fue seleccionado por posibilitar el estudio de esta guerra en un marco temporal relativamente amplio que permitiera identificar y comprender las diferentes formas que se adaptaron para llevarla a cabo por parte de ambos bandos. Una temporalidad más reducida no hubiera permitido evidenciar de manera tan clara los cambios, transformaciones e influencias que se vivieron durante el conflicto.

## CAPÍTULO 1.

### LA GUERRA CONTRA LOS INDÍGENAS PIJAOS. ACTORES, CARACTERÍSTICAS Y DESARROLLO.

#### 1.1. LOS PIJAOS: NOMBRE Y UBICACIÓN

El término *pijao*, una aparente deformación española del nombre nativo “pinao”, hace referencia al conglomerado de tribus pertenecientes a un subgrupo de la gran familia lingüística Karib que habitaron en la Cordillera Central, en una región que comprende, aproximadamente, los siguientes límites<sup>11</sup>: al norte, desde Ibagué y el río Coello hasta la ciudad de Cartago (hoy Pereira). En el sur, desde la desembocadura del río Paéz en el Magdalena, hasta la falda occidental de la Cordillera Central, a la altura de Caloto. Por el oeste, la banda occidental de la Cordillera Central desde Cartago hasta Caloto. Por el oriente, el río Magdalena desde la desembocadura del Páez hasta la del Coello<sup>12</sup>. (Ver mapa 1)

Según varias investigaciones arqueológicas, puede suponerse que los pijaos eran descendientes de los grupos de cazadores-recolectores que hace alrededor de 12.000 años A.C. entraron por el istmo de Panamá y se fueron internando por los valles del Cauca y Magdalena, comenzando a poblar los espacios que componen los actuales departamentos del Tolima y el norte del Huila<sup>13</sup>. Siguiendo a Gerardo Reichel-Dolmatoff, estos primeros pobladores se ubicaron inicialmente en las riberas de los ríos, en especial del Magdalena, por la facilidad de acceso a los recursos que podían obtener de ellos. Sin embargo, en el último milenio A.C. fueron avanzando hacia las

---

<sup>11</sup> Julio César Cubillos, “Apuntes para el estudio de la cultura pijao”. *Boletín de Arqueología*, vol. 2, núm 1 (enero-marzo 1946), 47-48; Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 96.

<sup>12</sup> Julio César Cubillos, “Apuntes para el estudio”, 50-52; Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 97-100; Juan Friede, *Los Quimbayas bajo la dominación española* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1982), 169 “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 988v-989r; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1981), tomo VI, séptima noticia, capítulo XXIV, 328-329; “Informe de Domingo de Erazo sobre la guerra contra los indios pijaos, 1606”, transcripción por Mauricio Arango Puerta, en *Historia y Sociedad*, núm. 33 (julio-diciembre 2017), 388.

<sup>13</sup> Miguel Antonio Espinosa Rico y Salomón Salazar Morales, *Poblamiento y espacios en el Alto Magdalena-Tolima. La configuración histórica del territorio* (Ibagué: Centro de Estudios Regionales de la Universidad del Tolima, 2003), 17. Otros autores sostienen la idea de que los primeros humanos que llegaron al actual territorio colombiano lo hicieron aproximadamente 20.000 años, ver María Angélica Suaza Español, “El territorio de Neiva: desde los cazadores-recolectores hasta los aguerridos pijaos”, en *Historia comprehensiva de Neiva*, eds. Bernardo Tovar Zambrano y Reynel Salas Vargas (Neiva: Alcaldía de Neiva, Academia Huilense de Historia, 2012), 23. Con respecto a esto, Juan Rodríguez Freile afirmaba que los pijaos venían del Darién y se habían asentado en las montañas de la Cordillera Central, trabajando amistad y parentesco con los paeces. Ver: Juan Rodríguez Freyle, *El Carnero* (Caracas: Biblioteca de Ayacucho, 1979), capítulo XIX, 347.

faldas de la Cordillera Central y los valles interandinos, asentándose en ellos y pudiendo sobrevivir gracias al desarrollo del cultivo del maíz<sup>14</sup>. Las primeras evidencias humanas en este territorio fueron halladas en el yacimiento El Prodigio, corregimiento de El Limón, municipio del Chaparral, excavadas en 1991 por el arqueólogo Camilo Rodríguez. Según las pruebas de carbono 14, estos restos datan de hace 7.370 años. Entre ellos se hallaron artefactos en chert y cuarzo para cazar y para la recolección y triturado de semillas<sup>15</sup>.

En cuanto a hallazgos arqueológicos pertenecientes propiamente a la cultura pijao, el más significativo de todos fue el descubierto en jurisdicción del actual corregimiento de Rioblanco, ubicado a unos 45 km del municipio de Chaparral, al sur del departamento del Tolima, en la vertiente oriental de la Cordillera Central<sup>16</sup>. Estos hallazgos, excavados por Julio César Cubillos a mediados de la década de 1940, ofrecen una rica información acerca de las formas de poblamiento precolombinas, así como sobre orfebrería, cerámica y herramientas de trabajo, que, como se verá más adelante, permiten realizar una serie de análisis sobre los patrones de poblamiento, demografía y relaciones con otros grupos indígenas<sup>17</sup>.

Es importante anotar que muchos cronistas y oficiales españoles utilizaron la palabra *pijao* sin distinción alguna para referirse a cualquiera de los diferentes grupos indígenas que habitaban en aquellas tierras o en las aldeañas y que realizaban constantes ataques a las ciudades, villas y pueblos de indios asentados por el régimen español. Sin embargo, como lo ha demostrado la arqueología, la etnografía, y un estudio más extenso y riguroso de las fuentes manuscritas, en aquella zona llegaron a habitar más de 70 grupos indígenas de las familias Yanacona, Páez, Guambiano, Quimbaya, Panche, Pantágora, y Pijao<sup>18</sup>. Este fenómeno, a saber, el del mito de la gran nación pijao (que continúa hasta nuestros días), no es simplemente un error inocente de las crónicas y documentos, sino que se debe a intereses y fenómenos particulares.

Como lo ha indicado el historiador Juan David Montoya Guzmán, el criterio de clasificación más utilizado por los españoles fue el de “nación”. Bajo este término se agrupaba a los individuos

---

<sup>14</sup> Gerardo Reichel-Dolmatoff, “Colombia indígena, período prehispánico”, en *Nueva Historia de Colombia*, director científico Jaime Jaramillo Uribe (Bogotá: Planeta, 1989), 44-45; Miguel Antonio Espinosa Rico y Salomón Salazar Morales, *Poblamiento y espacios*, 20.

<sup>15</sup> Miguel Antonio Espinosa Rico y Salomón Salazar Morales, *Poblamiento y espacios*, 17.

<sup>16</sup> Ubicado en la provincia que los españoles de los siglos XVI y XVII llamaban Irico.

<sup>17</sup> Julio César Cubillos, “Arqueología de Rioblanco (Chaparral, Tol.)”, *Boletín de Arqueología*, vol. 1, núm. 6 (noviembre-diciembre 1945): 519-530.

<sup>18</sup> Miguel Antonio Espinosa Rico y Salomón Salazar Morales, *Poblamiento y espacios*, 18-19.

que descendían de un antepasado común, sin importar tanto sus rasgos culturales, organización política o territorio ocupado. También se solía utilizar el de “provincia”, el cual, a diferencia de la actualidad, no designaba un territorio físico sino un grupo humano conquistado. Sin embargo, estos términos fueron utilizados por los europeos de manera indiscriminada e imprecisa, por lo cual puede variar mucho en la documentación de la época<sup>19</sup>.

Para el caso aquí tratado, a los conquistadores y sus descendientes no les convenía mucho realizar detalladas pesquisas y descripciones de los grupos nativos de la Cordillera, pues entorpecía la adquisición de los permisos necesarios para adelantar los proyectos de conquista, colonización y pacificación en sus tierras, todo ello en búsqueda de sus intereses particulares. Así, resultaba más fácil señalar a todos los indígenas de este territorio como pertenecientes a los “abominables” y “caníbales” pijaos para obrar con mayor libertad, ignorando la legislación que podía proteger a algunos de ellos<sup>20</sup>. Además, en su afán por consolidar el régimen político, social, económico y cultural hispánico, los oficiales de la Corona muchas veces aglomeraron de manera forzosa a familias o individuos pertenecientes a diferentes grupos indígenas con el fin de poder administrarlos más fácilmente, terminando por designar a estos grupos con nombres que realmente no les pertenecían<sup>21</sup>. Por último, debe mencionarse que muchas veces se confundía a los indígenas bajo esta denominación debido a las constantes alianzas que entre estos grupos se establecían para atacar diferentes regiones. Así, por ejemplo, desde los tiempos del adelantado Pascual de Andagoya, pero todavía en las décadas de 1570 y 1580, e incluso a comienzos del siglo XVII, coaliciones de indígenas paeces, putimaes, pijaos y toribios, atacaban territorios y poblaciones como las ciudades de San Vicente de Páez, Cartago, San Sebastián de La Plata, Timaná, Neiva, o las provincias de Apirama, Caloto, y Guambía<sup>22</sup>.

---

<sup>19</sup> Juan David Montoya Guzmán, “*Las más remotas tierras del mundo: historia de la frontera del Pacífico, 1573-1687*” (Tesis de doctorado en Historia de América Latina, Universidad Pablo de Olavide, 2014), 71-72.

<sup>20</sup> Álvaro Félix Bolaños, *Barbarie y canibalismo*. Ver también las Leyes Nuevas de 1542 (URL: <https://www.uv.es/correa/troncal/leyesnuevas1542.pdf>, consultado el 18 de junio de 2018)

<sup>21</sup> Un estudio de este fenómeno para el caso de la provincia de Antioquia en los siglos XVI y XVII puede encontrarse Juan David Montoya Guzmán y José Manuel González Jaramillo, *Indios, poblamiento y trabajo en la provincia de Antioquia, siglos XVI y XVII* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, 2010), 96-99. Esta forma de política y administración influyó severamente en las formas de organización prehispánicas, y, por ende, en su economía y demografía. Ver, por ejemplo, la organización de los llamados “archipiélagos verticales” en el imperio incaico y su transformación tras el contacto con los europeos. John Murra, “El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas”, en *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1975), 59-115.

<sup>22</sup> Para los ataques en la época de Andagoya, al oriente de Popayán, ver: “Relacion que da el adelantado de Andagoya de las tierras y provincias que abaxo se ara mencion”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 180-181. Sobre el hostigamiento a las ciudades de San Sebastián de Páez, San Sebastián de La Plata, Timaná, Neiva, y las provincias



Uno de los pocos casos en que los oficiales de la Corona se preocuparon por diferenciar a estos grupos indígenas fue el del presidente de la Audiencia de Santa Fe, Francisco de Sande. En una carta fechada el 21 de octubre de 1597 dirigida al rey, sostenía que en el territorio de la Cordillera Central “ay cinco naciones de indios de guerra los quales salen a hazer daño por toda la tierra y por los caminos que van a Popayan para Quito”, además de que estos tenían amistades ocultas entre sí para resistir a las jornadas organizadas por las tropas españolas<sup>23</sup>.

Sin ignorar las conclusiones que pueden inferirse de las aclaraciones anteriores, varias investigaciones han logrado demostrar que la etnia pijao se dividía en una gran multitud de grupos. Julio César Cubillos alcanza a contar 32 parcialidades<sup>24</sup>, mientras que Manuel Lucena Salmoral, realizando un cruce de información procedente de fuentes documentales, de la crónica de fray Pedro Simón, y de las investigaciones de Paul Rivet, enumera un total de 78 pertenecientes a la nación pijao<sup>25</sup>. Algunos de los principales grupos eran los Cutiva, los Irico, los Ambeima, los Amoyá (reconocidos como los más “belicosos” por parte de los españoles), los Mayto, los Otaima, los Bulira, los Beuni, entre otros.

Sin embargo, y sin dejar de reconocer la gran diversidad étnica dentro de esta misma nación, existían dos grandes subgrupos que pueden diferenciarse, básicamente, por su ubicación geográfica. Estos eran, como los llamaban los españoles, los pijaos de la sierra, y los pijaos del llano. Los primeros eran aquellos que habitaban las ásperas y fragosas sierras de la Cordillera Central. Los segundos, compuestos por cuatro parcialidades, a saber, coyaimas, natagaimas, guauros, y tamagales, eran los que vivían en el valle de Neiva, entre el río Magdalena y las faldas de la cadena montañosa donde residían sus familiares (ver mapa 1). Ambos conjuntos hablaban la misma lengua y tenían muchas costumbres en común, pero al parecer existía una rivalidad entre ambos desde tiempos prehispánicos. Este fenómeno fue aprovechado por los oficiales

---

de Caloto, Apirama y Guambía, ver: “[Delitos y esclavitud de pijaos y paeces]”, 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 35r-42v; y las sesiones del cabildo de la ciudad de Popayán desde mayo de 1586 hasta agosto del mismo año, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 156r-193r. Sobre la presión de putimaes y pijaos a Cartago, ver: Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables. La guerra de los pijaos*. (Bogotá: Archivo Nacional de Colombia, 1949), 24, 116-117.

<sup>23</sup> “[Carta de Francisco de Sande, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 21 de octubre de 1597, en A.G.I., *Santa Fe* 17, R. 14, N. 140, f. 2v.

<sup>24</sup> Julio César Cubillos. “Apuntes para el estudio”, 53.

<sup>25</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 103-104.

españoles para negociar alianzas con los pijaos del llano en busca de su colaboración para enfrentar a sus familiares de las montañas<sup>26</sup>. Más adelante se tratará en detalle este asunto.

Sería contra los pijaos de la sierra contra quienes se concentrarían la mayoría de esfuerzos de conquista y pacificación desde mediados del siglo XVI, pues estos representaban, como ya se verá, una amenaza directa al asentamiento, expansión, comunicación y comercio de la sociedad colonial. Es por esto que este apartado se centrará en este subgrupo. En cuanto a los pijaos del llano, si bien también asaltaban poblaciones y caminos, fueron dominados intermitentemente hasta su control definitivo bajo el mandato del presidente don Juan de Borja. Así, por ejemplo, a pesar de que los coyaimas habían estado encomendados durante cierto tiempo en hombres como el capitán Alonso Ruiz de Sahajosa, a quien le fueron otorgados por el presidente Antonio González y el gobernador Bernardino Mojica de Guevara, este mismo capitán se vio obligado a volver a reducirlos tiempo después a su costa con 30 soldados y un sacerdote hasta dejarlos en servidumbre y adoctrinamiento<sup>27</sup>. Otro caso en el que se puede constatar una posición ambivalente por parte de estos indígenas es en las discusiones ocurridas a mediados de 1603 entre los capitanes Pedro Jaramillo de Andrada, de Tocaima, y Gaspar Rodríguez del Olmo, de Ibagué. Según Jaramillo de Andrada, tenía en su poder informaciones en que constaba que los coyaimas “son los que han hecho y hacen los daños que ha habido en esta tierra”. Por su parte, Rodríguez del Olmo, junto con otros vecinos de Ibagué, argumentaban que éstos eran indios de paz y que su ayuda era fundamental para el buen desarrollo de la guerra contra los rebeldes de la sierra<sup>28</sup>. Puede que ambos tuvieron razón, pues las identidades y lealtades de los diferentes sectores que vendrían a formar la sociedad colonial, entre ellos los indígenas, sufrieron variadas reconfiguraciones a lo largo del tiempo. Como acertadamente expresaba el gobernador Domingo de Erazo, estos indios vivían “neutrales, entre la paz y la guerra”<sup>29</sup>.

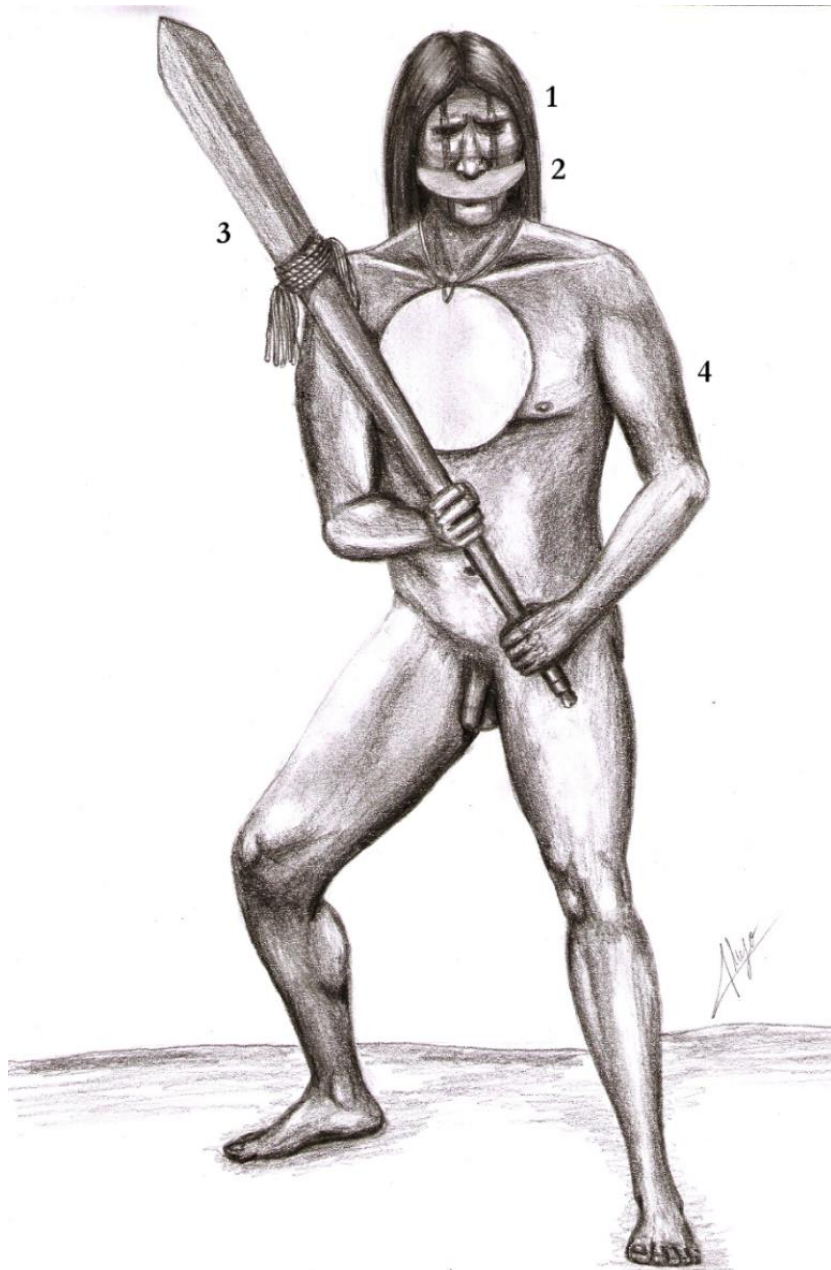
---

<sup>26</sup> “[Don Juan de Borja informa sobre la guerra contra los indios Pijao [25 de mayo de 1610]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 478; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLIX, 444; “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 989r.

<sup>27</sup> “[Información sobre los servicios militares de Alonso Ruiz de Sahajosa, en la conquista de Coyaimas y Pijaos]”, en A.G.N., *Historia Civil*, t. 17, doc. 6, ff. 210r, 211v.

<sup>28</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 249-250.

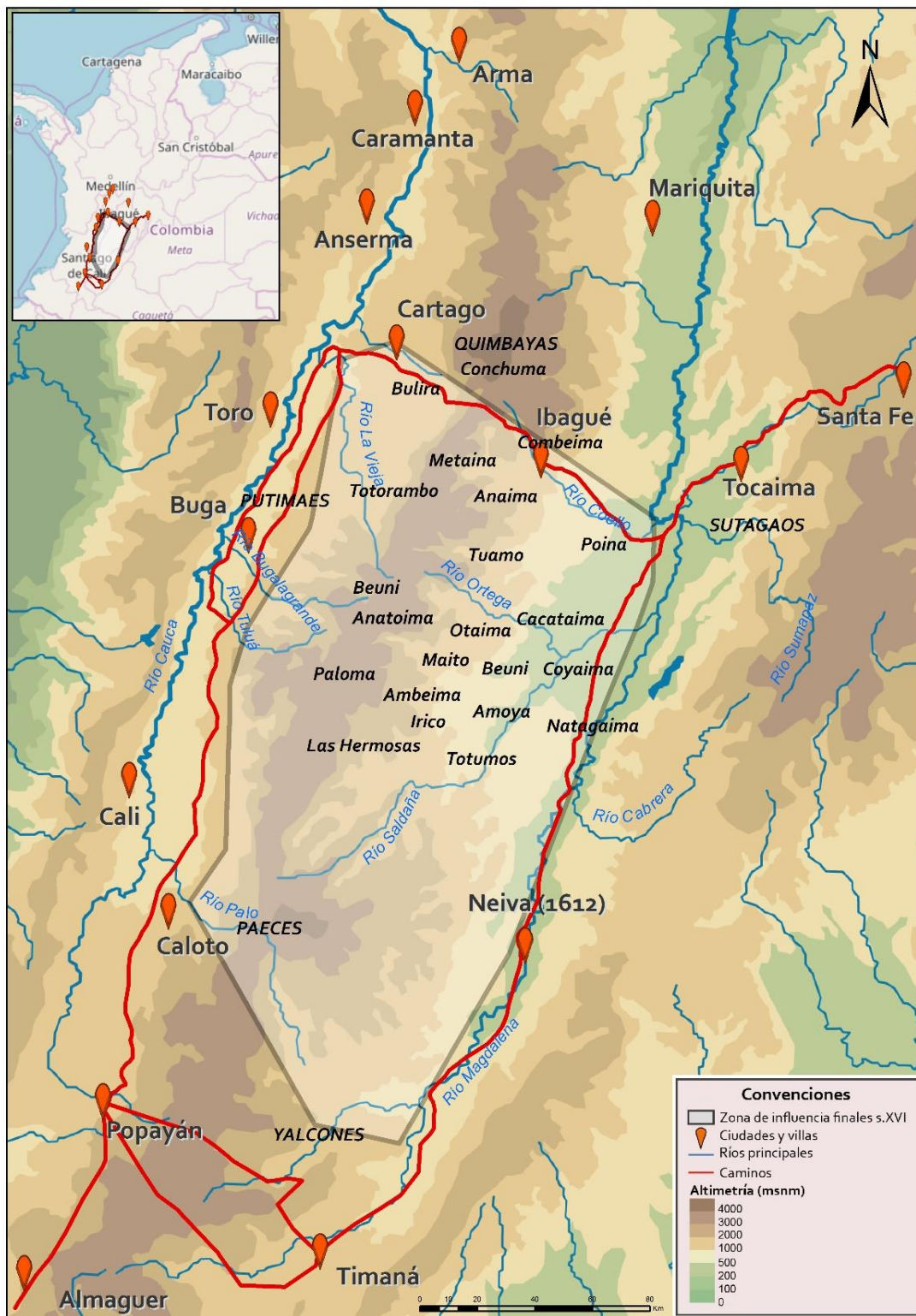
<sup>29</sup> “Informe de Domingo de Erazo”, 388.



**Imagen 1. Reconstrucción de un guerrero pijao (siglo XVI), realizada a partir de fuentes documentales y arqueológicas.**

La contextura de los pijaos era robusta. Algunos presentaban deformaciones craneanas tabulares, como también en sus narices, fracturadas intencionalmente para tener forma aguileña.

1. Pintura de guerra facial en forma de líneas verticales.
2. Nariguera de oro basada en hallazgos arqueológicos.
3. Macana a dos manos fabricada de palma negra.
4. Pectoral de oro basado en hallazgos arqueológicos.



Mapa 1. Territorio de influencia y asentamiento pijao con algunas de sus provincias

Fuente: elaboración propia a partir de documentos consultados en diferentes archivos.

### 1.1.1. HABITACIÓN

La principal zona de habitación de los pijaos de la sierra fueron las montañas de la Cordillera Central, tierra sumamente difícil de transitar y explorar por las tropas españolas. Según el presidente de la Real Audiencia de Santa Fe, don Juan de Borja

La dicha cordillera donde avitan los Indios Rebeldes es la de mayor aspereza que se conoce en todas las Indias de altísimos cerros y quebradas hondas, espesísimos bosques y muchos riscos y despeñaderos de muy gran peligro sin apacibilidad de tierra llana con mas apropiada disposición para fieras que para avitación de hombres humanos<sup>30</sup>.

Estas características impidieron a las tropas españolas aprovecharse de dos de sus más valiosos recursos bélicos: los caballos, que tan grandes servicios habían prestado en las conquistas de todas las Indias, y el combate en tierra llana, perfeccionado especialmente en las sangrientas guerras que sacudían a Europa. Esto terminó por reconfigurar el tipo de combate de las tropas de la Corona, las cuales debieron adaptarse, en este caso, a una guerra de guerrillas, de desgaste y de supresión de recursos (ver capítulo 3).

Debido al carácter montañoso de su zona de habitación, los pijaos tenían acceso a una variada escala de pisos climáticos que iban desde las llanuras cercanas al río Magdalena (a aproximadamente 400 msnm), pasando por las vertientes orientales y occidentales de la Cordillera Central (con tierras entre los 1.000 y 1.600 msnm), hasta llegar a las heladas regiones y páramos del filo de la cordillera (con alturas de hasta 4.000 msnm e incluso más), como el páramo de Las Hermosas. Además, su tierra contaba también con una abundante hidrografía en la que pululaban las lagunas y las quebradas que descendían de la cordillera, y donde resaltan algunos ríos como el Saldaña, el Tetuán, o el Barragán, algunos de los cuales transportaban (y continúan haciéndolo) considerables cantidades de oro en sus sedimentos.

En cuanto a la forma y distribución del tipo de vivienda de los pijaos, parece ser que no solían contar con núcleos poblados, sino que preferían hacer sus casas solitarias y apartadas unas de otras<sup>31</sup>. Las edificaciones eran construidas en lo alto del monte, para lo cual realizaban

---

<sup>30</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 998v.

<sup>31</sup> Anónimo, “Visita de 1560”, en Hermes Tovar Pinzón, *No hay caciques ni señores* (Barcelona: Sendai, 1988), 39; Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 106 “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de

aplanamiento de relleno artificial, como el encontrado en las excavaciones de Rioblanco. Según los reportes de Julio César Cubillos, “El espesor de este relleno alcanza una media de 1,60 metros, formado por materiales diversos, como arena, arcilla, areniscas tiernas, lascas cuarcíticas, carbón vegetal y gran cantidad de fragmentos de cerámica, esta última localizada hacia la capa vegetal”.<sup>32</sup> Por lo general sus casas estaban ubicadas con la montaña por espalda y la caída de la misma al frente. Solían colocar diversas puertas para facilitar el escape de la vivienda en caso de algún ataque. También cavaban cuevas y túneles dentro de las casas, los cuales salían a las barrancas cercanas. Las paredes eran hechas de barro y madera, o de bahareque blanqueado con arcilla blanca. Los techos eran pajizos, y los había cónicos, o de media y dos aguas. Las plantas podían ser rectangulares o cuadradas<sup>33</sup>.

Este tipo de poblamiento disperso fue una característica que dificultó a las tropas españolas el sometimiento de la población pijao de manera rápida y efectiva, a diferencia de como lo habían hecho en regiones con grupos humanos que habitaban en centros poblados, como los muiscas, mexicas o incas. Así, en vez de tener que atacar o tomar un solo foco de poder centralizado, quienes se enfrentaron a este grupo indígena debían recorrer sus vastas y accidentadas tierras, buscando sus hogares en la espesura del monte y destruyéndolos uno por uno. Y aunque en ocasiones anteriores a la derrota definitiva de este grupo indígena a comienzos del siglo XVII se obtuvieron considerables resultados, como lo relata fray Pedro Simón de una jornada en la cual se quemaron 184 “casas de buenos edificios”, lo cierto es que fue casi imposible erradicarlos de manera definitiva, pues los indios, enterados por medio de espías y contactos con otras etnias de las entradas de los españoles, abandonaban sus casas y construían nuevas habitaciones en zonas de mucho más difícil acceso. De allí resultaba que, como manifestaba el presidente Francisco de Sande, “viene que ninguna jornada se pueda hazer contra ellos de fructo porque siempre seran los spañoles sentidos y ellos tienen grandes serranias que son inaccesibles si no es siendo engañados con gran disimulacion lo qual es imposible porque son avisados, de manera que qualquiera jornada es en vano”<sup>34</sup>.

---

Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 988v.

<sup>32</sup> Julio César Cubillos, “Arqueología de Rioblanco”, 521.

<sup>33</sup> Julio César Cubillos. “Apuntes para el estudio”, 55; Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 109.

<sup>34</sup> “[Carta de Francisco de Sande, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 21 de octubre de 1597, en A.G.I., *Santa Fe* 17, R. 14, N. 140, f. 2v.

Entender la razón del modelo de dispersión de los indígenas pijaos es complejo. Sus causas pueden ser varias y por el momento parece que solo pueden presentarse algunas hipótesis. La primera de ellas se relaciona con la forma de organización social de este grupo. Como se detallará más adelante, los pijaos no tenían un modelo de sociedad centralizada ni jerarquizada, sino que elegían líderes temporales para el desarrollo de una determinada acción bélica. Por lo demás, durante su cotidianidad, vivían en pequeñas y dispersas familias. Así, su dispersión podría deberse a este fenómeno, aunque no puede saberse si como causa o consecuencia del mismo.

Por otro lado, podría especularse que esta forma de organización habitacional fue una de las maneras en que este grupo indígena reaccionó ante el avance del Imperio español para defender su territorio, pues parecen haber tomado consciencia de la dificultad que esto generaba a las tropas enemigas. A este respecto, pueden contrastarse los testimonios de finales del siglo XVI y comienzos del XVII en donde se habla de la dispersión pijao, con lo descrito por fray Pedro de Aguado sobre la expedición del capitán Andrés López de Galarza por aquellas tierras en 1550. Según la crónica de Aguado, el capitán López de Galarza y sus tropas, después de haber pasado por el valle de las Lanzas (lugar donde poco después fundaría la ciudad de Ibagué), se dirigió a la provincia de Metaima, ubicada a tres leguas de allí. Cuando llegaron, los indios salieron a recibirlos con sus mujeres e hijos, liderados por dos principales llamados Ilobone y Otapue, quienes les ofrecieron comida y descanso en sus casas. Según el texto, estas casas, también llamadas “caneyes” por los españoles, “tienen de largo a setenta, ochenta y a cien pasos; son cubiertos de palmicha o de hojas de bihaos, o de paja o de heno que en tierra rasa se cría; en cada bohío de estos vivía casi toda una familia o cognación, porque se hallaba en cada casa de estas haber y morar de cincuenta personas para arriba”<sup>35</sup>. Según lo anterior, si bien no puede compararse con la concentración demográfica de cientos y miles de personas, como en el caso muisca, si vemos que es algo diferente con respecto a lo que dicen las fuentes posteriores acerca de tan solo unos pocos individuos que habitaban cada casa. Con base en esto, se podría aventurar la idea de que tras el contacto con los europeos y el comienzo de las hostilidades prolongadas (aunque como se ve, no siempre fueron encuentros violentos), algunos grupos pijaos optaron por dispersarse y habitar en diferentes partes de la sierra para dificultar los intentos de

---

<sup>35</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*, 2 tomos (Madrid: Establecimiento tipográfico de Jaime Ratés, 1916), tomo I, libro séptimo, capítulo segundo, 625.

sometimiento. Este tipo de estrategia fue también utilizada en otras latitudes de América, como en el centro y sur de Chile por parte de los indígenas Mapuche<sup>36</sup>.

### 1.1.2. DEMOGRAFÍA

El cálculo de la población de los pijaos de la sierra, tanto durante el último período prehispánico, como durante el siglo XVI y comienzos del XVII resulta bastante problemático. En primer lugar, porque muchas veces, como ya se demostró, se confunden diferentes etnias indígenas que eran clasificadas indistintamente como pijaos. Segundo, debido a que los documentos en los que se realizaban los censos poblacionales por lo general solo se refieren al número de indios tributarios, contando solo en pocas ocasiones a los ancianos, mujeres y niños, genera un problema doble. Por un lado, por un conteo parcial de la población. Por otro, porque al estar los pijaos rebelados (esto es, en guerra y sin pagar tributo), pocas veces se les consideraba en estas pesquisas.

Por último, como ha sido señalado por Carl Henrik Langebaek y Hermes Tovar Pinzón, se genera un inconveniente a la hora de calcular la demografía indígena basado en el número de tributarios (o en este caso, en indios “de lanza”, es decir, guerreros), pues partiendo desde allí se debe realizar una multiplicación sobre el número de personas dependientes de cada tributario. Así, tradicionalmente se han realizado conteos multiplicando por tres o cuatro personas, pero este proceso está claramente influenciado por el modelo de familia nuclear reciente de Occidente<sup>37</sup>. Para obtener cifras más cercanas a la realidad habría que estudiar la estructura familiar de cada región y etnia, y por desgracia, las fuentes no son muy prolíferas sobre este tema en lo concerniente a los pijaos. Uno de los pocos documentos con los que se cuenta es un censo realizado en 1603 a la encomienda de Ana de Carrión, ubicada en la Mesa de Ibagué, llevado a cabo por el oidor Lorenzo de Terrones. Esta encomienda abarcaba, además de la Mesa, los pueblos de Itaima, Anacaima, Combeima, y Buluya. El total de indios de estas parcialidades era de 345, de los cuales 130 eran tributarios, por lo que éstos últimos representaban el 37.68% del total de la población, lo que también puede decirse en términos de que por cada indio tributario había 2.6 no tributarios. Realizando un conteo más pormenorizado de cada pueblo en el que se

---

<sup>36</sup> Guillaume Boccaro, “Etnogénesis mapuche: resistencia y restructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVI-XVIII)”, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 79, núm. 3 (agosto, 1999), 425-461.

<sup>37</sup> Carl Henrik Langebaek, “Reconstrucciones demográficas de la población indígena de Colombia antes y después de la Conquista española”, en *La economía colonial de la Nueva Granada*, eds. Adolfo Meisel Roca y María Teresa Ramírez G., (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, Banco de la República, 2015), 28.



tomaron en cuenta los conteos de los integrantes de cada familia, resulta una proporción de entre 2.3 a 2.5 personas por familia<sup>38</sup>.

Por otra parte, en 1627 se realizó otra visita por parte del doctor Lesmes de Espinosa Saravia, oidor de la Audiencia de Santa Fe, a los pueblos de Carima, Chumba, y Río de Las Piedras, en jurisdicción de Ibagué, poblaciones que muy posiblemente estaban habitadas por indígenas pijaos pacificados. En la primera de ellas el promedio de integrantes por familia, considerando el total de la población, el número de tributarios, y la descripción detallada de cada núcleo familiar hecha por el visitador, es de 2.5 integrantes por familia. En el segundo, corresponde a 3.2. En el último, a 3 personas<sup>39</sup>. Si bien presenta el problema de que se trata de familias muy posiblemente fragmentadas, o cuya organización cambió tras el proceso de conquista y pacificación, es el dato más cercano con el que se cuenta y según el cual se harán las siguientes estimaciones. El mismo visitador realizó diligencias similares el mismo año en los pueblos de Anaima, Natagaima, Nataima, Calucaima, Combeima, y Tolima. Los promedios de integrantes por familia para cada una de estas poblaciones son de 2.2 (para las dos primeras), 2.2, 2.3, 3.0, 2.0, y 1.3, respectivamente (ver tabla 1)<sup>40</sup>.

#### PROMEDIO DE INTEGRANTES POR FAMILIA EN PARCIALIDADES PIJAO

Población o parcialidad	Encomendero	Promedio integrantes por familia	Año información
Mesa de Ibagué	Doña Ana de Carrión	2.5	1603
Itaima	Doña Ana de Carrión	2.5	1603
Buluya	Doña Ana de Carrión	2.3	1603
Anacaima y Combeima	Doña Ana de Carrión	2.5	1603
Carima	Sebastián de Porras Salazar	2.5	1627
Chumba	Francisco Vicario	3.2	1627
Río de las Piedras	Isabel Enríquez de Novia	3.0	1627
Anaima y Natagaima	Blas Cobo	2.2	1627

<sup>38</sup> “[Censo de la encomienda de Ana de Carrión]”, 1603, en A.G.N., *Encomiendas*, t. 25, doc. 6, ff. 118r-131v.

<sup>39</sup> “[Carima: diligencias de visita]”, 1627, en A.G.N., *Visitas Tolima*, t. 1, doc. 2, ff. 248r-251v; “[Chumba: diligencias de visita]”, 1627, en A.G.N., *Visitas Tolima*, t. 1, doc. 3, ff. 316r-318r; “[Río de las Piedras: diligencias de visita]”, 1627, en A.G.N., *Visitas Tolima*, t. 1, doc. 4, ff. 412r-417v.

<sup>40</sup> “[Censo de población, de los indios de los pueblos de Anaima, Natagaima, Nataima, Calucaima, Combeima y Tolima]”, 1627, en A.G.N., *Curas y obispos*, t. 43, doc. 42, ff. 788r-802r.

Nataima	Don Bartolomé de Meneses	2.2	1627
Icataima	Manuel de Lorenzana	2.3	1627
Calucaima	Doña María de Guzmán	3.0	1627
Combeima	Francisco de Leuro	2.0	1627
Tolima	Diego del Pulgar	1.3	1627

**Tabla 1. Elaboración propia**

**Fuente:** “[Censo de la encomienda de Ana de Carrión]”, 1603, en A.G.N., *Encomiendas*, t. 25, doc. 6, ff. 118r-131v; “[Carima: diligencias de visita]”, 1627, en A.G.N., *Visitas Tolima*, t. 1, doc. 2, ff. 248r-251v; “[Chumba: diligencias de visita]”, 1627, en A.G.N., *Visitas Tolima*, t. 1, doc. 3, ff. 316r-318r; “[Río de las Piedras: diligencias de visita]”, 1627, en A.G.N., *Visitas Tolima*, t. 1, doc. 4, ff. 412r-417v; “[Censo de población, de los indios de los pueblos de Anaima, Natagaima, Nataima, Calucaima, Combeima y Tolima]”, 1627, en A.G.N., *Curas y obispos*, t. 43, doc. 42, ff. 788r-802r

Considerando lo anterior, y teniendo consciencia de que estos censos pueden estar alterados por múltiples factores, como por ejemplo los prejuicios de los oficiales españoles a la hora de contabilizar a los indios, los efectos de la guerra contra la población pijao y la correspondiente fragmentación de núcleos familiares, la diferencia entre zonas más o menos afectadas por el conflicto, o la asociación forzada de diferentes parcialidades en pueblos por parte de los visitantes, se obtiene un promedio de 2.4 personas por familia. Para las estimaciones que se realizarán a continuación se utilizará este promedio para los datos correspondientes a los últimos años del siglo XVI y el siglo XVII, pues son los momentos más álgidos de la guerra y donde la composición familiar y poblacional se pudo ver más seriamente afectada. Para los cálculos realizados en épocas anteriores, o que se refieren a tiempos más antiguos, se ha optado por elegir el valor de 4 personas por tributario o indio guerrero, pues puede considerarse que antes de la guerra sistemática la composición familiar era más estable, y por ende, la población mucho mayor. Todo esto se hace sin obviar el alto grado de variabilidad y error que puede haber en el cálculo del número de integrantes de un grupo indígena difícil de rastrear con precisión en las fuentes.

Muchas y variadas son las opiniones sobre el tamaño de la población pijao al momento de la conquista. En 1688 Lucas Fernández de Piedrahita calculaba su número total en 120.000, mientras que fray Alonso de Zamora aseguraba que para 1565 había 18.000 indios de guerra, lo que, en el segundo caso, resultaría en un total aproximado de 72.000 habitantes si se aplica la

multiplicación de cuatro personas dependientes por cada indígena guerrero<sup>41</sup>. Para 1560, en una visita anónima, se estima que los indígenas rebelados de los términos de las ciudades Almaguer, Popayán, Tímaná, Neiva, Cartago, Mariquita, y Tocaima, sumarían alrededor de 44.000 personas<sup>42</sup>. Para finales del siglo XVI, en 1597, el presidente Francisco de Sande estima el número de éstos entre 5.000 y 6.000 individuos<sup>43</sup>.

Sin embargo, y compartiendo la opinión del historiador Manuel Lucena Salmoral, algunas de estas cifras (exceptuando tal vez la del presidente Sande) se presentan como exageradas si se toman en cuenta las informaciones de primera mano aportadas por soldados que participaron directa y activamente en la guerra contra estos indígenas. En 1603, el capitán Diego de Bocanegra manifestaba que en toda la tierra no habría más de 1.500 indios de guerra<sup>44</sup>. En su informe de 1606, el gobernador Domingo de Erazo afirmaba que “según la más cierta relación y tanteo serán todos seys mil yndios de guerra”<sup>45</sup>. Para 1608, el presidente de la Audiencia, don Juan de Borja, comunicaba al rey que “según la mas comun opinion y lo que los prisioneros deponen serian entonces dos mill yndios gandules”<sup>46</sup>. Finalmente, en 1613, según las informaciones de varios capitanes veteranos, recopiladas por el oidor de la Audiencia de Santa Fe, Juan de Villabona, se calculaba que entre todos los indios que habían sido asesinados y capturados sumarían alrededor de 2.000 o 3.000 personas, aparte de los que habrían muerto por las enfermedades y el hambre<sup>47</sup>. Considerando que estas últimas cifras se refieren únicamente al número de indígenas guerreros, y multiplicando estas cantidades bajo la idea de la existencia de cuatro personas por cada indio gandul, o de lanza, sumarían aproximadamente 6.000, tal vez un poco más, de indígenas pijaos que vivían a comienzos del siglo XVII. Es probable que esta cifra fuera algo mayor en tiempos prehispánicos.

---

<sup>41</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 102.

<sup>42</sup> Anónimo, “Visita de 1560”, 32-72.

<sup>43</sup> “[Carta de Francisco de Sande, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 21 de octubre de 1597, en A.G.I., *Santa Fe* 17, R. 14, N. 140, f. 2v.

<sup>44</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 106.

<sup>45</sup> “Informe de Domingo de Erazo”, 388.

<sup>46</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 998v.

<sup>47</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, ff. 1036v, 1038v, 1041r-1041v.

## POBLACIÓN PIJAO

Informante	Año información	Cantidad de tributarios o guerreros	Cantidad total (multiplicando por 2.4 y 4)
<i>Antes del contacto con los españoles</i>			
Fray Alonso de Zamora	1565	18.000	72.000 (x4)
Lucas Fernández de Piedrahita	1688	120.000 (total)	120.000
<i>Después del contacto con los españoles</i>			
Relación anónima	1560	44.000 (total)	44.000
Francisco de Sande	1597	5.000 - 6.000	13.200 aprox. (x2.4)
Diego de Bocanegra	1603	1.500	3.600 (x2.4)
Domingo de Erazo	1606	6.000 (total)	6.000*
Juan de Borja	1608	2.000	4.800 (x2.4)
Juan de Villabona	1613	2.000 - 3.000	6.000 aprox. (x2.4)

**Tabla 2. Elaboración propia**

\* Aunque el gobernador Erazo aclara que para este conteo se trata de 6.000 “yndios gandules”, si se compara con las estimaciones más cercanas parece más bien que se refería al total de indios pijaos.

Además de esta información, existen otros datos que pueden ayudar para hacerse una mejor idea de la densidad demográfica de los pijaos. Parece ser que incluso desde tiempos prehispánicos esta región no tuvo una muy alta densidad poblacional. Según Hermes Tovar Pinzón, quien calcula la población indígena del actual territorio colombiano para el año de 1500 en 11.332.823 habitantes, menciona que solo el 6.14% de estos vivían en los Andes centrales, esto es, alrededor de 320.605 personas pertenecientes a las diferentes etnias de esta región<sup>48</sup>.

Por otras fuentes puede concluirse también que, de esta masa poblacional, la etnia de los pijaos de la sierra representaba un muy pequeño número. Según cuenta Juan de Castellanos al relatar los enfrenamientos entre los yalcones y españoles a finales de la década de 1530 y comienzos de la de 1540 cerca de la ciudad de Timaná, cuando la afamada cacique Gaitana buscó la ayuda de los pijaos para su venganza, éstos estaban ya para aquel entonces “cuasi consumidos” debido a, según este cronista, guerras civiles y haberse comido unos a otros. Para esta ocasión acudieron a ayudar con 3.000 guerreros<sup>49</sup>. En otro documento, en este caso, una información mandada a realizar en la ciudad de San Sebastián de La Plata por el gobernador de Popayán, don Sancho

<sup>48</sup> Hermes Tovar Pinzón, “Las cifras y los métodos en la reconstrucción de la población colombiana”, en *La economía colonial de la Nueva Granada*, 111-112.

<sup>49</sup> Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias* (Bogotá: Gerardo Rivas Moreno, 1997), Historia de Popayán, canto séptimo, 915-916.

García del Espinar, en noviembre de 1577, varios testigos tratan acerca del poco número de los pijaos, incluso en sus propias provincias. Según Marcos Ortiz, vecino y regidor de la ciudad, y quien afirmó haber estado y recorrido varias veces las tierras de los pijaos, dijo que no había allí casi ninguno de estos indios, sino que los que andaban por esas partes eran casi todos indios paezes emparentados con éstos. Dijo además que, según su propia experiencia, antes de que los pijaos y los paezes estuvieran aliados, los primeros solo hacían asaltos con máximo 35 guerreros y casi siempre terminaban huyendo, lo que parece una nimiedad en comparación de las grandes juntas que se hacían en la provincia de Toboima de más de 2.000 indígenas, en su mayoría paezes<sup>50</sup>. Estas afirmaciones fueron respaldadas por los testimonios del capitán Fernando Díaz de la Fuente y de Juan Calderón, este último vecino y regidor de la ciudad, quien aseguraba que

los dichos yndios pixaos son pocos y que solos ellos sin otro fabor no fueran parte para hazer tan grandes daños como an echo y hazen por el fabor y ayuda que tienen de los yndios caziques y principales de las dichas probincias de paez como segun se contiene por cosa muy cierta y aberiguada de las probincias de toboyma donde se haze la junta de los yndios paezes para dar fabor y ayuda a los dichos pixaos sienpre que quieren salir a hazer sus saltos por quanto los dichos paez es jente muy belicosa y valiente para la guerra<sup>51</sup>.

¿A qué podría deberse esta pronunciada disminución de la población pijao? ¿Era en verdad producida, como decía Castellanos, por culpa de guerras civiles y una antropofagia desmesurada? Lo cierto es que no solo la población pijao, sino en general toda la de los Andes centrales tuvo una vertiginosa caída durante el siglo XVI y comienzos del XVII. Como puede verse en la tabla 3, las tasas de crecimiento de la población indígena que habitaba en las jurisdicciones de las ciudades donde los pijaos tenían presencia o influencia, son siempre negativas, y sus valores varían desde el -3.0% hasta un -11.4%. Como ya se mencionó, gran parte de este descenso pudo deberse a la modificación de las formas de vida tradicionales a raíz de la reorganización espacial llevada a cabo por los españoles. Era muy usual, por ejemplo, que muchos indios murieran cuando se les trasladaba a un lugar con un clima totalmente diferente al de su origen. Ya en 1549 Sebastián de Magaña, tesorero de Popayán, mencionaba que en el camino que bajaba de Timaná a Tocaima, atravesando el valle de Neiva, muchos indios morían o enfermaban de gravedad por

---

<sup>50</sup> ["Delitos y esclavitud de pijaos y paezes"], 1575-1576, en A.G.I., *Patronato*, 233, R. 1, ff. 80r, 86v.

<sup>51</sup> ["Delitos y esclavitud de pijaos y paezes"], 1575-1576, en A.G.I., *Patronato*, 233, R. 1, f. 98v.

no estar acostumbrados a las temperaturas<sup>52</sup>. Además, el haber desmembrado la estructura familiar indígena también fue un factor que influyó fuertemente en las tasas de natalidad.

Otro aspecto a considerar es el de las epidemias de enfermedades traídas por los europeos, y que en muchas ocasiones llegaban antes que los propios conquistadores, ante las cuales los cuerpos de los indígenas eran especialmente susceptibles. Según la visita anónima de 1560, durante el año de 1559 hubo una terrible epidemia en toda la jurisdicción del Nuevo Reino, y que afectó severamente a las tierras cercanas a Ibagué (esto es, tierras de pijaos), provocando la muerte de muchas personas a causa de viruelas y sarampión<sup>53</sup>. Según los vecinos de la ciudad, cuando ésta se pobló en 1550 había alrededor de 10.000, pero ahora, diez años después, solo quedaban cerca de 2.700<sup>54</sup>.

#### TASAS DE CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN INDÍGENA EN REGIONES CON INFLUENCIA PIJAO

Lugar	Período	Población inicial	Población final	Tasa
Tocaima	1545-1627	7.000	245	-4,1%
Tocaima	1545-1560	7.000	3.201	-5,2%
Tocaima	1545-1572	7.000	1.300	-6,2%
Ibagué	1550-1570	10.000	3.000	-6,0%
Ibagué	1550-1560	10.000	3.202	-11,4%
Timaná	1540-1570	20.000	4.500	-5,0%
La Plata	1540-1570	17.000	4.000	-4,8%
33 pueblos Mariquita	1560-1627	2.038	144	-4,0%
Tocaima	1572-1627	1.300	245	-3,0%
Cartago	1536-1628	26.516	68	-6,5%
Cartago	1536-1570	26.516	4.500	-5,2%
Cartago	1559-1568	5.335	2.876	-6,9%
Cartago	1540-1559	26.516	5.335	-8,4%
Cartago	1540-1570	20.000	4.500	-5,0%

**Tabla 3. Elaboración propia**

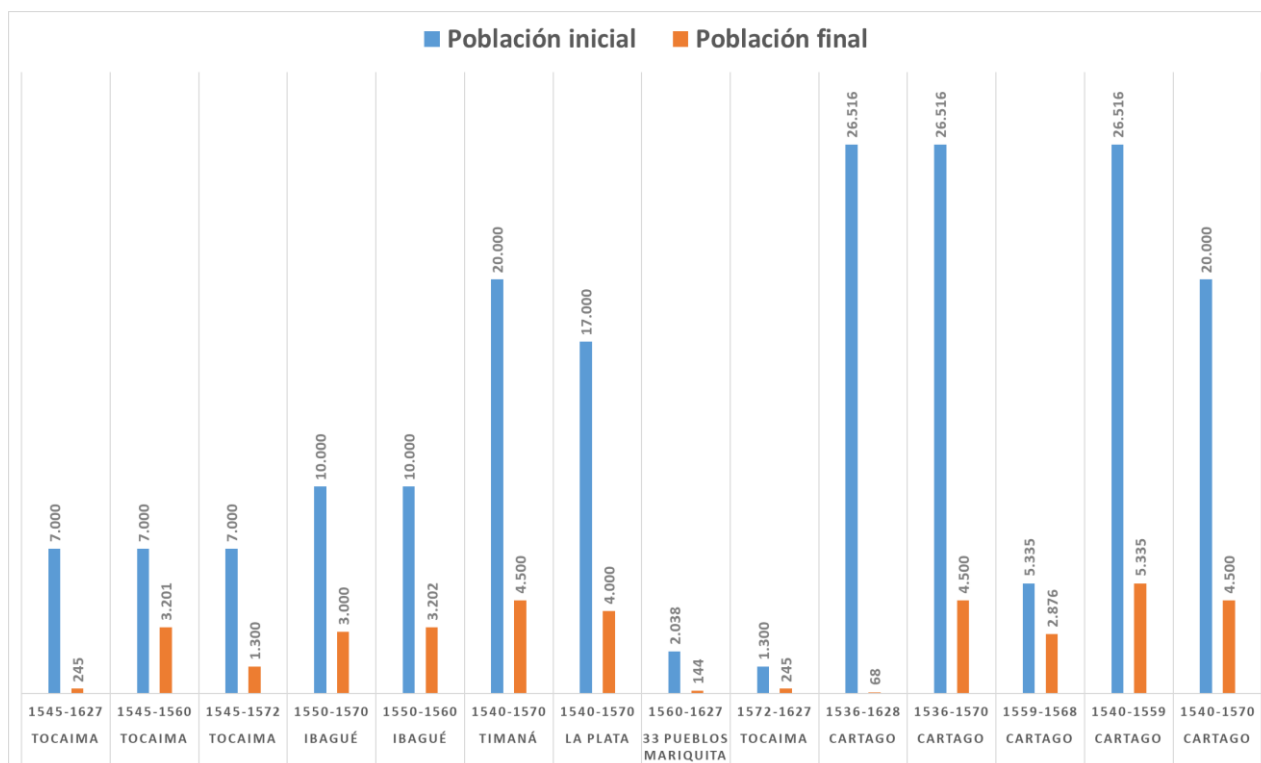
**Fuente:** Hermes Tovar Pinzón, “Las cifras y los métodos en la reconstrucción de la población colombiana”, en *La economía colonial de la Nueva Granada*, eds. Adolfo Meisel Roca y María Teresa Ramírez G., (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, Banco de la República, 2015), 135.

<sup>52</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social de Colombia, 1537-1719* (Medellín: La Carreta, 1978), 30-31.

<sup>53</sup> Anónimo, “Visita de 1560”, 63.

<sup>54</sup> Anónimo, “Visita de 1560”, 61-62, 64.

## POBLACIÓN INDÍGENA INICIAL Y FINAL EN DIVERSOS PERÍODOS EN REGIONES CON INFLUENCIA PIJAO



**Gráfico 1. Elaboración propia**

**Fuente:** Hermes Tovar Pinzón, “Las cifras y los métodos en la reconstrucción de la población colombiana”, en *La economía colonial de la Nueva Granada*, eds. Adolfo Meisel Roca y María Teresa Ramírez G., (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, Banco de la República, 2015), 135.

Con respecto a las hipótesis de una disminución poblacional a causa de un continuo estado de guerra y de un voraz canibalismo, éstas deben considerarse a la luz de diferentes consideraciones aportadas por varias antropólogos e historiadores. Según algunas tendencias, los constantes conflictos bélicos entre las comunidades prehispánicas se debieron principalmente a la captura de prisioneros para comerlos o realizar trabajos forzados, a la expansión de los nacientes cacicazgos, y a una competencia por la disponibilidad de recursos en la región. Con respecto al canibalismo, se cree que se practicaba con frecuencia para fines ceremoniales y rituales, o como una forma de suplir la falta de proteínas y alimentos que podían conseguirse<sup>55</sup>. Sin embargo, contrastando estas teorías con un análisis más profundo de la documentación y de los restos

<sup>55</sup> Luis Gonzalo Jaramillo E., “Guerra y Canibalismo en el valle del río Cauca en la época de la Conquista española”, *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XXXII (1995), 44, 55, 60-61, 65.

arqueológicos, se presentan varias inconsistencias. En primer lugar, la tierra donde habitaban los pijaos era bastante rica en recursos, especialmente porque podían acceder a una variada cantidad de climas y altitudes que podían proveerles los alimentos necesarios. Es más, al parecer sus cultivos eran muchos y diversos según se puede concluir de las extendidas campañas de talas y quemas que los soldados españoles hicieron de ellos en diferentes expediciones. Además, se tiene evidencia también de que tuvieron contactos comerciales y culturales con diferentes grupos como los quimbayas, los muiscas o las culturas de San Agustín, lo que podría haberles proveído algunos de los elementos que no consiguieran en su tierra<sup>56</sup>. Por su parte, la idea de la competencia por el avance y formación de los cacicazgos parece no tener mucha cabida en el caso pijao, pues como se señaló, este grupo indígena era bastante fragmentario y no tenían una organización jerárquica.

Con respecto al canibalismo, tan repetido en las fuentes españolas, puede evidenciarse que éste era ejercido especialmente contra otras etnias diferentes a la propia. Así, los pijaos solían atacar principalmente a los duhos y badahujos, ubicados en la margen oriental del río Magdalena, a la altura del valle de Neiva, y a los sutagaos, quienes residían al sur de la tierra de los muiscas, a la altura del río Cuja<sup>57</sup>. Sin embargo, sus principales víctimas eran los mismos españoles o sus indios de servicio que trabajaban para ellos en sus estancias y encomiendas. De esta forma, la idea de un descenso demográfico con base en un canibalismo interno entre los pijaos no parece tener mucha validez, aunque esto no pretende negar la existencia de la antropofagia en este grupo.

De lo anterior puede concluirse que, en primer lugar, los pijaos de la sierra no eran un grupo muy numeroso, y, segundo, que la baja de su población se debió principalmente a factores como enfermedades o modificación de sus tradiciones organizacionales y familiares.

### **1.1.3. ORGANIZACIÓN SOCIAL Y ACTIVIDADES DE SUBSISTENCIA**

La estructura social de los pijaos es especialmente difícil de comprender debido a las concepciones que durante aquellos tiempos reinaban en la mente de quienes constataron por

---

<sup>56</sup> Julio César Cubillos. “Apuntes para el estudio”, 62-63; Julio César Cubillos, “Arqueología de Rioblanco”, 523, 528; Anónimo, “Visita de 1560”, 45.

<sup>57</sup> Julio César Cubillos. “Apuntes para el estudio”, 51, 53. Uno de los pocos casos de canibalismo entre grupos pijaos es el de dos indígenas coyaímas de la compañía del capitán Juan Bautista de los Reyes, quienes durante la campaña de 1609 o 1610 tomaron y comieron a un bebé de los pijaos de la sierra. Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo 48, 437.



escrito alguna mención de su tipo de organización. De manera casi unánime, y siguiendo una tradición que se remontaba hasta tiempos de la Grecia clásica, los europeos que llegaron a América, incluyendo a quienes lucharon contra los pijaos a comienzos del siglo XVII, tenían una concepción muy poco flexible acerca de qué podía considerarse verdaderamente una sociedad, es decir, qué separaba a una comunidad en estado de naturaleza puro de una más “civilizada”. Su visión era que todo grupo humano que fuese considerado “sociedad” debía encontrarse organizado bajo la división de señores y súbditos. De esa forma se concluía que si un grupo humano no tenía esta característica, no contaba con un gobierno o un Estado, por ende, no podía ser una sociedad y pasaba a ser considerada como un aglomerado de salvajes “sin fe, sin ley, y sin rey”<sup>58</sup>. Es por esto que, a diferencia de las detalladas descripciones acerca de la vida y sociedad de pueblos como los mexicas o los habitantes del Tahuantinsuyo, en el caso de los pijaos se cuenta con textos mucho más escuetos y menos detallados debido a los prejuicios europeos. Así, más que pesquisas sobre los grupos humanos, se hacían sobre todo de sus recursos naturales, en especial de la existencia de yacimientos de metales preciosos. Sin embargo, y teniendo presente esta problemática, es indudable que las fuentes permiten una cierta aproximación a la organización social de los pijaos.

A diferencia de otras sociedades indígenas, la estructura de la comunidad pijao no era piramidal o jerárquica. Tal vez la única excepción era una especie de respeto que tenían a los mohanés, aunque éste tampoco era demasiado estricto, pues en caso de que se equivocaran en sus predicciones, el pueblo podía golpearlos e incluso matarlos<sup>59</sup>. Según una carta del 12 de octubre de 1607 del cabildo de Ibagué al rey, “esta gente nunca se gobierna por caciques ni señores sino por behetría sin tener a quien respetar ni obedecer ni de quien con seguridad nos podamos prometer seguridad en sus contratos”<sup>60</sup>. Similares opiniones habían sido ya lanzadas años atrás, como en la visita anónima de 1560, en donde es normal que se dijera de los indios de estas regiones que “No ay caciques ni señores naturales, es todo behetría y gente mal vestida”.

---

<sup>58</sup> Pierre Clastres, “Arqueología de la violencia: la guerra en la sociedad primitiva”, en *Investigaciones en antropología política* (Barcelona: Gedisa, 1981), 184-186.

<sup>59</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 990r.

<sup>60</sup> “Carta del cabildo secular de Ibagué sobre la guerra de los indios pijaos”, 12 de octubre de 1607, en A.G.I., *Santa Fe*, 65, N. 56, f. 2r; ver también Fray Pedro de Aguado, *Recopilación Historial* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1906), 354-355.

También el presidente don Juan de Borja repetiría esta idea en sus diferentes cartas e informes al rey<sup>61</sup>.

Lo anterior dificultaba en extremo su conquista y sumisión por parte de las tropas españolas, quienes no podían eliminar o aliarse con un líder mayor para facilitar y acelerar la victoria, tal como habían hecho con Moctezuma en Nueva España y con Atahualpa en Perú. Aun así, había ocasiones en que las diferentes parcialidades indígenas se reunían en una junta y elegían a una especie de líder o capitán temporal para que dirigiera una determinada acción bélica que tuvieran planeado llevar a cabo. Lo usual era que se escogiese entre los hombres más valientes que hubiese, con la claridad de que una vez terminada la campaña, éste debía retirarse de su cargo<sup>62</sup>. Esto no significaba que el hombre designado no pudiera ser relegido para futuras acciones, como sucedió en el caso del afamado “cacique” Calarcá, quien comandó diversos ataques, entre los que se encuentran el asalto a Ibagué a mediados de 1606, y el asedio al fuerte del capitán Diego de Ospina en 1607<sup>63</sup>.

Con respecto a las mujeres, parece que su papel era más bien de madres y amas de casa bastante celadas por sus esposos. Solían casarse poco después de haber menstruado por primera vez, y tras pasar la primera noche con sus maridos, se soltaban unas ligaduras que llevaban en los tobillos y muñecas para indicar su nuevo estatus<sup>64</sup>. Sin embargo, y si se considera que los pijaos participaron y apoyaron la rebelión de los yalcones, dirigida por la cacique Gaitana, quien fue personalmente a buscar su ayuda, puede pensarse que, o bien su actitud hacia las mujeres era diferente a la consignada por los españoles, o que podía variar con respecto a otros grupos.

En cuanto a la principal fuente de alimentos de los pijaos, puede decirse que provenía de la agricultura, la cual era practicada en lugares apartados y ocultos para asegurar sus cosechas de manos enemigas. Para sus labranzas, utilizaban raíces y palos a modo de azadón<sup>65</sup>. El maíz preponderaba sobre el resto de sus cultivos, pues los sembraban durante todo el año por ser el

---

<sup>61</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 991v; “[Carta de Juan de Borja, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 5 de junio de 1607, en A.G.I., *Santa Fe* 18, R. 8, N. 68, f.1v.

<sup>62</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 113-115.

<sup>63</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXXIII, XLI, y XLII, 376, 409-414.

<sup>64</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 990v.

<sup>65</sup> Julio César Cubillos. “Apuntes para el estudio”, 60.

clima de la región muy uniforme. Éste era consumido sobre todo cocido o tostado, aunque también hacían harina para fabricar bollos. De él también extraían lo necesario para la elaboración de masato y chicha, ésta última considerada como “su principal sustento y regalo” y “sin que en vida y muerte aya de aver cosa que no sea autoriçada con la chicha”<sup>66</sup>. También sembraban y tomaban otros alimentos como frijol, arracacha, yuca, papa, aguacate, papayuela, ciruela y piña<sup>67</sup>. En cuanto a carne o pescado, no obtenían mayor cosa de la caza, aparte de algún venado o pájaro que mataban con cerbatanas.

Otra de las actividades a las cuales se dedicaban los indígenas era la minería, mayoritariamente de aluvión, aunque al parecer los pijaos del Norte practicaban también la de veta, con lo cual hacían grandes y bellas joyas que deleitaron a los conquistadores españoles (ver imagen 2)<sup>68</sup>. Estas piezas de oro eran especialmente bellas y deseadas, pues se caracterizaban por el empleo de oro de alta ley, es decir, sin muchas aleaciones con otros metales, a diferencia de como se hacía en otras partes del actual territorio colombiano<sup>69</sup>. Descendiendo por el costado oriental de la Cordillera Central corrían algunos ríos como el Saldaña, el Coello y el Irco, que hasta hoy día siguen arrastrando importantes cantidades de oro en sus arenas, los cuales representaban la mayor fuente de este mineral desde tiempos prehispánicos. Los artículos de oro fueron utilizados por los pijaos para confeccionar adornos corporales como narigueras, pectorales, pendientes, y cuentas de collar<sup>70</sup>. También lo usaron como artículo de intercambio con otros grupos indígenas. La llamada “feria de Coyaima”, situada a orillas del río Saldaña, o el mercado ubicado en el actual municipio de Aipe, en el departamento del Huila, eran importantes centros de comercio entre los pijaos y otros grupos vecinos, que por lo general se comunicaban gracias al río Magdalena, donde se realizaban todo tipo de intercambios. Los muisca, por ejemplo, asistían allí para cambiar sus mantas, sal y esmeraldas por las joyas de oro pijao.<sup>71</sup> El oro también fue implementado para comprar la paz de los españoles, como ocurrió en el caso del cacique Matora,

---

<sup>66</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 991r-991v.

<sup>67</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 991v; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLVI, 431.

<sup>68</sup> Julio César Cubillos. “Apuntes para el estudio”, 61.

<sup>69</sup> Clemencia Plazas de Nieto y Ana María Falchetti de Sáenz, “Orfebrería prehispánica de Colombia”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 3 (1978), 16.

<sup>70</sup> Julio César Cubillos. “Apuntes para el estudio”, 61.

<sup>71</sup> Julio César Cubillos. “Apuntes para el estudio”, 62-63.

quien, en 1556, durante el paso de un grupo de soldados por la provincia de Amoyá, comandados por Francisco de los Barrios, sobrino del primer arzobispo del Nuevo Reino, y subordinado del capitán Francisco de Trejo, les ofreció un presente “que era hasta de mil pesos en chagualas y joyas de su usanza” para evitar un enfrentamiento<sup>72</sup>.



**Imagen 2.** Pinzas halladas en la región de Chaparral, fabricadas con la técnica de cera perdida en oro de 14 quilates (alto: 6.6 cms; ancho: 4.4 cms; peso: 35.5 gramos).

**Fuente:** Vidal Antonio Rozo, “La pieza del Museo (1981): Zona arqueológica Tolima”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 12 (1981).

---

<sup>72</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXV, 334.

## **1.2. LA GOBERNACIÓN DE POPAYÁN, EL NUEVO REINO DE GRANADA Y LA EXPANSIÓN HACIA LA CORDILLERA CENTRAL.**

Entre los años de 1537 y 1550, las huestes españolas trabajaron continuamente para conquistar, asegurar y organizar el territorio en el que se dio lugar a la creación de la gobernación de Popayán y al distrito del Nuevo Reino de Granada. Como lo menciona Germán Colmenares, se desarrollaron así dos ejes casi paralelos. Por un lado, el de la altiplanicie de la cordillera Oriental en la cual habitaban los muiscas, y en donde se asentaron ciudades como Santa Fe y Tunja. Por otro, el territorio de la gobernación de Popayán, específicamente el de los márgenes del río Cauca por donde pasaron expediciones como las de Pedro de Vadillo y Jorge Robledo, y que dieron paso a la fundación de poblaciones como Popayán, Cali y Anserma<sup>73</sup>. La razón de la temprana colonización de estas tierras responde no solo a su mayor facilidad de tránsito, sino también a la presencia de una mayor densidad poblacional indígena que pudiera ser utilizada para trabajar.

Los ejes fundacionales de estas regiones fueron la explotación del oro y el desarrollo de centros agrícolas para el sostenimiento de los trabajadores de las minas y el disfrute de los colonos europeos. A su vez, estas actividades estaban fundamentadas en la institución de la encomienda, fuente de las relaciones de poder, de las alianzas, y también de las rivalidades entre individuos y familias<sup>74</sup>. Debido al carácter de empresas privadas que tuvo la Conquista, la repartición de los recursos del territorio en forma de encomienda fue avalada por la Corona como forma de compensación a estos empresarios aventureros, y como una estrategia para ejercer control sobre territorios y grupos tan vastos que, de otra manera, hubieran sido imposibles de administrar<sup>75</sup>. Esta institución consistía, en pocas palabras, en la concesión de repartimientos de indios que debían de entregarles un tributo periódico a sus encomenderos, y estos, por su parte, debían procurar su protección, conservación y evangelización. Con base en lo anterior, la población indígena fue utilizada y sobreexplotada para la extracción de metales preciosos y diversas actividades de subsistencia.

La primera generación de encomenderos estuvo compuesta por los hombres que sirvieron en las expediciones de Gonzalo Jiménez de Quesada, Sebastián de Belalcázar, Jerónimo Lebrón, y Nicolás de Federman, a la que también se unirían los llegados del grupo de Alonso Luis de Lugo

---

<sup>73</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 26.

<sup>74</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 114.

<sup>75</sup> Germán Colmenares, "La economía y la sociedad coloniales, 1550-1800", en *Nueva Historia de Colombia*, dir. cient. Jaime Jaramillo Uribe (Bogotá: Planeta, 1989), tomo 1, 145.

y Miguel Díez de Armendáriz<sup>76</sup>. Estos individuos, junto con sus familiares y descendientes, fueron consolidando una élite regional y local que en muchas ocasiones llegó a tener mayor autoridad y preminencia que los propios oficiales reales. Precisamente fue por este motivo que la Corona, consciente y temerosa de la creación y expansión de un grupo con tan amplios poderes económicos, políticos y militares en sus reinos de Indias, decidió tomar medidas para controlarlo. Así, con las Leyes Nuevas expedidas en 1542 se propendió, entre otras cosas, a la eliminación de las encomiendas en un período de dos o tres generaciones<sup>77</sup>. Aun así, los encomenderos buscaron resistir y preservar su poder y prestigio, utilizando las alianzas matrimoniales como la principal herramienta de conservación de las encomiendas en manos de sus familias<sup>78</sup>. Sin embargo, como bien lo expresa Germán Colmenares, la amenaza terminó por disolverse ella sola debido a la fragilidad de la base de poder de los encomenderos, fragmentada a razón de la merma de la población indígena, la presión de otros grupos sociales como comerciantes, mineros y oficiales, y la dispersión de su influencia a medida que su círculo familiar se iba ampliando<sup>79</sup>.

Para la década de 1550, se generó en estos territorios una necesidad imperante de expansión hacia nuevas tierras. Por un lado, la aguda crisis demográfica de la población indígena tributaria amenazaba los intereses económicos de los poderosos encomenderos, pues la mano de obra disponible para explotar era cada vez más reducida; por otro, existía un buen sector de blancos empobrecidos recién llegados de Europa o que no se habían visto tan beneficiados en las campañas de conquista anteriores, y que reclamaban oportunidades y recompensas para sus personas y familias<sup>80</sup>. Además, si bien las regiones en que se habían asentado las principales ciudades gozaban de una buena disposición para la agricultura y contaron a comienzos de su colonización con una amplia población indígena para utilizar como mano de obra, era muy poco lo que ofrecían en términos de extracción de metales preciosos, específicamente, de plata y oro<sup>81</sup>.

---

<sup>76</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 121.

<sup>77</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 129-130.

<sup>78</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 125-126.

<sup>79</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 130.

<sup>80</sup> Esta llegada masiva de pobladores ocasionó que las autoridades buscaran una forma de deshacerse de estos “vagos” y “desocupados”, siendo la mejor manera la de utilizarlos para nuevas conquistas y poblaciones. Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 25. Esta solución fue adoptada en ocasiones posteriores, como en el envío de tropas de Popayán a Caloto a comienzos de 1584, en donde se mandaba a que se implementaran para ello los soldados desocupados que había en la ciudad. “Acta del cabildo de Popayán del 1 de enero de 1584”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 34r-34v.

<sup>81</sup> Para ese entonces los principales centros mineros eran, de la gobernación de Popayán, los distritos de Arma, Cali, Anserma y Cartago (en cada una de estas tres últimas ciudades había ya para 1558 casa de fundición), mientras que en el Nuevo Reino eran en Pamplona y algunos aluviones del valle del Magdalena. Los ricos enclaves mineros de la provincia de Antioquia, como San Jerónimo, Cáceres y Zaragoza, apenas comenzaron a ser explotados a partir de

Por este motivo, y en un impulso conjunto entre particulares y los oidores de la Real Audiencia, se generó un proyecto de expansión y conquista a la zona de la cordillera Central, famosa por sus riquezas minerales, con abundante población indígena, y única posibilidad geográfica de comunicación entre las hasta entonces mal comunicada gobernación de Popayán y Nuevo Reino de Granada. A pesar de la promulgación de las Leyes Nuevas en 1548, las cuales prohibieron la continuación de las conquistas, la insatisfacción de estos hombres y la necesidad de aumentar la zona de influencia del régimen hispánico triunfó sobre las instrucciones de la Corona.

Sin embargo, aventurarse en esta zona hasta entonces fronteriza no era tarea sencilla. Los intentos anteriores de penetrar en estas tierras no habían resultado muy fructíferos. Desde el Nuevo Reino, por ejemplo, hacia el año de 1537, después de que el adelantado Jiménez de Quesada hubiera recibido noticias de las riquezas del valle de Neiva por parte de los muisca, envió a tropas a su exploración. Saliendo desde Tunja, estos hombres cruzaron por Suesca y Pasca, se dirigieron al páramo de Sumapaz, y descendieron a las vertientes de la cordillera hasta llegar al río Magdalena y el valle de Neiva, en donde avanzaron hasta las cercanías de la actual Altamira. Sin embargo, el mal clima, las enfermedades y la hostilidad de los indios impidió el avance de la expedición, de lo que resultó que desde entonces esta tierra fuera llamada el “valle de la tristura”<sup>82</sup>.

Por su parte, desde Popayán, Sebastián de Belalcázar, ilusionado por encontrar la tierra de El Dorado, partió en junio de 1538 hacia el nororiente, en donde deambuló por varios meses. Después de haber cruzado por los páramos y por los ásperos montes de la cordillera, llegó al valle de Neiva, donde a comienzos de 1539 se topó con Hernán Pérez de Quesada, hermano del adelantado, con quien se dirigió hacia la sabana de Bogotá. Antes de esto, Belalcázar había mandado a un grupo de 50 hombres, comandados por Pedro de Añasco, para que río arriba del Magdalena fundara una población. Así, en diciembre de 1538, fue fundada en las montañas la villa de Guacacallo (posteriormente llamada Timaná), aunque su existencia estaría siempre en vilo debido a los enfrentamientos con los indígenas yalcones y andaquíes, hasta que en 1553 fue completamente destruida por el rebelde Álvaro de Oyón<sup>83</sup>. Finalmente, el último intento de

---

1580. Zamira Díaz López, *Oro, sociedad y economía. El sistema colonial en la Gobernación de Popayán: 1533-1733* (Bogotá: Banco de la República, 1994), 96-111; Germán Colmenares, “La economía y la sociedad”, 124-125.

<sup>82</sup> Bernardo Tovar Zambrano, “Conquista española y resistencia indígena. Las provincias de Timaná, Neiva y la Plata durante el siglo XVI”, en *Historia General del Huila*, director científico Bernardo Tovar Zambrano, vol. 1, (Neiva: Instituto Huilense de Historia, 1996), 213-215.

<sup>83</sup> Nota de fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo V, cuarta noticia, capítulos III y IV, 377-384.

colonización en esta área fue cuando en 1539 se dispuso a Juan Cabrera para que con 70 hombres fundara la villa de Neiva, como en efecto lo hizo, en el lugar conocido como Las Tapias, a cinco kilómetros al sur del actual municipio de Campoalegre. Sin embargo, su existencia allí fue efímera, pues al año siguiente el mismo Cabrera tuvo que despoblarla para ir en ayuda de Timaná (en aquel entonces, la ya nombrada Guacacallo), asediada por los nativos<sup>84</sup>.

Fue desde la ciudad de Tocaima, fundada y poblada en 1544 junto al río Pati<sup>85</sup>, frontera occidental del Nuevo Reino, que se dio inicio al nuevo proyecto de conquista y colonización. Con bastante seguridad puede afirmarse que por esta población pasaron los hombres al mando del capitán Andrés López de Galarza, quien, por mandato de los oidores de la Real Audiencia de Santa Fe, fue designado para explorar y poblar las montañosas tierras de la banda occidental del río Magdalena. Así, a finales de junio de 1550, consiguió juntar 93 soldados, 40 de los cuales eran de a caballo, todos bien apertrechados de armas y protecciones, cuya mayoría había participado en las jornadas que dieron paso a la fundación de ciudades como Santa Fe y la misma Tocaima<sup>86</sup>. Desde el Nuevo Reino se dirigió al valle de Las Lanzas, a donde llegó en los primeros días de julio. Una vez allí, estableció relaciones con los indígenas pijaos de aquel valle y de Metaima, tratando siempre de traerlos a paz por medio de promesas de protección y buen trato. Bajo ninguna circunstancia quería entrar en conflictos con ellos, pues si mataban a los indios no tendrían “quien les sirviese y sustentase”<sup>87</sup>. Después de varios encuentros de diversa índole con los indígenas, López de Galarza pudo reducirlos a obediencia y procedió a fundar la ciudad de Ibagué ese mismo año, un poco más al occidente de su actual ubicación, en donde hoy se halla el municipio de Cajamarca<sup>88</sup>.

En agosto de 1550, el capitán Juan Alonso Arias fue enviado a repoblar Neiva, abandonada por Cabrera, su fundador. Si bien esta ciudad no se encontraba en la cordillera central sino en el valle que yacía justo al lado de ésta, su repoblamiento resultaba imperante para asegurar las rutas comerciales que venían desde Popayán pasando por Timaná. Ya en el año de 1546 se había realizado un intento de repoblamiento por parte de Hernando de Benavente y Luis Mideros,

---

<sup>84</sup> Bernardo Tovar Zambrano, “Conquista española y resistencia indígena”, 216-225.

<sup>85</sup> La localización actual de Tocaima corresponde al traslado que se hizo de la ciudad en el año de 1621. Ver: Germán Rodrigo Mejía Pavony, *La ciudad de los conquistadores, 1536-1604* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2012), 108.

<sup>86</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 1, 618-619; Hernán Clavijo Ocampo, *Formación histórica*, tomo I, 34-35.

<sup>87</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 3, 639.

<sup>88</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulos 3 y 4, 633-648.



aunque terminó en fracaso. Alonso Arias repobló la ciudad, cambiando su nombre al de San Juan de Neiva, y la ubicó en el lugar en que hoy se encuentra la población de Villavieja<sup>89</sup>.

Poco después, en febrero de 1551, los oidores de la Real Audiencia encomendaron al capitán Francisco Núñez Pedroso, vecino de Tunja<sup>90</sup>, la tarea de conquistar y pacificar a los indios panches, cuyos territorios se extendían desde la margen izquierda del río Magdalena, siguiendo hacia el occidente hasta tierras de pijaos, además de explorar las tierras de los indios pantágoras, y fundar y poblar una ciudad en el sitio que considerara más conveniente. Así, con cerca de una centena de hombres dio marcha a su misión y pudo fundar, el 28 de agosto de 1551, la ciudad de San Sebastián de Mariquita<sup>91</sup>. Poco después, y continuando sus exploraciones en la cordillera, Núñez Pedroso se encontraría con el capitán Hernando Cepeda, quien, por órdenes de Belalcázar, había salido de la ciudad de Arma a explorar este mismo territorio. El encuentro de los capitanes estuvo marcado por una fuerte hostilidad, pues además de asuntos personales, ambos se disputaban el dominio y la sujeción de aquellas provincias a sus gobernaciones. Después de varias reyertas entre ambos, acordaron regresar cada a uno a sus respectivas jurisdicciones<sup>92</sup>.

Desde el Nuevo Reino, fueron estas tres poblaciones, Ibagué, Neiva y Mariquita, a través de las cuales se siguió tratando de desplazar la frontera. A partir de allí se dirigieron expediciones que resultaron en más fundaciones en la Cordillera Central en los siguientes años y décadas. Al norte se fundaron las ciudades de Victoria, llevada a cabo por Ascencio de Salinas en 1553, Remedios, realizada por Francisco de Ospina el 15 de diciembre de 1560, y Santa Agüeda, poblada por Gonzalo Jiménez de Quesada en 1574<sup>93</sup>. Al sur, la expedición que salió de Ibagué comandada por el capitán Domingo Lozano dio por resultado la fundación de la ciudad de San Vicente de Páez en 1563<sup>94</sup>.

---

<sup>89</sup> Bernardo Tovar Zambrano, “Conquista española y resistencia indígena”, 226-227.

<sup>90</sup> Francisco Núñez Pedroso era natural de Granada, España. Parece que arribó al Nuevo Reino huyendo del Perú por haber participado en el motín en el que murió Francisco Pizarro. Se asentó en Tunja, en donde fue vecino y obtuvo encomiendas, además de casarse con Ana de Cogollos. Una de sus hijas, María de Montalvo contrajo matrimonio con Hernando de Rojas, compañero de Belalcázar. Juan Rodríguez Freyle, *El Carnero*, 133-135, nota al pie 57; Juan Flórez de Ocáriz, *Genealogías del Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1990 [1676]), libro segundo, árbol XXXV, 1, 464.

<sup>91</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo IV, sexta noticia, capítulo XL, 301-302.

<sup>92</sup> Juan Rodríguez Freyle, *El Carnero*, 133-134, nota al pie 57; Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro octavo, capítulos 1-13, 655-739.

<sup>93</sup> Germán Rodrigo Mejía Pavony, *La ciudad de los conquistadores*, 113-114; Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 27.

<sup>94</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo II, libro dieciséis, capítulo 6, 744-750.

En la gobernación de Popayán se realizaron esfuerzos semejantes de colonización. Con la intención de asegurar las rutas comerciales hacia la gobernación, y de dominar a los indígenas paeces y yalcones, el licenciado Francisco Briceño, gobernador interino de Popayán, despachó al capitán Sebastián Quintero, soldado de la hueste de Belalcázar, de lo que resultó la fundación de la ciudad de San Sebastián de La Plata en 1551, ubicada en el actual municipio de La Argentina<sup>95</sup>. También se dio paso al repoblamiento de la ciudad de Timaná para el año de 1558, la cual, como se mencionó, había sido destruida por Álvaro de Oyón en 1553. En esta ocasión, la población fue trasladada a orillas del río Timaná. Más hacia el sur, entre las ciudades de Popayán y Pasto, el mismo Briceño envió, en 1551, a Vasco de Guzmán para que hiciera población en la provincia de Guachicono. Fue así como se dio paso a la fundación de ciudad de Almaguer, aunque poco después el gobierno de ésta le fue transferido a Alonso de Fuenmayor, yerno de Sebastián de Belalcázar, pues hubo algunas calumnias que desprestigiaron a Guzmán<sup>96</sup>.

Hacia el norte de la gobernación también se realizaron intentos de expansión. Entre los últimos años de la década de 1540 y primeros de la de 1550, no se sabe muy bien con exactitud, se designó al capitán Giraldo Gil de Estupiñán, quien había acompañado al mariscal Jorge Robledo en las conquistas de Antioquia y había sido uno de los fundadores de la ciudad de Cartago, para conquistar y pacificar las tribus de Buga. Para ello, salió de Cartago con una compañía de 150 hombres y se dirigió al suroeste. En el río de Bugalagrande pudo fundar una villa del mismo nombre, aunque la población fue bastante efímera por los ataques realizados por los indios de la llanura, acompañados de pijaos y putimaes, en uno de los cuales murió el mismo capitán Gil de Estupiñán junto con otros 49 hombres<sup>97</sup>. Años después, por orden del gobernador de Popayán, Luis de Guzmán, se despachó a don Alonso de Fuenmayor para la pacificación de la revuelta de Buga, para lo cual le fue otorgado título de teniente general. Entre finales de 1558 y comienzos de 1559, Fuenmayor fundó la ciudad de Guadalajara de Buga, y aunque no se conoce con precisión en qué lugar fue ubicada, si se sabe que lo fue bien entrada en la cordillera, en tierra de páramos, pues se pensaba utilizar como un punto de apoyo para la conquista de las tribus indígenas de ese territorio<sup>98</sup>. Sin embargo, aproximadamente diez años más tarde, los vecinos de la ciudad solicitarían su traslado al valle del Cauca, argumentando que la población estaba ubicada

---

<sup>95</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo V, cuarta noticia, capítulo III, 377.

<sup>96</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo V, cuarta noticia, capítulo III, 377.

<sup>97</sup> Tulio Enrique Tascón, *Historia de la conquista de Buga* (Bogotá: Editorial Minerva, 1938), 33-39.

<sup>98</sup> Tulio Enrique Tascón, *Historia de la conquista*, 40-47.

en tierras con pocas posibilidades para cultivos y alejada de las rutas del comercio. El 30 de septiembre de 1569, el gobernador Álvaro de Mendoza Carvajal aprobó el traslado a la ribera meridional del río Guadalajara, el cual tuvo lugar en febrero de 1570<sup>99</sup>.

### **1.3. ENCUENTROS Y DESENCUENTROS CON LA POBLACIÓN INDÍGENA PIJAO**

Tradicionalmente se ha pensado a razón de los muchos enfrentamientos que hubo contra los pijaos, y en especial por la guerra de exterminio que se llevó a cabo contra estos durante el gobierno del presidente de la Audiencia, don Juan de Borja, que las relaciones entre este grupo indígena y el mundo colonial fueron siempre de antagonismo y completa enemistad. Sin embargo, una lectura cuidadosa de las fuentes y una crítica rigurosa a las mismas permite aproximarse de una manera más acertada a la realidad del contacto intercultural.

Para lo anterior, resulta especialmente elocuente lo narrado por fray Pedro de Aguado sobre la expedición de Andrés López de Galarza a las tierras de pijaos cercanas a Ibagué, la ciudad que fundaría en esa misma empresa. Cuando los soldados y su capitán abandonaron el Nuevo Reino y llegaron al valle de las Lanzas, al cual sus moradores llamaban Combaima, los indios que allí había salieron de paz y se hicieron amigos de los españoles, a quienes proveyeron de todos los bastimentos necesarios durante el tiempo que permanecieron en sus tierras. Para procurar esta amistad que le había sido ofrecida, López de Galarza evitó entrar a las poblaciones de estos indígenas, pues temía que sus soldados o los indios ladinos que traía a su servicio se aprovecharan de ello tomando alguna cosa para su provecho, acabando con la estabilidad alcanzada y entrando en conflictos con un grupo del cual tenía noticia acerca de “quan briosa y belicosa gente era la de aquel valle, y con quanta obstinacion peleaban y se defendian si una vez tomavan las armas”<sup>100</sup>. Tras esto, el capitán se dirigió a una población conocida como Metaima, para lo cual los indios le ofrecieron guías para el camino. A pesar de que los primeros contactos con los pobladores de Metaima fueron algo agresivos, pues estos indígenas procuraban estorbar el andar de los soldados derribando árboles para bloquear los caminos, cuando al fin llegaron a aquella provincia, y según narra Aguado, los nativos, al ver que los españoles y sus tropas podían hacerles mucho daño, ofrecieron la paz, les dieron de comer, y los invitaron a hospedarse en sus hogares.

---

<sup>99</sup> Tulio Enrique Tascón, *Historia de la conquista*, 46-55.

<sup>100</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 2, 623-624.

Como a los de Combaima, López de Galarza les prometió que no les haría daño, pero lo que realmente los alegró fue el que les dijera que tenía pensado seguir adelante, pues temían mucho a las tropas del capitán. Así, estos indígenas manifestaron que le habrían de proveer de lo necesario para la jornada, y que además, no solo le darían guías, sino que llevarían sus cargas, “tanto era el deseo de echallo de su tierra y poblaciones”<sup>101</sup>.

Después de lo anterior, decidieron dirigirse a las tierras de Ibagué. Cuando llegaron al río de Tolima lo encontraron bastante crecido y cruzarlo era sumamente dificultoso, pues los indígenas, a pesar de tener puentes para atravesarlo, los destruyeron al enterarse de que los españoles se acercaban. Vadeando estas dificultades, las tropas pudieron continuar cruzando el río con sus caballos. Días después se encontraron con varios grupos de indios que desde lo alto de la montaña tocaban sus cornetas y fotutos. Por medio de intérpretes, los soldados entendieron que lo que estos pijaos les gritaban era “que se bolviesen atras y no curasen de pasar adelante, si no querian en breve tiempo verse sepultados en sus vientres y destruidos y arruinados todos, sin que uno ni ninguno escapase, con lo qual enteramente pagarian su temeridad y atrevimiento”<sup>102</sup>. El capitán, por medio de los mismos intérpretes, les hizo saber que no quería hacerles daño, sino enseñarles los grandes beneficios de jurar obediencia al Rey y a la fe católica, ante lo cual, de manera pacífica, los indios permitieron subir a los españoles a su población, compartieron con ellos la tarde y les dejaron dormir en sus casas, aunque en la noche todos ellos escaparon, dejando solos a los soldados. Ante esto, las tropas temieron una emboscada, pues sabían que era usual que los indios ofreciesen la paz para luego desaparecer y atacarlos desapercibidos. Sin embargo, en aquella ocasión no lo hicieron así, sino que regresaron pacíficamente y les proveyeron bastimentos<sup>103</sup>.

Prosiguiendo la jornada, pasaron por el valle de Anaima, donde los indios también ofrecieron la paz, pero, a diferencia de los anteriores, éstos si la utilizaron como una táctica para atacar más tarde. En los días siguientes hubo varios enfrentamientos, en especial contra un grupo de soldados que López de Galarza había mandado a cargo de un tal Lope de Salcedo. Según la crónica, estos españoles tuvieron que vérselas con 4.000 indios de guerra, que después de muchos esfuerzos pudieron mitigar<sup>104</sup>. Poco después, se dio paso a la fundación de la ciudad de

---

<sup>101</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 2, 625-627.

<sup>102</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 2, 630-631.

<sup>103</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 2 y 3, 627-633.

<sup>104</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 3, 636-640.

Ibagué (en 1550), no sin antes haber tenido más enfrentamientos, en especial en los intentos de pacificar las provincias de Matacaima, Caima, Chitanema, Chinacataima, y Tocina<sup>105</sup>.

Una vez fundada la ciudad y tras haberse repartido los indios entre los soldados que hicieron parte de la empresa, comenzó a aflorar un fuerte descontento entre los nativos. Cansados de los muchos abusos de que eran víctimas, entre los que se mencionan los trabajos excesivos haciendo casas y labranzas, la entrega de oro, el rapto de sus hijos e hijas, y repetidos maltratos físicos, concluyeron que era “mexor morir que pasar y sufrir tales afrentas y trabaxos”<sup>106</sup>. Para ello, convocaron a todas las provincias y parcialidades, con lo que consiguieron juntar más de 8.000 guerreros, los cuales tuvieron cercada la ciudad durante 40 días, realizando constantes ataques. Los vecinos de la población solicitaron auxilio a la Real Audiencia, para lo cual fue despachado el capitán Ascencio de Salinas, pudiendo pacificar y allanar la tierra. Sin embargo, cinco o seis años después los indígenas volvieron a rebelarse junto con los panches y los naturales de Mariquita. Según Aguado, fue por causa de estas dos rebeliones que quedaron tan pocos indios de los ocho mil que había en la provincia de Ibagué, por lo cual no se contaba con quién explotar las minas de oro y plata de la tierra<sup>107</sup>.

De lo anterior puede apreciarse que no existió una división por completo tajante que separara irremediabilmente a españoles e indígenas desde el primer contacto. Seguir analizando estos fenómenos bajo aquella mirada completamente diferenciadora es continuar perpetuando los prejuicios de muchos de los documentos y crónicas de la época. Al igual que con la clasificación de grupos indígenas y la producción de taxinomias, debe reconocerse que éstas son tan solo una de las muchas visiones del mundo social, la cual está, necesariamente, históricamente fechada y condicionada<sup>108</sup>. En el caso aquí tratado, esta problemática se encuentra particularmente en la identificación de una multitud de grupos indígenas bajo un mismo nombre, llevando a generalizaciones que se siguen reproduciendo hoy en día. Tal vez sería mucho más apropiado para el estudio de este tipo de relaciones interculturales considerar a estos grupos dentro de sus diferentes provincias o parcialidades, pues así no solo se llegaría a una mejor clasificación del

---

<sup>105</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 4, 644-648.

<sup>106</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 5, 649.

<sup>107</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 5, 650-652.

<sup>108</sup> Guillaume Boccara, “Colonización, resistencia y etnogénesis en las fronteras americanas”, en Guillaume Boccara (editor), *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI-XX)* (Quito: IEFA, ediciones Abya-Yala, 2002), 48-52.

mundo indígena y colonial, sino también a una comprensión más cercana de la realidades políticas, económicas, sociales y culturales<sup>109</sup>.

Como lo menciona Guillaume Boccara, en la realidad no existieron divisiones totalmente categóricas como entre civilización y barbarie, aculturación o resistencia, en especial en las zonas fronterizas. Estos territorios, por su mismo carácter, propendían a la inestabilidad, permeabilidad y circulación de todo tipo de elementos culturales, sociales y económicos. Así, se pasa de un límite divisor a una frontera que relaciona dos o más formas de vida y que reconfigura las identidades de sus habitantes. Estas interacciones, en vez de presentar estas realidades como el choque de “dos bloques monolíticos”, lo que muestra es la creación de nuevos espacios y comunicaciones producidos por la mezcla de tradiciones<sup>110</sup>. Estos espacios han sido reunidos bajo la noción de *middle ground*, implementada por Richard White y retomada por Boccara<sup>111</sup>.

Considerando estas ideas para el presente caso, puede verse que, si bien hubo una marcada hostilidad ante el ingreso de las tropas españolas, hubo también parcialidades de pijaos de la sierra que ofrecieron una amistad real a los nuevos colonos. A pesar de que Aguado mencione que la principal motivación de estos actos era el miedo a las armas de los europeos, en el mismo texto se encuentran otras menciones que pueden ampliar el panorama. El cronista cuenta que lo que más les interesaba intercambiar a los indígenas con los soldados era sal de la traída del Nuevo Reino, así como gallinas y algunos objetos de manufactura ibérica. Por dos o tres libras de sal llegaban a entregar chagualas de oro fino que podían pesar más de seis pesos<sup>112</sup>. Esta posibilidad de intercambio representaba para los pijaos una forma de hacerse con un producto vital ajeno a su tierra de manera constante y segura.

Además de esto, algunos personajes como el capitán Domingo de Lozano, vecino de Ibagué, a quien le fue mandado pacificar a los indios de Timaná en 1562, se sirvió de la ayuda militar de los pijaos para facilitar sus propósitos. Para ello, llevó soldados y guías de estos indígenas, los cuales fueron una pieza fundamental en su entrada al territorio de los paeces, contra los cuales

---

<sup>109</sup> A pesar de hacer esta aclaración, debe también expresarse que esto se deja un poco de lado en el resto del presente estudio, pues éste capítulo busca una contextualización del lector para los temas de los próximos apartados.

<sup>110</sup> Guillaume Boccara, “Colonización, resistencia y etnogénesis”, 48-57.

<sup>111</sup> Richard White, *The middle ground. Indians, empires and republic in the Great Lakes region, 1650-1815* (New York: Cambridge University Press, 2011), 50-93.

<sup>112</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 3, 633-634.

los mismos pijaos, a pesar de tener relaciones comerciales con algunos de sus grupos y de haberse apoyado en acciones bélicas anteriores, tenían también ciertas rivalidades<sup>113</sup>.

Por otra parte, puede notarse que gran parte de la agresividad mostrada por algunos de estos indígenas fue generada a partir del abuso que los europeos hicieron de ellos, rompiendo así con los pactos de paz y buen trato que hombres como el capitán López de Galarza les había prometido. Una denuncia similar fue presentada por el presidente Francisco de Sande a finales de 1597, al decir que gran parte de la culpa del despoblamiento de las ciudades de San Sebastián de La Plata y San Vicente de Páez había sido a razón de la opresión que los vecinos y encomenderos ejercían sobre los indios de paz, lo que los llevó a unirse a sus coterráneos que todavía resistían<sup>114</sup>. Los abusos del régimen de la encomienda y del orden social que los españoles deseaban imponer llevó a muchos de estos indígenas a tener una razón bien fundamentada para hacer la guerra. Tal vez sean las palabras expresadas por un indio tuerto de los paeces que el capitán Lozano encontró en su expedición, las que mejor expresen este sentimiento. Cuando le preguntaron cuál era el propósito de que los indios continuaran la guerra, este respondió “que estaban obstinados en seguir el guerrear y defender su libertad, porque aborreçian con entrañable odio la subjeçion y servidumbre que sobre ellos querian o pretendian los españoles poner”<sup>115</sup>.

Tras estos primeros contactos prolongados, es claro que la mayoría de grupos pijaos optaron por enfrentarse al régimen imperial, logrando conmocionar gravemente a la gobernación de Popayán y a la Audiencia de Santa Fe durante varias décadas, a pesar de que algunos de sus compañeros habían aceptado el dominio y servían a los intereses españoles. Sin embargo, no por oponer una férrea resistencia se privaron de las influencias de sus enemigos y de las ventajas que podía ofrecer el asimilar sus costumbres y tradiciones. Como se verá en el capítulo 3, fue normal que los pijaos robaran y utilizaran las armas de los soldados que eran enviados a castigarlos, o que estudiaran a sus enemigos para sabotear sus tácticas, como cuando apagaban las mechas de los arcabuceros. Incluso llegaron a aprender el castellano y proferir amenazas en este idioma a sus oponentes en medio de la batalla<sup>116</sup>.

---

<sup>113</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo II, libro dieciséis, capítulos 3-10, 713-771.

<sup>114</sup> “[Carta de Francisco de Sande, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 21 de octubre de 1597, en A.G.I., *Santa Fe* 17, R. 14, N. 140, f. 2v.

<sup>115</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo II, libro dieciséis, capítulo 8, 757.

<sup>116</sup> Durante las jornadas mandadas a realizar por el presidente Borja, un soldado mulato llamado Ospina, quien servía en una compañía que había sido mandada a recorrer el valle de Las Hermosas por el capitán Juan Bautista de los Reyes, fue sorprendido por un pijao quien, antes de atacarlo, le dijo en castellano: “¡Vas, mulato!”. El soldado

Esta fuerte y enconada resistencia por parte de la mayoría de los pijaos se convirtió en un problema de primer orden para particulares y oficiales de ambos lados de la cordillera. Durante años fluyeron peticiones a oidores, gobernadores y presidentes para que tomaran medidas ante esta problemática. Las razones que esgrimían para justificar el hacer la guerra a estos indios fueron muchas y variadas, como se tratará a continuación.

## 1.4. JUSTIFICACIONES DEL BANDO HISPÁNICO PARA HACER LA GUERRA

### 1.4.1. DEFENSA DE LOS CAMINOS

Las tierras en que habitaban los pijaos y aquellas aledañas en donde realizaban sus incursiones guerreras eran precisamente en las que se encontraban los caminos que unían al Nuevo Reino de Granada con la gobernación de Popayán, así como los que comunicaban internamente a las provincias. El primero de ellos era la ruta por el páramo de Guanacas, camino utilizado desde tiempos prehispánicos. Su longitud era de aproximadamente 26 leguas (alrededor de 145 kilómetros<sup>117</sup>) que iban desde la ciudad de Popayán hasta la de Timaná<sup>118</sup>. Recorrerlo podía gastar hasta veinte días y se contaba con bastantes peligros, en especial de perder las cabalgaduras<sup>119</sup>. El brusco descenso desde los páramos y la cordillera al caliente clima del valle de Neiva era fatal para muchos de los que trajinaban por allí, incluidos los indígenas que eran utilizados como acémilas<sup>120</sup>. También existía otro camino relativamente cercano que comunicaba a Popayán con la ciudad de San Sebastián de La Plata, aunque al parecer las 30 leguas (aproximadamente 167 kilómetros) que lo componían, siempre estuvieron en pésimas condiciones<sup>121</sup>. Desde esta última

---

fue salvado por uno de sus compañeros, quien logró matar de un disparo al indígena. Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo 48, 439.

<sup>117</sup> La conversión de leguas a kilómetros se ha realizado a partir de la equivalencia presentada en la “Novísima Recopilación de las Leyes de España”, Ley V, Libro IX, Título IX, publicada en 1805 por orden de Carlos IV, según la cual una legua equivaldría a 5.572 metros. Sin embargo, como lo demostró Luis Eduardo Páez Courvel, la medida de legua fluctuó bastante en los territorios de la actual Colombia entre los siglos XVI a XVIII, yendo desde los 2.507 metros hasta los 8.400. La elección realizada por la equivalencia de la Novísima Recopilación se debe a que, tras haber utilizado sistemas de medición geográfica para calcular las distancias de los caminos entre las poblaciones descritas, demuestra ser la que más se ajusta con los documentos de la época. Ver: Luis Páez Courvel, *Historia de las medidas agrarias antiguas* (Bogotá: Librería Voluntad, 1940), 151-155, 160.

<sup>118</sup> “Relación de Popayán (Siglo XVI)”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 470.

<sup>119</sup> “Carta annua de la vice provincia del Nuevo Reyno y Quito en los reynos del Peru”, 1605, en A.R.S.I., *Novi Regni et Quito*, tomo 12, f. 21r.

<sup>120</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 30-31.

<sup>121</sup> “Memorial que da Fray Geronimo Descobar Predicador de la Orden de Sant Agustin al Real Consejo de Yndias de lo que toca a la Provincia de Popayan (1582)”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 389.



población salía otro que iba hasta la ciudad de Timaná, el cual tenía una longitud de 10 leguas (cerca de 55 kilómetros)<sup>122</sup>.

Al norte del territorio pijao existieron también otras rutas que comunicaban a Popayán con el Nuevo Reino. Las primeras en ser utilizadas por los españoles fueron los llamados caminos de Santa Isabel y de Herveo. El primero salía desde la ciudad de Tocaima, cruzaba el Magdalena a la altura de la desembocadura del río Opia, pasaba por el pueblo de Venadillo, y finalmente atravesaba la Cordillera Central, entre los nevados del Tolima y de Santa Isabel, para descender hasta Cartago<sup>123</sup>. El segundo ascendía por el río Guarinó hasta los nevados de Herveo y el Ruíz para luego descender por Chinchiná hasta la ciudad de Cartago<sup>124</sup>.

Sin embargo, hacia 1550, después de que el capitán Andrés López Galarza fundase la ciudad de Ibagué en el llamado Valle de Las Lanzas, fue abierta otra ruta que pasaría a conocerse como el camino del Quindío, el cual comprendía el siguiente recorrido. Desde Popayán, siguiendo el curso del río Cauca, y pasando por Cali, se llegaba hasta un lugar conocido como el “Paso de Gallo”, en donde se cruzaba el río La Vieja para ascender hasta Cartago, pasando por un pueblo de indios llamado Pindaná de los Cerrillos. Una vez se llegaba a la ciudad, se proseguía a subir la cordillera bordeando el río Otún, pasando por un sitio llamado El Roble, y descendiendo nuevamente para cruzar el río Quindío y llegar al sitio de Boquía. Allí se tomaba el curso de éste último río y se ascendía nuevamente a la cordillera hasta el río Toche, desde donde se descendía a Ibagué. Cuando se alcanzaba esta población, los viandantes podían tomar el camino hacia Mariquita para dirigirse hacia Santa Fe, o embarcarse en el Magdalena con dirección a la costa Caribe<sup>125</sup>.

La distancia que separaba a Ibagué de Cartago era entre 22 a 25 leguas (aproximadamente 130 kilómetros) y recorrerla tomaba alrededor de cuatro días<sup>126</sup>. A pesar de que este camino era “tan

---

<sup>122</sup> “Memorial que da Fray Geronimo Descobar”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 389.

<sup>123</sup> Jesús Cuervo y Alejandro Caicedo, *Camino de Santa Isabel. Su historia, conveniencia y practicabilidad y ventajas sobre los demás que atraviesan la Cordillera Central* (Bogotá: Imprenta Zalamea Hermanos, 1888), 6

<sup>124</sup> Francisco Zuluaga, “Por la montaña del Quindío. El camino real de Santafé hasta Quito, por la montaña del Quindío”, en *Caminos Reales de Colombia*, directores del proyecto Pilar Moreno de Ángel y Jorge Orlando Melo (Bogotá: Fondo FEN Colombia, 1995), 157-179

<sup>125</sup> Álvaro Acevedo Tarazona y Sebastián Martínez Botero, “El camino Quindío en el Centro Occidente de Colombia. La ruta, la retórica del paisaje y los proyectos de poblamiento”, *Estudios Humanísticos. Historia*, núm. 4 (2005), 11.

<sup>126</sup> Francisco Zuluaga, “Por la montaña del Quindío”; “Descripción del Nuevo Reyno [Santafé 9 de junio de 1572]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo III, 292; “Relación de las cosas notables que hay en el distrito de esta Audiencia de el Nuevo Reyno de Granada [ca. 1608]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo III, 498.

conocido por malo”, los viandantes lo preferían al de Herveo o al de Santa Isabel porque a estos se les consideraba peores. También era una mejor vía de comunicación a comparación del largo rodeo que había que dar por Neiva y Timaná, por donde se pasaba un muy largo y despoblado páramo, y tan frío y perjudicial, que en él se helaban y perecían muchas personas de las que habían de andar esta jornada; y demás de esto y de la aspereza y maleza de este camino, se hacía un grande rodeo de muchas leguas que doblaba el trabajo a los que lo caminaban su grande longura”<sup>127</sup>.

En cuanto a los caminos que comunicaban internamente a las provincias, estos seguían básicamente el derrotero marcado por los ríos Magdalena y Cauca. Desde Timaná había uno que se dirigía al Norte, pasando por el valle y la ciudad de Neiva, y que se bifurcaba con direcciones hacia Tocaima, cruzando el Magdalena, o hacia Ibagué, al occidente, siendo la distancia entre estas dos ciudades de 15 leguas (83.5 kilómetros)<sup>128</sup>. Desde esta última población, los trajinantes podían dirigirse al norte, hacia Mariquita, y de allí al puerto de Honda, punto clave en los viajes hacia Santa Fe o hacia la costa Caribe. El largo camino que iba desde Tocaima hasta Timaná tenía cerca de 80 leguas de largo (aproximadamente 445 kilómetros) y transcurría por tierra caliente, con gran cantidad de mosquitos y ríos caudalosos que desembocaban al Magdalena<sup>129</sup>. Por su parte, la ruta que corría paralela al río Cauca iba desde Popayán hasta Cartago, pasando por Cali y Buga, en la cual se recorrían alrededor de 64 leguas de camino llano (356.6 kilómetros)<sup>130</sup>.

Existían también otros caminos menores utilizados para moverse al interior de las provincias, o que llegaron a abrirse para adentrarse hacia el filo de la cordillera central. En julio de 1605, el gobernador de Popayán, don Vasco de Mendoza y Silva, escribía al rey para informarle que después de muchos esfuerzos había logrado abrir un camino para caballos hasta la tierra de los pijaos, “cossa antes no vista y tenido por dificultosa”<sup>131</sup>. Esto permitió no solo evitar el uso de

---

<sup>127</sup> Fray Pedro de Aguado, *Recopilación Historial*, 332.

<sup>128</sup> “Descripción del Nuevo Reyno [Santafé 9 de junio de 1572]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo III, 292; “Relación de las cosas notables que hay en el distrito de esta Audiencia de el Nuevo Reyno de Granada [ca. 1608]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo III, 495.

<sup>129</sup> “Relación de las cosas notables que hay en el distrito de esta Audiencia de el Nuevo Reyno de Granada [ca. 1608]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo III, 496.

<sup>130</sup> “Memorial que da Fray Geronimo Descobar”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 389-390; “Relación de Popayán (Siglo XVI)”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 456-457; Francisco Zuluaga, “Por la montaña del Quindío”.

<sup>131</sup> “[Carta del gobernador de Popayán, don Vasco de Mendoza y Silva]”, 6 de julio de 1605, en A.G.I., *Santa Fe* 18, R. 6, N. 36, ff. 1r-1v.

indios amigos cargueros, sino que también agilizó el movimiento de las tropas. Asimismo, puede mencionarse un camino de mediados del siglo XVI que existía entre el río La China y los aposentos del encomendero Antonio del Portillo, cerca de la ciudad de Ibagué<sup>132</sup>. Sin embargo, no se entrará aquí a una descripción de estas rutas menores por la enorme dificultad que representa su localización exacta (para una mejor visualización de los caminos, ver mapa 2).

Los caminos fueron el blanco favorito de ataque de los indígenas pijaos. Las menciones a asaltos, asesinatos y robos en ellos abundan por doquier en las fuentes. Como bien lo mencionaba el capitán Diego de Bocanegra a mediados de 1603, “Los caminos reales tiénenlos todos ganados y por suyos y no se puede pasar por ellos sin escolta y guarnición de arcabuceros”<sup>133</sup>. Opiniones similares fueron recogidas por el oidor Juan de Villabona a finales de marzo y comienzos de abril de 1613, en las cuales se menciona que para trasegar los caminos debían hacerse compañías de por lo menos diez personas armadas de arcabuces y escopetas para hacer guardia en la noche y evitar los ataques de que eran víctimas, los cuales a veces, incluso tomando todas las precauciones necesarias, resultaban inevitables<sup>134</sup>. Estos comentarios formaban ya parte de una extensa cantidad de quejas e informes que desde muchos años atrás se venían presentado. Según fray Pedro de Aguado, para 1550,

Avia entre la ciudad de Tocayma, del Nuevo Reyno, y la villa de Cartago, de la governacion de Popayán, çiertas poblaciones y valles de yndios muy belicosos y guerreros que ynpidian la travesar y pasar de un pueblo a otro y de una governaçion a otra por breve camino, y causaban que los viaandantes y la comunicacion y comercio destas dos governaçiones fuese por partes y caminos muy largos y asperos y malos [...] y concertaronse los vezinos de las ciudades de Santa Fe y Tocaima e hizieron que sus procuradores, con otros del distrito que con ellos se juntaron, pidiesen al Audiencia que nonbrase persona y diese comision para que entre los naturales dichos poblase un pueblo y pacificase el camino rreal”<sup>135</sup>.

---

<sup>132</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *San Bonifacio de Ibagué del Valle de las Lanzas. Documentos para su historia* (Bogotá: Editorial Minerva, 1952), 18.

<sup>133</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 107.

<sup>134</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, ff. 1014v, 1016r, 1017r, 1018v-1019r, 1022v, 1025v. La misma situación es reportada en “Relación de las cosas notables que hay en el distrito de esta Audiencia de el Nuevo Reyno de Granada [ca. 1608]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo III, 497.

<sup>135</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, capítulo 1, 616.

El 5 de julio 1576, Antonio de Alegría, procurador de la ciudad de Popayán, afirmaba que debían asegurarse los caminos reales de los asaltos de los pijaos, pues esto desmejoraba enormemente el comercio que había en la tierra. Informaba además que hacía aproximadamente tres meses los indios habían salido al camino que iba desde Popayán hasta Cali, a la altura del río de Las Ovejas, en donde atacaron a dos españoles, de los cuales mataron a uno y el otro consiguió huir en su caballo<sup>136</sup>.

Otros caso conocido fue el robo que hicieron a la comitiva de don Sancho García del Espinar, gobernador de Popayán, en su paso por el camino del Quindío, por donde iba tras su estadía en Santa Fe, y en el cual, además de matarle algunos esclavos e indios de servicio, le robaron más de 5.000 pesos de oro y joyas<sup>137</sup>. También puede mencionarse el asesinato de Pedro de Mendoza y Silva, hijo del gobernador de Popayán, don Vasco de Mendoza y Silva, ocurrida el 25 de junio de 1603, quien saliendo de Cartago con dirección a Cali fue asaltado y decapitado por los pijaos a tres leguas de la ciudad<sup>138</sup>.

La preocupación con respecto al peligro que acechaba los caminos no solo radicaba en el temor a la muerte a manos de los aguerridos indígenas, sino también al inminente corte de comunicaciones que esto representaba. Seguramente los pijaos fueron conscientes de que impedir el trato entre las tierras ubicadas a ambos lados de la Cordillera Central era una de las maneras más efectivas para desestabilizar y frenar el avance de la expansión hispánica colonial. De esta forma, se inmovilizaba el paso más importante que conectaba la costa Caribe (y por ende, los territorios isleños e incluso la misma península ibérica) con las poblaciones ubicadas en el interior de Sur América, llegando a afectar gravemente no solo la jurisdicción del Nuevo Reino y la gobernación de Popayán, sino incluso territorios más al sur, como por ejemplo Quito y el Perú<sup>139</sup>. El comercio se veía seriamente afectado pues las importaciones y exportaciones se perdían en el tránsito, o los comerciantes debían dar largos rodeos que podían terminar generando más costos que ganancias. Muchos vecinos de las ciudades afectadas por el conflicto

---

<sup>136</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, f. 37r.

<sup>137</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXX, 360.

<sup>138</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 114-117.

<sup>139</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, ff. 1022v-1025v.

se quejaban constantemente de los excesivos precios que tenían las mercaderías y del casi inexistente provecho que podía sacarse de las pocas que conseguían<sup>140</sup>.

Además de estas razones de índole práctico, también existían otras más teóricas o jurídicas relacionadas con la obstaculización de los caminos. Según Francisco de Vitoria, uno de los más afamados juristas españoles, y considerado como uno de los hombres que más aportó al campo del derecho internacional moderno, existía un principio según el cual debía permitirse la libre circulación de hombres, ideas y bienes por todo el territorio de la monarquía. Según este autor, “los españoles tienen derecho a viajar y permanecer en aquellas provincias, mientras no causen daño, y esto no se lo pueden prohibir los bárbaros”<sup>141</sup>. A lo anterior, agregaba que el peregrinar y viajar de los españoles estaba basado en el derecho natural y en el divino, y que, por lo tanto, ninguna ley humana podía prohibirlo, “pues esta sería inhumana e irracional, y, por consiguiente, carecería de fuerza legal”<sup>142</sup>. En caso de que los indios no permitieran a los españoles estos derechos, se debía tratar de mediar con ellos de manera pacífica, pero en caso de que los nativos permanecieran en su posición y apelaran a la violencia, se podía realizar una *guerra justa*, “ya que es lícito rechazar la fuerza con la fuerza.”<sup>143</sup>

Por otra parte, el humanista e historiador Fernando del Pulgar, consejero, secretario y cronista de los Reyes Católicos, consideraba las divisiones en los reinos como uno de los peores males que podían acaecer, pues creía que la “paz é seguridad” era el mayor bien que una república podía lograr y a lo cual debía volcar todos sus esfuerzos<sup>144</sup>. Mientras que en el plano jurídico esta seguridad radicaba en una nueva concepción formal del derecho, en un ámbito más práctico y material se proyectaba sobre las arterias vitales del Imperio, es decir, sobre los caminos, pues estos eran fundamentales para el avance de lo que José Antonio Maravall denomina “la civilización burguesa”, es decir, un tipo de sociedad basado en la acumulación y las transacciones comerciales<sup>145</sup>.

---

<sup>140</sup> Bernardo Tovar Zambrano, “Conquista española y resistencia indígena”, 272-273.

<sup>141</sup> Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra* (Madrid: Espasa-Calpe, 1975), 88.

<sup>142</sup> Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre los indios*, 90.

<sup>143</sup> Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre los indios*, 95.

<sup>144</sup> Fernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla y Letras* (Madrid: Don Gerónimo Ortega e hijos de Ibarra, 1789), letra XVI, 222, 229-230; Fernando del Pulgar, *Glosa a las Coplas de Mingo Revulgo* (Edición digital a partir de la de Jesús Rodríguez Bordona, Madrid, Espasa-Calpe, 1958, URL: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/glosa-a-las-coplas-de-mingo-revulgo--0/html/>), copla XXI.

<sup>145</sup> José Antonio Maravall, *Estado Moderno y mentalidad social. Siglos XV a XVII*, tomo II (Madrid: Revista de Occidente, 1972), 221

#### 1.4.2. ECONOMÍA Y EXPLOTACIÓN INDÍGENA

Desde los primeros momentos de la conquista española se tuvieron numerosas noticias acerca de la riqueza de la tierra que habitaban los indígenas pijaos. A finales de 1537, por ejemplo, Gonzalo Jiménez de Quesada recibió información por parte de los muiscas sobre la llamada tierra de “Neiba” y sus enormes cantidades de oro<sup>146</sup>. A pesar de que esta pudo haber sido una táctica utilizada por los indios del altiplano para distraer la atención de los españoles, con el paso de los años y la realización de diversas expediciones en el territorio señalado, la riqueza mineral de la región continuó siendo constantemente remarcada y anhelada<sup>147</sup>. Varias poblaciones fueron levantadas para la extracción de la plata y el oro, entre las que resalta la de San Sebastián de La Plata. Según el memorial de fray Jerónimo de Escobar, las minas de plata que allí había eran tan buenas, o incluso mejor, que las de Potosí<sup>148</sup>. Por otro lado, en 1590, el presidente de la Audiencia, Francisco de Sande, escribía al rey sobre la importancia de asegurar este territorio, pues de lo contrario “se pierde el beneficio del oro que tiene la tierra que es el mayor que se sabe ay en el mundo”<sup>149</sup>. Otro caso que vale la pena mencionar fue el de las minas de plata descubiertas en 1603 cerca de la ciudad de Ibagué, ante lo cual el cabildo de la ciudad escribió a la Real Audiencia de Santa Fe solicitando indios “culimas” y “moscas” para su explotación<sup>150</sup>.

Además de lo anterior, y a pesar no estar propiamente en tierra de pijaos, las autoridades buscaban también mantener la paz en las ricas minas de Mariquita, explotadas desde finales del siglo XVI. El rendimiento de estos centros mineros era bastante alto, según como lo cuenta el presidente Antonio González en su informe de 1590, en donde decía que en ellos había cinco ingenios con una capacidad de molienda de catorce a quince mil quintales de metal por año

---

<sup>146</sup> Bernardo Tovar Zambrano, “Conquista española y resistencia indígena”, 213-214.

<sup>147</sup> En julio de 1539, cuando Sebastián de Belalcázar se encontraba en Cartagena, manifestó con respecto al territorio de los pijaos “que la tierra que pasó le parece muy rica y que halló los indios que tenían oro de minas por fundir y plata muy fina”, en Friede, Juan (compilador), *Documentos inéditos para la historia de Colombia* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1957), tomo V, doc. 1283, 207, citado en Bernardo Tovar Zambrano, “Conquista española y resistencia indígena”, 219. Tras la exitosa campaña del presidente Juan de Borja varios capitanes manifestaron que gracias a la seguridad que se gozaba en la región se podían aprovechar las minas de oro cercanas. A mediados de 1612 se despachó al capitán Diego de Ospina con especial comisión para explotar varias de ellas: “Carta del cabildo secular de Santa Fe, en aprobación de D. Juan de Borja, y sobre la guerra de los indios pijaos a donde el presidente envió a Diego de Ospina, alguacil mayor de la Audiencia”, 23 de junio de 1612, en A.G.I., *Santa Fe*, 61, N.12, ff. 1v-2r; “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, ff. 1027v, 1031v.

<sup>148</sup> “Memorial que da Fray Geronimo Descobar”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 406.

<sup>149</sup> “Carta de Francisco de Sande, presidente de la Audiencia de Santa Fe”, 21 de noviembre de 1597, en A.G.I., *Santa Fe*, 17, R. 14, N. 140, f. 2v.

<sup>150</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 28, 51-53.

individualmente, a un promedio de 50 quintales diarios y con un rendimiento de cinco onzas por cada uno, lo que equivalía a 7.812 marcos y medio por ingenio. Además, debido a que la mano de obra estaba compuesta en un 60% por indígenas, y un 40% por esclavos africanos, el riesgo de rebeliones o desertión era seguramente alto si la influencia pijao llegaba a aquellas tierras<sup>151</sup>.

Es importante anotar que la economía y el sustento de los españoles no radicaba únicamente en la presencia y posible explotación de los minerales. Tanto para esto como para otras actividades indispensables, como el cultivo de alimentos, el transporte y el comercio, e incluso el servicio doméstico, era necesario contar con mano de obra indígena que pudiera utilizarse. La actitud hostil de los pijaos hacia los españoles presentaba entonces una problemática doble en este aspecto. En primer lugar, privaba de su posible sumisión y utilización a los colonos que llegaban a sus tierras, lo cual los obligaba a traer indios y esclavos de otras partes para suplir la falta de trabajadores. Por otro lado, los pijaos reconocieron prontamente que uno de los mejores métodos para frenar el avance español era acabar con sus indios amigos y de servicio. De esta forma, los habitantes de las poblaciones cercanas no tendrían manera alguna para sustentarse, y sus indígenas encomendados tendrían que decidir entre abandonar sus puestos o someterse al exterminio.

Lo anterior explica la importancia que para los colonos tuvo la consecución de encomiendas, especialmente por las posibilidades de explotar las ricas minas de la región o de otras en las que tuvieran intereses, como las de Mariquita. Sin embargo, esta sed de riquezas a través del tributo de los indígenas trajo consigo un terrible descenso demográfico a razón de los trabajos forzados de largas jornadas, las enfermedades, y la disolución de muchas familias, como se estudió en el apartado anterior. El caso de las encomiendas de la ciudad de Ibagué ofrece un panorama ejemplar en este campo. En una visita anónima realizada en 1560 se contaban 27 encomenderos (18 de los cuales habían sido conquistadores de la región). Había encomiendas desde los 10 hasta los 110 indios. En total, entre todos ellos, se contaban alrededor de 3.200 indígenas encomendados<sup>152</sup>. Sin embargo, para diciembre de 1577, en una visita mandada a realizar por Real Provisión al oidor Francisco de Auncibay y Bohórquez, además de contarse con solo 17

---

<sup>151</sup> Heraclio Bonilla Mayta, *«Este reyno se va consumiendo...»: las minas de la provincia de Mariquita en el siglo XVII* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá), Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia, 2017), 30, 37

<sup>152</sup> Anónimo, “Visita de 1560”, 61-62.

encomenderos, la población encomendada era de apenas 730 personas<sup>153</sup>. Es decir, en tan solo 17 años hubo una reducción poblacional indígena de un 24.3% aproximadamente. Este descenso demográfico continuaría a lo largo de los siglos XVI y XVII, siendo unas de las causas de la expansión del modelo hacendatario en la segunda mitad del XVII por la necesidad de contratar mano de obra de indígenas extranjeros, mestizos, mulatos, o blancos empobrecidos<sup>154</sup>.

### 1.4.3. DEFENSA DE LAS CIUDADES

Además de los caminos, los pijaos atacaron constantemente diferentes ciudades y villas no solo cercanas a su lugar de habitación, sino incluso más allá de este mediante alianzas con otros grupos indígenas. Se sabe que dentro de su territorio alcanzaron a despoblar, con seguridad, ocho poblaciones establecidas por los españoles con la idea colonizar este nuevo espacio y aprovechar la mano de obra indígena y los recursos minerales de la región

Puede comenzarse con uno de los casos más representativos, como lo fue el de la ciudad de Neiva. Como ya se mencionó, ésta había sido fundada en 1539, pero fue abandonada al año siguiente porque sus pobladores tuvieron que ir al rescate de Tímaná. Fue en 1550 que se efectuó la segunda población, esta vez ubicada en el lugar que hoy ocupa el municipio de Villavieja. Durante los años que estuvo allí, fue asediada constantemente por los pijaos, tal y como lo comentaba Pedro de Molina, vecino de Tímaná que vivió durante un tiempo en Neiva a comienzos de la década de 1560, quien manifestaba que había ido a la dicha villa “en la qual he estado desde el dicho tienpo hasta agora sirbiendo a su magestad e padeciendo en el sustento della muchos trabajos ansi con los naturales como con los yndios pijaos que de continuo an dado guerra a la dicha villa”<sup>155</sup>. Finalmente, el 14 de noviembre de 1569, los indígenas entraron a la población matando a españoles e indios de servicio, y produciendo el despoblamiento definitivo de esta ciudad<sup>156</sup>. Poco después, el gobernador de Popayán, don Álvaro de Mendoza, escribiría

---

<sup>153</sup> “[Ibagué: visita oficial, enseñanza religiosa y estipendios]”, 1577, en A.G.N., *Encomiendas*, t. 9, doc. 45, ff. 353r-359r; Ángela Inés Guzmán, *Poblamiento e historias urbanas del Alto Magdalena Tolima. Siglos XVI, XVII y XVIII* (Bogotá: Ecoe ediciones, 1996), 42-43.

<sup>154</sup> Ángela Inés Guzmán, *Poblamiento e historias urbanas*, 124.

<sup>155</sup> “Pedro de Molina contra Álvaro Botello por la encomienda de los indios de Calaona”, 1564, en A.G.N., *Historia Civil*, t. 18, doc. 18, f. 576v.

<sup>156</sup> Bernardo Tovar Zambrano, “Conquista española y resistencia indígena”, 226-227, 247.



una carta al rey, fechada el 16 de enero de 1570, en la que decía que los pijaos habían comido a más de 500 indios de la provincia de Neiva<sup>157</sup>.

La ya mencionada San Sebastián de La Plata también sufrió gravemente las hostilidades indígenas. Tras ser fundada en 1551, arrasada por Álvaro de Oyón en 1553, y repoblada años después por el capitán Bartolomé Ruiz, la ciudad siempre estuvo en vilo por los ataques pijaos. Según el memorial de fray Gerónimo de Escobar, redactado en 1582, los indios quemaban las casas pajizas, robaban los ganados y mataban a quien pudieran, lo que había obligado a los vecinos a cercar la población con un muro de tapias, cosa que sorprendió bastante al sacerdote agustino, pues decía que “no ay otro en todo el Pirú cercado”<sup>158</sup>. Informaba también que los habitantes eran tan pocos y pobres por no poder labrar la tierra a causa de la guerra, que incluso no tenían como sustentar un sacerdote que les dijera misa<sup>159</sup>. En junio de 1577, los pijaos destruyeron casi por completo la población, y aunque tras esto sus pobladores trataron de recuperarse, finalmente debieron abandonar el lugar. Sin embargo, este ataque no fue algo sorpresivo, pues según el testimonio de Pedro Asencio, vecino de Timaná, presentado el 24 de abril de 1577, para ese entonces se decía que la ciudad estaba ya casi destruida y sus vecinos acorralados<sup>160</sup>. No sería sino hasta 1651 cuando, bajo el gobierno de don Diego de Ospina Maldonado, se refundó la ciudad definitivamente<sup>161</sup>.

Hacia el sur, en territorio de los indios paeces, se había fundado en 1563 la ciudad de San Vicente de Páez por el capitán Domingo Lozano como un puesto de avanzada en la colonización de las tierras de estos indígenas, famosos por ser bastante aguerridos. Años después, no se sabe con exactitud la fecha, pues las fuentes se contradicen entre sí en este dato<sup>162</sup>, una coalición de indios paeces, turibios y pijaos se reunieron en la provincia de Guambía y atacaron la población, la cual contaba con muy pocos defensores debido a que hacía poco se había despachado una expedición

---

<sup>157</sup> “[Carta de Álvaro de Mendoza, gobernador de Popayán, a S.M.]”, Cali, 16 de enero de 1570, en A.G.I., *Quito*, 16, R. 5, N. 12, f. 47v.

<sup>158</sup> “Memorial que da Fray Geronimo Descobar”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 406.

<sup>159</sup> “Memorial que da Fray Geronimo Descobar”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 406-407.

<sup>160</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, f. 134v.

<sup>161</sup> Bernardo Tovar Zambrano, “Conquista española y resistencia indígena”, 227-230, 248-251; Juan López de Velasco, *Geografía y descripción universal de las Indias* (Madrid: Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1894), 364.

<sup>162</sup> Antonio de Alegría decía en 1576 que la ciudad había sido atacada hacía diez años, es decir, en 1566. López de Velasco informaba que ésta había sido fundada “por el año de 60” y que se había despoblado “por el año de 62”. Por su parte, Juan Friede, en las notas a las Noticias Historiales de fray Pedro Simón, sostiene que el ataque a la ciudad se llevó en agosto de 1572, aunque no presenta fuentes para dicha afirmación. [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, f. 35r; Juan López de Velasco, *Geografía y descripción universal*, 377; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXIV, 331, nota al pie número 7.

de soldados desde allí. Según los testimonios, los indígenas quemaron las casas y la iglesia, robando de ésta último el cáliz y su ornamento, y matando y comiendo a su sacerdote<sup>163</sup>. La ciudad fue despoblada y los pocos habitantes que sobrevivieron lo hicieron gracias a la ayuda prestada por el capitán Bartolomé Marín, quien les ayudó a huir<sup>164</sup>.

Las otras cinco ciudades que terminaron despobladas a causa de los ataques indígenas tuvieron una vida mucho más corta que la de las hasta aquí expuestas. La primera de ellas, Santiago de la Frontera, fue fundada por el capitán Diego de Bocanegra durante su expedición de 1572. Estaba ubicada sobre la quebrada Ortega, pues se pretendía que bajo la jurisdicción de esta población quedara la encomienda de la sierra de Coyaima, donde había alrededor de 2.000 indios. Dos años más tarde, en 1574, Bocanegra fue requerido por la Real Audiencia para ir junto con Gonzalo Jiménez de Quesada a hacer la guerra contra los indios gualíes, quienes se habían alzado por segunda vez, por lo cual dejó caudillos encargados. Tras esto, un tal sargento Arismendi, alcalde de la ciudad, la trasladó sobre el río Cuello, ubicado a cuatro o seis leguas al sur, pero finalmente terminó por ser despoblada debido no solo al hostigamiento por parte de los indígenas, sino también a pleitos y diferencias que hubo entre los vecinos<sup>165</sup>.

El Escorial fue otra de estas ciudades, la cual fue fundada el 8 de diciembre de 1577 por el capitán Bartolomé Talaverano en la provincia de Calarma, cerca de una población conocida como Aniche. Estaba ubicada a 20 leguas de la ciudad de Ibagué, y sus términos, según un traslado de su acta de fundación, eran desde el nacimiento del río Luisa hasta la entrada del mismo al Magdalena, “por la vanda de entre este dicho pueblo i la ciudad de Ibague”<sup>166</sup>. Si bien el presidente de la Audiencia, don Juan de Borja, decía que fue erigida sobre un río de donde tomó su nombre<sup>167</sup>, lo cierto es que en las capitulaciones que se hicieron con Talaverano, se le mandó

---

<sup>163</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 35v-36r, 50v.

<sup>164</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, f. 42v.

<sup>165</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXVII, XXVIII, XXX, 345-349, 360; “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 993r.

<sup>166</sup> En el acta también se alude a la conformación del cabildo y sus respectivos nombramientos, los cuales fueron: Alcaldes ordinarios: Alonso Cobo y Garci Díaz Ortega; Regidores: Gutiérrez de Cárdenas, Juan Núñez de la Cerda, Alonso Ruiz, Manuel de Acosta, Juan de Céspedes, y Alonso Sánchez; Alguacil mayor: Diego Sánchez; Procurador: Pedro de Tovar; Mayordomo del pueblo: Manuel de Chávez; Mayordomo de la iglesia: Lorenzo Magaio. “[Méritos y servicios del capitán Bartolomé Talaverano]”, 1565-1580, en A.G.I., *Patronato*, 157, N. 1, R. 4, f. 412r, 414r, 417r.

<sup>167</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 993r.

que el primer pueblo que fundara en su expedición tuviera este nombre, muy seguramente en honor al famoso monasterio que por orden de Felipe II se estaba construyendo en España<sup>168</sup>. Fray Pedro Simón dice que esta población estaba ubicada a la falda de una pequeña sierra de donde descolgaban apacibles aguas. Parece ser que a pesar de los ataques pijaos que seguramente debían recibir de manera constante, la ciudad se despobló poco a poco debido principalmente a que el capitán Talaverano nunca repartió la tierra y las entradas que se hacían desde allí eran de poca consideración<sup>169</sup>.

Un caso similar a este, por la falta de información, es el de la villa de Los Ángeles. Lo único que se sabe de ella es que fue fundada en Tierradentro, a aproximadamente 22 leguas de Tocaima por el capitán Hernán Pérez, vecino de La Plata, por comisión de don Álvaro de Mendoza, gobernador de Popayán. Fue despoblada debido a los constantes ataques indígenas y disputas jurisdiccionales<sup>170</sup>.

En el lugar conocido como la Mesa del Chaparral (ubicado aproximadamente en el actual municipio de Chaparral), fueron fundadas dos de estas ciudades de corta duración. La primera de ellas fue Medina de las Torres, poblada por el ya mencionado capitán Diego de Bocanegra en 1584. La elección por este lugar se basó en la necesidad de sentar un centro de operaciones para realizar las jornadas a las provincias de Amoyá y Ambeima, consideradas de las más pobladas de la región. Mientras su fundador se encontraba cumpliendo con una entrada que la Real Audiencia le mandó a hacer por Quindío en contra de algunos indios que asaltaban los caminos reales, los pijaos atacaron la ciudad durante la noche, dejándola totalmente quemada. Tras esto, fue trasladada cuatro leguas la tierra adentro sobre el río Tetúan. Sin embargo, poco después, sus vecinos, soldados e indios de servicio fueron azotados por una epidemia de viruela, lo que los obligó a mover nuevamente la población sobre el río Coello, a seis leguas de la ciudad de Ibagué, donde permaneció hasta finales de 1590, cuando fue abandonada completamente por orden del

---

<sup>168</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 140v-141r.

<sup>169</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXX, 359.

<sup>170</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXIV, 331; “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 993v; “Don Juan de Borja informa sobre la guerra contra los indios Pijao [25 de mayo de 1610]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 474; Juan López de Velasco, *Geografía y descripción universal de las Indias*, 377-378.

gobernador Bernardino de Mojica Guevara, quien había capitulado una nueva entrada con la Audiencia y quería evitar problemas jurisdiccionales<sup>171</sup>.

Fue el mismo Bernardino de Mojica Guevara, quien, en 1592, durante su intento de pacificación de los indios pijaos, fundó la ciudad de San Miguel de Pedraza en el mencionado sitio de Chaparral. Sin embargo, debido a los constantes ataques que sufrieron él y sus tropas, decidió trasladarla en 1593 hacia el valle de Neiva, junto al río Pata. La población solo duró seis meses en este sitio, pues sumado a la fatigosa resistencia que debían oponer a los pijaos, los soldados sufrieron diversas enfermedades que terminaron por diezmar a los hombres y obligarlos a abandonar la ciudad<sup>172</sup>.

Además de estas ocho ciudades, algunas fuentes mencionan que los ataques indígenas hicieron despoblar muchas más que se encontraban dentro del área de influencia del accionar pijao. En 1610, por ejemplo, el presidente Borja menciona el despoblamiento de 14 ciudades y villas, entre los que se encuentran las enlistadas anteriormente<sup>173</sup>. No se especifican cuáles son los otros, aunque podrían conjeturarse dos cosas. La primera, que se trata de una exageración para captar la atención de las autoridades peninsulares. La segunda, que estos lugares corresponden a haciendas de encomenderos o pequeños pueblos de indios que poco o nada se describen en las fuentes.

Es importante anotar que las ciudades hasta aquí mencionadas fueron las que terminaron destruidas o despobladas pero que muchas otras tuvieron que resistir también los ataques de los pijaos en sus jurisdicciones, e incluso en su casco urbano, algunas de las cuales estuvieron a punto de desaparecer. En la década de 1570 se tiene constancia de varios asaltos que hacían a los indios de paz de la provincia de Ibagué mientras realizaban sus sementeras. Algunos de estos llegaron a ir a la ciudad a quejarse ante las autoridades y a reclamar “para que somos los españoles pues sirviendonos ellos les dexamos llevar a manos y a matarlos”<sup>174</sup>. Los encomenderos también

---

<sup>171</sup> “Historia sobre la reedificación de la ciudad de Medina de las Torres, destruida por los indios pijaos”, 1590, en A.G.N., *Poblaciones*, t. 2, doc.9, ff. 720r-722v; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXXI, XXXII, 365, 369-372; “Relacion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provinçia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 993r; María Luisa Martínez de Salinas Alonso, “Los intentos de pacificación de los indios pijao (Nuevo reino de Granada) a fines del siglo XVI”, en *Revista de Indias*, 1989, vol. XLIX, núm. 186, 372.

<sup>172</sup> María Luisa Martínez de Salinas Alonso, “Los intentos de pacificación”, 373.

<sup>173</sup> “Don Juan de Borja informa sobre la guerra contra los indios Pijao [25 de mayo de 1610]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 474.

<sup>174</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 108r-109v, 112v-113r 132v.

llegaron a levantar quejas y a demostrar su preocupación, como lo hizo Alonso Ruiz, a quien los pijaos habían matado y llevado los cuerpos de cinco o seis indios de su encomienda<sup>175</sup>. A este respecto es también bastante diciente lo expresado por Jerónimo Coronel, residente en el Nuevo Reino, quien estando en las provincias de Coyaima y Saldaña, halló la casa de un indio principal llamado Ocoche, y delante de esta, muchas cabezas de indios y españoles que habían muerto en las provincias de Ibagué y Neiva<sup>176</sup>. Los asaltos continuaron durante años, cada vez acercándose más a la ciudad de Ibagué, como a finales de 1602, cuando dieron en la encomienda de doña Ana de Carrión, ubicada en el lugar conocido como la Mesa de Ibagué, a seis leguas de la ciudad, en donde quemaron todas las construcciones y mataron gran cantidad de indios<sup>177</sup>. Sin embargo, el mayor ataque en esta tierra fue el realizado a la ciudad de Ibagué en la madrugada del 20 de julio de 1606, en donde quemaron alrededor de 60 casas y mataron a 70 personas<sup>178</sup>. A pesar de esto, los vecinos y oficiales reales se esforzaron por defender la ciudad y a sus habitantes, pues era crucial para asegurar la continuación de las operaciones contra los pijaos, la comunicación por el camino del Quindío, y la extracción de metales preciosos.

Timaná estuvo también constantemente asediada. En abril de 1577, Pedro Asencio, vecino de la ciudad, decía que los pijaos habían comido a más de 30.000 indios de aquella jurisdicción y de la ciudad de San Sebastián de La Plata, y que estas poblaciones estaban en peligro de despoblarse (como en efecto sucedió con la ciudad de La Plata)<sup>179</sup>. Ese mismo día, otros vecinos ofrecieron declaraciones que apuntaban a lo mismo. Mencionaron, por ejemplo, que los indios habían atacado un repartimiento llamado Mayto, en donde mataron y se llevaron a más de 40 indígenas, como también que hacía tres meses habían dado en el hato de Alonso Garzón, vecino de la ciudad, y que le habían matado a 15 indios y todo el ganado que allí tenía<sup>180</sup>. Incluso llegaron a atacar la propia ciudad, para lo cual salió a su defensa Alonso Fernández junto con otros españoles, aunque terminaron todos muertos a manos de los indígenas<sup>181</sup>.

Caloto también sufrió las consecuencias de la ofensiva pijao. En una carta de la Audiencia de Quito del 20 de febrero de 1580 se llegó a plantear la posibilidad de abandonar la ciudad y poblar

---

<sup>175</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 133v, 116r.

<sup>176</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, f. 113v.

<sup>177</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 5-21.

<sup>178</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXIV, 381.

<sup>179</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, f. 133r.

<sup>180</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 132r, 135v.

<sup>181</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 80v, 130r.

a los indios de paz en Cali, Popayán y Almaguer<sup>182</sup>. Años más tarde, a comienzos de enero de 1584, la ciudad solicitó ayuda a Popayán para que enviase soldados a socorrerla, lo cual fue proveído por el cabildo.<sup>183</sup> Unos meses después, Caloto seguía en gran peligro, por lo cual el capitán Pedro de Castro, visitador y juez de comisión en la ciudad de Popayán, mandó despachar por lo menos a 30 soldados<sup>184</sup>. Durante todo aquel año y el siguiente se recogieron las tropas, las cuales estuvieron compuestas por 60 soldados (30 de Popayán, 15 de Cali, y 15 de Almaguer) y 150 indios amigos<sup>185</sup>, comandados por el capitán Lorenzo de Paz Maldonado, alcalde ordinario de Popayán<sup>186</sup>, quien finalmente se dirigió a la pacificación a mediados de febrero de 1586<sup>187</sup>. Apenas un mes y medio después, el 29 de abril, el capitán de Paz escribió al cabildo de Popayán solicitando un socorro de 20 soldados y provisiones<sup>188</sup>. En julio, la situación era mucho peor, pues los soldados ni siquiera tenían pólvora y andaban descalzos<sup>189</sup>, para lo cual tuvo que salir el propio gobernador, Juan de Tuesta Salazar, a llevar la ayuda al capitán<sup>190</sup>. La campaña continuó hasta finales de 1588 sin que finalmente se pudiera pacificar a los indios.

En el norte del territorio pijao, la ciudad de Cartago tampoco lo tuvo fácil. En 1585, por ejemplo, Pedro Sánchez del Castillo, vecino y encomendero de la ciudad, levantó un fuerte al pie del paso del Quindío para cerrar este acceso a las incursiones de los indios y evitar los constantes asaltos de los que eran víctimas<sup>191</sup>. Sin embargo, los ataques continuaron, como puede verse en una carta del 28 de abril de 1599 en la que el gobernador de Popayán, Francisco de Berrio, comunicaba al rey que el distrito de esta ciudad era “el mas ynfestado destos enemigos”<sup>192</sup>. Para diciembre de 1602 la situación era crítica. Según el cabildo de la ciudad, los pijaos solían hacerse en un cerro llamado “de Peón”, cercano a la ciudad, desde donde amenazaban con quemarla, lo cual despertaba terror entre los habitantes, pues casi todas las edificaciones tenían techos de paja. Ante esto, y por mandato del gobernador don Vasco de Mendoza y Silva, y del capitán Lucas de

<sup>182</sup> [Carta de la Audiencia de Quito], 20 de febrero de 1580, en A.G.I., *Quito*, 8, R. 14, N. 40, f. 3v.

<sup>183</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 1 de enero de 1584”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 34r-34v.

<sup>184</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 1 de junio de 1584”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, f. 38v.

<sup>185</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 17 de diciembre de 1585”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 90r-90v.

<sup>186</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 20 de diciembre de 1585”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 91v-92r.

<sup>187</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 15 de febrero de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, f. 122r.

<sup>188</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 29 de abril de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, f. 154r.

<sup>189</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 24 de julio de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, f. 189r.

<sup>190</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 11 de agosto de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, f. 191v.

<sup>191</sup> Juan Friede, *Los Quimbayas bajo la dominación española* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1982), 171.

<sup>192</sup> [Carta de Francisco de Berrio, gobernador de Popayán, al rey], 28 de abril de 1599, en A.G.I., *Quito*, 16, R. 10, N. 26, f. 191r.

Solís, teniente de gobernador, se construyó un cercado de tapias para defender a la población<sup>193</sup>. La presión de los pijaos a la ciudad continuó hasta mediados de 1603, tiempo en el cual asesinaron a Pedro de Mendoza y Silva, hijo del gobernador, y a Jerónimo de Figueroa, sobrino del mismo, a tres leguas de la ciudad, en un sitio llamado “los Guamales”<sup>194</sup>. Ante esto, el gobernador montó en cólera y de inmediato despachó tropas para vengar la muerte de su hijo y pacificar la tierra. Así, se levantó una compañía de más de 30 soldados comandados por el capitán Pedro Sánchez del Castillo (el mismo que años antes había construido el fuerte), a los que días después siguieron grupos de indios paeces y gorriones amigos. La operación se realizó con rapidez, pues de los 50 indios que Sánchez del Castillo dijo que habían realizado el ataque al hijo del gobernador, fueron muertos 33 de ellos en los primeros cinco días de la expedición<sup>195</sup>.

Hacia el occidente la ciudad de Buga, a pesar de no estar propiamente en territorio pijao, fue blanco de los ataques que de manera conjunta realizaban estos indígenas junto con los putimaes. En 1574, por ejemplo, atacaron un repartimiento de indios de Juan de Acegarreta, vecino de la ciudad. A pesar de que se contaba allí con un fuerte muy bien construido, “que todo prometía inexpugnancia para las flacas armas que sólo son lanzas de estos indios pijaos”, varios cientos de ellos pudieron penetrar en la mañana cuando los indios de servicio salían a trabajar, de lo que resultó la muerte de 80 indígenas amigos, tres españoles, y todos los animales de servicio. Ante esto, el capitán Diego de Bocanegra emprendió una persecución de los atacantes, de los cuales mataron a 60 y capturaron a 16<sup>196</sup>. Sin embargo, esto provocó a su vez una retaliación por parte de los pijaos, quienes atacaron de noche las encomiendas de Pedro Barbosa y de Felipe García (yerno de Bocanegra), las cuales estaban ubicadas cerca a la del propio capitán, al margen del río Tuluá, en donde asesinaron a varios españoles, indios amigos, y secuestraron a la nieta de Bocanegra. En venganza, el capitán reunió hombres y salió a atacar a los enemigos pijaos y a rescatar a su familiar. Después de varios combates, los indios se retiraron, no sin antes, según fray Pedro Simón, reconocer el valor de Bocanegra y manifestarle que lo consideraban inmortal e hijo del sol. A pesar de que se logró rescatar a varios prisioneros, la jornada de pacificación no continuó pues no se contaba con los recursos necesarios<sup>197</sup>. Para la primera mitad de 1603 la

---

<sup>193</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 44-45.

<sup>194</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 115-120.

<sup>195</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 125; [Carta del gobernador de Popayán, don Vasco de Mendoza y Silva], 6 de julio de 1605, en A.G.I., *Santa Fe*, 18, R. 6, N. 36., f. 1r.

<sup>196</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXVIII, 349-351.

<sup>197</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXIX, 353-355.

situación empeoró. El 1 de marzo los pijaos atacaron la encomienda de Felipe de Camargo, ubicada a tan solo un cuarto de legua de la ciudad. Allí cercaron la población, mataron y capturaron a 64 indios e indias cristianos, quemaron las casas y la iglesia, se llevaron la campana, mataron a un vecino encomendero, y se llevaron todo lo que había, incluso las ovejas, carneros, pollos y curíes<sup>198</sup>. Parece que las cosas solo vinieron a calmarse cuando el gobernador don Vasco de Mendoza y Silva mandó al ya descrito grupo a vengar la muerte de su hijo.

Vale la pena mencionar también que los pijaos llegaron incluso a amenazar ciudades ubicadas en territorios lejanos a sus provincias, lo que llevó a un estado de seria preocupación a los oficiales reales. Para 1575 ya alcanzaban a atacar los partidos de Cali y Popayán, llegando incluso a una legua de la primera, y a dos de la segunda, y realizando ataques en los caminos que unían a ambas<sup>199</sup>. En abril de 1608, la Audiencia de Santa Fe decía que estos indios “han estendido sus terminos mucho mas de lo que eran”, llegando a realizar asaltos a 10 leguas de Santa Fe, el centro de poder de todo el Nuevo Reino de Granada<sup>200</sup>.

La gran preocupación por la amenaza a las poblaciones no solo residía en el temor de sus habitantes a ser asesinados o capturados por los indígenas pijaos, sino que respondía a intereses más profundos de orden político, económico, social, cultural, y religioso. Para el gobierno español era de vital importancia contar con asentamientos en los lugares que iban siendo conquistados y colonizados. De esta forma, podía comenzarse a establecer un control jurídico y económico sobre los habitantes y los recursos de la zona.

Desde tiempos del Imperio Romano se concebía que el fundar una ciudad era la mejor forma de imponer leyes, instituciones, costumbres y religión en el territorio conquistado, tradición que fue heredada por los españoles que llegaron a las Indias y que respondía directamente a las pretensiones imperiales de la Monarquía<sup>201</sup>. Así, desde los primeros momentos de la Conquista, y más todavía tras la creación de la Real Audiencia de Santa Fe, se hizo necesario poblar para someter el espacio “hostil” a un orden cívico, de justicia y religión, llegando incluso a ir en contra de las leyes nuevas de 1542 que intentaron regular la expansión española<sup>202</sup>. Especial atención

---

<sup>198</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 108; [Carta de Vasco de Mendoza y Silva, gobernador de Popayán, a S.M.], 31 de mayo de 1603, en A.G.I., *Quito*, 16, R. 11, N. 30, f. 204r.

<sup>199</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 37r, 110v, 117v, 127r, 134v, 135v

<sup>200</sup> [Carta de la Audiencia de Santa Fe], 16 de abril de 1608, en A.G.I., *Santa Fe*, 18, R. 9, N. 76, ff. 1r-1v.

<sup>201</sup> Richard L. Kagan, *Imágenes urbanas del mundo hispánico: 1493-1780* (Madrid: El Viso, 1998), 57.

<sup>202</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 24.



recibían además las ciudades de frontera, pues estas pasaban a convertirse en el punto de apoyo para futuras expediciones. Es importante mencionar que los cabildos locales de dichas ciudades no fueron ingenuos con respecto a su condición. Como lo menciona Luis Miguel Córdoba, la calidad de fronteriza

se utilizó políticamente por las ciudades de la Audiencia para negociar con la corona los privilegios que creían merecer y las obligaciones con las que se sentían comprometidas. (...) las ciudades de frontera en el Nuevo Mundo captaron que las guerras les abrían un espacio de negociación al que difícilmente podrían acceder ciudades ubicadas en un ambiente de más seguridad<sup>203</sup>.

No es fortuito, por lo tanto, que fueran en estas regiones de frontera en donde más perduraran los rasgos de violencia y el espíritu de la Conquista, pues sus intereses respondían más bien a una sed de riquezas que a una paulatina colonización pacífica<sup>204</sup>. El interés por la esclavización de los pijaos a pesar de las políticas de la Corona para evitar esta actividad, es una clara muestra de lo anterior, aunque este tema se tratará más adelante.

A nivel individual, establecer una población era uno de los pasos para oficializar una conquista y poder reclamar los consiguientes privilegios, tal como lo pretendieron hacer Belalcázar y Jiménez de Quesada. Para los hombres del común significaba poder escalar rangos sociales a través del disfrute de encomiendas y cargos públicos, por modestos que fueran, adquiridos como recompensa o pago por sus servicios en las expediciones en que se diera paso a una determinada fundación. Existían cientos de hombres sedientos de riquezas que no habían conseguido cumplir sus anhelos de oro en los territorios caribeños o del altiplano de las provincias de Tunja y Santa Fe, o que apenas arribaban de España u otras regiones de las Indias en busca de nuevas oportunidades. Por ejemplo, a finales de la década de 1540, el Nuevo Reino se vio plagado por una oleada de aventureros venidos del Perú que habían salido en busca de fortuna tras el fin de la guerra civil que había sacudido aquella región. Gran parte de este tráfico se debía a que el paso hacia el norte de las Indias por la ciudad de Nombre de Dios había sido prohibido, por lo que se hacía obligatorio atravesar el Reino y sus provincias. Los oficiales de la Real Audiencia fueron conscientes de esta problemática y emprendieron la organización de nuevas expediciones. Además de proveer una solución, por lo menos temporal, a la situación de tantos hombres,

---

<sup>203</sup> Luis Miguel Córdoba Ochoa, “Guerra, Imperio y Violencia en la Audiencia de Santa Fe, Nuevo Reino de Granada. 1580-1620” (Tesis doctoral, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2013), 328.

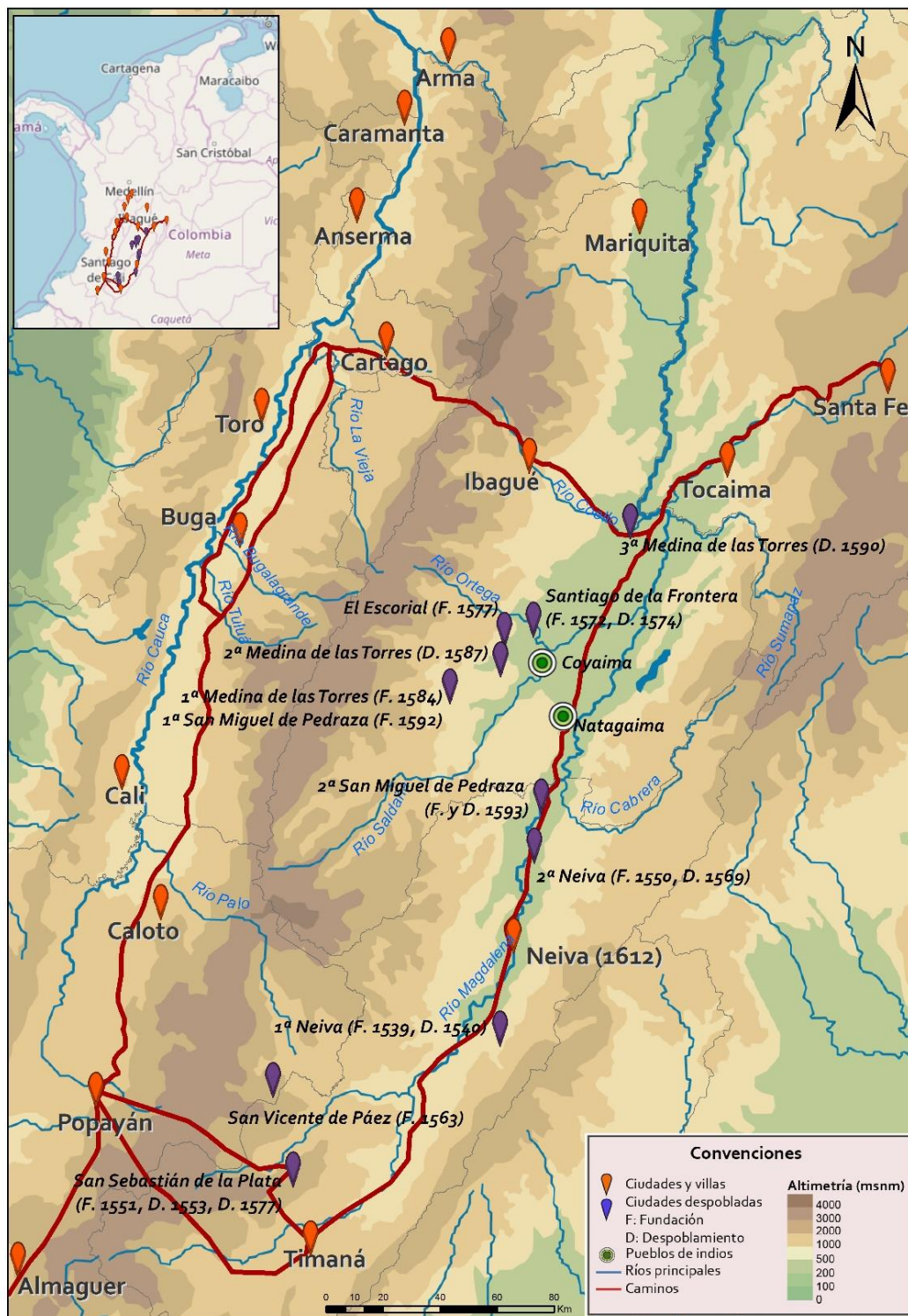
<sup>204</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 27.

aseguraban la extensión de la influencia de la Audiencia sobre regiones todavía inhóspitas o incomunicadas. El territorio ocupado por los pijaos era una de estas, además de otras como la provincia Antioquia o los llanos orientales<sup>205</sup>.

Lo anterior lleva a replantearse el tratamiento de las fuentes, pues denota un espacio en el que la guerra es utilizada intencionalmente para obtener beneficios imposibles de conseguir en un territorio en paz. Así, la guerra no es solo un espacio de destrucción. También lo es de construcción de identidades, intereses, y costumbres.

---

<sup>205</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 24-33.



Mapa 2. Caminos del Nuevo Reino y la gobernación de Popayán. Ciudades y villas des pobladas por ataques pijaos.

Fuente: elaboración propia a partir de documentos consultados en diferentes archivos.

#### 1.4.4. CANIBALISMO Y ESCLAVITUD

El tema de la esclavitud de los indígenas pijaos (una de las mayores justificaciones de los soldados españoles para hacer la guerra) está íntimamente relacionado con las acusaciones que se les hacían de practicar el canibalismo. Por ese motivo, se tratará en primer lugar de este tema.

La obsesión de los cronistas y escritores españoles con la antropofagia se deriva, principalmente, de que tal conducta era considerada como la antítesis de los patrones de comportamiento de un buen cristiano<sup>206</sup>. Para entender mejor el porqué de esto, vale la pena citar lo expresado por Álvaro Félix Bolaños, quien manifestaba que

La antropofagia, como irregularidad moral para el europeo de la época, supone en el antropófago la existencia de un irracional e insaciable deseo de carne humana. Esa peculiar afición morbosa convierte al caníbal –especialmente al americano– en una bestia voraz y en un homicida. De esta manera, el salvaje de las Indias se asimila dentro del cosmos cultural europeo no solamente como un enemigo del género humano, sino también como un pecador. La antropofagia es un acto que supone el homicidio de la víctima y la descuartización de su cuerpo en el sacrificio canibalístico lo cual violaba dos preceptos cristianos: El sexto mandamiento y una de las obras de misericordia: El entierro de los muertos para que esperen el juicio final. Esto era particularmente preocupante para los europeos cuya religión insistía en la trascendencia del alma<sup>207</sup>.

Así, desde los primeros contactos de los europeos con las nuevas tierras americanas, el fantasma del canibalismo, traído ya en la mente de los viajeros fruto de la lectura de los clásicos griegos y romanos, así como de las famosas novelas de caballería, hizo presencia en sus crónicas e informes<sup>208</sup>. A partir de allí, el espectro de la antropofagia entre los nativos americanos se dispersó por todo el continente, mencionando casos de esta práctica en diferentes territorios como la Nueva España, las Antillas, y el Brasil<sup>209</sup>.

Debido a que para los españoles el canibalismo consistía en una práctica completamente repudiable que convertía a quienes caían en ella en bestias salvajes, se consideró que, si se

---

<sup>206</sup> Álvaro Félix Bolaños, *Barbarie y canibalismo*, 151.

<sup>207</sup> Álvaro Félix Bolaños, *Barbarie y canibalismo*, 152-153.

<sup>208</sup> Sería Cristóbal Colón quien primero utilizaría este término en una entrada de su diario registrada el 23 de noviembre de 1492. Ver: Cristóbal Colón, *Diario de bordo* (Madrid: DASTIN, 2000), 146. Para la influencia de la literatura clásica y medieval en los conquistadores europeos, ver: Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1953).

<sup>209</sup> Un excelente estudio de la difusión de la imagen del caníbal entre los europeos puede hallarse en Yobenj Aucardo Chicangana-Bayona, *Imágenes de canibales y salvajes del Nuevo Mundo: de lo maravilloso medieval a lo exótico colonial, siglos XV-XVII* (Bogotá: Editorial universidad del Rosario, Escuela de Ciencias Humanas, 2013).

comprobaba que un grupo indígena era antropófago, sus miembros podían ser esclavizados por los soldados y conquistadores. Lo anterior estaba fundamentado no solo en las enseñanzas religiosas, sino incluso en términos de derecho. Según Francisco de Vitoria, si alguna nación indígena consumía las carnes de otros seres humanos, los españoles “aun sin necesidad de la autorización del Pontífice”, podían hacerles la guerra y prohibir tal práctica, “pues les está permitido defender a los inocentes de una muerte injusta”<sup>210</sup>.

Para el caso de los pijaos, se cuentan con menciones desde la década de 1560 acerca del uso de comer carne humana. En la visita anónima de 1560, se decía de los indios del Rincón de Timaná, que comían a otros naturales y que tenían carnicería pública donde vendían la carne de quienes capturaban<sup>211</sup>. En informaciones levantadas entre los años de 1575 y 1577 se encuentran también menciones similares<sup>212</sup>, como también en los textos de fray Pedro de Aguado<sup>213</sup>, fray Pedro Simón<sup>214</sup>, en los documentos producidos a comienzos del siglo XVII a razón de los ataques a Tocaima e Ibagué<sup>215</sup>, y en las cartas de presidente y gobernadores, como don Juan de Borja<sup>216</sup>.

Ahora bien, existe un prolongado debate acerca de si estas acusaciones de canibalismo contra los pijaos correspondían a la realidad o eran ficciones y exageraciones realizadas por los españoles con el fin de alcanzar sus propios intereses. Ante esto existe una corriente histórica, basada sobre todo en un famoso libro de William Arens<sup>217</sup>, que sostiene que este tipo de información es completamente falsa, en especial por la constante ausencia de testigos oculares fidedignos que certifiquen los hechos. En su reconocido texto, *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios pijaos de fray Pedro Simón*, Álvaro Félix Bolaños, a pesar de pretender polemizar la posición anterior, termina por hacer parte de este pensamiento (o cuando menos, por concluir que comprobar el canibalismo entre los pijaos es imposible)<sup>218</sup>. A partir de allí, esta consideración

---

<sup>210</sup> Francisco de Vitoria, *Reelecciones sobre los indios*, 101.

<sup>211</sup> Anónimo, “Visita de 1560”, 41.

<sup>212</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 35r-51r, 79r-99v, 107v-116r, 129r-137r.

<sup>213</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo I, libro séptimo, 627, 653, y tomo II, libro dieciséis, 714, 746, 771.

<sup>214</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXIV, XXVI, XXX, XXXI, 328-329, 338-339, 359, 362, 366.

<sup>215</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 6, 24, 19-20, 55, 56, 84.

<sup>216</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 991r, 991v.

<sup>217</sup> William Arens, *The Man-Eating Myth: Anthropology and Anthropophagy* (New York: Oxford University Press, 1979).

<sup>218</sup> Álvaro Félix Bolaños, *Barbarie y canibalismo*, 182-183.

se ha venido repitiendo hasta años muy recientes, como en el caso del historiador Bernardo Tovar Zambrano, quien expresa que todos los testimonios en los que se narra esta práctica por parte de los pijaos son siempre informaciones de tercera mano, lo cual les resta credibilidad y los vuelve sospechosos<sup>219</sup>.

Sin embargo, puede considerarse que el estudio de Bolaños, un clásico ya no solo en el tema de la antropofagia de los pijaos sino también de otros grupos indígenas, adolece de una enorme falta de referencias documentales. Todas sus conclusiones están basadas únicamente en el relato de Simón, el informe de 1608 de don Juan de Borja, y en los documentos transcritos por Enrique Ortega Ricaurte en su libro *Los inconquistables*. Además, la aseveración de que no se hallaron nunca testigos oculares del canibalismo pijao es completamente falsa. Incluso en uno de los documentos por él consultados, puede leerse la declaración presentada en noviembre de 1602 por Alonso Sánchez, morador de Ibagué, quien decía que él mismo había visto las carnicerías públicas de carne humana en tierras de pijaos<sup>220</sup>.

Sumando a lo anterior, en las informaciones mandadas a levantar por Diego de Ospina a finales de marzo de 1575, por la Audiencia de Santa Fe en agosto de 1576, y por Bernardino de Mojica Guevara en abril de 1577, se cuenta nada menos que con diez testigos oculares y presenciales del canibalismo pijao<sup>221</sup>.

Ahora bien, considerando un corpus documental más amplio y una relectura de los textos ya clásicos en el tema, ¿fueron entonces los pijaos caníbales? Este texto apuesta a que si lo fueron, aunque seguramente no en las proporciones mencionadas en varios de los documentos, los cuales, en una clara exageración, llegan a expresar que estos indígenas devoraron a más de 40.000 personas<sup>222</sup>.

Las razones para esta afirmación son las siguientes. En primer lugar, está el largo cuerpo documental ya citado que da fe de ello y que parece poco probable que todo haya sido invención de los testigos, en especial porque algunos de ellos cuentan con lujo de detalles este tipo de prácticas, como se verá a continuación. Segundo, porque en algunos textos existen pequeños

---

<sup>219</sup> Bernardo Tovar Zambrano, “Conquista española y resistencia indígena”, 256.

<sup>220</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 19-20.

<sup>221</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 112v, 113v, 114v, 115v, 131v, 133r, 135r.

<sup>222</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXIV, 328; [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 37v

apuntes que permiten llevar a algunas conclusiones. Por ejemplo, Simón describe que un par de coyaimas amigos que iban con la compañía del capitán Juan Bautista de los Reyes durante la campaña dirigida por el presidente Borja, tras hallar a un bebé abandonado por los enemigos, lo despedazaron con un machete, lo echaron en sus mochilas, y lo comieron asado en la noche<sup>223</sup>. Esta mención resulta bastante peculiar, pues se está hablando de que los indios aliados de los españoles, por lo general mejor tratados en este tipo crónicas que los que se oponían al dominio europeo, también realizaban estas prácticas. Es evidente que el autor intenta camuflar un poco este aspecto, pues en el mismo párrafo define a los amigos como coyaimas y a los enemigos como pijaos, ocultando voluntariamente que los primeros pertenecían también a esta misma etnia, solo que a una parcialidad diferente a los de la sierra<sup>224</sup>.

Parece pues que los pijaos practicaban tanto el canibalismo ritual como de “subsistencia”. Para el primer caso vale la pena traer a colación la información presentada por Francisco de Belalcázar, alcalde ordinario de Popayán, sobre el ataque que los pijaos hicieron al pueblo de Mambasabala, ubicado en su encomienda en la provincia de Guambia.

e que siguiendo su vitoria binieron sobre Guanvia al pueblo de Manbasabala de la encomienda deste testigo y mataron al padre Duarte Moreno clerigo e cura e vicario de aquella dotrina e a muchos yndios de la encomienda deste testigo e hazian quarto del dicho cuerpo del dicho padre Duarte Moreno e cozieron parte del y se lo comieron los yndios pixaos que alli vinieron que comen carne humana y con el caliz bebian chicha y en la patena con que celebrava el culto divino cortaron en ella carne humana porque este testigo fue con el capitan Gonçalo Delgadillo que salio a hazer el castigo e quando fueron a Mambasabala eran ydos los dichos yndios con su vitoria y se buscaron los cuerpos muertos del dicho Duarte Moreno e lo demas no parescio e de los yndios que alla se hallaron se hizo ynformacion e con otras personas se averiguo todo lo que dicho tiene como parecera por la dicha ynformacion y los cuerpos que hallaron les dieron sepultura y se volvieron<sup>225</sup>.

En este caso puede verse una clara intención ritual en la ingesta del cuerpo del sacerdote adaptando (tal vez en un intento de ridiculizar) la práctica de la misa cristiana. El hecho de la utilización de elementos como el cáliz y la patena son bastante dicientes a este respecto. Para

---

<sup>223</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo 48, 437.

<sup>224</sup> En la crónica de fray Pedro Aguado también se utiliza este recurso de llamar a los indios pijaos aliados españoles por el nombre de su provincia en vez que por el genérico *pijao*.

<sup>225</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 50v-51r.

esta ocasión, en vez de comulgar de manera simbólica con el cuerpo de Cristo a través de la ostia, lo hicieron directamente con las carnes de uno de sus clérigos<sup>226</sup>.

En cuanto al canibalismo de “subsistencia”, parecer ser que, si bien siempre lo practicaron, como puede evidenciarse por la constante mención de carnicerías públicas en donde se vendía pedazos de indios como los españoles hacían con las vacas y carneros, tras el comienzo del hostigamiento constante por parte de las tropas españolas este aumentó exponencialmente. Antes de la fuerte presión militar europea, los pijaos comerciaban con tribus cercanas, a las que, en pago por carne de animales, daban oro y joyas. Fue este el caso de los paeces, quienes les vendían la carne de los caballos de los españoles que lograban robarles durante la noche<sup>227</sup>. Estos contactos lo hacían para procurarse el alimento que no había en sus tierras, pues en ella escaseaban los animales para cazar. Sin embargo, desde finales del siglo XVI, cuando las expediciones españolas se hicieron más constantes, los pijaos debieron recurrir a una mayor ingesta de prisioneros, pues el avance europeo no solo les había cerrado sus circuitos comerciales, sino que les impedía dedicarse a sus cultivos<sup>228</sup>. Este aumento fue notado por el presidente Borja, quien decía con respecto al consumo de carne humana que

aunque le tienen por costumbre antigua hallanse agora tan çevados y encarnizados en la carne christiana que el mayor fundamento de sus inquietudes y guerras se encamina al sabor y deleite deste cruel viçio haziendo partiçion y carniçeria de las personas que prenden y en sus cuerpos notables crueldades cortandoles las carnes a pedazos menudos estando bivo comiendoselas en su presençia poco a poco y a las criaturas tiernas asandolas enteras en barvacoa a modo de parrillas las llevan en el zurron comiendo dellas por el camino o colgadas con un cordel al pescuezo<sup>229</sup>.

Esta información resulta útil no solo porque permite apreciar que incluso los oficiales españoles fueron conscientes del incremento del canibalismo, sino que también evidencia la presencia de

---

<sup>226</sup> Además de este caso de canibalismo ritual, también puede mencionarse la carta en la que el oidor Tomás López Medel informa que los indígenas de la Culata de Timaná atacaron a los indios de paz de aquella ciudad “y llevaron 55 cargas de carne de indios y hombres y mujeres para una fiesta que ellos querían hacer.” Citado en: Chantal Caillavet, “Antropofagia y Frontera: El caso de los Andes Septentrionales”, en Chantal Caillavet y Ximena Pachón (comp.), *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador* (Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Universidad de los Andes, 1996), 78.

<sup>227</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo II, libro dieciséis, capítulo 10, 771.

<sup>228</sup> Chantal Caillavet, “Antropofagia y Frontera”, 62.

<sup>229</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 991r.



este tipo de práctica en una modalidad casi únicamente de “subsistencia” al describir cómo eran consumidos los restos humanos como cualquier otro bastimento en las jornadas de estos indígenas.

La ingesta de seres humanos por subsistencia llegó a tal extremo a finales de la década de 1600, que los pijaos, al no contar prácticamente con ningún alimento debido a las talas realizadas por los soldados españoles, recurrieron a desenterrar personas muertas hacía más de diez días, “sin rreparar en la hediondez y corrupcion de los podridos cadaveres”<sup>230</sup>.

Una vez tratado el asunto del canibalismo pijao, se pasa a retomar el aspecto de la esclavitud. Como se mencionó, si se confirmaba que un grupo indígena era caníbal, los soldados españoles podían esclavizarlos. Desde muy temprano se realizaron autorizaciones a este respecto, como la que dio la reina Isabel de Castilla en los primeros años del siglo XVI para que los capitanes pudieran apresar a los indios caníbales de las islas de San Bernardo, Fuerte, Barú, y el puerto de Cartagena<sup>231</sup>. Sin embargo, esto llevó a que bajo esta normativa se cometieran incontables abusos en contra de la población nativa, tal y como fueron detalladamente denunciados por el padre Bartolomé de las Casas, pues los conquistadores realizaban falsas acusaciones sobre este comportamiento para procurarse mano de obra esclava<sup>232</sup>. Ante esto, los reyes sucesores comenzaron a legislar al respecto. El emperador Carlos V decretó en noviembre de 1526 una ley que mandaba que ningún adelantado, gobernador, capitán, alcalde, ni cualquier otra persona, en paz o guerra (incluso en guerra justa), pudiera esclavizar o vender a los indios de cualquier parte de Indias, so pena de pérdida de todos sus bienes<sup>233</sup>. Esta ley fue promulgada nuevamente en agosto de 1530, enero de 1532, noviembre de 1540, mayo de 1542, y octubre de 1548, lo que evidencia un constante combate por detener esta práctica que continuaba a pesar de su prohibición. Es muy probable que muchos oficiales y soldados sacaran provecho de un pequeño apartado de aquella ley que expresaba que ella no aplicaba “en los casos, y naciones, que por las

---

<sup>230</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 991r;

<sup>231</sup> Consuelo Varela, *Isabel la Católica y Cristóbal Colón* (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006, URL: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc7m0m9> consultado el 5 de marzo de 2018)

<sup>232</sup> Sobre este tema se pueden consultar diferentes obras del padre Las Casas, como su *Memorial de remedios para las Indias* (1518), *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), y *Tratado sobre los indios que se han hecho esclavos* (1552), entre otros.

<sup>233</sup> *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias* (Madrid: Julián de Paredes, 1681), libro VI, título II, ley primera.

leyes de este título estuviere permitido, y dispuesto, por quanto todas las licencias, y declaraciones hasta oy hechas, que en estas leyes no estuvieren recopiladas”.

Los casos de esclavitud se siguieron perpetuando en Indias, ya fuera de manera legal o ilegal. Para el primer caso, se cuenta con la licencia que Felipe II dio en 1569 a los vecinos de las islas de Barlovento para hacer la guerra y esclavizar a los indios caribes de aquellas regiones, siempre y cuando los prisioneros no fueran menores de catorce años o mujeres<sup>234</sup>. En el segundo, se pueden mencionar las denuncias que fray Gil González de San Nicolás realizó en la década de 1550 en contra de la esclavitud a la que se sometía a los indios de Chile<sup>235</sup>, las cuales fueron opacadas por la obstinación de las autoridades en continuar con esta práctica, como puede verse, por ejemplo, en el caso del virrey del Perú, don Francisco de Toledo, quien se quejaba de que las opiniones de teólogos como González lo único que lograban era entorpecer el desarrollo de una guerra más que justa<sup>236</sup>.

Para el caso de los pijaos, el primer documento referente a su esclavitud es una Real Cédula con fecha de 17 febrero de 1572 dirigida al gobernador de Popayán, por la cual, habiendo tenido relación de los daños que hacían estos indios en la gobernación y de que tenían carnicerías públicas de carne humana, además de las solicitudes que se habían hecho sobre que se pueda hacerlos esclavos, se mandaba levantar información para proveer lo necesario<sup>237</sup>. Siguiendo esta instrucción, el gobernador Bartolomé de Mazmela mando a realizar la información correspondiente a mediados de 1576, interrogando a varios testigos y consultando los pareceres de diversos oficiales reales y clérigos, como por ejemplo el de don Gonzalo de Vargas, factor y veedor de la Real Hacienda, y el de fray Miguel de Peñaranda, obispo de Popayán. Todas las opiniones expresaron que sería más que conveniente que se declarase la esclavitud de los pijaos, pues además de merecerla por sus actos, los soldados que fueran a la jornada lo harían con mayor motivación, pues podían obtener mayores beneficios económicos, además de que ayudaría al propio mantenimiento de las tropas. De esta forma, como lo menciona John Elliott, podía

---

<sup>234</sup> *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, libro VI, título II, ley XIII.

<sup>235</sup> Ver, por ejemplo, “Carta de fray Gil de San Nicolás al Presidente y oidores del Consejo de Indias”, en *Colección de Documentos inéditos para la historia de Chile: desde el Viaje de Magallanes hasta la Batalla de Maipo: 1518-1818*, Colectados y publicados por J. T. Medina (Santiago de Chile: Imprenta Elzeviriana, 1901), tomo XXVIII, 276-283.

<sup>236</sup> Álvaro Jara, *Guerra y sociedad en Chile. La transformación de la guerra de Arauco y la esclavitud de los indios* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1971), 187.

<sup>237</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 40r-40v.

encontrarse una manera sencilla de autofinanciación del conflicto, reduciendo costas a los vecinos, encomenderos, comerciantes, e incluso a la Real Hacienda<sup>238</sup>.

Realizada dicha información, se recibieron solicitudes para realizar la pacificación y conquista de los pijaos por parte de los capitanes Diego de Bocanegra, Bernardino de Mojica Guevara, y Bartolomé Talaverano, en las cuales, además de las tradicionales solicitudes para el desarrollo de la empresa, se pedía la declaración de los pijaos por esclavos. Según la petición de Mojica de Guevara, estos indios debían ser esclavos cautivos como se había declarado a los caribes de la isla Dominica, “cosa muy justa y permitida en ley divina y humana”<sup>239</sup>. Ante esto, la Real Audiencia de Santa Fe, en reunión del 3 de junio de 1577, decidió encomendar la jornada al capitán Talaverano, vecino de Ibagué. Para ello, decretó que pudiera hacer esclavos a los pijaos por tiempo de 20 años, marcándolos como tales en la mano, pudiéndolos vender, y llevando un registro ante capitán, alcalde, o escribano de los que fueren tomados<sup>240</sup>.

La empresa de Talaverano terminó fracasando, pues además de los constantes ataques de los indios, hubo motines y descontentos entre sus tropas<sup>241</sup>. Así, se siguieron organizando algunas jornadas como la encargada al capitán Diego de Bocanegra en la década de 1580, la cual, a pesar de haber logrado establecer centros urbanos como Medina de las Torres, defendido con destreza su fuerte del río de Miraflores, y haber hecho algún daño a los pijaos, terminó igualmente derrotado por los mismos<sup>242</sup>.

A finales de la década de 1580, cuando fue proveído por presidente de la Real Audiencia el doctor Antonio González, y continuando el problema con los pijaos, se libró una Real Cédula con fecha de 31 de agosto 1588 en la que se le encomendaba realizar una nueva capitulación para acabar con la amenaza indígena, en la cual se contemplaba la posibilidad de decretar la esclavitud de estos<sup>243</sup>. Siguiendo su orden, el presidente realizó la respectiva capitulación con Bernardino

---

<sup>238</sup> John H. Elliott, *Empires of the Atlantic world: Britain and Spain in America, 1492–1830* (New Haven y Londres: Yale University Press, 2006), 62.

<sup>239</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 128v-129r.

<sup>240</sup> [Delitos y esclavitud de pijaos y paeces], 1575-1577, en A.G.I., *Patronato*, 233, R.1, ff. 143r-143v.

<sup>241</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXIX-XXX, 355-360.

<sup>242</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXX-XXXII, 360-370. También puede consultar una carta del oidor Francisco Guillén Chaparro en donde se narran algunos de los problemas en la expedición de Bocanegra. “[Carta de Francisco Guillén Chaparro, oidor de la Audiencia de Santa Fe]”, 13 de septiembre de 1585, en A.G.I., *Santa Fe*, 17, R. 2, N. 14.

<sup>243</sup> “[Capitulaciones realizadas con Bernardino de Mojica Guevara]”, en A.G.I., *Patronato*, 164, R. 1, ff. 297r-298r; María Luisa Martínez de Salinas Alonso, “Los intentos de pacificación de los indios pijao (Nuevo reino de Granada) a fines del siglo XVI”, *Revista de Indias*, vol. XLIX, núm. 186 (1989): 362-363.

de Mojica Guevara, el mismo que años atrás se había ofrecido para llevarla a cabo. Aunque en tal documento no se encuentra ninguna mención directa o capitulación concreta sobre el tema de la esclavitud, existe una carta que escribió el presidente González al rey el 3 de mayo de 1591, en la cual le informaba de varios asuntos del Nuevo Reino y de la capitulación que había realizado. En ella le pedía al monarca que decretase la esclavitud de los pijaos, basado no solo en los testimonios que aseguraban que comían carne humana, sino en las opiniones de teólogos y en la experiencia que sobre este tema se tenía con los indígenas chichimecas de Nueva España<sup>244</sup>. Según una nota marginal en el documento, esto fue aprobado por el Consejo de Indias el 4 de diciembre de 1592, por lo cual se permitió esclavizar por diez años a hombres con más de 15 años y a mujeres con más de 12<sup>245</sup>.

Nuevamente los intentos de pacificación fracasaron. Sin embargo, en las pequeñas entradas que hacían algunos capitanes y soldados se siguieron sacando esclavos indígenas para venderlos, consolidándose como el principal interés en esta guerra, más que el allanamiento del territorio. Como lo denunciaba el presidente Francisco de Sande a finales de 1597, los soldados que hacían esto “son los que pretenden que se haga guerra por la miserable codicia de sacar un prisionero o dos para venderlos”<sup>246</sup>. Sin embargo, es claro que la crítica de Sande no estaba encaminada a denunciar la poca necesidad de la guerra o la esclavitud, sino al desmedido y único intereses de las tropas en esta y en los errores en los que se incurría en la dirección del conflicto. Es más, en la misma carta, el presidente llegó a expresar que la guerra contra los pijaos “es cosa ymportantissima mas que lo de los chichimecas de la Nueva España y “que es de tanta ymportancia para su servicio esto como lo de Arauco de Chile”<sup>247</sup>. Sus opiniones basadas en eventos de otras latitudes de Indias estaban fundadas en su larga carrera política, pues antes de su llegada a la presidencia de la Audiencia de Santa Fe, había sido fiscal y oidor en la Audiencia

---

<sup>244</sup> “[Carta de Antonio González, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 3 de mayo de 1591, en A.G.I., *Santa Fe*, 17, R. 8, N. 46, ff. 6v-7v. Con respecto a los chichimecas, se realizaron en la Nueva España tres juntas de teólogos entre los años de 1569 y 1575, donde finalmente se decretó la esclavitud de estos indígenas. Ver: Alberto Carrillo Cázares, “Las juntas teológicas de México sobre la guerra chichimeca (1567-1575)”, *Relaciones*, núm. 70 (1997), 106-127; Alberto Carrillo Cázares, *El debate sobre la Guerra Chichimeca, 1531-1585: derecho y política en Nueva España* (Zamora, Mich.: El Colegio de Michoacán, El Colegio de San Luis, 2000).

<sup>245</sup> “[Carta de Antonio González, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 3 de mayo de 1591, en A.G.I., *Santa Fe*, 17, R. 8, N. 46, ff. 7r.

<sup>246</sup> “[Carta de Francisco de Sande, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 21 de octubre de 1597, en A.G.I., *Santa Fe*, 17, R. 14, N. 140, f. 2v.

<sup>247</sup> “[Carta de Francisco de Sande, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 21 de octubre de 1597, en A.G.I., *Santa Fe*, 17, R. 14, N. 140, ff. 2r, 3v.

de México (1567 y 1580), gobernador de Filipinas (entre 1575 y 1580), y presidente de la Audiencia de Guatemala (entre 1592 y 1596)<sup>248</sup>.

Pocos años después, en abril de 1601, nuevamente se solicitó al rey la esclavitud de estos indígenas por parte del entonces gobernador de Popayán, don Vasco de Mendoza y Silva. Para esta ocasión se volvió a aludir a la motivación que los soldados sacarían de ello. Según la carta

y porque con mas cuidado y beras procuren los soldados que entraron a hacer el dicho castigo de perseverar en el se sirva Vuestra magestad de mandar que la pena de la vida questos yndios tienen merecida se les comite en servidumbre perpetua porque haziendose assi la codicia de ganar esclavos junta con la paga de ocho pesos de buen oro que se les a de dar al mes les obligara a asistir en la guerra y a no hacer ausencia della<sup>249</sup>.

No debieron esperar mucho para volver a decretar la esclavitud, pues tras los ataques a la jurisdicción de Ibagué a finales de 1602, la Real Audiencia determinó en noviembre de ese mismo año que se diera a los pijaos por esclavos por tiempo de diez años continuos<sup>250</sup>. Este mandamiento se siguió utilizando en la campaña que desde 1606 y hasta 1613, aproximadamente, llevó a cabo el presidente don Juan de Borja. Como se verá más adelante, fue esta empresa en la que finalmente se dio fin a la amenaza de los pijaos mediante la ejecución de una guerra de exterminio más que de un intento de pacificación.

Sin embargo, durante las etapas finales del conflicto, Borja sostuvo que la esclavitud de los pijaos debía ser perpetua y no solamente por diez años, como hasta entonces se había venido haciendo. Además, opinaba que esta condena debía aplicarse también a mujeres y niños, así como a toda la descendencia de los prisioneros “como se haze con los negros y moros”<sup>251</sup>. Las razones para sostener esta idea eran varias. En primer lugar, insistía en que, de no de hacerse así, los soldados e indios amigos que tenían interés en capturarlos perderían su ímpetu y se atrasarían las últimas acciones de la guerra. Segundo, que si los cautivos se soltaban después de la condena, lo único que harían sería retornar a sus tierras para renovar sus hostilidades “con entero conocimiento de

---

<sup>248</sup> Luis Miguel Córdoba Ochoa, “Guerra, Imperio y Violencia”, 341; Ampelio Alonso de Cadenas y López, y Adolfo Barredo de Valenzuela y Arrojo, *Nobiliario de Extremadura* (Madrid: Ediciones de la revista Hidalguía, 2002), tomo VII, 90.

<sup>249</sup> [“Carta del gobernador de Popayán, Vasco de Mendoza y Silva”], 14 de abril de 1601, en A.G.I., *Audiencia de Quito*, 16, R. 11, N. 27, f. 1v.

<sup>250</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 26.

<sup>251</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 987v.

nuestras cosas, y (lo que peor es) de que aviéndose hecho de gentiles christianos, de christianos se trocassen en apostatas”<sup>252</sup>. Tercero, decía que había consultado a personas doctas y cristianas del Reino, quienes precisaban necesaria la esclavitud perpetua, aunque no manifiesta los nombres de tales personajes<sup>253</sup>. Por último, se basaba en el caso de los indios de Chile, a quienes el rey Felipe III había condenado hacía poco de manera similar<sup>254</sup>. El odio de Borja hacia los pijao era tan exacerbado, que incluso la esclavitud le parecía una suave pena en comparación con lo que merecían. Sobre esto último manifestaba que “los atroces delitos q(ue) han cometido [son] dignos de mayores castigos que la servidumbre, la qual para ellos es ganancia y granjeria”<sup>255</sup>.

Esto es lo que se sabe con respecto a los decretos de esclavitud, pero ¿qué fue del destino de los pijao que pararon en manos de las tropas españolas? Lo cierto es que lo que se ha podido encontrar a este respecto no es muy abundante, pero permite realizar una cierta aproximación si se analiza con cuidado.

Parece ser que uno de los usos de los esclavos fue interrogarlos para sacar información acerca sus intenciones y planes. Con respecto a esto, se cuenta con el caso de una india de la provincia de Cacataima, la cual fue tomada por el capitán Gaspar Rodríguez del Olmo, vecino de Ibagué, cuando fue a la persecución de un grupo que el 25 de diciembre de 1602 había atacado uno de sus hatos de ganado vacuno<sup>256</sup>. Poco después, en agosto de 1603, fueron capturados un par de indios durante una expedición a la provincia de Mayto comandada por el mismo Gaspar Rodríguez del Olmo y Pedro Jaramillo de Andrada, este último vecino de Tocaima. Los prisioneros eran un hombre llamado Vivi, natural de Cacataima, y una mujer llamada Yachimba, oriunda de la provincia en que se desarrollaba la campaña. Estos declararon, por medio de Alonso Cobo, vecino de Ibagué quien conocía la lengua pijao, cierta información sobre ataques recientes que este grupo indígena había llevado a cabo<sup>257</sup>.

---

<sup>252</sup> “Carta de Don Juan de Borja sobre el estado de la guerra contra los indios Pijao [12 de junio de 1611]” en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 496.

<sup>253</sup> “Carta de Don Juan de Borja sobre el estado de la guerra contra los indios Pijao [12 de junio de 1611]” en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 498.

<sup>254</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 987v. Sobre la aprobación de la esclavitud de los indios de Chile por Felipe III, ver Álvaro Jara, *Guerra y sociedad*, 219-230.

<sup>255</sup> “Carta de Don Juan de Borja sobre el estado de la guerra contra los indios Pijao [12 de junio de 1611]” en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 496-497.

<sup>256</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 36-37

<sup>257</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 258-261.

En la campaña comandada por don Juan de Borja se dispuso de los prisioneros para ejecutarlos de formas terribles como método para sembrar el terror entre esta población. El gobernador Diego de Ospina, por ejemplo, tras haber resistido con éxito los ataques comandados por el afamado “cacique” Calarcá, ejecutó a los prisioneros usando perros que los despedazaran para luego cortar las cabezas y colgarlas en picas cerca del fuerte en donde estaba asentado<sup>258</sup>. Este método de ejecución parece haber sido bastante popular, como también el ahorcamiento y la exhibición de los cuerpos en los caminos<sup>259</sup>.

Por otra parte, se cuenta con el testimonio de Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán, quien decía que el capitán Diego de Bocanegra había capturado a trece indios pijaos en una expedición realizada cerca de la ciudad de Buga. Sabiendo esto, el gobernador don Vasco de Mendoza y Silva despachó a Villalobos, quien determinó ejecutar a siete de ellos, y vender como esclavos a los seis restantes. Para ello, mandó que los prisioneros se enviasen a la cárcel de Cali, y que de allí fueran llevados al puerto de Buenaventura para ser embarcados hacia Panamá y vendidos allí<sup>260</sup>.

En la probanza de los servicios militares prestados por el capitán Alonso Ruiz de Sahajosa, realizada en 1608, se cuenta con un corto pero valioso testimonio sobre el uso de mujeres cautivas, seguramente para el ejercicio de labores domésticas. Según el documento, éste capitán había capturado a dos indias pijaos, las cuales enviaba a Santa Fe con Pedro Pujos, la una como limosna para las monjas carmelitas descalzas, y la otra como regalo a fray Pedro Simón, en ese entonces confesor del presidente Borja, quien, según Sahajosa, “es perssona que sabra agradecer la amistad que se le hiziese”<sup>261</sup>. Sin embargo, parece ser que al final solo pudo enviarse la prisionera destinada al sacerdote, pues la otra murió debido a que ambas se encontraban bastante enfermas.

---

<sup>258</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLII, 414.

<sup>259</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XLVII, L, 435, 445; “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 1003v, 1005r, 1005v, 1006r, 1007r. Estos brutales métodos de ejecución eran comunes desde hacía ya años en Indias. En una relación de los méritos y servicios del capitán Bernardo de Vargas Machuca, se dice que éste ahorcó y empaló a nueve o diez indios durante su jornada cerca de la ciudad de Santiago de las Atalayas. “[Probanza de méritos y servicios del capitán Bernardo de Vargas Machuca]”, 1592, en A.G.I., *Patronato*, 164, R.1, f. 101r.

<sup>260</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, f. 278v.

<sup>261</sup> “[Información sobre los servicios militares de Alonso Ruiz de Sahajosa, en la conquista de Coyaimas y Pijaos]”, en A.G.N., *Historia Civil*, t. 17, doc. 6, f. 261v.

Debe considerarse que los casos anteriores solo tratan de unos pocos indígenas. Únicamente se ha hallado un par de menciones sobre grandes grupos. La primera es una carta de la Audiencia de Santa Fe de abril de 1608, en la que se dice que en los dos años que iban de la guerra, las tropas habían matado y aprisionado a más de 600 indios de todas las edades<sup>262</sup>. La segunda, es la realizada por el capitán Juan Ortega Carrillo, castellano del fuerte de San Lorenzo de Chaparral, y quien posteriormente estuvo encargado de la organización de los pueblos de Coyaima y Natagaima, quien decía que desde la entrada realizada el 12 de septiembre de 1609, hasta la realizada el 14 de diciembre de 1612, capturaron a 572 “piezas de chusma chicas y grandes”, según las cuentas que él mismo llevaba<sup>263</sup>. El paradero final de estos prisioneros no puede ser más que especulado hasta que se encuentre documentación que lo especifique. Por el momento, puede lanzarse la hipótesis de que muchos de ellos debieron haber sido implementados en labores de minería, sobre todo considerando la gran demanda de mano de obra que esta actividad exigía. Puede pensarse que un buen número de ellos sufrió los mismos padecimientos que un par de indias que huyeron de la ciudad de Mariquita a comienzos de 1614, las cuales probablemente se dedicaban a la extracción forzada de metales preciosos<sup>264</sup>.

Por su parte, el mismo Simón, quien no solo participó en la guerra, sino que estuvo en contacto con los altos oficiales de la misma, solo tiene una corta mención con respecto al tema de los esclavos. Dice al final de su historia sobre los conflictos contra estos indígenas que “también han quedado en esta ciudad [Santa Fe] y en otras partes de este Reino algunos indios e indias [pijaos] que sirven muy quietos, algunos dicen que a título de esclavos, que si lo pueden o no, no es mío juzgarlo, pues sólo soy historiador y no juez.” Resulta bastante hipócrita por parte del sacerdote que se defiende en su labor de cronista, cuando, como se demostró, él mismo tenía, por lo menos, una esclava pijao<sup>265</sup>.

---

<sup>262</sup> “[Carta de la Audiencia de Santa Fe]”, 16 de abril de 1608, en A.G.I., *Santa Fe*, 18, R. 9, N. 76, f. 1v.

<sup>263</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, f. 1032r.

<sup>264</sup> “[Información sobre los servicios militares de Alonso Ruiz de Sahajosa, en la conquista de Coyaimas y Pijaos]”, en A.G.N., *Historia Civil*, t. 17, doc. 6, f. 280r.

<sup>265</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo L, 446-447.



### 1.5. JUSTIFICACIONES DEL BANDO PIJAO PARA HACER LA GUERRA

Un repaso superficial sobre las motivaciones de los pijaos para hacer la guerra a sus vecinos indígenas y españoles concluiría que se basaban simplemente en una lucha por la defensa de su territorio y por la consecución de recursos necesarios para su subsistencia. Sin embargo, y a pesar de que las fuentes no tratan en rigor este asunto, parece oportuno valerse de análisis aportados desde otras disciplinas como la antropología y la etnología para intentar entender la importancia y el significado que el ejercicio de la guerra tenía en las llamadas “sociedades primitivas”, entre las que se podría incluir a los pijaos, y las razones por las cuales se llevaba a cabo. Se resalta que este apartado es puramente aproximativo y no busca llegar a una conclusión única sino a presentar algunas apreciaciones desde las cuales se podría estudiar este fenómeno.

Para el antropólogo Pierre Clastres, la guerra cumple una función de primer orden en este tipo de sociedades. Yendo en dirección opuesta a las ideas expuestas por Claude Lévi-Strauss, quien sostenía que el intercambio era la base para la constitución de las sociedades primitivas y la disolución del fenómeno guerrero, atribuyendo a los eventos bélicos un carácter accidental o azaroso, Clastres opta por afirmar que la guerra es la estructura fundamental de la sociedad primitiva y no el fracaso accidental de un intercambio. Así, concluía expresando que la guerra en este tipo de sociedades es su base, su ser, y su objetivo.<sup>266</sup> Esta adhesión y dedicación total a la actividad bélica está fundamentada en una necesidad de diferenciación de cada comunidad con respecto a las demás que la rodea, es decir, en la capacidad de pensarse como un grupo autónomo. Al ejercer la guerra, se propende a la dispersión, a la escisión, y, por ende, a la conservación de una identidad propia diferenciada de la del otro, del extranjero. Así, lo que se pretende evitar por medio de la conformación de una sociedad cuya cultura es eminentemente guerrera, es el cambio social con el fin de conservar y preservar un ser propio único y homogéneo<sup>267</sup>. “En tanto haya guerra habrá autonomía: es por esto que no puede, que no debe cesar, que es permanente. La guerra es el modo de existencia privilegiado de la sociedad primitiva en tanto ella se distribuye en unidades sociopolíticas iguales, libres e independientes”<sup>268</sup>.

Teniendo en cuenta lo anterior, el principal enemigo de este tipo de sociedades sería un elemento que esté encaminado a la aplicación de una ley unificadora que englobe a diferentes grupos y

---

<sup>266</sup> Pierre Clastres, “Arqueología de la violencia”, 197, 204-205, 212.

<sup>267</sup> Pierre Clastres, “Arqueología de la violencia”, 204-213.

<sup>268</sup> Pierre Clastres, “Arqueología de la violencia”, 213.

busque suprimir sus diferencias. Según Clastres, la personificación por excelencia de este fenómeno es el Estado, en tanto signo acabado de la división de la sociedad y órgano del poder político independiente. Bajo la sombra del Estado, la sociedad deja de ser compuesta por grupos heterogéneos para convertirse en un ser social homogéneo<sup>269</sup>.

Siguiendo esta lógica, y trasladando estas apreciaciones al tema aquí tratado, podría pensarse que la resistencia de los pijaos responde a esta necesidad de diferenciación y de conservación de su identidad por medio del impedimento de la innovación en la sociedad a través de la guerra. Si este fenómeno ocurría ya en tiempos prehispánicos, la enconada resistencia de este grupo a los intentos colonizadores de los españoles se puede interpretar como una lucha en contra de la homogenización si se considera a grandes rasgos a la Monarquía como el Estado descrito por Clastres. Así, a la tradicional práctica guerrera que los diferenciaba de otros grupos, se sumaba ahora la resistencia a una entidad política que buscaba aplacar sus tradiciones para imponerles un conjunto de leyes y normas políticas, sociales, económicas y culturales con el fin de incluirlos forzosamente a una comunidad política homogénea encabezada por la figura del rey.

Aunque estos argumentos parezcan útiles para comprender las motivaciones de los pijaos para hacer la guerra, existen varios factores que deben considerarse antes de concluir cualquier cosa. Por más acabadas y fundamentadas que se encuentren las tesis de Clastres, padecen de una visión del fenómeno histórico en términos de total oposición. En otras palabras, es una consideración de blanco y negro en la que no se considera todo el espectro de grises que existe entre extremos, y que, en mayor o menor medida, puede replantear las conclusiones. Para esto, resulta especialmente adecuado traer a colación varias de las ideas expuestas por Guillaume Boccara, quien apuesta por una relectura del pasado de las sociedades nativas a través de un cambio de perspectiva caracterizado por, entre otras cosas, “analizar los procesos combinados de resistencia, adaptación y cambio, dejando atrás la vieja dicotomía entre permanencia de una tradición inmemorial por un lado y dilución de la entidad india vía un mecanismo de aculturación impuesta por el otro”<sup>270</sup>. Agrega que en caso de no seguir esta recomendación se caería en el error de condenar a la historia de las sociedades amerindias coloniales a tan solo dos alternativas: su desaparición paulatina o su encerramiento en un primitivismo eterno.

---

<sup>269</sup> Pierre Clastres, “Arqueología de la violencia”, 213-215.

<sup>270</sup> Guillaume Boccara, “Colonización, resistencia y etnogénesis”, 48.

La atención debe centrarse entonces, según esta aproximación, en aquellos procesos de sincretismo, de mezcla entre tradiciones diferentes, en este caso, la pijao y la hispánica, que tuvieron como resultado la creación de nuevos espacios, identidades, comunicaciones y comportamientos. Si se siguiera al pie de la letra las hipótesis de Clastres, algunos episodios y características de la guerra contra los pijaos no encontrarían cabida en aquel marco teórico. Pueden mencionarse, por ejemplo, la asimilación por parte de los indígenas de las armas y el modo de hacer la guerra de sus enemigos, llegando a una comprensión tal del funcionamiento de su sociedad que buscaban engañarlos con promesas de paz fingidas, e incluso a hablar en su idioma<sup>271</sup>.

Tal vez, aunque puede ser algo arriesgado de concluir, la razón y la motivación del hacer la guerra por parte de los pijaos podría comprenderse combinando los procesos aquí mencionados. Su resistencia y belicosidad puede considerarse como una lucha por conservar una identidad propia y diferenciada, expresada en aspectos como la territorialidad, formas de organización política, social y económica, bases de subsistencia y tradiciones culturales, que, sin embargo, no significa que no hayan sufrido modificaciones a partir de la influencia ejercida por el contacto con sus enemigos en la frontera de guerra. Esta frontera debe ser entendida más que como un muro hermético, como una red flexible, la cual permite la filtración de elementos de ambos lados e incluso su modificación. De este modo podría profundizarse más acerca de las razones de la guerra en las sociedades indígenas sin dejar de considerar su impulso de conservación propio y sin reducir el dinamismo y la pluralidad del encuentro y las relaciones de dos mundos.

## **1.6. ALGUNOS INTENTOS DE CONQUISTA Y PACIFICACIÓN**

El número de expediciones que desde los distritos del Nuevo Reino y la gobernación de Popayán salieron a la conquista y pacificación del territorio de los pijaos es sorprendente. Considerando solo la información recopilada por fray Pedro Simón, pueden contarse alrededor de 49 campañas (ver tabla 4), aunque hubo muchas más que pueden encontrarse en otras fuentes como en la documentación de gobernadores y particulares. Muchas de ellas terminaron en fracaso, siendo la gran excepción la dirigida por el presidente don Juan de Borja desde 1605. Antes de esta jornada, las que más habían podido lograr tan solo llegaron a fundar algunas ciudades poco

---

<sup>271</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLVIII, 438.

pobladas y a identificar unos cuantos yacimientos de oro y plata que animaban a seguir intentando la conquista.

Las jornadas de mayor envergadura se enmarcan en las campañas de pacificación que comenzaron a partir de la década de 1560, tiempo en el que, a pesar de la prohibición de las conquistas en 1549, los vecinos de ciudades como Cartago, Buga o Ibagué, así como las autoridades de la Real Audiencia, promovieron la organización de tropas para someter regiones que hasta el momento no habían sido reducidas, con el fin de beneficiarse de las minas de oro, la mano de obra indígena, y obtener recompensas por sus méritos militares<sup>272</sup>. Durante este período varios capitanes, de los cuales se tratarán solo algunos, capitularon con los presidentes y oidores de la Audiencia para someter a los indómitos pijaos, comprometiéndose a levantar y aviar soldados a su costa para las jornadas.

#### INTENTOS DE PACIFICACIÓN DE LOS PIJAOS SEGÚN FRAY PEDRO SIMÓN

Capitán	Origen de la expedición	Número de soldados
Sebastián de Belalcázar	Popayán	No hay información
Giraldo Gil de Estupiñán	Nuevo Reino	50
Francisco de Trejo	Popayán	70
Juanes de Gaviria	Popayán	No hay información
Julián de Zárate	Popayán	40
Fernán Pérez	Popayán	50
Miguel Losada	Popayán	40
Martín Calderón	Popayán	35
Francisco de Aguilar	Popayán	40
Juan de Ampudia	Popayán	50
Domingo Lozano	Nuevo Reino	Más de 100
Capitán Osorio	Popayán	35
Francisco de Belalcázar	Popayán	80
Diego de Bocanegra	Nuevo Reino	70
Capitán Marín	Popayán	120
Bartolomé Talaverano	Nuevo Reino	70
Diego de Bocanegra	Nuevo Reino y Popayán	170
Bernardino de Mojica	Nuevo Reino	180
Diego de Bocanegra	Popayán	95 soldados, 200 indios, 100 caballos
Capitán Villanueva	Popayán	40
Capitán Rojas	Popayán	40
Capitán Bocanegra	Popayán	70
Pedro de Velasco	Popayán	50

<sup>272</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 24-33.

Hernando de Arias	Popayán	60
Pedro Sánchez Castillo	Popayán	40
Telmo Rosero	Popayán	40
Diego de Castilla	Popayán	30
Lorenzo de Páez <sup>273</sup>	Popayán	50
Capitán Campo de Salazar	Popayán	50
Capitán Pando	Popayán	35
Sebastián de Bocanegra	Popayán	50
Francisco de Salazar	Popayán	20
Pedro de Jaramillo	Popayán	50
Capitán Bautista de los Reyes	Popayán	30
Pedro de Herrera	Nuevo Reino	60
Diego de Medina	Popayán	25
Lorenzo Palomino	Popayán	36
Vasco de Mendoza y Silva	Popayán	207
Juan de Magaña	Popayán	35
Pedro de Moriones	Popayán	30
Felipe de Camargo	Popayán	40
Gregorio de Astigarreta	Popayán	50
Capitán Lemos	Popayán	30
Diego de la Monja	Popayán	30
Cristóbal Quintero	Popayán	50
Diego de Alameda	Popayán	30
Álvaro de Bedoya	Popayán	25

**Tabla 4.**

**Fuente:** Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1981), tomo VI, Séptima Noticia, Capítulo XXIV, 328-330.

En 1562, tras recibir quejas por parte de las villas de Timaná y Neiva sobre el constante ataque de los indios, la Audiencia de Santa Fe despachó al capitán Domingo Lozano, vecino y encomendero de Ibagué, quien en años anteriores había hecho la guerra a los pijaos y gozaba de una buena reputación. Las autoridades le encargaron que poblara uno o dos pueblos en nombre del Rey en el territorio que pacificara. Para esto, Lozano llegó a levantar una tropa compuesta de 70 soldados, entre los que tenía 25 caballos de guerra, veinte arcabuces, y otras armas y protecciones como sayos, lanzas, espadas y rodelas. A pesar de haber conseguido aliarse con los

<sup>273</sup> Seguramente se trata del capitán Lorenzo de Paz Maldonado, alcalde ordinario de la ciudad de Popayán, quien en 1586 salió a la pacificación de los paeces y pijaos. “Acta del cabildo de Popayán del 15 de febrero de 1586”, en A.C.C., *Libros de Belalcázar*, f. 122r.

pijaos de la provincia de Ambeyma, y logrado algunos buenos efectos, las tropas terminaron siendo desbaratadas por la ferocidad de paeces y pijaos, además de las dificultades sufridas por los conflictos y choques de intereses entre las autoridades del Nuevo Reino y la gobernación de Popayán que impidieron recibir los socorros necesarios<sup>274</sup>.

El capitán Diego de Bocanegra<sup>275</sup>, quien sirvió como sargento mayor en la expedición de Lozano, organizó otra jornada alrededor de 1572. Reunió 60 soldados aviados a su costa, para lo cual tuvo que pedir prestados 6.000 pesos a su hermana, Isabel de Bocanegra. Tras duros combates contra los indios en los fuertes levantados por los españoles, y a pesar de haber fundado la ciudad de Santiago de la Frontera, la campaña terminó en fracaso. Algunos años después, en 1584, gracias especialmente al impulso del oidor Alonso López de Salazar, la Audiencia despachó nuevamente a Bocanegra con 40 soldados, prometiendo ayudarlo con 2.000 pesos, promesa que jamás fue cumplida. A pesar de que esta campaña fue un poco más exitosa, el buen suceso no pudo mantenerse en el tiempo y los esfuerzos volvieron a resultar en vano<sup>276</sup>.

En 1577, Bartolomé Talaverano<sup>277</sup>, vecino de Ibagué, intentó también la pacificación por mandato del presidente Lope Díez de Armendáriz. Según las capitulaciones realizadas el 3 de junio de ese mismo año, Talaverano debía de salir dentro de tres meses a la empresa con 60 hombres (la mitad de ellos equipados con arcabuces) y un sacerdote que administrase los sacramentos a los indios y españoles. Además, debía introducir a aquellas provincias y en el pueblo que le mandaban hacer, 500 vacas, 500 carneros, 1.000 ovejas, 300 cabras, 300 cerdos, y 300 fanegas de maíz, todo ello a su costa, así como el avío de los hombres y los bastimentos necesarios<sup>278</sup>. Según el capitán, alcanzó a levantar 80 hombres, gastando para ello más de 6.000 pesos de su hacienda.<sup>279</sup>

---

<sup>274</sup> Fray Pedro de Aguado, *Recopilación Historial*, 331-355; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXVI, 337-340.

<sup>275</sup> El capitán Diego de Bocanegra era natural de Málaga. Fue un importante vecino de Buga, en donde ejerció como alcalde ordinario en 1580. Tuvo por encomienda a los indios mamás. Casó en aquella ciudad con Ana Hernández. Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca grande. Fuentes para la Historia* (Bogotá: Ediciones Uniandes, CESO, Facultad de Ingeniería, 2006), Tomo I, 200.

<sup>276</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXVII, XXVIII, XXIX, XXX, XXXI, XXXII, 341-355, 360-370.

<sup>277</sup> El capitán Bartolomé Talaverano era un soldado veterano que había participado en diferentes empresas, como la pacificación de la provincia de Veragua, el castigo a la rebelión de Gonzalo Pizarro, a donde fue con el capitán Diego de Fuenmayor, el descubrimiento y población del Callao, así como de otros pueblos de la provincia de Charcas. “[Méritos y servicios de Bartolomé Talaverano]”, en A.G.I., *Patronato*, 157, N. 1, R. 4, f. 395r.

<sup>278</sup> “[Delitos y esclavitud de pijaos y paeces]”, en A.G.I., *Patronato*, 233, R. 1, ff. 138v-140r.

<sup>279</sup> “[Méritos y servicios de Bartolomé Talaverano]”, en A.G.I., *Patronato*, 157, N. 1, R. 4, ff. 395r, 398v.

Durante la expedición, Talaverano y sus hombres entraron a las provincias de Otaima, Cacataima y valle de Amoyá, en donde recibieron un duro hostigamiento por parte de los pijaos de aquellas regiones, además de sufrir un severo agotamiento producto de la aspereza de la tierra. El 8 de diciembre de 1577 logran fundar la ciudad de El Escorial, y tan solo un día después realizan una información sobre los daños que han sufrido. Según varios soldados que atestiguaron, hacía poco los indios habían matado a siete españoles, herido a seis, y asesinado a nueve indios ladinos cuando salieron a buscar comida y tratar de llamarlos a paz. Además, la situación era tan difícil que en el pueblo debían de matar caballos para comérselos<sup>280</sup>. Por estos motivos, la tropa se vio forzada a abandonar la pacificación y retornar al Nuevo Reino. Sin embargo, el presidente de la Audiencia, todavía Díez de Armendáriz, viendo lo necesario que era realizar esta empresa, dio nueva comisión a Talaverano para que entrara a ello el año de 1579, todo bajo las mismas capitulaciones de 1577. Nuevamente llevó alrededor de 70 soldados armados a su costa, pero debido al ataque de los indios, sumado a problemas de amotinamiento entre sus hombres, la campaña fue un fracaso<sup>281</sup>.

A comienzos de la década de 1590 una nueva esperanza apareció para los oficiales españoles. Bernardino de Mojica Guevara, un rico vecino y encomendero de Tunja<sup>282</sup>, quien ya había ofrecido sus servicios en 1577 los cuales fueron rechazados a favor de la expedición de Talaverano,<sup>283</sup> capituló la jornada de los pijaos con el presidente Antonio González, quien, en 1588, antes de salir de España, recibió una Real Cédula en que se le encargaba acabar con la amenaza indígena. La jornada parecía prometedora, pues Mojica se obligaba a gastar 10.000 pesos para el avío y bastimentos de los soldados que lo acompañarían y para llevar a dos sacerdotes que administrasen los sacramentos. Además, aseguraba que en caso de que aquella cantidad no bastase, se ofrecía a gastar 20.000 o 30.000 pesos de su hacienda. También se comprometía a entrar a aquellas provincias mil cabezas de ganado vacuno, 400 cerdos, y 100 yeguas<sup>284</sup>. A cambio de sus servicios, se le concedía por dos vidas el gobierno de las provincias pacificadas, las cuales incluían a la ciudad de Ibagué y la villa de Timaná; la potestad de otorgar

---

<sup>280</sup> “[Méritos y servicios de Bartolomé Talaverano]”, en A.G.I., *Patronato*, 157, N. 1, R. 4, ff. 417r-419v.

<sup>281</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXIX, XXX, 355-360.

<sup>282</sup> Bernardino Mojica de Guevara era propietario de las encomiendas de Monquirá, Saquencipá, y Guachetá. La segunda la obtuvo en 1575 a través del matrimonio con Isabel de Leguizamo, quien la había heredado de su primer marido, Francisco de Melgarejo. Ver: María Luisa Martínez de Salinas Alonso, “Los intentos de pacificación”, 358; Germán Colmenares, *La provincia de Tunja en el Nuevo Reino de Granada. Ensayo de Historia Social (1539-1800)* (Bogotá: TM Editores, 1997), 24, 29.

<sup>283</sup> “[Delitos y esclavitud de pijaos y paeces]”, en A.G.I., *Patronato*, 233, R. 1, ff. 127r-129r.

<sup>284</sup> “[Capitulaciones con Bernardino de Mojica Guevara]”, 1595, en A.G.I., *Patronato*, 164, R. 1, ff. 298v-299r.

encomiendas; y el poder de esclavizar a los pijaos capturados<sup>285</sup>. Sin embargo, a pesar de su solvencia económica, y de contar con experimentados soldados entre los que se encontraba el renombrado capitán Bernardo de Vargas Machuca, quien iba como teniente general de las tropas, Mojica cometió el grave error de subestimar a los pijaos, llegando a creer que su pacificación sería supremamente sencilla. Como se mencionó anteriormente, los constantes ataques indígenas y el azote de las enfermedades terminaron por diezmar a las compañías y a despoblar la ciudad de San Miguel de Pedraza de los dos sitios en que estuvo ubicada. Durante los años siguientes, y hasta su fallecimiento en 1597, Mojica de Guevara reclamó inútilmente a la Corona la compensación de mercedes por los gastos que había realizado, así como permiso para volver a efectuar la jornada<sup>286</sup>.

Una última gran entrada fue organizada en 1603, tiempo en el que la presidencia de la Real Audiencia de Santa Fe se encontraba vaca por la muerte de Francisco de Sande, acaecida en septiembre de 1602. Para esta ocasión fueron despachadas tropas desde ambos lados de la Cordillera Central. Desde la gobernación de Popayán se reclutaron hombres de Cartago, Buga, Cali, y Popayán, operación que fue dirigida por el bachiller don Rodrigo de Villalobos y Mendoza, vecino de Cartago y teniente general de la gobernación, junto con la ayuda de los capitanes Gaspar de Fuenmayor (nombrado para sustituir a Pedro de Mendoza y Silva, hijo del gobernador, quien fue muerto por los pijaos en el camino entre Cartago y Cali), y Diego de Bocanegra, éste último ocupando el cargo de cabo. Para esta ocasión lograron reunir alrededor de 30 a 40 soldados pertrechados a costa de los vecinos y encomenderos de las ciudades, al igual que un buen número de indios amigos<sup>287</sup>. Desde la villa de Timaná, para ese entonces perteneciente a la gobernación de Popayán a pesar de encontrarse al otro lado de la cordillera, el teniente de gobernador y justicia mayor, capitán Andrés del Campo Salazar, despachó 44 soldados (31 arcabuceros y 13 piqueros), 200 indios amigos de la provincia de Páez (150 de los cuales eran de lanza), y al padre Bartolomé González Maciel como capellán de toda la gente<sup>288</sup>.

---

<sup>285</sup> “[Capitulaciones con Bernardino de Mojica Guevara]”, 1595, en A.G.I., *Patronato*, 164, R. 1, ff. 299r-302r.

<sup>286</sup> María Luisa Martínez de Salinas Alonso, “Los intentos de pacificación”, 362-377; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXII, 371-373.

<sup>287</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en Archivo General de la Nación (A.G.N), *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 269r-270r, 272r, 278v-279v.

<sup>288</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 242-243.



Desde la jurisdicción del Nuevo Reino se despacharon soldados desde las ciudades de Tocaima e Ibagué, comandados por los capitanes Pedro Jaramillo de Andrada y Gaspar Rodríguez del Olmo, respectivamente<sup>289</sup>. Cada una de las compañías estaba compuesta por aproximadamente 30 soldados y un gran número de indios amigos<sup>290</sup>. El capitán Rodríguez consiguió la ayuda de los indígenas coyaimas, a pesar de que esto le acarreó ciertos problemas con Jaramillo de Andrada, pues éste último aseguraba que estos “son los que han hecho y hacen los daños que ha habido en esta tierra”, especialmente contra la ciudad de Tocaima<sup>291</sup>. Desde Mariquita fueron enviados nueve hombres comandados por el capitán Francisco Pacheco<sup>292</sup>. Todo lo anterior fue supervisado y evaluado por el oidor Lorenzo de Terrones, encargado por la Real Audiencia para esta labor<sup>293</sup>.

Sobre el curso de la expedición de Villalobos y Mendoza no se cuenta con mucha información. Se sabe que las entradas se realizaron desde un real ubicado en el río de La Paila, no muy lejos de la ciudad de Buga. También se menciona que lograron capturar a trece pijaos, de los cuales ejecutaron a siete, y a los seis restantes los esclavizaron y llevaron a vender a Panamá, embarcándolos desde el puerto de Buenaventura. El dinero recogido de la venta de estos indígenas fue distribuido en gastos de la guerra<sup>294</sup>. Por otro lado, la tropa de Timaná, comandada por del Campo Salazar, hizo la guerra por la provincia de Páez y la de las Carnicerías<sup>295</sup>.

---

<sup>289</sup> El capitán Pedro Jaramillo de Andrada nació en Zafra, España, hacia 1540. Llegó a ser vecino de las ciudades de Santa Fe de Antioquia y Arma, siendo nombrado alcalde ordinario de la primera en 1571 y 1572, y regidor en 1573. Fue uno de los primeros descubridores y fundadores de la ciudad de Zaragoza en 1581. Participó como capitán y cabo en la jornada de que resultó la fundación de la ciudad de San Juan de Rodas, en Antioquia, yendo en la compañía del gobernador Gaspar de Rodas. También había servido pacificando algunos indios de aquella provincia, además de haber descubierto el camino del río Cauca que comunicaba a aquellos pueblos con la gobernación de Cartagena. Tras lo anterior, se radicó en Tocaima, en donde le fue otorgada una encomienda. Allí fue regidor y alcalde ordinario, siendo este último cargo el que ocupaba para estas fechas (1603). “[Méritos y servicios de Pedro Jaramillo de Andrada]”, 23 de diciembre de 1591, en A.G.I., *Patronato*, 166, N. 3, R. 1, ff. 321r-325r; “[Licencia para volver a Popayán a favor de Pedro Jaramillo de Andrada]”, en A.G.I., 1575, *Indiferente*, 2087, N. 102. Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 157. Ampelio Alonso de Cadenas y López, y Adolfo Barredo de Valenzuela y Arrojo, *Nobiliario de Extremadura* (Madrid: Ediciones de la revista Hidalguía, 1999), tomo IV, 71. Gaspar Rodríguez del Olmo era hijo del capitán del mismo nombre, quien había sido uno de los primeros descubridores y conquistadores del Nuevo Reino de Granada, además de uno de los fundadores de Ibagué. Su hijo, vecino de Ibagué, fue encomendero de las parcialidades de Timamo, Quicuyma, y El Ancón. Contrajo matrimonio con doña Luisa de Oviedo. Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 170, nota al pie 1.

<sup>290</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 200-203.

<sup>291</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 247-249.

<sup>292</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 196-197.

<sup>293</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 219-222.

<sup>294</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, f. 278v.

<sup>295</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 243-244.

Por su parte, el transcurso de la campaña de Rodríguez del Olmo y Jaramillo de Andrada fue bastante problemática. Además de las opiniones disimiles sobre la ayuda prestada por los coyaimas, que terminó por hacer tensa la relación entre ambos caudillos, al parecer, antes de adentrarse en el territorio indígena, los pijaos sabían ya de sus intenciones, por lo que decidieron retirarse de las provincias que los soldados iban a recorrer, no sin antes llevarse todos los alimentos que sus enemigos podían utilizar a su favor, como maíz, yuca y frijoles. Los bastimentos también comenzaron a escasear, en especial la cuerda para los arcabuces y las alpargatas. Para rematar, las enfermedades asolaban al grupo de soldados, algunos de los cuales no estaban acostumbrados al clima de la región<sup>296</sup>. Finalmente, los capitanes decidieron abandonar la jornada.

Antes de ésta última entrada, en noviembre de 1597 el presidente Francisco de Sande había realizado un juicioso examen para informar al rey acerca de la situación de la guerra contra los pijaos, los intentos de pacificación intentados hasta el momento, los problemas presentados, y sus posibles soluciones. Sus apreciaciones estaban basadas en una amplia carrera política y militar, pues había ocupado cargos como fiscal y oidor de la Audiencia de México, gobernador de Filipinas, y presidente de la Audiencia de Guatemala<sup>297</sup>.

Entre sus anotaciones, resalta la importancia que otorgo a esta guerra, llegando a afirmar que “esta es cosa ymportantissima mas que lo de los chichimecas de la Nueva Spaña” y “que es de tanta ymportancia para su servicio esto como lo de Arauco de Chile”<sup>298</sup>. También llama la atención el desarrollo de un pensamiento táctico más acorde a los designios de la ciencia militar y administrativa del temprano Estado moderno, que lo llevaría incluso a recomendar que la Corona asumiera el control de la guerra en lugar de delegarlo a particulares mediante capitulaciones. Además de esto, realizó otras valiosas anotaciones como acerca del estado y las propiedades de la tierra, la cantidad de indígenas enemigos y sus conexiones con otros grupos étnicos, los intereses que algunos particulares tenían en la continuación de la guerra para sacar

---

<sup>296</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 286-287.

<sup>297</sup> Luis Miguel Córdoba Ochoa, “Guerra, Imperio y Violencia”, 341.

<sup>298</sup> “[Carta de Francisco de Sande, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 21 de noviembre de 1597, en A.G.I., *Santa Fe* 17, R. 14, N. 140, ff. 2r, 3v.

esclavos y venderlos o utilizarlos en las minas, los malos comportamientos de los soldados, a quienes calificaba como “gente perdida y sin consejo”, entre otras<sup>299</sup>.

Sin embargo, las consideraciones de Sande no tendrían grandes repercusiones sino hasta la llegada de su sucesor, don Juan de Borja y Armendia. Nacido el 16 de octubre de 1564, fue hijo natural de don Fernando de Borja y Castro, conocido como el Tuerto, cuarto hijo del IV Duque de Gandía y Primer Marqués de Lombay, y de doña Violante de Armendia, natural del Lugar de Aldaya, cerca de Valencia. Su abuelo había sido san Francisco de Borja, III General de la Compañía de Jesús, cuyo proceso de canonización finalizó en 1671 por el papa Clemente X. Viniendo de una familia tan prestigiosa, don Juan de Borja recibió una muy completa educación desde pequeño sin importar su calidad de hijo natural<sup>300</sup>. Fue criado en la casa de su tío Alonso, hijo menor del santo, y luego trasladado al palacio de los duques de Gandía, donde recibió su adiestramiento en equitación y el manejo de las armas. Años después cursaría estudios en dos de las más prestigiosas universidades españolas: Alcalá, en donde se graduó de bachiller y licenciado en Artes, y Salamanca, donde recibió su título de bachiller en Cánones. Tras esto, fue enviado con su tío, con quien compartía el mismo nombre, Conde de Mayalde y de Ficalho, quien ejercía funciones diplomáticas como embajador ante el emperador de Alemania. De este personaje extraería el futuro presidente valiosas lecciones sobre asuntos políticos y diplomáticos que le ayudarían en su gobierno en Santa Fe<sup>301</sup>.

Gracias a sus poderosos contactos familiares, don Juan de Borja pudo aspirar a algún cargo notable dentro del Imperio. Tenía en especial tres primos que podían contarse entre los grandes de España a finales del siglo XVI y comienzos del XVII. Don Francisco de Sandoval de Rojas y Borja, duque de Lerma, y valido del rey Felipe III, considerado tal vez el hombre más poderoso en España durante el gobierno de aquel monarca, era primo hermano del Presidente. Éste mismo vínculo familiar lo unía con Pedro Fernández de Castro, más conocido como “El Gran Conde de Lemos”, quien durante su vida ejerció como presidente del Consejo de Indias, del Consejo Supremo de Italia, y como Virrey de Nápoles. Otro de sus primos fue don Francisco de Borja y

---

<sup>299</sup> “[Carta de Francisco de Sande, presidente de la Audiencia de Santa Fe]”, 21 de noviembre de 1597, en A.G.I., *Santa Fe* 17, R. 14, N. 140, ff. 2r-4r; Luis Miguel Córdoba Ochoa, “Guerra, Imperio y Violencia”, 341-351.

<sup>300</sup> El 14 de enero de 1604, en las Cortes de Valencia, el rey Felipe III legitimó a don Juan de Borja a pedimento del brazo militar del Reino. Cristóbal Gangotena y Jijón, *Genealogía de la Casa de Borja* (Quito: Imprenta Nacional, 1932), 49.

<sup>301</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 32-36; Cristóbal Gangotena y Jijón, *Genealogía de la Casa de Borja*, 42-49.

Aragón, II Conde de Mayalde y Príncipe de Esquilache, quien ocupó el cargo de virrey del Perú entre los años de 1614 y 1621<sup>302</sup>. Fue pues gracias a sus contactos y a la formación que había recibido que fue nombrado Presidente, Gobernador y Capitán General de la Real Audiencia de Santa Fe el 11 de agosto de 1604. Borja fue el primer presidente de Capa y Espada del Nuevo Reino, esto es, de formación y ejercicio militar, a diferencia de sus cinco antecesores, llamados presidentes togados, por ser hombres que dedicaban su vida al ejercicio y estudio de las leyes.

Desde su llegada a Santa Fe el 2 de octubre de 1605, Borja comenzó con prontitud las tareas que le habían sido encomendadas por la Corona, como lo fue, por ejemplo, el establecimiento del Tribunal de Contadores de Cuentas y la resolución de diferentes problemas con los oidores de la Audiencia<sup>303</sup>. Sin embargo, tal vez la más importante de las misiones que le fueron señaladas fue la pacificación de los indígenas pijaos, pues sus constantes ataques y salteamientos ponían en peligro la estabilidad y sostenimiento del territorio del Nuevo Reino y la gobernación de Popayán. Mediante una Real Cédula con fecha de 25 de abril de 1605, se le designó esta misión, para la cual se le autorizaba “que por los medios que os pareçieren mas combinientes y neçessarios ordeneys y proveays lo que fuere menester para que se acave la guerra de los dichos indios entrando si fuere menester en qualquier distrito aunque sea de la audiençia de Quito y gastando para esto todo lo que presçisamente fuere neçesario escusando (por los caminos justos y combinientes que pudieredes) que no se toque en mi real hazienda pero tomando della lo que no se pudiere escusar”<sup>304</sup>.

Puede suponerse que Borja debió haber leído juiciosamente las recomendaciones y descripciones que Francisco de Sande había hecho de la guerra, pues varias de las acciones que tomó para su desarrollo están claramente detalladas en el informe de su antecesor. Así, por ejemplo, lo primero que hizo Borja fue convocar a una junta de guerra a la cual asistieron personas experimentadas en la guerra y la tierra del enemigo, como el gobernador de Popayán, Vasco de Mendoza y Silva, y algunos capitanes veteranos<sup>305</sup>, entre los cuales, a pesar de que no se mencionan nombres,

---

<sup>302</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 41; Cristóbal Gangotena y Jijón, *Genealogía de la Casa de Borja*, 42-49.

<sup>303</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 53-62, 81-90.

<sup>304</sup> “[Reales disposiciones de gobierno a las autoridades de la Audiencia de Santa Fe]”, en A.G.I., 1572-1607, en A.G.I., *Santa Fe*, 528, L. 1, ff. 214r-215r.

<sup>305</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 994r; “Don Juan de Borja informa sobre la guerra contra los indios Pijao [25 de mayo de 1610]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 475.

puede suponerse que hubo algunos como Diego de Bocanegra, Alonso Ruiz de Sahajosa, Francisco Maldonado de Mendoza, y Diego de Ospina, pues eran algunos de los soldados y capitanes con más experiencia en la dicha guerra, y que tomaron parte activa en la campaña del presidente. También procuró la ayuda del Rey para mediar en las relaciones algo tensas que existían entre la Audiencia de Santa Fe y la de Quito con el fin de poder hacer la guerra de manera efectiva desde la gobernación de Popayán, recomendación que ya había sido hecha no solo por Sande, sino por gobernadores como Francisco de Berrio o el mismo Mendoza y Silva<sup>306</sup>, pero que no había podido llevarse a cabo hasta el momento y que requirió cierto grado de mano dura por parte del Presidente<sup>307</sup>.

Tras esto, Borja decidió enviar al gobernador de los Muzos y Colimas, Domingo de Erazo, a una misión de reconocimiento para inspeccionar la tierra de los pijaos, construir un fuerte en ella, y enviar sus apreciaciones al presidente para preparar la guerra de la manera más conveniente. Además de esto, le nombró Maese de Campo y superintendente de la guerra, ocupando así el segundo cargo de mayor importancia después de Borja en el campo militar del Nuevo Reino. La elección de Erazo se debía a los muchos servicios que durante 25 años había prestado en diferentes partes de Europa y América, resaltando especialmente su participación en la guerra de Chile, en la cual “avia trabajado mucho tiempo y sacado della las expiriençias y notiçias que para la direccïon desta avian de ser de grande consideraçion por lo menos en lo que la una a la otra se semejan”<sup>308</sup>. Erazo reunió a un numeroso grupo para su incursión, de la cual resultó la construcción del fuerte de San Lorenzo, en el Chaparral, el cual serviría como centro de operaciones de todas las maniobras llevadas a cabo por el presidente, además de un riguroso informe sobre las condiciones del enemigo que entregó a su superior y que envió al Rey a finales de enero de 1607<sup>309</sup>.

---

<sup>306</sup> “[Carta de Francisco de Berrio, gobernador de Popayán, a S.M.]”, Cartago, 28 de abril de 1599, en A.G.I., *Quito*, 16, R. 10, N. 26, 191r; “[Carta de Vasco de Mendoza y Silva, gobernador de Popayán, a S.M. informándole de las medidas que ha tomado para defenderse de los indios putimaes y pijaos]”, Cartago, 31 de mayo de 1603, en A.G.I., *Quito*, 16, R. 11, N. 30, f. 204r.

<sup>307</sup> Tras escribir al rey, el monarca envió una Real Cédula fechada el 5 de junio de 1607, en la que mandaba a la Audiencia de Quito no entorpecer los designios del presidente Borja. “[Reales disposiciones de gobierno a las autoridades de la Audiencia de Santa Fe]”, en A.G.I., 1572-1607, en A.G.I., *Santa Fe*, 528, L. 1, ff. 256v-257r.

<sup>308</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 994v.

<sup>309</sup> “Informe de Domingo de Erazo”, 387-390.

Desde el sur también se comenzaron a tomar acciones militares encabezadas por Isidro Coronado, un reconocido soldado que había prestado servicios en Italia, Borgoña, Flandes e Inglaterra, y que, por recomendación del rey, había sido nombrado gobernador de Timaná por el presidente Borja con la intención de tener a un militar competente que pudiera hacer la guerra de manera efectiva desde aquel flanco<sup>310</sup>. Coronado levantó soldados a costa de los vecinos de su jurisdicción y realizó varios ataques a sus enemigos de los cuales resultaron 85 presos, 17 de los cuales fueron llevados a Santa Fe donde fueron ejecutados públicamente después de ser bautizados por sacerdotes jesuitas<sup>311</sup>.

Durante este mismo tiempo, los pijaos continuaron sus acciones, entre las cuales resalta tal vez uno de los mayores golpes que lanzaron a sus enemigos, esto es, el asalto a la ciudad de Ibagué en la noche del 18 de julio de 1606. Durante este ataque quemaron varias decenas de casas y mataron alrededor de 60 personas entre españoles, mestizos e indios de servicio. También tomaron algunos prisioneros y bastimentos. Apenas se tuvo noticia de lo que había acontecido, Erazo despachó al capitán Juan Bautista de los Reyes en persecución de los guerreros enemigos, mientras que el presidente Borja envió al oidor Luis Enríquez y a don Juan de Artieda, vecino y encomendero de Santa Fe, con alguna copia de hombres para que residiesen en la ciudad por un tiempo y la auxiliasen en su defensa<sup>312</sup>.

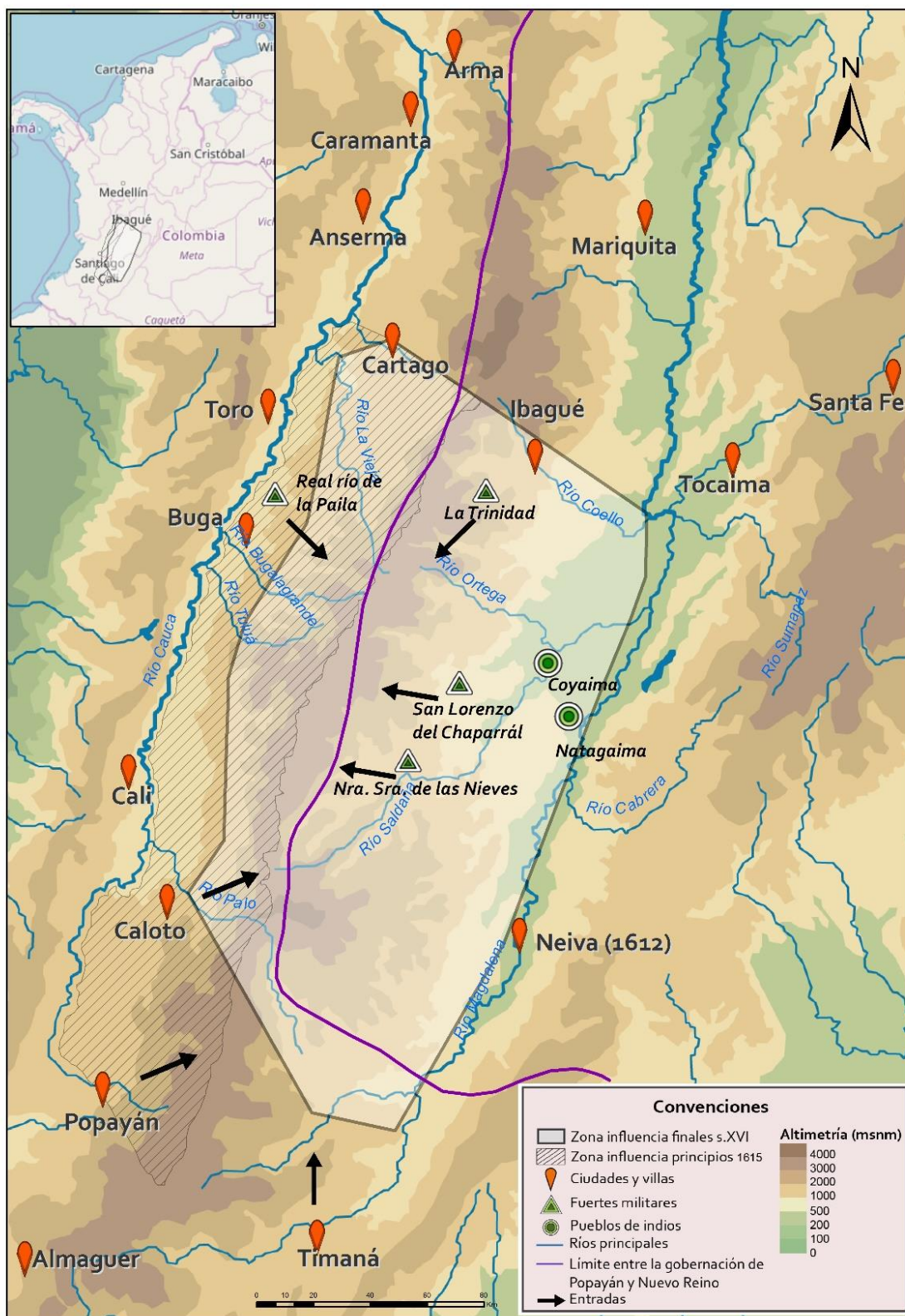
Tomando en consideración las opiniones sobre hacer la guerra por ambos lados de la cordillera de manera efectiva y coordinada, Borja decretó que, para principios de febrero de 1607, se debían de movilizar tropas desde la jurisdicción de la Audiencia de Santa Fe y la gobernación de Popayán para entrar a un mismo tiempo a la tierra del enemigo y realizar ataques sistemáticos por ambos flancos. Con esto, se buscaba obligar a los pijaos a guarecerse en el filo de la cadena montañosa, en donde tarde o temprano tendrían que aceptar su rendición o encarar la muerte.

---

<sup>310</sup> “Traslado de los papeles del Maestre de Campo Isidro Coronado, que lleva el Padre Maestro Baltasar de Lagunilla”, 1637, en B.N.E., MSS/12063, ff. 10v-12v.

<sup>311</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 995v-996r.

<sup>312</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 994v-995v; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXIV, 381.



**Mapa 3. Movimientos de presión militar durante la campaña de don Juan de Borja.**

**Fuente:** elaboración propia a partir de documentos consultados en diferentes archivos.

Así, fueron despachados numerosos grupos de tropas (y lo seguirían siendo durante el transcurso de la guerra) desde diferentes ciudades de los dos distritos. Como en la campaña de 1603, las diligencias por parte de la gobernación de Popayán fueron llevadas a cabo por el bachiller don Rodrigo de Villalobos y Mendoza, vecino de Cartago y teniente general de la gobernación, quien fue nombrado para ello por el gobernador don Vasco de Mendoza y Silva, al cual le había sido enviada una real provisión del presidente Borja con fecha tan temprana como el 30 de abril de 1606 para que preparara la entrada correspondiente a su jurisdicción. Tras recorrer diferentes poblaciones como Toro, Buga, Cartago, y Cali, para proveerse de suministros y hombres, Villalobos alcanzó a reunir en el fuerte de la Limpia Concepción de Nuestra Señora del río de La Paila, en términos y jurisdicción de la ciudad de Buga, para comienzos de abril de 1607, un total de 122 soldados y alrededor de 90 indios amigos<sup>313</sup>.

Por su parte, el mismo presidente Borja dirigió a las tropas que salieron desde Santa Fe hacia el fuerte de San Lorenzo del Chaparral el 27 de enero de 1607. Este evento fue de una importancia sin igual para los pobladores del Nuevo Reino pues, a diferencia de tiempos pasados en los cuales solo marchaban a la guerra tan solo algunas compañías de aventureros, para esta ocasión fueron levantados alrededor de 400 soldados, sin contar a los esclavos e indios amigos que debieron de haber sido un número mucho mayor. Además, muchos de los hombres que componían este ejército eran miembros de las más altas esferas sociales de la sociedad neogranadina de comienzos del siglo XVII. Entre ellos estaban algunos como don Francisco de Maldonado de Mendoza, caballero del hábito de Santiago y encomendero de Bogotá, su hijo, don Antonio Maldonado de Mendoza, que posteriormente sería caballero de la orden de Calatrava, el gobernador Antonio de Olalla, don Pedro Enríquez, tesorero de la Real Hacienda, don Diego de Ospina, alguacil mayor de la Audiencia y uno de los encomenderos más ricos de la tierra<sup>314</sup>, Diego de Bocanegra, quien en esta ocasión ocupaba el cargo de maese de campo, entre otros<sup>315</sup>.

---

<sup>313</sup> ["Expedición contra los Pijaos: preparación"], 1606-1608, en A.G.N., *Caciques e Indios*, t. 6, doc. 15, f. 210r.

<sup>314</sup> Don Diego de Ospina y Medinilla era un rico encomendero de Mariquita, natural de la ciudad Remedios, Antioquia, e hijo del español Francisco de Ospina y de Marqueza de Acosta. Estuvo casado con María de Mera y con Ana de Mendoza. Su solvencia económica era bastante amplia, pues en 1604 compró el oficio de alguacil mayor de la Real Audiencia por 30.000 ducados. Ver: "[Confirmación de oficio: Diego de Ospina]", 1604, en A.G.I., *Santa Fe*, 147, N. 71; Humberto Montealegre Sánchez, "Diego de Ospina y la guerra de los pijaos", en *Historia comprehensiva de Neiva*, eds. Bernardo Tovar Zambrano y Reynel Salas Vargas, 157-159.

<sup>315</sup> "Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos", 20 de junio de 1608, en A.G.I., Patronato, 196, R.27, ff. 996v-997v; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXVI, 387-388.



Además de esta selecta élite, también marcharon hombres cuyas habilidades y conocimientos resultarían de vital importancia para el buen desarrollo de la guerra, muchos de los cuales tenían ya experiencia en tierra de pijaos o en escenarios bélicos de otras partes del mundo. Así, fueron personajes como el padre Isidro Cobo, criollo de Ibagué y “diestrísimo” en la lengua de los pijaos<sup>316</sup>, el capitán Gómez Suárez de Figueroa, quien había servido en batallas marítimas contra portugueses y españoles, así como ayudado a reducir a los indios alzados de la jurisdicción de la ciudad de los Remedios<sup>317</sup>, Alonso Ruiz de Sahajosa, vecino encomendero de Ibagué y que ejerció como capitán del fuerte de San Lorenzo y de la guarda personal del presidente<sup>318</sup>, el capitán Sebastián Hernández de Bocanegra, proveedor del ejército y sobrino del capitán Diego de Bocanegra, quien en años pasados había ido a la conquista de los pijaos<sup>319</sup>, o el licenciado Álvaro de Auñón, natural de la Villa de Molina, en Aragón, quien había cursado estudios de medicina en la universidad de Alcalá<sup>320</sup>.

A partir de este momento se dio paso a lo que Manuel Lucena Salmoral ha denominado la guerra sistemática, esto es, una contienda constante, “lenta, monótona y minuciosa”<sup>321</sup>, caracterizada por una guerra de guerrillas, de emboscadas y desgaste, en donde pocas veces hubo lo que podría catalogarse como verdaderas batallas o asedios, a excepción de algunos episodios como el ataque comandado por Calarcá al fuerte del capitán Diego de Ospina, en donde resultó herido de muerte el afamado líder indígena<sup>322</sup>. Desde entonces, y hasta aproximadamente 1613, se organizaron semestralmente tropas que salieron a recorrer la tierra de los pijaos para capturarlos, asesinar a quienes se resistieran y acabar con sus tierras, “no dejándolos descansar en invierno ni en verano”<sup>323</sup>. Al parecer tuvieron buenos resultados, pues en una carta de la Audiencia de Santa Fe

<sup>316</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXVI, 387.

<sup>317</sup> Juan Flórez de Ocariz, *Genealogías del Nuevo Reino*, libro segundo, árbol VI, 9, 75.

<sup>318</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., Patronato, 196, R.27, f. 997r.

<sup>319</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., Patronato, 196, R.27, f. 997r; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXX, 360.

<sup>320</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., Patronato, 196, R.27, f. 997r; Juan Flórez de Ocariz, *Genealogías del Nuevo Reino*, libro segundo, árbol XXIV, 4, 358.

<sup>321</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 167.

<sup>322</sup> Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLII, 411-414.

<sup>323</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., Patronato, 196, R.28, f. 1036v.

fechada el 16 de abril de 1608, se menciona que para entonces las tropas del presidente habían matado y aprisionado a más de 600 indios de todas las edades, y que durante el mismo tiempo apenas habían sido muertos 19 soldados entre españoles, mestizos y mulatos<sup>324</sup>. Para abril de 1613, según los testimonios de los capitanes Domingo de Gama, Juan de Rosas, y Francisco Perdigón, el total de indígenas asesinados y capturados rondaría entre las 2.000 y 3.000 almas, aparte de las que habían muerto de hambre y enfermedad por el perseguimiento que se les hizo, según lo relataron los prisioneros<sup>325</sup>.

La principal táctica utilizada por las tropas españolas fue la tala, la cual consistía en quemar o tomar para sí las comidas del enemigo, incluyendo los árboles frutales<sup>326</sup>. Este tipo de acciones no era algo innovador, sino una herencia del pasado medieval ibérico, pues lo mismo fue empleado durante la guerra de Reconquista en los enfrentamientos entre moros y cristianos. Fue en este elemento en donde reposaban las esperanzas de los oficiales españoles, “porque de qualquier suerte que los yndios pudiesen goçar dellas y no fuessen vencidos de anbre sería su pacificação muy larga”<sup>327</sup>.

Además de lo anterior, la ayuda prestada no solo por los indios de servicio, sino por los coyaimas y los natagaimas (pijaos del valle del Magdalena) fue crucial. El presidente Borja negoció con estos grupos indígenas para encomendarlos en la Real Corona y contar con su apoyo en la guerra contra sus parientes de la sierra. De lo anterior resultó el establecimiento de un tributo al rey de 3 pesos de oro en polvo al año por persona, la reducción de los indios en pueblos (en los actuales municipios de Coyaima y Natagaima), en donde se designó al padre Isidro Cobo como su doctrinero y al capitán Juan de Ortega Carrillo como su administrador y capitán a guerra. Ortega resultó ser una figura crucial para el sometimiento y la alianza establecida con estos indios. Además de vivir 30 años entre ellos (hasta comienzos de 1641, fecha de su muerte), se esforzó por aplicarlos en labores como la agricultura y la cría de ganados para que abandonasen el ejercicio de la guerra. Por parte de la gobernación de Popayán, se realizaron alianzas con los indios paeces y gorriones para que “les corran la tierra tan de ordinario que no les den lugar de

---

<sup>324</sup> “Carta de la Audiencia de Santa Fe”, 16 de abril de 1608, en A.G.I., *Santa Fe*, 18, R.9, N.76, ff. 1r-1v.

<sup>325</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, ff. 1036v, 1038v, 1041r.

<sup>326</sup> Víctor Manuel Patiño, *Recursos naturales y plantas útiles en Colombia. Aspectos históricos* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977), 135.

<sup>327</sup> “Autos en razón de los perjuicios que en la guerra causa de que los soldados que entran a ella lleven cargados los bastimentos y otras cosas”, 1607-1610, en A.G.N., *Caciques e indios*, t. 48 bis, doc. 15, f. 911r.

poder salir a hazernos daño”<sup>328</sup>. Resulta peculiar la reconfiguración de relaciones entre los grupos indígenas, pues como se mencionó al principio de este capítulo, el adelantado Pascual de Andagoya llegó a informar, para la primera mitad del siglo XVI, sobre la unión que existía entre pijaos y paeces para atacar a las poblaciones españolas.

Durante la guerra estos indígenas marchaban junto a los soldados españoles (o en ocasiones, por su propia cuenta), advirtiéndolo de todas las tácticas de sus enemigos, los puntos de emboscada, las trampas y los caminos a tomar. Además de haber sido tratados de manera privilegiada en los acuerdos establecidos con el presidente, tuvieron un amplio grado de libertad para ejecutar sus acciones por cuenta propia y seguir algunas de sus costumbres que, a pesar de ir en contra de las políticas hispánicas, fueron toleradas por soldados y oficiales. Puede recordarse el caso ya mencionado de los dos coyaimas que marchaban en la compañía del capitán Juan Bautista de los Reyes, y que al encontrarse con un bebé pijao que había sido abandonado, lo despedazaron, guardaron en sus mochilas, y lo comieron asado en la noche<sup>329</sup>.

Poco a poco las fuerzas del Nuevo Reino y Popayán fueron acorralando a los pijaos en el filo de la cordillera a la vez que acababan con cualquier tipo de comida de la cual pudieran aprovecharse sus enemigos (ver mapas 3 y 4). Así, no solo la fuerza de las armas acabó con la vida de cientos de hombres, mujeres y niños pijaos, sino también las enfermedades y la inanición. Por donde marchaban los soldados encontraban decenas de muertos de hambre, muchos de ellos sin sepultar, lo que llegó a extrañar incluso a los propios españoles “por la general costumbre que tienen de dar con extrahordinario cuidado sepultura a los difuntos”<sup>330</sup>. El presidente Borja había seguido puntualmente su plan de operaciones sin disminuir en ningún momento la presión militar, incluso bajo el cambio de oficiales en algunos puestos de vital importancia para la guerra, como el de gobernador de Popayán, que pasó a ser ocupado por don Francisco Sarmiento de Sotomayor a finales de 1609, o el gobierno de Timaná, capitulado con don Pedro de Velasco y Zúñiga, uno de los más ricos vecinos y encomendero de Popayán<sup>331</sup>, quien acudió a la guerra

---

<sup>328</sup> “[Carta del gobernador de Popayán, don Vasco de Mendoza y Silva]”, 6 de julio de 1605, en A.G.I., *Santa Fe*, 18, R. 6, N. 36, f. 1v.

<sup>329</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo 48, 437.

<sup>330</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., Patronato, 196, R.27, f. 1005v; Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLIX, 442.

<sup>331</sup> Don Pedro de Velasco y Zúñiga nació el 29 de junio de 1555 en Popayán, siendo hijo del capitán Pedro de Velasco y de Catalina Moreno de Zúñiga. Fue nombrado teniente de gobernador y justicia mayor de Popayán por el gobernador Sancho García del Espinar el 30 de septiembre de 1578, así como capitán general y teniente de

metiendo tropas desde la tierra de los indios paeces, ayudado por un buen número de estos<sup>332</sup>. Además, Borja también mandó al gobernador Erazo a construir un nuevo fuerte en la provincia de los Totumos, llamado Nuestra Señora de las Nieves, en el cual se hizo una gran sementera de maíz y comenzaron a guardarse bastimentos y pertrechos de guerra para tomarlos con más facilidad y salir a correr las provincias de Hamay, Tomuro, Zearco, y sus convecinas<sup>333</sup>. De esta forma, según varios informes levantados en 1613, la zona de guerra y habitación de los pijaos gozaba ya de paz, quietud y seguridad a ambos lados de la cordillera. Tanto era así que los españoles, indios, e incluso chapetones (europeos recién llegados) podían transitar los caminos con mercaderías sin que fuera necesario ir con escolta de gente armada<sup>334</sup>.

Como resulta evidente, fue gracias a una serie de factores que confluyeron durante el gobierno de don Juan de Borja, que este presidente pudo organizar de manera efectiva y organizada la guerra contra los indígenas pijaos para acabarlos de una vez por todas. Así, los intentos de pacificación fallidos con anterioridad, los informes de sus antecesores y de los capitanes experimentados en la guerra, los conocimientos y prácticas legados por la tradición militar europea del medioevo y los inicios de la modernidad, más la preparación marcial que había recibido durante toda su vida, permitieron a Borja concluir lo que otros no habían podido. Sin embargo, no debe considerarse a la figura del presidente como una especie de héroe o personaje único e inigualable, cuyo genio logró llevar a cabo la tarea en la que otros habían fracasado. De ser así, se regresaría a una visión historiográfica ya duramente criticada y reevaluada como lo fue, por ejemplo, la propuesta por Thomas Carlyle sobre los héroes como adalides del

---

gobernador de Caloto el 17 de abril de 1592. Era propietario de las encomiendas de Coconucos y Sotará, otorgados por el gobernador don Jerónimo de Silva el 1 de julio de 1574. Casó con doña Leonor de Cabrera, natural de Popayán, e hija legítima de Francisco de Belalcázar, hijo mestizo del Adelantado. Fruto de esta unión fueron el maestre de campo don Iñigo de Velasco y Zúñiga, doña Bárbara de San Miguel, doña Sebastiana de Velasco y Zúñiga, Doña Jerónima de Velasco y Zúñiga, el doctor don Francisco de Velasco y Zúñiga, doña Ana María de Velasco y Zúñiga, doña Feliciano de Velasco y Zúñiga, y don Juan de Velasco y Zúñiga. Fuera de esta unión matrimonial, don Pedro tuvo por hijos a Antonio de Zúñiga, doña Ana de Zúñiga, Juana de Velasco y Zúñiga, y Mariana de Velasco y Zúñiga. Desde muy joven se dedicó a realizar entradas contra los indios pijaos y paeces. Algunas de estas las llevó a cabo en los años de 1577, 1592, y 1594. Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca grande. Fuentes para la Historia* (Bogotá: Ediciones Uniandes, CESO, Facultad de Ingeniería, 2006), tomo III, 1231-1235.

<sup>332</sup> “Carta de Don Juan de Borja sobre el estado de la guerra contra los indios Pijao [12 de junio de 1611]” en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 490.

<sup>333</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo L, 445; “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, f. 1044r

<sup>334</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, ff. 1017r, 1020r, 1023r, 1026r

desenvolvimiento de los fenómenos históricos<sup>335</sup>. Más bien, ha de considerarse a Borja como el punto de encuentro o conclusión de diferentes particularidades históricas que permitieron este resultado.



**Imagen 3. Reconstrucción de un alférez real sosteniendo su lanza en posición de defensa (ca. 1610), realizada a partir de fuentes documentales, pictóricas y piezas de museo.**

1. Capacete.
2. Lanza o pica.
3. Coselete.
4. Espada de lazo.
5. Botas altas de estilo de comienzos del siglo XVII.

<sup>335</sup> Thomas Carlyle, *Los héroes* (Madrid: SARPE, 1985).

## 1.7. CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

### 1.7.1. SITUACIÓN DE LOS INDÍGENAS

Parece ser que la mayoría de indígenas pijaos de la sierra fueron consumidos por la guerra, ya fuera de forma directa por la fuerza de las armas, o indirecta, por hambre y enfermedades. Además de esto, muchos de ellos fueron hechos esclavos y terminaron sirviendo en actividades domésticas o en la explotación minera, como se mencionó en el apartado sobre la esclavitud. No se sabe con precisión si al final de la guerra los pijaos fueron decretados esclavos a perpetuidad, o si se mantuvo el acuerdo de servidumbre por diez años que se había capitulado con el gobernador Mojica de Guevara a finales del siglo XVI o como lo había decretado la Audiencia en 1602. Sin embargo, podría especularse que, de manera legal o ilegal, los pijaos cautivos terminaron sirviendo a sus nuevos amos durante el resto de sus vidas, pues incluso el presidente Borja había recomendado al rey decretar su esclavitud perpetua con el fin de evitar que fueran enseñados en las costumbres de los españoles y luego regresaran a su tierra para rebelarse, con el peligro de que ahora sabrían cómo funcionaba internamente la organización del grupo al cual se enfrentaban<sup>336</sup>.

Es importante anotar que, a pesar de las cartas y relaciones que informaban acerca del final de la guerra para 1613 aproximadamente, lo cierto es que las hostilidades continuaron durante muchos años más. Si bien la jurisdicción del Nuevo Reino y la Audiencia de Santa Fe se vio librada casi totalmente de la amenaza indígena, muchos de los sobrevivientes pijaos se guarecieron en la gobernación de Popayán, especialmente cerca de la ciudad de Cartago. Esta situación había sido ya denunciada por el gobernador Francisco Sarmiento de Sotomayor desde 1611, momento en el cual se quejaba de que su gobernación no podía hacer la guerra en las proporciones con que se hacía en el Nuevo Reino, lo que ocasionaba que los enemigos pasaran a su distrito, afligiendo gravemente la tierra, en especial los lugares fronterizos<sup>337</sup>.

Más adelante, en 1627 y 1639, según comenta Juan Friede (aunque sin citar los documentos), se ordenaron listas de armas y caballos en Cartago para hacer frente a cualquier ataque de los pijaos. Incluso, desde 1646, la Real Audiencia decretó la creación de los cargos de teniente general y

---

<sup>336</sup> “Carta de Don Juan de Borja sobre el estado de la guerra contra los indios Pijao [12 de junio de 1611]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 495-498.

<sup>337</sup> “Carta de Francisco Sarmiento de Sotomayor, gobernador de Popayán, a S.M”, 1 de mayo de 1611, en A.G.I., *Quito*, 16, R. 12, N. 43, f. 235r.

capitán de guerra del distrito de la Real Audiencia, y de capitán de guerra de las ciudades de Anserma, Cartago, Toro y Arma (en 1656) para resistir a los indígenas rebeldes, siendo éste último cargo ocupado primeramente por el capitán Miguel de Ripalta, y así sucesivamente por otros capitanes, entre ellos Pedro Salazar Betancourt, quien ejerció su cargo en el año de 1675<sup>338</sup>. Según las autoridades del cabildo, fue debido a los constantes asaltos indígenas que se vieron obligados a solicitar el traslado de la ciudad a otro lugar más seguro, petición que les fue otorgada por licencia real el 18 de noviembre de 1681, y que dio paso al consiguiente traslado efectuado el 21 de abril de 1691 al sitio que ocupa actualmente el municipio<sup>339</sup>. Sin embargo, puede que no solo esta haya sido la razón para realizar esta petición. Parece ser que con el fin la de guerra y el aseguramiento del camino que comunicaba al Nuevo Reino con la gobernación de Popayán por Timaná, el camino de Quindío terminó siendo casi abandonado, sumiendo a los vecinos de Cartago en un aislamiento de las rutas de comercio y comunicación. Según un informe mandado a hacer por el gobernador Lorenzo de Villaquirán en 1635, la mayoría de los 50 vecinos que para entonces tenía la ciudad, vivían en sus hatos y no en el casco urbano, como era exigido por las leyes, pues no podían sustentarse allí<sup>340</sup>. Así, queda a discusión si la amenaza de los pijaos era algo real y latente hasta finales del siglo XVII, o si fue un argumento manipulado por las autoridades para sacar una ventaja política y económica.

Algunos otros pijaos que escaparon hacia diferentes puntos de la gobernación de Popayán se fusionaron con diversos grupos indígenas, entre los que resaltan los paeces, también conocidos como nasa, habitantes de la región llamada Tierradentro, tal y como lo han demostrado investigaciones arqueológicas, cartográficas y etnográficas como las llevadas a cabo por Juan Carlos Piñacué Achicué y Elías Sevilla Casas<sup>341</sup>.

Por su parte, los pijaos del llano, a saber, los coyaimas y natagaimas, se vieron inmersos en un proceso que puede enmarcarse bajo la ya mencionada noción acuñada por Richard White de “middle ground”, esto es, un contexto producto de la mezcla de distintas tradiciones que tuvo

---

<sup>338</sup> Juan Friede, *Los Quimbayas*, 176.

<sup>339</sup> Juan Friede, *Los Quimbayas*, 176.

<sup>340</sup> “Relación de las provincias, ciudades y lugares que se contienen y comprehenden en el gobierno de Popayán, mandado a hazer por el governador don Lorenço de Villaquirán para remitir a Su Magestad [ca. 1635]”, transcripción por Juan David Montoya Guzmán, en *Historia y Sociedad*, núm. 23 (julio-diciembre 2012), 274, 280.

<sup>341</sup> Juan Carlos Piñacué Achicué y Elías Sevilla Casas, *Los nasa de tierradentro y las huellas arqueológicas, primera aproximación* (Cali: CIDSE, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, 2007, URL: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cidse-univalle/20121123041231/Doc102.pdf>), 9-11.

como resultado “la creación de nuevos mundos en el Nuevo Mundo”<sup>342</sup>. Como ya se mencionó, fue bajo el gobierno de don Juan de Borja que estos indígenas finalmente se sometieron por completo al régimen imperial, pues si bien antes habían estado encomendados en particulares, su comportamiento había fluctuado entre la paz y la agresividad, llegando a rebelarse en varias ocasiones. Sin embargo, y a pesar de haber llegado a una serie de acuerdos con los españoles, el proceso de incorporación política, social y económica de estos indígenas no fue sencillo o carente de problemáticas. Ya a finales de marzo de 1621 las autoridades informaban de la dificultad de adoctrinar a ambos pueblos por ser de diferentes naciones y no querer desamparar las tierras y sitios en que habitaban. Para corregir lo anterior se envió al licenciado don Fernando de Saavedra, fiscal en la Real Audiencia, para que se informara del problema y tratara de corregirlo mediante la planeación de un poblamiento y de una práctica de la agricultura más acorde a los designios oficiales, para que los indígenas se fueran “aconmodando con mas gusto a nuestra policia y modo de vivienda” y permitir así una administración más efectiva<sup>343</sup>.

Otro episodio bastante ejemplar de la tensa situación que se vivía en estos pueblos indígenas mucho después del final de la guerra fue lo acontecido en Natagaima a mediados de 1660. Al parecer, un español había asesinado a un indio llamado Esteban Tamara, lo cual había ocasionado inquietud entre los demás indígenas y la población estaba a punto de entrar en un enfrentamiento directo entre españoles y nativos. Al respecto, son bastante dicientes las palabras de Francisco de Herrera Montalvo, enviado en nombre de don Francisco Dámaso de Cuéllar, alcalde mayor y capitán a guerra de Coyaima y Natagaima, quien decía haber “entendido ay y dura todavia el rencor entre yndios y españoles y que casi an estado una dos o tres veses para envestirse”<sup>344</sup>.

Vale la pena mencionar también lo narrado por Lucas Fernández de Piedrahita en su *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, publicada en 1688. Según este autor, los coyaimas y natagaimas eran tan celosos de su identidad que no era posible hallar mestizos en sus pueblos que fueran hijos de india y español, pues si esto llegaba a ocurrir, las madres los ahogaban después de haberlos parido en los ríos (costumbre utilizada por ellas) y constatar que el color de la criatura

---

<sup>342</sup> Guillaume Boccard, “Colonización, resistencia y etnogénesis”, 57.

<sup>343</sup> “Autos para que se hagan ornamentos para las yglesias de coyayma y natagaima de la Real corona”, 1621-1623, en A.G.N., *Fábrica de iglesias*, t. 15, doc. 5, ff. 144r-147v.

<sup>344</sup> “Contra los culpados en las muertes de dos indios natagaymas de que resulto causar los yndios motin”, 1660, en A.G.N., *Caciques e indios*, t. 52, doc. 3, ff. 129r-130v.



“tiene mezcla”. Así, tapaban su delito de haber tenido la flaqueza de acostarse con algún hombre blanco<sup>345</sup>.

Actualmente, los pijaos siguen existiendo, aunque seguramente más como descendientes de los habitantes del llano que los de la sierra. Según el trabajo del etnógrafo Franz Faust, publicado en 1989, había para ese entonces 70.000 indígenas pijaos. Por otro lado, según los datos del Departamento Nacional de Planeación, en la antigua zona de habitación pijao, concretamente en los municipios de Chaparral, Coyaima, Natagaima, Espinal, Ortega, Planadas, Purificación, Río Blanco y San Antonio, hacia el 2000 había 25.722 indígenas, pertenecientes a 93 comunidades. Todas estas comunidades se autodenominan coyaimas, a excepción de dos que se identifican como nasa<sup>346</sup>.

Debe señalarse que la imagen peyorativa de los pijaos continuó durante mucho tiempo, e incluso sigue vigente hasta hoy día. Según el relato que el general Carlos Cuervo Márquez hizo en 1887 de su viaje desde Caloto hasta el poblado de Huila, Tierradentro, cuenta que cuando pasaba por Toribío llegó un indio anunciando que se acercaban los pijaos, noticia que causó pánico entre los habitantes de la población. A este respecto, el general concluía que

Pero lo más curioso de todo es que los indios de Huila, en pleno Tierra Adentro, que son valientes, atrevidos y vigorosos, que han tenido con los blancos muy pocas relaciones, y por cuyas venas corre probablemente gran cantidad de la sangre de los extinguidos pijaos y la de los páeces, tiemblan al nombre de los primeros, y por miedo a ellos no se atreven a internarse mucho en las montañas. Ignoran que los pijaos fueron sus ascendientes, y que sus representantes actuales son ellos mismos. Entre los indígenas paeces-nasa, por ejemplo, se atribuye a los pijaos, a sus espíritus, e incluso a sus restos, la aparición de muchas enfermedades y pesadillas<sup>347</sup>.

Actualmente, estos mismos paeces, hoy denominados nasa, siguen aterrorizándose ante la rememoración de los pijaos. Según sus chamanes, todo lo perteneciente a aquel grupo indígena,

---

<sup>345</sup> Lucas Fernández de Piedrahita, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* (Amberes: Juan Baptista Verduffen, 1688), 12-13.

<sup>346</sup> Juan Carlos Piñacué Achicué y Elías Sevilla Casas, *Los nasa de tierradentro*, 9.

<sup>347</sup> Juan Carlos Piñacué Achicué y Elías Sevilla Casas, *Los nasa de tierradentro*, 2

como sus tumbas, huesos y espíritus son los responsables de pesadillas y enfermedades, e incluso de intentos de asesinato<sup>348</sup>.

Incluso, como lo menciona Álvaro Félix Bolaños, en 1984 se publicó un libro titulado *Gran libro de la cocina colombiana*, el cual, al tratar de los platos típicos de Tolima y Huila, decía que compartían una misma tradición culinaria, aunque con ciertas diferencias locales. Agregaba además que “Sus aborígenes, ‘los Pijaos’, de los que quedan muy pocos, han perdido su cocina tradicional, hecho afortunado pues fueron antropófagos”. Así, a pesar de que se hace esta mención con algo de sentido de humor, denota igualmente una opinión negativa que persiste sobre este grupo indígena<sup>349</sup>.

### 1.7.2. CONFIGURACIÓN POLÍTICA, ECONÓMICA Y SOCIAL

El fin de la guerra supuso la reconfiguración de muchos aspectos dentro de la sociedad que ocupaba y pasaría a ocupar el territorio que antes estaba en conflicto, debido especialmente a los frutos y recompensas obtenidos por quienes habían sabido utilizar el fenómeno bélico a su favor y a la creación y reactivación de ciertas economías. De esta forma, y desde muy temprano, el presidente Borja comenzó a recompensar con encomiendas a hombres y familias que habían aportado (o también podría decirse, invertido) a la guerra con soldados, armas, caballos, bastimentos y dinero. Así, por ejemplo, se recompensó al capitán Juan Bautista de los Reyes con el repartimiento de Garagoa, a Pedro Merchán de Velasco con la prolongación por una vida en la encomienda heredada de su padre, Alonso Sánchez Merchán, todo a razón de haber aportado a la guerra 60 soldados armados y 200 cabalgaduras a su costa, y a Juan Ángel con el repartimiento de indios de Escagache, en términos de Vélez, por haber servido con 500 pesos de oro de trece quilates para la guerra<sup>350</sup>.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que para principios del siglo XVII la institución de la encomienda estaba en plena decadencia, por lo que ser poseedor de una correspondía más a un estatus de prestigio social que a una verdadera oportunidad de ingresos por tributo<sup>351</sup>. La cantidad

---

<sup>348</sup> Juan Carlos Piñacué Achicué y Elías Sevilla Casas, *Los nasa de tierradentro*, 11-15.

<sup>349</sup> Álvaro Félix Bolaños, *Barbarie y canibalismo*, 230.

<sup>350</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 128-129; “Autos y testimonio de las mercedes de encomiendas pinciones y otras que se hicieron ante Hernando de Angulo Velasco escribano de cámara mayor de gobernación”, en A.G.N., *Encomiendas*, t. 31, doc. 7, f. 249r

<sup>351</sup> Hernán Clavijo Ocampo, *Formación histórica de las élites*, tomo I, 65.

de indígenas a encomendar había disminuido enormemente desde mediados del siglo XVI. Si para 1550-1560 el tamaño promedio de una encomienda era de 100 indios, para 1627 era apenas de 15. Debido a esto, y como lo menciona Hernán Clavijo Ocampo, la región se vio forzada a establecer relaciones laborales con mestizos e indios forasteros, así como a un incremento del número de esclavos utilizados<sup>352</sup>.

Con los caminos ahora pacíficos y asegurados, el comercio y las comunicaciones entre la gobernación de Popayán y el Nuevo Reino, además de entre las ciudades y pueblos de la región, como los del valle de Neiva, pudo restablecerse y fortalecerse. Ahora, los vecinos no se veían obligados a abandonar sus hogares debido al alto costo de los productos causado por el poco tránsito de los mismos, sino que podían abastecerse de manera adecuada y emprender nuevas empresas colonizadoras. De esta forma comenzaron a hacerse capitulaciones como la realizada con Diego de Ospina para ir a descubrir las minas de las que tenían noticias “antiguas y modernas”<sup>353</sup>. Al parecer los relatos resultaron ser ciertos, pues apenas acabada la guerra, Ospina pudo establecer un real de minas que, para marzo de 1613, ya contaba con 80 piezas de esclavos, además de haber conseguido poblar la ciudad de Nuestra Señora de la Limpia Concepción del Valle de Neiva<sup>354</sup>. Otras personas vinieron también desde diferentes distritos del Nuevo Reino, como fue el caso de Juan Bautista Cortés, quien manifestaba, en las mismas fechas, que hacía poco más de un año había venido a avecindarse a la nueva ciudad de Neiva con una buena cantidad de piezas de esclavos por la certidumbre que tuvo y le dieron de que la tierra estaba segura<sup>355</sup>.

Más hacia el norte y el occidente también fueron abiertos y explotados nuevos centros mineros. Cerca de la ciudad de Ibagué fueron trabajadas las minas de plata del Cerro de Antón, las de Juan de Leuro, Venadillo y el río Saldaña. Es probable que también se retomaran las actividades en el real de oro de Miraflores, el cual había sido abandonado por los ataques pijaos. En el río Coello comenzó a extraerse plata, al igual que en Toche desde 1636. Fue gracias a estos enclaves mineros

---

<sup>352</sup> Hernán Clavijo Ocampo, *Formación histórica de las élites*, tomo I, 76-77.

<sup>353</sup> “Carta de Don Juan de Borja sobre el estado de la guerra contra los indios Pijao [12 de junio de 1611]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 491.

<sup>354</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, f. 1023r.

<sup>355</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, f. 1031r.

que numerosos grupos de mazamorreros de Ibagué, Guamo, Coyaima y Natagaima pudieron sustentar a sus familias durante bastantes años<sup>356</sup>.

Además de la minería, también se abrieron otras economías, entre las que resalta especialmente la ganadería. Según varios informes anteriores a la guerra encabezada por el presidente Borja, el ganado cimarrón que pastaba a lo largo del valle de Neiva rondaba entre las 20.000 y 30.000 reses<sup>357</sup>. Para 1631, este número había incrementado y se calculaba que habría para entonces 50.000 cabezas cimarronas<sup>358</sup>. Estos animales fueron utilizados por los habitantes de la región, especialmente por coyaimas y natagaimas, quienes debieron reconfigurar sus hábitos y cambiar su costumbre guerrera por otro tipo de actividades, cambio que no estuvo exento de problemas. Por ejemplo, Diego de Ospina se quejaba de que los coyaimas llegaban a sacrificar hasta 200 reses para hacer cebo, pero que en el proceso se perdía la mayor parte de la carne, lo que demuestra ciertas dificultades en la adaptación a la nueva actividad<sup>359</sup>. Otros personajes, sobre todo pertenecientes a las altas esferas sociales, como jefes militares o curas doctrineros, pudieron aumentar sus estancias ganaderas hasta lograr conseguir extensas cantidades de tierra en donde ejercer la ganadería. Tan solo entre 1610 y 1629 se adjudicaron 362 estancias, especialmente al sur de Ibagué, en los valles del río Saldaña. Entre estos propietarios pueden encontrarse hombres como los capitanes Alonso Ruiz de Sahajosa, Juan de Ortega, la familia Suárez de Figueroa, o el cura Isidro Cobo, todos ellos partícipes de la guerra contra los pijaos, quienes tenían un interés especial por aquella región<sup>360</sup>.

Además del repoblamiento de la ciudad de Neiva y de la fundación de los pueblos de Coyaima y Natagaima en 1611, unos años más tarde, durante la visita del oidor Lesmes de Espinoza en 1627, fueron erigidos otros tres pueblos con la intención de reacomodar a la población indígena para su mejor administración, considerando también que muchas familias habían sido obligadas a desplazarse de las tierras de donde eran naturales o donde estaban encomendados por presión de los ataques pijaos<sup>361</sup>. La primera de éstas nuevas poblaciones fue el pueblo de la Santísima Trinidad de las Bocas del río Coello. Allí se juntó a un total de 328 indígenas de nación Tuamos,

---

<sup>356</sup> Ángela Inés Guzmán, *Poblamiento e historias urbanas*, 83.

<sup>357</sup> Luis Miguel Córdoba Ochoa, “Guerra, Imperio y Violencia”, 340, 347, 367.

<sup>358</sup> “[“Informaciones: Francisco de Ospina”], 1631, en A.G.I., *Santa Fe*, 134, N. 33, f. 7r-7v.

<sup>359</sup> Luis Miguel Córdoba Ochoa, “Guerra, Imperio y Violencia”, 367.

<sup>360</sup> Ángela Inés Guzmán, *Poblamiento e historias urbanas*, 123-124.

<sup>361</sup> Fue el caso de los indios de Chumba y Cataima, encomendados en Francisco Vicario, quienes a comienzos del siglo XVII tuvieron que cambiar su lugar de residencia por los ataques pijaos. [“Chumba (Ibagué): diligencias de visita”], 1627, en A.G.N., *Visitas Tolima*, t. 1, doc. 3, f. 328v.

Cuniras, Metaimas, y Coyaimas, pertenecientes a las encomiendas del capitán Alonso Ruiz, el capitán Gaspar Rodríguez, Andrés de Aspitia, y Francisco Guerra<sup>362</sup>. Otro de los poblados fue el Pueblo Nuevo del Espíritu Santo de Combeima. Éste se levantó con la intención de suplir a la ciudad de Ibagué de una reserva de mano de obra indígena que tanto necesitaba después del estado en que había quedado tras la guerra. Allí fueron recogidos 50 tributarios con sus familias procedentes de Coima, Combeima, Icataima, Anaima, Metaima, Nataima, Tolima, y Ninaga<sup>363</sup>. Por último, fue fundado San Sebastián del Río de las Piedras, ubicado en el río de las Piedras, en la encomienda de doña Isabel Enríquez de Novoa. Los indígenas que fueron incluidos en esta población ya habitaban allí desde hacía tiempo, pues hacía más de 20 años habían sido trasladados allí desde la Mesa de Ibagué debido a los constantes asaltos pijaos. El poblamiento fue encargado a don Pedro Enríquez de Novoa, abuelo de la encomendera, quien logró reunir a 402 indígenas provenientes de las encomiendas de Piedras, Chumba, Caima, y Doima<sup>364</sup>.

Como en los pueblos de Coyaima y Natagaima, estas otras fundaciones tampoco estuvieron exentas de problemas. Por ejemplo, algunos de los indios se opusieron a residir en el nuevo pueblo de la Santísima Trinidad de las Bocas del Río Coello, acto por el cual les fueron quemadas sus antiguas viviendas y rocerías con el fin de obligarlos. También se les demandó que asistieran en el paso del río Magdalena que estaba ubicado en el actual municipio de Flandes para facilitar la comunicación y el comercio de los mercaderes de Tocaima y Santa Fe hacia Popayán y el valle de Neiva. A pesar de todo, varios indígenas lograron abandonar el pueblo y huir a sus zonas de habitación original, además de que otro tipo de personas como mulatos y mestizos, que en teoría no deberían rondar el lugar, asistieron a él rebuscando alguna oportunidad para ganarse sus vidas<sup>365</sup>.

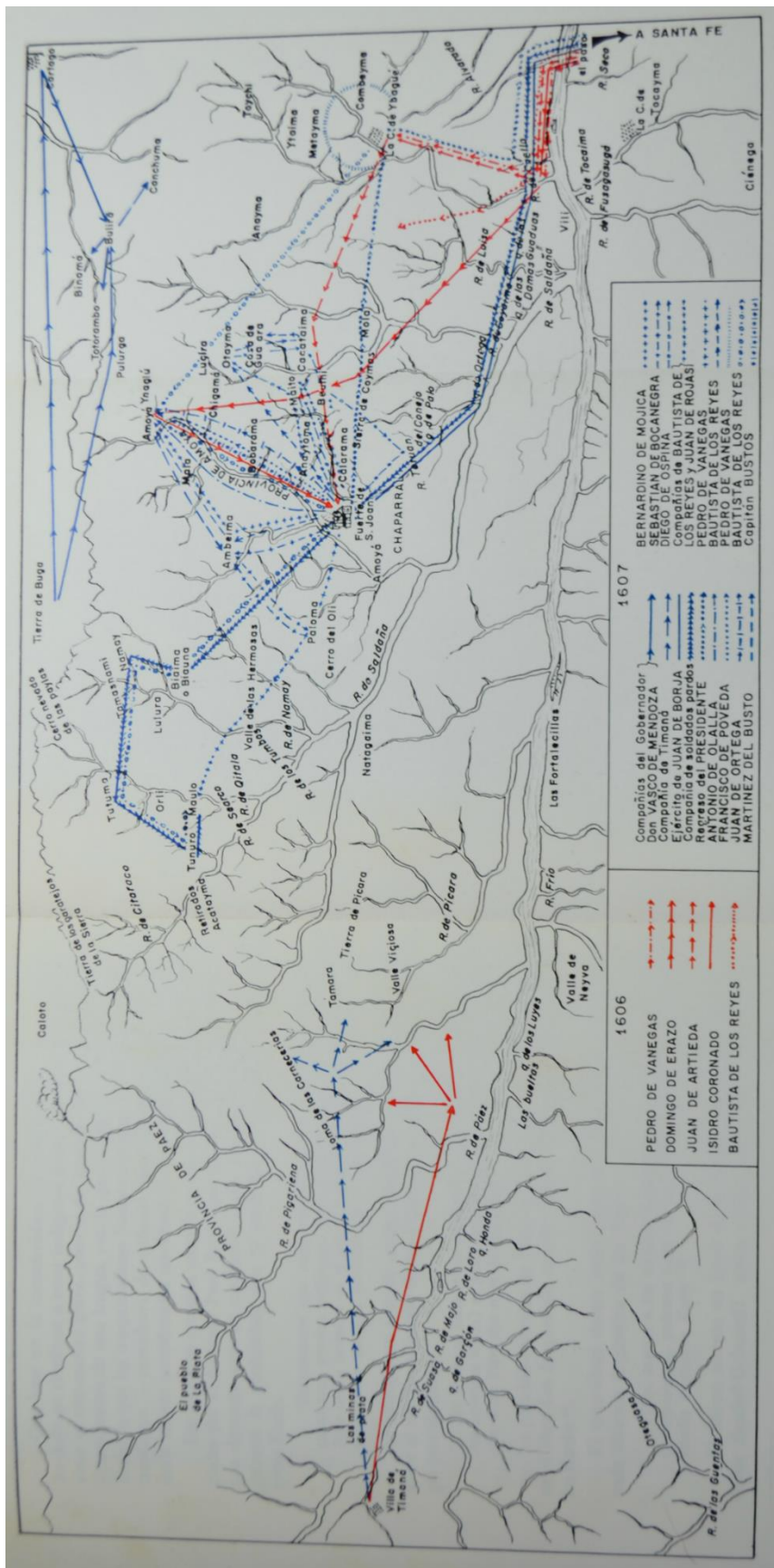
---

<sup>362</sup> Ángela Inés Guzmán, *Poblamiento e historias urbanas*, 64-67.

<sup>363</sup> Ángela Inés Guzmán, *Poblamiento e historias urbanas*, 67-69.

<sup>364</sup> Ángela Inés Guzmán, *Poblamiento e historias urbanas*, 69-70.

<sup>365</sup> Ángela Inés Guzmán, *Poblamiento e historias urbanas*, 67.



**Mapa 4. Principales parcialidades de los Pijao y campañas militares efectuadas por los españoles en su territorio durante los años de 1606 y 1607.** El mapa es una copia del original enviado por el presidente Juan de Borja e intervenido por el historiador Manuel Lucena Salmoral.

**Fuente:**

Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Cápá y Espada (1605-1628)*, En: Historia Extensa de Colombia, vol. III, tomo 2 (Bogotá: Ediciones Lerner, 1965), lámina 2; “Discrepación y mapa del territorio que ocupan los indios pijaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Mapas y Planos*, Panamá, 26.

## CAPÍTULO 2.

### ORGANIZACIÓN Y ADMINISTRACIÓN MILITAR EN LA GUERRA CONTRA LOS PIJAOS

El estudio de las formas de guerra y sus diferentes características en Indias ha sido un aspecto ampliamente tratado por la historiografía tradicional. Entre el vasto número de investigaciones llevadas a cabo, destacan las de Mario Góngora<sup>366</sup>, Álvaro Jara<sup>367</sup>, Allan J. Kuethe<sup>368</sup>, Juan Marchena<sup>369</sup>, y José Ignacio Avellaneda Navas<sup>370</sup>, por mencionar solo algunos. Estos trabajos han analizado la organización y funcionamiento internos de las compañías, la relación entre la vida militar y la vida civil, los sistemas económicos implementados para solventar guerras y conflictos, o la vida cotidiana de los hombres que hacían parte de las tropas.

Sin embargo, estas investigaciones han dejado de lado el esfuerzo por una historia comparativa, olvidando la realización de un análisis en el que se considere las experiencias locales y regionales como parte de un escenario global, tal y como lo fue el vasto imperio español. Así, pocas veces se hace referencia a los desarrollos y sucesos bélicos acaecidos en el Viejo Continente, y cómo estos influyeron en mayor o menor medida, en el desarrollo de la guerra en Indias<sup>371</sup>. El único referente que es traído a colación en algunos casos es la herencia de la guerra de Reconquista, especialmente la correspondiente al período de los Reyes Católicos. Algunos historiadores han visto allí el núcleo formativo de lo que vendrían a ser las denominadas “huestes” americanas<sup>372</sup>. Aparte de este episodio, no parece realizarse ninguna otra conexión con la Península Ibérica, a

---

<sup>366</sup> Mario Góngora, *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530). Fisionomía histórico-social de un tipo de conquista* (Santiago de Chile: Universidad de Chile, Centro de Historia Colonial, 1962).

<sup>367</sup> Álvaro Jara, *Guerra y Sociedad en Chile* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria S.A., 1981).

<sup>368</sup> Allan J. Kuethe, *Reforma militar y sociedad en la nueva Granada, 1773-1808* (Bogotá: Banco de la República, 1993).

<sup>369</sup> Juan Marchena Fernández, *La institución militar en Cartagena de Indias en el siglo XVIII (1700-1810)* (Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982).

<sup>370</sup> José Ignacio Avellaneda Navas, *The Conquerors of the New Kingdom of Granada* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1995); José Ignacio Avellaneda Navas, *La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada al Mar del Sur y la creación del Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Banco de la República, 1995); José Ignacio Avellaneda Navas, *La expedición de Sebastián de Belalcázar al Mar del Norte y su llegada al Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Banco de la República, 1992); José Ignacio Avellaneda Navas, *La expedición de Alonso Luis de Lugo al Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Banco de la República, 1994); José Ignacio Avellaneda Navas, *La jornada de Jerónimo Lebrón al Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Banco de la República, 1993); José Ignacio Avellaneda Navas, *Los compañeros de Federman: cofundadores de Santa Fe de Bogotá* (Bogotá: Tercer Mundo, 1990).

<sup>371</sup> Uno de los pocos intentos ha sido el realizado por John H. Elliott, *Empires of the Atlantic world*.

<sup>372</sup> Juan Marchena Fernández, y Ramón Romero Cabot, «El origen de la hueste y de la institución militar indianas en la Guerra de Granada», en *Andalucía y América en el siglo XVI: actas de las II Jornadas de Andalucía y América*, coord. Bibiano Torres Ramírez y José J. Hernández Palomo, vol. 1. (España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1983), 91-112.

pesar de que la Monarquía haya realizado cambios sumamente significativos con base en sus experiencias como las campañas del Gran Capitán en Italia, o la fatigosa guerra en Flandes.

Así pues, para lograr comprender el funcionamiento, las características, y los cambios que hubo en la particularidad de la guerra contra los indígenas pijaos, se debe realizar primero un recorrido general y global por las formas de organización militar del imperio español desde principios del siglo XVI hasta comienzos del XVII. Como bien mencionan José Javier Ruiz Ibáñez y Caetano Sabatini, las investigaciones de carácter local que se encuentren inmersas en una perspectiva global son más eficientes, en tanto que se aproximan a la Monarquía española como ese espacio de circulación (de personas, objetos y conceptos) que en realidad fue. De esta forma se podrá indagar acerca de los elementos que constituyeron este imperio y de qué forma estaban presentes en sus diferentes reinos<sup>373</sup>.

Con base en lo anterior, el objetivo de este capítulo es integrar el caso pijao en una perspectiva más amplia para así analizar de manera más efectiva las influencias, similitudes y diferencias que tuvo con respecto a otros territorios de la Monarquía, tanto en tierras europeas como americanas.

## **2.1. LA GUERRA EN EL IMPERIO ESPAÑOL Y EL SURGIMIENTO DEL TEMPRANO ESTADO MODERNO**

Desde finales del siglo XV el ejercicio y organización de la guerra en los reinos europeos comenzó a manifestar un notable giro que podría enmarcarse en la transición del mundo bélico de carácter feudal y medieval, a uno de características más modernas y centralizadas. Este fenómeno está enmarcado en un proceso mucho más amplio al cual el historiador José Javier Ruiz Ibáñez ha denominado la creación de las “nuevas” Monarquías. Con estas palabras se hace referencia al período que desde el siglo XV llevaron a cabo los gobiernos de turno para colocar un reconocimiento de un matizado control efectivo sobre territorios ya más o menos fijados desde el siglo XIII, en torno a una autoridad relativamente uniforme que, en el caso del territorio europeo, fueron las monarquías<sup>374</sup>. Vale la pena aclarar que este fenómeno, a pesar de la clasificación otorgada por Ruiz Ibáñez, había y sigue siendo tratado por una multitud de autores

---

<sup>373</sup> José Javier Ruiz Ibáñez y Caetano Sabatini, “La construcción de la Monarquía Hispánica y el uso de la violencia: entre la conquista y la guerra civil”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 44, Hermenéuticas (2010), 18-19.

<sup>374</sup> José Javier Ruiz Ibáñez. *Las dos caras de Jano. Monarquía, ciudad e individuo: Murcia, 1588-1648* (Murcia: Servicio de Publicaciones, Universidad de Murcia, 1995), 33.



como los inicios de la formación del temprano Estado Moderno, es decir, como el momento histórico en el cual se desarrolla un innegable cambio sustancial en todas las esferas sociales, tendiente a una centralización y racionalización del organismo político<sup>375</sup>.

Antes de continuar, es importante aclarar el uso del concepto de temprano Estado Moderno y qué se entiende por él en el presente trabajo. Como expresaba en 1931 el historiador alemán Otto Hintze, tratar el tema del Estado moderno trae consigo ciertas complicaciones que deben ser tenidas en cuenta. En primer lugar, esta expresión, usada sobre todo en los dos últimos siglos para designar la vida pública y política de la época moderna, “no es completamente clara y unívoca, ni por su propio contenido significativo ni por las aplicaciones de que puede ser objeto”<sup>376</sup>. El concepto de Estado moderno corresponde más a una abstracción de las denominadas “tipo ideal”, según los planteamientos de Max Weber. Esto quiere decir que del material histórico con el que se cuenta, se reúnen una serie características que son enlazadas entre sí y se elevan a una pureza ideal como medio de orientación en el estudio de ciertos fenómenos o períodos, teniendo siempre en cuenta que, como se dijo, es una abstracción y no un reflejo de la realidad concreta<sup>377</sup>.

Siguiendo este planteamiento, Hintze afirma que el desarrollo de este tipo ideal se dio históricamente en tres estados. El primero de ellos es el de la paulatina configuración de los rasgos característicos del Estado moderno a partir de la constitución de la sociedad medieval, la cual, a pesar de seguir luchando por no desaparecer, terminó por ceder ante las presiones del mundo moderno. Este estadio llega hasta la Revolución Francesa y debe ser considerado como el espacio de construcción de la estructura del Estado. El segundo estadio muestra la tipología ideal del Estado, es decir, su terminación o pleno desarrollo, y que abarca, más o menos, el siglo XIX. Por último, se encuentra el estadio contemporáneo que, según el autor, manifiesta cambios que repercuten en el desmoronamiento del tipo ideal ante la influencia de fenómenos nuevos que podrían conducir a otra tipología. Sin embargo, aclara que, en todos los casos, la etapa

---

<sup>375</sup> Algunas de las obras más importantes con respecto al tema del Estado Moderno son: Quentin Skinner, *El nacimiento del Estado* (Buenos Aires: Gorla, 2003); Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2012); Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990* (Madrid: Alianza Editorial, 1992); R. H. S. Crossman, *Biografía del Estado Moderno* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1986); Perry Anderson, *El Estado absolutista* (México D.F.: Siglo XXI, 1998).

<sup>376</sup> Otto Hintze, “Esencia y transformación del Estado moderno (1931)”, en *Historia de las formas políticas* (Madrid: Editorial Revista de Occidente, 1968), 293.

<sup>377</sup> Otto Hintze, “Esencia y transformación”, 293-294.

temprana de cada estadio se funde con la tardía del anterior, por lo que no es posible realizar cortes temporales tajantes<sup>378</sup>.

¿Qué puede entenderse entonces por temprano Estado moderno en el ámbito de la Monarquía española durante el siglo XVI y comienzos del XVII? Siguiendo los clásicos trabajos de José Antonio Maravall, puede decirse, en pocas palabras, que el Estado es “una organización jurídicamente establecida, objetiva y duradera, con un poder supremo independiente de cualquier otro, ejerciéndose sobre un grupo determinado y diferenciado, para la consecución de unos fines de orden natural”<sup>379</sup>. Esta idea se complementa con la presentada por Horst Pietschmann, para quien, basándose en postulados de Roland Mousnier, el Estado es “una persona jurídica, un ser de derecho, que unifica los miembros de la colectividad en una corporación estatal y en que la monarquía materializa a dicha persona jurídica”<sup>380</sup>. Así pues, se constata que, por encima de todo, los objetivos primordiales de la modernización política en la figura de un organismo estatal son la centralización e institucionalización de las diferentes funciones gubernamentales, así como el ejercicio de un poder efectivo sobre un grupo de poblaciones y territorios que pueden ser homogéneos o heterogéneos. Sin embargo, la clasificación de *temprano* remite no solo al período en el que se ve su surgimiento, sino que lo diferencia del proyecto estatal culminado o en esplendor que casi siempre se ha identificado con el caso de la monarquía francesa, y más específicamente, con el mandato de Luis XIV, la figura emblemática del absolutismo monárquico y de la concentración del poder del Estado en las manos del rey<sup>381</sup>.

Sin embargo, como lo han sostenido algunas investigaciones, realizar una valoración en términos de mayor o menor avance en el desarrollo del Estado entre las monarquías europeas no tiene mucho sentido, pues es un fenómeno que no es para nada unidireccional. Así, la clásica ponderación que cuestiona la existencia de un temprano Estado moderno español con base en

---

<sup>378</sup> Otto Hintze, “Esencia y transformación”, 298-299.

<sup>379</sup> José Antonio Maravall, *Teoría española del Estado en el siglo XVII* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1944), 89.

<sup>380</sup> Horst Pietschmann, *El Estado y su evolución al principio de la colonización española de América* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1980), 14.

<sup>381</sup> Vale la pena recordar la célebre frase “*L'Etat, c'est moi*” (*El Estado soy yo*) atribuida a este monarca. Cierta o no, es un reflejo de la concepción que sobre el gobierno de este rey se ha tenido como el auge del temprano Estado moderno y la monarquía absolutista.

su proximidad a la monarquía absolutista francesa, pierde validez en tanto que no puede ésta ser usada como medida para la evolución política hispánica<sup>382</sup>.

Retomando el tema del ámbito militar en este contexto, puede decirse que fue tal vez uno de los escenarios más importante dentro del desarrollo del temprano modernismo estatal, siendo a la vez causa y consecuencia del mismo<sup>383</sup>. Podría decirse que la guerra fue la más dura prueba a la que tuvo que enfrentarse el gobierno monárquico español, debido especialmente a las nuevas tareas que englobaba esta actividad, o más bien, a la nueva escala de dimensiones mucho mayores, como financiación, negociación de créditos, distribución, transporte, supervisión técnica, entre otras<sup>384</sup>. Además, estas nuevas exigencias desbordaron las soluciones que podía ofrecer el marco de la sociedad feudal, por lo que la fuerza de las contingencias, además del desarrollo de una doctrina política, dio paso a una inclinación hacia la centralización del poder durante los siglos XVI y XVII.

Esta serie de cambios y medidas adoptadas por las monarquías, entre las que España jugó un papel predominante, ha sido denominada por varios historiadores como “Revolución Militar”. Este término, acuñado originalmente por el historiador Michael Roberts en una conferencia dictada en 1955, pero popularizado sobre todo por el trabajo de Geoffrey Parker, denota varias modificaciones en el arte de la guerra que dieron paso a la exitosa creación de los primeros imperios globales entre 1500 y 1750. Dentro de estas transformaciones, resaltan especialmente cuatro: 1) El cambio armamentístico, representado especialmente en la sustitución de la caballería pesada por cuerpos de infantería, arcabuceros y mosqueteros; 2) El aumento exponencial del número de soldados en las fuerzas armadas de los diferentes países. Así, por ejemplo, los reinos cristianos que vendrían a componer el Imperio español pasaron de tener 20.000 hombres bajo su mando en 1475, a 300.000 en 1635<sup>385</sup>; 3) La aparición de estrategias y tácticas ambiciosas y complicadas, en donde resalta el cambio en el diseño de los fuertes y la

---

<sup>382</sup> Magdalena S. Sánchez, “A ‘Spanish’ Reason of State in the Early Modern Period”, *Mediterranean Studies*, vol. 1, *Iberia & the Mediterranean* (1989), 55.

<sup>383</sup> Según Jaime Vicens Vives, “El estado permanente de guerra en el occidente de Europa impuso a las monarquías unas exigencias militares, diplomáticas y financieras que acabaron desbordando su marco feudal y la arrastraron hacia concentraciones crecientes de poder... Ejército y administración se conjugan, por tanto, para promover la preeminencia y centralización del poder como realidad de mando durante los siglos XVI y XVII”. Citado en Irving Anthony A. Thompson, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620* (Barcelona: Crítica, 1981), 7-8.

<sup>384</sup> Irving Anthony A. Thompson, *Guerra y decadencia*, 7.

<sup>385</sup> Jeremy Black, *A Military Revolution? Military Change and European Society, 1550-1800* (Londres: MacMillan Press, 1991), 6.

implementación de la “guerra defensiva”; y 4) El acentuamiento de la repercusión de la guerra en la sociedad, en tanto que su desarrollo representaba mayores dificultades administrativas, políticas y sociales que terminaron repercutiendo en problemas dentro de la sociedad civil y los gobernantes<sup>386</sup>. Aun así, estos son los cambios evidentes a un nivel más externo. Para poder comprenderlos en profundidad, debe realizarse una comparación entre el modo de hacer la guerra de carácter medieval y feudal a uno de características renacentistas y modernas, haciendo énfasis en los cambios de mentalidades que dieron origen a los fenómenos descritos.

Tradicionalmente, la guerra en la Edad Media española tenía cierta similitud con la organización misma de la sociedad, es decir, cumplía una función estamental<sup>387</sup>. El ejercicio de las armas como profesión estaba reservado únicamente a la aristocracia. Esto no debe confundirse con el hecho de participar de las levadas como soldado en un ejército. Es indudable que el grueso de tropas estaba compuesto por hombres del común; pero el oficio de caballero, esto es, la vida en y por las armas, era privilegio de la alta nobleza<sup>388</sup>. Además de esto, cuando un conflicto estallaba, cada señor feudal estaba compelido a levantar tropas entre sus vasallos y armarlas y entrenarlas a su propia costa. De esta forma, los grandes ejércitos estaban lejos de ser uniformes, pues no todos los hombres contaban con la misma preparación y disciplina, y ni siquiera con armas similares<sup>389</sup>.

Estos aspectos comenzaron a tomar una nueva forma sobre todo a partir de la guerra de Granada desarrollada entre 1482 y 1492 por los Reyes Católicos. En este escenario se dio la emergencia de algunos de los primeros cuerpos de tropas permanentes al servicio de la monarquía, tal como lo fueron “la Hermandad”<sup>390</sup>, o las “guardas de Castilla”, instituidas estas últimas el 2 de mayo de 1493, poco después de la conquista definitiva del reino moro de Granada<sup>391</sup>. Además de esto,

---

<sup>386</sup> Geoffrey Parker, *La Revolución Militar. Innovación militar y apogeo de Occidente, 1500-1800* (Madrid: Alianza Editorial, 2002), 26-28.

<sup>387</sup> Irving Anthony A. Thompson, “Milicia, sociedad y Estado en la España moderna”, en Salustiano Moreta, Irving Anthony A. Thompson, Francisco J. Garcíadiego [et al.], *La guerra en la historia: décimas Jornadas de Estudios Históricos organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea* (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1999), 115-116.

<sup>388</sup> Así lo atestiguan de manera dicente las tantas y populares novelas de caballería que pulularon los ambientes literarios de finales de la Edad Media, tales como *Amadís de Gaula*, *Las Sergas de Esplandián*, o el *Baladro del sabio Merlín con sus profecías*. Puede comprobarse también en algunas de las leyes de las Siete Partidas. Ver *Las siete partidas del rey don Alfonso El Sabio*, tres tomos (Madrid: Imprenta Real, 1807), Tomo II, Partida II, Título XXI. También pueden consultarse algunos trabajos donde se ha investigado este tema, como los de Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media* (Madrid: Alianza Editorial, 1982); y Norbert Elias, *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2016).

<sup>389</sup> *Las siete partidas*, Tomo II, Partida II, Título XXIII, Ley XII.

<sup>390</sup> José Antonio Maravall, “Ejército y Estado”, 7.

<sup>391</sup> Enrique Martínez Ruiz, “La aportación española a la ‘revolución militar’ en los inicios de los tiempos modernos”, *Cuadernos del CEMYR*, núm. 13 (2005), 223.

fue tal vez la primera guerra planeada desde un poder centralizado (los reyes), y en donde también se evidenció un significativo incremento del uso de la artillería y las armas de fuego portátiles. Adicionalmente, pero no menos importante, fue tal vez el surgimiento de un sentimiento “protonacional” español (esto es, una idea rudimentaria de filiación nacional), que atravesaba los diferentes estamentos sociales que componían las fuerzas militares, tesis sostenida por José Antonio Maravall<sup>392</sup>.

Por su parte, las guerras de Italia, en las que desde 1495 franceses y españoles se disputaron la supremacía del territorio italiano, también influenciaron fuertemente en la modernización y desarrollo del ejercicio de la guerra. Este conflicto, encabezado por el bando hispánico por Gonzalo Fernández de Córdoba, también conocido como el Gran Capitán, tuvo su culmen en 1525 con la batalla de Pavía entre el emperador Carlos V y el monarca francés Francisco I. Fue en esta serie de enfrentamientos, más concretamente en 1503, que González de Córdoba ideó una nueva organización de las tropas a partir de la división de estas en coronelías y capitánías, y que poco después desembocaría en la creación de los famosos Tercios españoles, establecidos oficialmente en 1536, y que serían reconocidos como uno de los mejores cuerpos militares durante más de un siglo. Además de esto, las tácticas del bando español dieron un giro total en tanto que la base de la fuerza de su ejército comenzó a residir en el predominio de la infantería, en especial de la armada con picas. Esto fue innovador en tanto que durante toda la Edad Media fue la caballería pesada la unidad considerada como más poderosa de todas. Tanto es así, que los caballeros franceses no pudieron impedir que un ejército mayoritariamente compuesto de infantería pudiera capturar a su rey en la batalla de Pavía. Así pues, España fue tal vez una de las primeras monarquías en adoptar los nuevos métodos de guerra, por lo que a pesar de su inferioridad numérica en muchos de los enfrentamientos, pudieron hacerse con la victoria gracias a las reformas tácticas y armamentísticas, entre las que resalta la precocidad en el uso de armas de fuego y su conjunción con las picas<sup>393</sup>.

Por otro lado, dada la proliferación del fenómeno bélico y las consiguientes demandas que esto significaba para los nacientes Estados europeos, hubo también cambios y reformas en niveles más allá del puramente material o táctico. En primer lugar, se dio un giro total a la concepción

---

<sup>392</sup> José Antonio Maravall, “Ejército y Estado”, 33-34, 39.

<sup>393</sup> Antonio José Rodríguez Hernández, “Los primeros ejércitos peninsulares y su influencia en la formación del Estado Moderno durante el siglo XVII”, en Agustín González Enciso (ed.), *Un Estado militar: España, 1650-1820* (Madrid: Editorial ACTAS, 2012), 20.

de la guerra como arte y oficio. A diferencia de la Edad Media, donde la guerra era concebida como un arte de nobles en el cual primaba sobre todo el cultivo y desarrollo de las virtudes caballerescas, como la valentía o la piedad cristiana, al inicio de la era moderna estos factores fueron relegados a un segundo plano y se dio énfasis al estudio de la guerra como una ciencia técnica.

En otras palabras, no se trataba ya de la filosofía moral exigida al guerrero, tan repetida en los afamados “espejos del caballero”, sino de una ciencia de estudios técnicos con una consideración racionalizada del fenómeno al cual centraba su atención<sup>394</sup>. De ahí la importancia que adquirieron saberes como la aritmética, la matemática, el dibujo, o la arquitectura en el oficio militar. Como consecuencia, la práctica empírica caballeresca comenzó a parecer obsoleta ante el uso de la inteligencia y el estudio, virtudes ahora esgrimidas como las más apreciadas entre los soldados. A este respecto vale la pena mencionar algunas citas de famosos capitanes españoles de la época. Según Cristóbal de Rodas, renombrado capitán e ingeniero del rey, era fundamental que los soldados “sepan los más escribir y contar, especialmente los alférez que han de tener un sumario de los soldados de su compañía”<sup>395</sup>. Por su parte, Diego García de Palacio, reconocido militar y oidor de la Audiencia de México, describía al capitán perfecto como un hombre

que ame a Dios, su Rey, e patria, y que con esto tenga paciencia, humildad, obediencia, clemencia, affabilidad, templança, castidad, modestia, liberalidad, justicia, experiencia. Y le convienen otras virtudes intelectuales, como nobleza, sciencia de la Mathematica, Arithmetica, Cosmographia, y con ellas conocimiento dela influencia, curso, y movimiento delas estrellas, signos, planetas, y tiempos a de tener mucha noticia de cosas naturales. Deve ser leydo en historias divinas y humanas, discreto, eloquente, de agudo ingenio, y mediana edad, buena y venerable dispusicion, y bien factionado, y agradable rostro. (...) Ha de ser tambien casado y con familia, y juntamente a de tener Theorica y Pratica de las cosas de la guerra<sup>396</sup>.

Un caso que puede mencionarse a modo de ejemplo, a pesar de ser de una fecha posterior, es una carta del 30 de agosto de 1688 en la cual, don Fernando de Rocafull Folch de Cardona, capitán de infantería española en Flandes, del tercio de don Antonio Marino, solicita que se le

---

<sup>394</sup> José Antonio Maravall, “Ejército y Estado”, 14-15.

<sup>395</sup> Cristóbal de Rodas, “Sumario de la milicia antigua y moderna”, 1607, en B.N.E., MSS/9286, f. 25r, citado en José Antonio Maravall, *Estado Moderno y mentalidad*, 523-524,

<sup>396</sup> Diego García de Palacio, *Dialogos militares de la formacion, é informacion de Personas, Instrumentos, y cosas nescessarias para el buen uso de la Guerra* (México: Casa de Pedro Ocharte, 1583), ff. 27r-27v.

otorgue el gobierno de Buenos Aires por encontrarse vaco en aquel momento<sup>397</sup>. La argumentación de su solicitud la realiza basada no solo en su ascendencia (pues descendía de los condes de Montpellier), sino en los servicios de su padre, don Juan de Rocafull, quien había servido como soldado por 50 años en diferentes campos de batalla europeos y conseguido ocupar el puesto de maese de campo, y, muy especialmente, por los servicios de mucho riesgo en los que lo habían empleado debido a “su gran inteligencia y capacidad en la matematica”. Finalizaba su carta con un enérgico pedimento de un puesto “correspondiente a su sangre, y a los meritos que por sus estudios y comunicacion con diferentes naciones ha adquirido en el exercicio militar”.

Es importante anotar que en los primeros años del avance de la Monarquía española en este ámbito, hasta aproximadamente mediados del siglo XVI, los cambios llevados a cabo se debieron más a las contingencias de los acontecimientos en busca de un incremento del poder regio y a cierta influencia extranjera, que al desarrollo de una doctrina fundamentada en la nueva ciencia militar. Tal vez los primeros en haber realizado este esfuerzo fueron los italianos, con autores como Maquiavelo, quien publicó su *Arte de la Guerra* en 1521, en el cual desarrollaba su política militar basada en las nuevas formas políticas y de gobierno, o Niccolò Tartaglia, quien en 1537 sacó a la luz su libro *Nova Scientia*, considerado la primera investigación en aplicar la aritmética para el estudio de la artillería, y que dio paso al desarrollo de la balística<sup>398</sup>. Si bien en España se realizó una “adaptación” del libro de Maquiavelo en 1536 por parte de Diego de Salazar, que más podría señalarse de plagio<sup>399</sup>, parece ser que por razones políticas este autor no fue realmente considerado en el ambiente hispánico sino hasta su introducción por parte del humanista flamenco Justus Lipsius, quien entre 1589 y 1605, año de su muerte, mantuvo correspondencia con prominentes figuras españolas como Francisco de Quevedo y Baltazar de Zúñiga, éste último embajador en los Países Bajos y en Francia<sup>400</sup>.

---

<sup>397</sup> [“Don Fernando de Rocafull Folch de Cardona pide el gobierno de Buenos Aires”], 30 de agosto de 1688, en A.C.A., *Consejo de Aragón*, Legajos, 0634, núm. 012., f. 12v.

<sup>398</sup> Es importante anotar que estos autores representaban la continuación, o más bien, evolución, de un modelo de pensamiento planteado por personajes como Giovanni Campano, o Filippo Beroaldo. Ver: Quentin Skinner, *El nacimiento del Estado*, 26-27.

<sup>399</sup> Nicolás Maquiavelo, “El Arte de la Guerra”, en *Maquiavelo* (Madrid: Gredos, 2011), 93, nota al pie 1; Diego de Salazar, *Tratado de re militari* (Bruselas: Casa de Roger Velpius, 1590).

<sup>400</sup> Fernando González de León, “‘Doctors of the Military Discipline’: Technical Expertise and the Paradigm of the Spanish Soldier in the Early Modern Period”, *The Sixteenth Century Journal*, vol. 27, núm. 1 (1996), 58-59.

Fue durante el reinado de Felipe II, especialmente durante las últimas décadas del mismo, que se vio un giro marcado en el pensamiento y la doctrina bélica a un nivel mucho más amplio. En especial, la guerra en Flandes terminó por convertirse en la cuna del pensamiento y la ciencia militar hispánica a raíz de su larga duración y de las derrotas y victorias que acaecieron a los soldados españoles. A partir de la ocupación de los Países Bajos por parte de los ejércitos al mando del Gran Duque de Alba, comenzaron a proliferar una serie de textos que apuntaban a la enseñanza teórica y práctica de los oficiales al mando de las tropas de la Monarquía. Así, en el período entre 1567 y 1609, los oficiales de la plana mayor del ejército de Flandes publicaron por lo menos un tratado de ciencia militar anualmente<sup>401</sup>. Algunos de los más aclamados fueron las obras de los maestros de campo Sancho de Londoño<sup>402</sup> y Francisco de Valdés<sup>403</sup>, las de los capitanes Martín de Eguiluz<sup>404</sup>, Diego Ufano<sup>405</sup> y Marcos de Isaba<sup>406</sup>, la del comisario del Santo Oficio Bernardino de Escalante<sup>407</sup>, y las de don Bernardino de Mendoza<sup>408</sup>, entre muchos otros.

Además de la publicación de investigaciones y tratados, también se llevaron a cabo otras medidas educativas. En 1582, Felipe II fundó la Academia de Matemáticas con sede en el Palacio de Madrid, a la cual dotó de cuatro cátedras. Fuera de que las clases se impartían en castellano y no en latín, como era usual en las universidades, se incluyeron, además de las matemáticas, asignaturas como arquitectura, artillería, hidráulica, fortificaciones, geografía y navegación, lo que denota un marcado interés en el ámbito militar<sup>409</sup>.

A un nivel más cotidiano, los cambios en la concepción de la guerra se vieron reflejados incluso en la esgrima y el modo de emplear las armas. En 1582, el sevillano Jerónimo Sánchez de Carranza publicó un afamado libro titulado *De la Filosofía de las Armas y de su Destreza y la Aggression y Defensa Cristiana*, en el cual sentaba las bases de un nuevo método y estilo de la esgrima, influenciado por las pretensiones de alcanzar un conocimiento científico del combate (ver

---

<sup>401</sup> Irving Anthony A. Thompson, “Milicia, sociedad y Estado”, 116.

<sup>402</sup> Sancho de Londoño, *El discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. (Bruselas: Casa de Roger Velpius, 1589).

<sup>403</sup> Francisco de Valdes, *Espejo y disciplina militar* (Bruselas: Casa de Roger Velpius, 1596).

<sup>404</sup> Martín de Eguiluz, *Milicia, discurso y regla militar* (Amberes: Casa de Pedro Bellerio, 1595).

<sup>405</sup> Diego Ufano, *Tratado de la Artillería y uso della* (Bruselas: Casa de Juan Momarte, 1613).

<sup>406</sup> Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española* (Madrid: Casa de Guillermo Drovy, 1594).

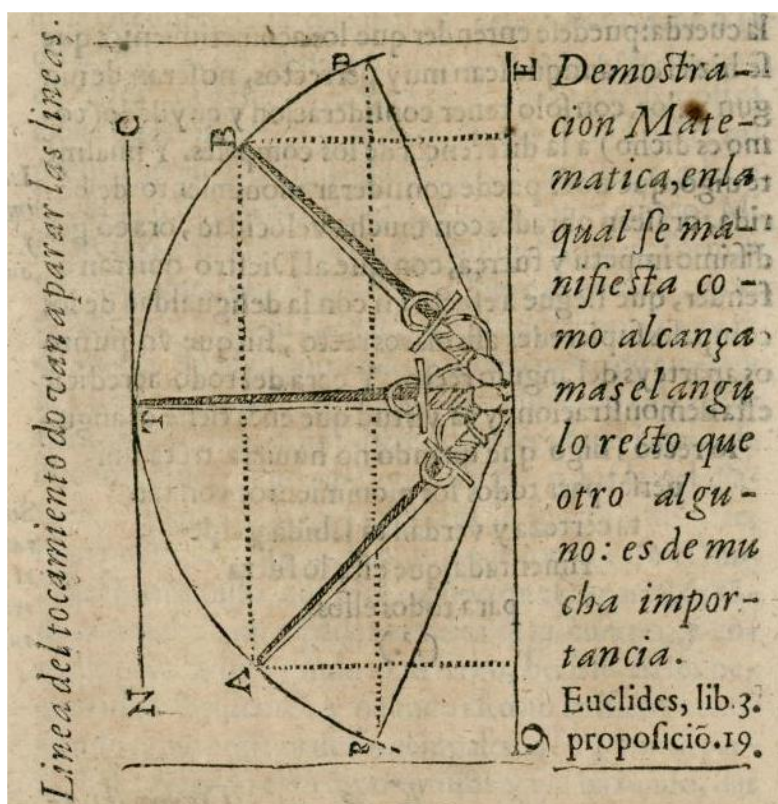
<sup>407</sup> Bernardino de Escalante, *Diálogos del Arte Militar* (Bruselas: Casa de Rutger Velpio, 1595).

<sup>408</sup> Bernardino de Mendoza, *Comentarios de Don Bernardino de Mendoza, de lo sucedido en las Guerras de los Payses baxos, desde el año de 1567 hasta el de 1577* (Madrid: Pedro Madrigal, 1592); *Theorica y práctica de guerra* (Amberes: Emprinta Plantiniana, 1596).

<sup>409</sup> Geoffrey Parker, *Felipe II* (Barcelona: Altaya, 1996), 83.



imagen 4). Este pasó a denominarse “verdadera destreza”, en comparación del estilo anterior conocido como “vulgar destreza”. Algunos años después, en 1589, fue nombrado Gobernador y Capitán general de la provincia de Honduras, fecha desde la cual se asentaría en Indias, donde ocupó otros cargos como el de justicia en la ciudad de Santiago de Guatemala<sup>410</sup>. Se puede afirmar con cierta seguridad que el maestro más importante de esgrima que había por entonces en todo el Imperio español debió de haber extendido sus conocimientos entre los hombres de armas que combatían en América. Este estilo de combate continuó durante varios siglos, siendo el maestro Luis Pacheco de Narváez, alumno de Sánchez de Carranza, su principal impulsor.



**Imagen 4. Demostración matemática de esgrima.** En esta ilustración se evidencia la influencia de las ciencias como la matemática en el estudio del combate, a través de su interpretación por medio de ángulos.

**Fuente:** Luis Pacheco de Narváez, *Libro de las grandezas de la espada* (Madrid: Por los herederos de Iván Iñiguez de Lequerica, 1605), f. 75v.

<sup>410</sup> José María Hermoso Rivero, “Jerónimo Sánchez de Carranza (¿1539-1608?), creador de la verdadera destreza y gobernador de Honduras”, *Cartare (Boletín del Centro de Estudios de la Costa Noroeste de Cádiz)*, núm. 5 (2015): 65-98.

Puede concluirse entonces que desde finales del siglo XVI comenzó a manifestarse en la Península Ibérica un ambiente de cambio en las formas de hacer la guerra, marcado sobre todo por una tendencia a la modernización, tecnificación, burocratización y centralización del ejercicio bélico. Así, no solo el armamento o las tácticas se vieron modificados, sino que se dio un giro total en la mentalidad en torno a la concepción misma del arte de la guerra, pasando de considerarse un arte empírico ejercido por unos cuantos, a una ciencia con leyes propias accesibles a aquellos hombres dedicados juiciosamente a su estudio. El papel de la Corona, es decir, del temprano Estado Moderno, fue fundamental en este proceso, pues fue quien lo dotó de sus principales características para poder diferenciarlo de los métodos tradicionales de carácter particular.

### 2.3. LA GUERRA EN INDIAS

Si bien en Europa se tendía cada vez más a una racionalización y centralización de la guerra, la Conquista de América correspondió más a un carácter medieval que moderno. Como bien afirmaba Luis Weckmann, el descubrimiento y la conquista de América representó una revitalización de muchos aspectos del medioevo español que para ese entonces estaban en plena decadencia en la península Ibérica<sup>411</sup>. Según este autor, los primeros conquistadores de las Indias fueron, más que los primeros exploradores modernos, los últimos viajeros medievales. Esta idea puede seguirse también en las investigaciones de Irving A. Leonard sobre los hábitos de lectura de estos hombres, en donde se evidencia que su repertorio literario estaba compuesto principalmente por obras típicamente medievales, como los relatos de viajeros de Marco Polo o Juan de Mandeville, así como de populares novelas de caballería, entre las que resalta la del legendario Amadís de Gaula<sup>412</sup>. La lectura de los novedosos escritores del renacimiento italiano estaba dirigida sobre todo a ámbitos de la alta cultura, como las universidades y los altos funcionarios, y no tanto a los hombres del común, por su parte, lectores aficionados de relatos épicos medievales, quienes llegaron a ser el grueso de las gentes que se embarcaron a la aventura americana.

---

<sup>411</sup> Luis Weckmann, "The Middle Ages in the Conquest of America", *Speculum*, vol. 26, núm. 1 (enero 1951): 130-141.

<sup>412</sup> Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*.

Así pues, de manera similar a como se hacía en la baja Edad Media ibérica, las empresas de Conquista del territorio americano fueron delegadas a particulares autorizados por la Corona. Esta divergencia en comparación al desarrollo de las campañas en territorio europeo, en donde cada vez más había una participación (sobre todo económica) de la Monarquía, puede corresponder a una multitud de motivos que, aunque sumamente interesantes, no son el objeto de estudio de esta investigación. Podría decirse que los intereses de la Corona estaban más concentrados en el mantenimiento y expansión de sus posesiones europeas (como puede verse, por ejemplo, en el testamento de Carlos V<sup>413</sup>), y que por ende, la cantidad de recursos económicos que pretendían gastar en las campañas del Nuevo Mundo no eran comparables, además de que representaban una inversión riesgosa debido al gran desconocimiento que había de estas tierras, muchas de ellas aun sin explorar por las tropas españolas<sup>414</sup>. Como bien menciona Silvio Zavala, “al Estado del antiguo régimen, sin rentas firmes, ni burocracia eficaz, le resultaba más ventajoso, sobre todo de momento, pactar y ceder a sus súbditos el desempeño de sus funciones”<sup>415</sup>.

Parece necesario señalar también que a pesar de que la iniciativa privada fue la modalidad predominante en las empresas bélicas de la conquista americana, el temprano Estado moderno no estuvo completamente ausente durante las diferentes expediciones. Algunas de ellas fueron organizadas y costeadas por la Monarquía, como la armada contra los caribes de Juan Ponce de León, la expedición de Fernando de Magallanes para llegar a las Molucas, o la expulsión de los hugonotes de la Florida por Pedro Menéndez de Áviles<sup>416</sup>. Incluso las hubo de carácter mixto, como lo evidencia la expedición de Colón. Además de esto, la presencia estatal no solo estuvo marcada por el aporte monetario, sino por la concesión de un carácter oficial a las empresas privadas y el aseguramiento del control de los nuevos territorios<sup>417</sup>. Sin embargo, no será sino hasta finales del siglo XVI cuando la Corona comience a intervenir de manera más directa en la administración militar, de manera similar a como lo hacía en Europa.

---

<sup>413</sup> Manuel Fernández Álvarez (ed.) *Corpus de Carlos V*. (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1975), tomo II, 569-592.

<sup>414</sup> Carmen Mena García, “Lo privado y lo público en la exploración y conquista del Nuevo Mundo (hasta Felipe II)”, en *De la unión de coronas al Imperio de Carlos V*, vol. II, coord. Ernest Belenguer Cebriá (Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001), 400.

<sup>415</sup> Silvio A. Zavala, *Las instituciones jurídicas en la Conquista de América* (México: Editorial Porrúa, 1971), 114.

<sup>416</sup> Carmen Mena García, “Lo privado y lo público”, 401-402.

<sup>417</sup> Carmen Mena García, “Lo privado y lo público”, 407.

La manera formal en la que se realizaban los contratos entre la Monarquía y los particulares era a través de las llamadas capitulaciones, utilizadas en el Derecho Real de España desde antes del descubrimiento de América, y empleadas para cuando los reyes pactaban en algún particular el desempeño de un determinado servicio público o de una empresa, incluidas las militares. Para el caso americano, las capitulaciones se expidieron en su mayor parte para descubrimientos y conquistas, aunque hubo otras destinadas a diferentes fines como explorar un canal o fundar una población<sup>418</sup>. Estos documentos contenían, en resumen, la licencia del rey al conquistador, seguido por el contrato en el que se señalaban los gastos y obligaciones que tendría éste último en un determinado período de tiempo, así como las mercedes que le haría el monarca si tenía éxito. Se evidencia así que mientras que el vasallo se ataba a unos compromisos incondicionales, los reyes solo debían cumplir con una promesa que se llevaría a cabo previo cumplimiento de las obligaciones del conquistador<sup>419</sup>.

De esta forma, el financiamiento de la empresa corría por cuenta del capitán, aunque dentro de este gasto no se contemplaban algunos aspectos como las armas, ropas y caballos de los soldados, implementos que tenía que llevar por su propia cuenta cada hombre. Además de esto, el reclutamiento no era forzado, sino que se trataba de un enganche voluntario que realizaba cada persona según las promesas del capitán. En las conquistas no se pagaba sueldo a estos hombres, sino que su recompensa se derivaba del botín obtenido y de la parte que de éste le tocara a cada uno de acuerdo a los servicios que hubiera prestado (por ejemplo, como ballestero, peón o gente de caballo)<sup>420</sup>.

Además de la recompensa material inmediata representada sobre todo en la obtención de joyas y productos fabricados en oro, el participar en la conquista de un nuevo territorio podía traer como recompensa el otorgamiento de una encomienda de indios que asegurara a un hombre y a su familia un porvenir en el Nuevo Mundo.

Este método de desarrollo de las campañas militares trajo diferentes consecuencias en la configuración del primer escenario de la organización bélica en América. En primer lugar, estas

---

<sup>418</sup> Silvio A. Zavala, *Las instituciones jurídicas*, 101.

<sup>419</sup> Silvio A. Zavala, *Las instituciones jurídicas*, 102-104.

<sup>420</sup> Silvio A. Zavala, *Las instituciones jurídicas*, 107-108. Un buen ejemplo de la repartición del botín en una campaña de conquista según los diferentes niveles de participación en la empresa puede encontrarse en James Lockhart, *Los de Cajamarca. Un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*, dos tomos (Lima: Editorial Milla Batres, 1986).

empresas se convirtieron en verdaderas oportunidades de negocios no solo para hombres de armas, sino para los comerciantes de Sevilla y las Antillas, los cuales proveían de los bastimentos necesarios para su realización<sup>421</sup>. En segundo lugar, dio paso a ciertas formas propias de agrupamiento militar que no han podido precisarse con total exactitud por los historiadores. Para designar a estos grupos de hombres se han utilizado términos como *compaña*, *banda*, *hueste*, *gente*, o *cabalgada*, cada uno con una connotación propia y que presenta ciertas dificultades al momento de su utilización. A manera de ejemplo, se puede mencionar que la palabra *hueste*, tal vez la más utilizada hoy día en las investigaciones, era ya anticuada para 1500, y que no encierra el verdadero significado del grupo de conquistadores, pues ésta designaba sobre todo a grandes expediciones comandadas por el propio rey<sup>422</sup>. Sin embargo, lo que sí es claro es que no existía una organización militar especializada a nivel interno, como si la hubo tal vez en los ejércitos españoles que lucharon en Italia en la primera mitad del siglo XVI. Así, si bien se sabe que el capitán o adelantado era el dirigente máximo del grupo de conquistadores, las funciones de otros cargos como el alférez, los cabos y los sargentos, no estaban tan precisadas como en las tropas peninsulares. Se trataba, a fin de cuentas, más de un grupo de hombres que se hacían a las armas temporalmente, que de personas educadas y dedicadas precisamente a esta profesión.

Otra consecuencia fue la pobreza material en cuestiones armamentísticas que caracterizó a los primeros grupos de conquistadores. Mientras en Europa se daba paso a un drástico cambio armamentístico, marcado sobre todo por la multiplicación del uso de armas de fuego, en Indias, debido a la falta de disposición de recursos económicos a gran escala, el equipamiento de las tropas conquistadoras resultó ser bastante rudimentario. El principal aspecto donde se evidencia este hecho es en el muy reducido uso de artillería y de armas de fuego portátiles durante la primera mitad del siglo XVI, seguramente surgido por los altos costos que representaba traer desde España la pólvora, plomo y repuestos para estas<sup>423</sup>. Las demás armas y armaduras, si bien en un principio estaban al mismo nivel que en los ejércitos europeos, poco a poco fueron quedando en un evidente atraso, pues incluso a comienzos del siglo XVII pueden leerse menciones de soldados utilizando partesanas, montantes y cotas de malla, piezas ya prácticamente desaparecidas en los campos de batalla del Viejo Mundo<sup>424</sup>. Sin embargo, es

---

<sup>421</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 15.

<sup>422</sup> Según el trabajo de Mario Góngora, los términos más precisos para designar a estos primeros grupos militares son los de “banda” y “gente”. Ver: Mario Góngora, *Los grupos de conquistadores*, 10.

<sup>423</sup> Álvaro Jara, *Guerra y sociedad*, 71-72.

<sup>424</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 94-95, 222-223, 239-239.

importante aclarar que la historiografía hispanoamericana, y especialmente la colombiana, no ha avanzado mucho en este tema.

#### **2.4. ESTABLECIMIENTO DE UN SISTEMA MILITAR EN INDIAS**

Quizás el primer intento de establecer un sistema militar que buscara defender los nuevos territorios americanos incorporados por conquista a la Monarquía hispánica fueron las ordenanzas que el 20 de marzo de 1524 redactó Hernán Cortés en Tenochtitlán como gobernador y capitán general de la Nueva España. Según éstas, todo vecino y morador de aquella tierra debía de estar armado a su costa con lanza, espada o puñal, casquete o celada, y armas defensivas. Para que las consiguiese se le daba un plazo de seis meses, tras lo cual debía acudir con su equipo a los alardes (reseñas militares). En caso de no hacerlo incurriría en graves multas.

También obligaba a los encomenderos a atender a diferentes obligaciones militares según el número de indios que tuvieran en sus repartimientos. Si el encomendero tenía menos de 500 indios, debía de tener lanza, espada, puñal, dos picas, celada, “bambote”, armas defensivas españolas, y ballesta o escopeta aderezada. Si no asistía a los alardes con lo anterior, a la primera vez tendría dos pesos de multa, a la segunda cuatro, y a la tercera, perdería los indios. Si se trataba de alguien que tuviera entre 500 y 1.000 indios, debía conseguir las mismas armas que los anteriores, además de una yegua o caballo con sus arneses. Las sanciones iban desde multas de 50 y 100 pesos, hasta la pérdida de la encomienda. Por último, los encomenderos que tuvieran más de 1.000 indios debían tener, además de todo lo anterior, tres lanzas, seis picas, y cuatro ballestas o escopetas con sus accesorios. Para este caso las multas eran de 100 y 200 pesos, y al igual que en los otros casos, podía llegar a la pérdida de sus encomendados<sup>425</sup>.

A partir de entonces, estas ordenanzas se tomarían como base y se comenzarían a expandir por todas las Indias. En 1535 se expidió una Real Cédula en que se anexaba la obligación de tener indios encomendados armados para prestar servicio militar, además de que se extendió este decreto para toda la Nueva España. En 1537 y 1540, se estableció lo mismo para Perú y Santo Domingo, respectivamente. Para 1541, el emperador Carlos V volvió a confirmar y requerir la obligación militar de los encomenderos, lo cual se reiteraría para Nueva España en 1542 y 1552.

---

<sup>425</sup> Juan Marchena Fernández, *Ejércitos y milicias en el mundo colonial americano* (Madrid: MAPFRE, 1992), 39-40.

Para 1565 se dictó para Cartagena de Indias y todo el Nuevo Reino de Granada, y pocos años después sería general para todo el territorio americano<sup>426</sup>. Un claro ejemplo de la implementación de esta medida puede encontrarse en el reclamo que en 1579 hicieron varios vecinos de la ciudad de Tocaima, encabezados por el capitán Bartolomé Rodríguez, procurador de la población, en contra de algunos encomenderos por no cumplir con sus obligaciones militares de tener armas y personas preparadas<sup>427</sup>.

De esta forma, lo que podría llamarse una segunda instancia de la organización de la guerra en Indias recayó en las responsabilidades de los vecinos y los encomenderos, quienes de esta forma respondían ante el beneficio de habitar las nuevas tierras y disfrutar del trabajo y los tributos de sus naturales. Sin embargo, esta responsabilidad no era simplemente una demanda imperativa por parte de la monarquía y sus oficiales, sino que se trataba tanto de un deber como de un derecho de los individuos, especialmente cuando se trataba del ejercicio de la guerra con motivos defensivos (o por lo menos, aparentemente defensivos)<sup>428</sup>. En todos los territorios del imperio español existía un principio sobrentendido, este era, el que consideraba justo que quienes habitaban un territorio estuviesen en la obligación de defenderlo. Por más básico o lógico que pueda parecer, no se trataba de una estrategia únicamente de sentido común o que obedeciese tan solo al interés propio, sino que era una fórmula jurídicamente establecida<sup>429</sup>. Derecho y deber se conjugaban en el sentido de que participar en la guerra por medio de las instituciones de defensa (fueran milicias urbanas, levas, acostamientos, o en el caso americano, encomiendas) era una forma en que los individuos determinaban su pertenencia a un estamento, localidad o grupo social, y a los derechos fiscales o políticos que de ello se desprendía<sup>430</sup>.

Lo anterior no significa que los súbditos americanos tuvieran total libertad en el ejercicio de la violencia. La tarea de su reglamentación y delegación estaba concentrada en la figura del

---

<sup>426</sup> Juan Marchena Fernández, *Ejércitos y milicias*, 40-41.

<sup>427</sup> “[Acusación a encomenderos de no tener armas ni caballos]”, 1579, en A.G.N., *Encomiendas*, t. 13, doc. 8, ff. 243r-243v.

<sup>428</sup> “Política y estratégicamente, el gobierno de Felipe II entendía que la mayoría de las guerras en las que intervino estaban motivadas por la defensa, ya fuese de la Cristiandad, de la fe católica o de la herencia dinástica; a ello no fue ajeno el extraordinario desarrollo que, en el corazón de la Monarquía Hispánica, experimentó el pensamiento sobre las doctrinas de la guerra justa.” Juan Francisco Pardo Molero, “Defender la monarquía de Felipe II. Valores, instituciones y estrategias en la construcción de un imperio mundial”, en *Felipe II y Almazarrón: la construcción local de un Imperio*. vol. 1, Vivir, defender y sentir la frontera global, eds. María Martínez Alcalde y José Javier Ruiz Ibáñez (Murcia: Universidad de Murcia, 2014), 163.

<sup>429</sup> Juan Francisco Pardo Molero, “Defender la monarquía”, 165.

<sup>430</sup> Juan Francisco Pardo Molero, “Defender la monarquía”, 165.

monarca. Así, la monarquía se convirtió, más que en quien aplicaba la violencia, en quien ostentaba el monopolio de la justificación de la misma, no de su uso, como pasará a serlo en siglos posteriores con cuerpos militares y policiales mucho más estructurados. De esta forma, la función del rey era alejar la violencia de sus territorios y concentrarla en fronteras estratégicas con fines de expansión<sup>431</sup>.

Debe advertirse que en torno al estudio de este fenómeno ha existido una cierta tendencia por considerar la administración del imperio, en donde entra el ámbito militar, como un fenómeno dirigido desde un centro hacia una periferia, es decir, bajo la concepción de que el gobierno de los diferentes reinos de la monarquía se efectuaba por completo desde una corte asentada en Madrid y que desde allí se expedían todas las directrices que los oficiales y súbditos de las demás partes debían obedecer sin objetar. A este respecto, investigaciones de los últimos años han demostrado que, por el contrario, la Monarquía hispánica debe pensarse como un conjunto policéntrico y como un organismo caracterizado por la toma de decisiones por medio del diálogo político entre los intereses del temprano Estado moderno y el de las élites y agentes locales y regionales. En un imperio de semejantes magnitudes era impensable crear una administración y una burocracia lo suficientemente eficiente para controlar de manera eficaz todos los territorios, por lo que la Monarquía debió recurrir a la creación de una relación simbiótica con los poderes locales de cada reino. Si bien esta relación estaba basada en una fidelidad tácita a la Corona y en una aceptación común de un discurso de legitimación del poder de la misma, tomaba diferentes formas de acuerdo a las particularidades de cada caso<sup>432</sup>. Esto daba como resultado que cada territorio tuviera formas de gobierno y administración particulares y que debían respetarse si se esperaban cumplir con las metas planteadas. A este respecto, ya incluso en 1647 advertía el jurista Juan de Solórzano y Pereira que

No obsta, que *todos estos Reynos se hallen unidos, y constituyán hoy una como Monarquía*, por donde parece, que importa poco que todos los Vasallos de ellos se igualen, ó por mejor decir, que no se pueden tener por Estrangeros, ni peregrinos los que están debaxo del dominio de un mismo Rey. (...) Porque lo más cierto es, que también en este caso *los Reynos se han de regir, y govarnar, como si el*

---

<sup>431</sup> José Javier Ruiz Ibáñez, “La milicia general, la monarquía, la guerra y el individuo (Corona de Castilla, 1580-1640)”, *Panta Rei II* (1996), 43.

<sup>432</sup> Tomás A. Mantecón Movellán y Susana Truchuelo García, “La(s) frontera(s) exteriores e interiores de la Monarquía Hispánica: perspectivas historiográficas”, *Historia Crítica*, núm. 59 (enero-marzo, 2016), 23-24; José Javier Ruiz Ibáñez y Caetano Sabatini, “La construcción de la Monarquía Hispánica”, 20; Xavier Gil Pujol, “Integrar un mundo. Dinámicas de agregación y de cohesión en la Monarquía de España”, en *Las Indias Occidentales. Procesos de incorporación territorial a las Monarquías Ibéricas*, eds. Óscar Mazín y José Javier Ruiz Ibáñez, 74.



*Rey que los tiene juntos, lo fuera solamente de cada uno de ellos, como lo enseñán, y prueban bien Soto, Suarez, y Salas, elegantemente Patricio.*<sup>433</sup>

En el ámbito militar de la América hispana específicamente, esto también se evidencia con claridad. Sin bien las diferentes conquistas contaban con rasgos comunes en el ejercicio de su práctica administrativa y concepción política, como por ejemplo la asunción de un mismo príncipe y religión, o ciertos niveles de dependencia hacia instituciones centrales comunes de la Monarquía, cada una de ellas tuvo también su propia idiosincrasia y coyunturas particulares<sup>434</sup>. En 1599 anotaba el capitán Bernardo de Vargas Machuca que “las guerras también tendrán diferente modo y práctica, cuanto fueren diferentes las tierras, las gentes, los ánimos y las armas con que peleen a su invención.”<sup>435</sup>

Si como se dijo, el ejercicio militar recayó en los encomenderos, fueron ellos también quienes sentaron las condiciones y los términos para el cumplimiento de sus tareas. Ningún oficial de la Corona que tuviera algo de experiencia hubiera tomado decisiones militares sin contar con la opinión y consenso de los encomenderos, sobre todo porque para la mayoría de campañas militares era imposible su entera realización utilizando únicamente recursos extraídos directamente de las arcas reales.

Con el paso del tiempo, especialmente a partir de los últimos años del siglo XVI, la presencia del temprano Estado moderno español en los asuntos de la guerra en Indias incrementó de manera notable, sin que esto significara el abandono de las formas tradicionales de administración, sino más bien su conjugación con aquellas. En especial se evidenció una mayor participación económica en los proyectos militares por medio del uso de dineros de la Real Hacienda. Tal vez el proyecto donde más se evidencia este fenómeno es el de la construcción y remodelación de los fuertes de las diferentes ciudades del mar Caribe que servían como defensa en contra de los corsarios al servicio de otras Coronas europeas, en especial de Inglaterra. A través de la contratación de varios ingenieros, entre los que resalta el italiano Giovanni Battista Antonelli, el imperio español comenzó a modificar las fortalezas de poblaciones como La Habana, Cartagena o San Juan de Ulúa, para adecuarlas a los parámetros impuestos por las más recientes corrientes de arquitectura militar desarrolladas en Europa. A diferencia de los castillos y fuertes

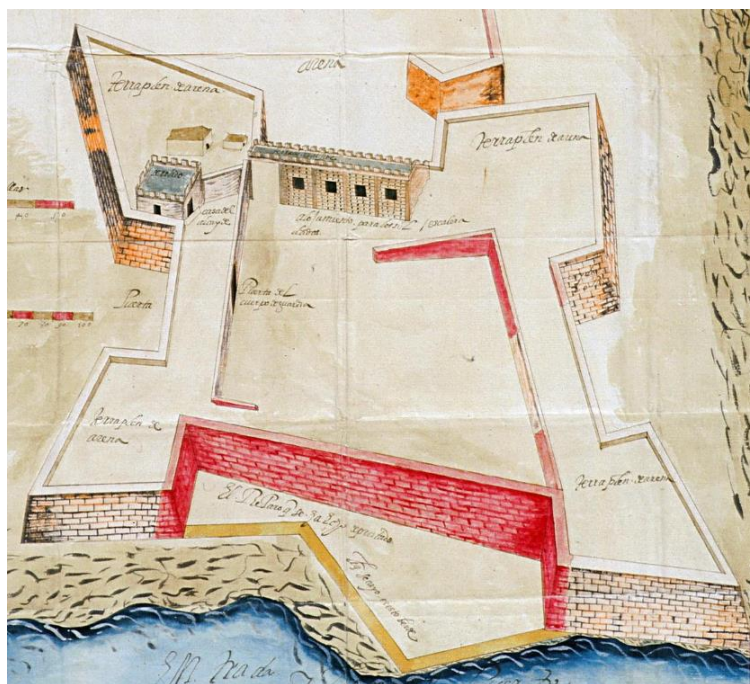
---

<sup>433</sup> Juan de Solórzano y Pereira, *Política Indiana* (Madrid: Imprenta Real de la Gazeta, 1776), tomo segundo, libro IV, capítulo XIX, núm. 37, 169. Las cursivas son propias.

<sup>434</sup> José Javier Ruiz Ibáñez y Caetano Sabatini, “La construcción de la Monarquía Hispánica”, 20.

<sup>435</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana* (Caracas: Biblioteca de Ayacucho, 1994 [1599]), 3.

bajomedievales, los nuevos baluartes se construyeron según el estilo conocido como “tracce italienne”, caracterizado por su forma de estrella y por contar con bastiones, revellines, coronas, y hornabeques, diseñados especialmente para defender la plaza de manera efectiva en contra de los potentes cañones de franceses, ingleses u holandeses (ver imagen 5)<sup>436</sup>.



**Imagen 5. Detalle en que se aprecia el plano de un fuerte según los parámetros de forma estrellada de la traza italiana.**

**Fuente:** “Perfil del fuerte y trinchera de la Punta del puerto de San Christobal dela Habana”, 23 de septiembre de 1595, (AGI). Fondo *Mapas y Planos*, Santo Domingo, 16.

En otros escenarios, como en Chile, la presencia estatal también incrementó notablemente en el ámbito militar, incluso desde antes de que se establecieran los reales situados en 1600. En 1566, el gobernador Rodrigo de Quiroga escribía a Felipe II comunicándole que para las arduas campañas militares de aquellas tierras se habían gastado hasta el momento casi 50.000 pesos

<sup>436</sup> Geoffrey Parker, *La Revolución Militar*, 32-39. También pueden verse: Ver también, “[Cruz] Planta de San Jhoan de Ulúa así de la fortiçación que tiene como del Reparo de las naos. Las líneas coloradas es lo viejo, y las líneas verdes es vn Reparo que seá de hazer hasta que Su Magestad mande que se fortiique este Puerto de propósito”, 1590, en A.G.I., *Mapas y Planos*, México, 41; “Planta de la fortiçación del morro y punta de la Habana”, 5 de marzo de 1593, en A.G.I., *Mapas y Planos*, Sección *Santo Domingo*, 13; “Plano del Baluarte de San Felipe de la Ciudad de Cartagena de Yndias”, 17 de diciembre de 1614, en A.G.I., *Mapas y Planos*, Sección *Panamá*, 31.

provenientes de la Real Hacienda<sup>437</sup>. Existen registros de pocos años después en los que se manifiesta que para 1569 se habían utilizado alrededor de 28.000 pesos en equipar a diferentes grupos de soldados que componían las guarniciones de las ciudades afectadas por el conflicto<sup>438</sup>. Estas iniciativas fueron incrementando hasta el establecimiento de un real situado enviado desde Lima. En 1572 y 1573, el rey despachó reales cédulas en las que otorgaba al virrey de Perú y al gobernador de Chile, licencia “para gastar moderadamente en la guerra los dineros del tesoro real”<sup>439</sup>.

En Cartagena también se sintieron estos efectos, pues se organizó el sistema de galeras para proteger la ciudad y las zonas aledañas, todo financiado y dirigido por la Corona. Para ello, por ejemplo, se establecieron situados que, sumándose a los de Tierra Firme, alcanzaban la cantidad equivalente a 40.000 ducados, por no mencionar otras iniciativas como la creación de la Armada de la Guarda de la Carrera de las Indias y de los Galeones de Tierra Firme, hacia 1569<sup>440</sup>.

Hasta aquí se ha tratado de ofrecer una breve introducción general al desarrollo de la organización y administración militar de Indias desde las primeras conquistas hasta aproximadamente los inicios del siglo XVII. A continuación, se explorará de qué manera estas diferentes etapas se desarrollaron y convivieron en la guerra contra los indígenas pijaos, además de algunas facetas propias de este conflicto.

## **2.5. ORGANIZACIÓN Y ADMINISTRACIÓN DE LA GUERRA CONTRA LOS PIJAOS<sup>441</sup>**

A partir de la investigación del historiador Hernán Clavijo Ocampo, la guerra contra los pijaos se ha concebido en tres etapas principales que se suceden la una a la otra. Según este autor, cada una de ellas tiene una modalidad propia definida por el tipo de dirección militar y la fuente de financiación utilizada. La primera de ellas, que encierra los años comprendidos entre 1550 y

---

<sup>437</sup> Cristián Guerrero L., “¿Un ejército profesional en Chile durante el siglo XVII?”, *Tradición y Saber*, Año 10, núm. 2 (2013), 35.

<sup>438</sup> Álvaro Jara, *Guerra y Sociedad*, 96.

<sup>439</sup> <sup>439</sup> Cristián Guerrero L., “¿Un ejército profesional...?”, 36.

<sup>440</sup> Sebastián Amaya Palacios, “Las galeras de Cartagena de Indias (1578-1624)”, *Revista de historia naval*, núm. 138 (2017), 27-36.

<sup>441</sup> En este apartado se tratará exclusivamente de las formas de organización económica y administrativas utilizadas en las diferentes etapas de la guerra contra los pijaos. Ya en el capítulo 1 se realizó una indagación sobre las diferentes justificaciones y motivaciones del conflicto, así como un repaso general de las diferentes jornadas organizadas en contra de este grupo indígena hasta su sometimiento en la segunda década del siglo XVII y sus consecuencias a corto plazo.

1570, es llamada “la de los caudillos-funcionarios”. Esta hace referencia al período en el que la Real Audiencia de Santa Fe despachaba comisiones a algunos caudillos para realizar fundaciones y conquistas, de lo cual resultó la aparición de poblaciones como Ibagué, San Vicente de Páez, Mariquita, y San Sebastián de La Plata, comandadas por hombres como los capitanes Andrés López de Galarza y Ascencio de Salinas Loyola. Este tipo de guerra era más del corte de las primeras etapas de la Conquista, en la que se enviaba a grupos de hombres a someter un territorio de frontera al gobierno español y por lo cual recibían diferentes mercedes a cambio<sup>442</sup>.

La segunda modalidad fue “la de los caudillos-empresarios”. Esta correspondía a entradas organizadas y financiadas por los vecinos de las ciudades de frontera que tenían intereses en llevar a cabo la guerra por la posibilidad de obtener mano de obra indígena, oro, tierras e influencia política en los cabildos. A esta etapa, fechada entre 1570 y 1605, corresponden los casos de hombres como Bartolomé Talaverano, Diego de Bocanegra, y Alonso Ruiz de Sahajosa<sup>443</sup>.

Por último, está la modalidad “de la monarquía”. Esta se caracterizó por ser una guerra de carácter sistemática ordenada por la Monarquía, y concebida, organizada y dirigida por el propio presidente de la Real Audiencia. Además, su financiamiento se realizaba por medio de la Real Hacienda. Esta etapa enmarca el período entre 1606 y 1613, en que el presidente don Juan de Borja logró someter finalmente a los pijaos<sup>444</sup>.

Sin embargo, por útil que resulte esta cronología, presenta el grave problema de una simplificación excesiva y unos cortes temporales demasiado tajantes. Como se intentará mostrar a continuación, si bien estas divisiones dibujan a grosso modo diferentes etapas de la guerra, lo que en realidad sucedió fue una combinación de ellas, en las cuales se mezclaron formas de organización bélica correspondientes a influencias traídas de la Península Ibérica, de conquistas y guerras en otros territorios de Indias, y a desarrollos particulares acaecidos en este conflicto.

---

<sup>442</sup> Hernán Clavijo Ocampo, *Formación histórica de las élites*, tomo I, 42

<sup>443</sup> Hernán Clavijo Ocampo, *Formación histórica de las élites*, tomo I, 42.

<sup>444</sup> Hernán Clavijo Ocampo, *Formación histórica de las élites*, tomo I, 42.

### 2.5.1. FINANCIAMIENTO DE LA GUERRA (1550-1613)

A diferencia del modelo propuesto por Clavijo Ocampo, puede considerarse que la organización de la guerra estuvo dividida en dos grandes períodos. El primero, que abarca desde las primeras conquistas del territorio pijao en la década de 1550, hasta los primeros años del siglo XVII, y el segundo, compuesto por la campaña militar liderada por el presidente don Juan de Borja desde 1606 hasta 1613, aproximadamente.

El financiamiento de la guerra en el primer período se caracteriza por ser de carácter privado, aunque, valga la pena aclarar, no únicamente en torno a capitulaciones con particulares que asumían los gastos para obtener beneficios económicos, sociales y políticos por medio de los resultados de sus campañas. Los cabildos y toda la sociedad en general también participaron de este proceso, asumiendo con sus esfuerzos y recursos el sostenimiento de la guerra, incluso cuando no existían personas que capitulasen las entradas a realizar. Así, tal vez podría diferenciarse entre iniciativas privadas y llamadas a la defensa que convivieron en conjunto durante este período. Adicionalmente, la separación propuesta por Clavijo Ocampo, en contraste con la evidencia documental, no se sostiene tampoco en tanto que no solo fue en el primer período definido por él en el que se realizaron intentos de fundación<sup>445</sup>, ni durante la segunda etapa fueron únicamente vecinos de las zonas de frontera quienes se encargaron de llevar a cabo la guerra mediante capitulaciones<sup>446</sup>.

Muchos fueron los capitanes y particulares que capitularon entradas con la Real Audiencia para conquistar, pacificar y poblar el territorio de los pijaos. En ellas, a cambio de beneficios y recompensas, se comprometían a someter a los naturales de la región y fundar centros poblados para la expansión de la frontera imperial. El primero en hacerlo fue el capitán Andrés López de Galarza, quien había sido contador de la Hacienda Real del Nuevo Reino de Granada, y cuyo hermano, Juan López de Galarza, fue uno de los dos oidores que ayudaron a fundar la Real Audiencia de Santa Fe<sup>447</sup>. Según fray Pedro de Aguado, en 1550 el capitán López de Galarza levantó 93 hombres armados y pertrechados todos a su costa. Este mismo patrón se repetiría en otras expediciones, como la del capitán Francisco de Trejo, vecino y encomendero de Buga,

---

<sup>445</sup> Ver, en el capítulo 1, las ciudades despobladas por la guerra.

<sup>446</sup> En los últimos años del siglo XVI, por ejemplo, se capituló con Bernardino Mojica de Guevara, vecino de Tunja.

<sup>447</sup> Juan Flórez de Ocariz, *Genealogías del Nuevo Reino*, árbol XI, 126, 208.

quien, también con licencia de la Real Audiencia, salió a la conquista de los pijaos en 1556 con 70 hombres pagados de su propio dinero<sup>448</sup>.

Otras expediciones de este tipo, pagadas por completo del bolsillo del capitán, fueron las de Domingo Lozano en 1562, quien reunió 70 soldados a sus expensas<sup>449</sup>; Diego de Bocanegra en 1572, quien además de haber reclutado 60 hombres tuvo que pedir un préstamo de 6.000 pesos a su hermana, Isabel de Bocanegra<sup>450</sup>; Bartolomé Talaverano, vecino de Ibagué, se comprometió a mediados de 1577 a llevar 60 hombres armados con sus respectivos bastimentos, además de introducir 500 vacas, 500 carneros, 1.000 ovejas, 300 cabras, 300 puercos, y 300 fanegas de maíz<sup>451</sup>; y Bernardino de Mojica Guevara, vecino y encomendero de Tunja, quien en 1591 se comprometió a gastar 10.000 pesos para el avío y bastimentos de los soldados que lo acompañarían, además de que aseguró de que en caso de que aquella cantidad no bastase, se ofrecía a gastar 20.000 o 30.000 pesos de su hacienda<sup>452</sup>.

Además de esta iniciativa individual, la guerra también se financió a partir de las obligaciones de los encomenderos y vecinos de las diferentes ciudades que podían verse afectadas por el conflicto. La defensa organizada desde la gobernación de Popayán en la década de 1580, y la llevada a cabo en los primeros años del siglo XVII entre ésta y algunas ciudades del Nuevo Reino son un ejemplo de ello.

En la primera de ellas, organizada entre 1584 y 1588, el cabildo de la ciudad de Popayán y el gobernador de aquella provincia buscaron diferentes medios para solventar los gastos que representaba la defensa de las tierras asoladas por pijaos y paeces. En enero de 1584, tras un llamado de auxilio de la ciudad de Caloto, el cabildo decidió despachar 20 soldados aviados a costa de los vecinos encomenderos<sup>453</sup>. Unos meses más tarde, en junio, un nuevo socorro fue enviado, pero esta vez se incluyó también a los demás vecinos, moradores y mercaderes no solo de Popayán sino también de Cali, quienes en conjunto enviaron a su costa a 30 soldados<sup>454</sup>. En diciembre de 1585, el cabildo payanés nuevamente reunió otros 30 soldados aviados por vecinos, encomenderos y mercaderes, además de enviar también a 130 indios amigos y otros 30 soldados

---

<sup>448</sup> Fray Pedro Simón, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXV, 333.

<sup>449</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXVI, 338.

<sup>450</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXVII, 341-342.

<sup>451</sup> “[Delitos y esclavitud de pijaos y paeces]”, en A.G.I., *Patronato*, 233, R. 1, f. 139r.

<sup>452</sup> “[Capitulaciones con Bernardino de Mojica Guevara]”, 1595, en A.G.I., *Patronato*, 164, R. 1, ff. 298v-302r.

<sup>453</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 1 de enero de 1584”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 34r-34v.

<sup>454</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 1 de junio de 1584”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, f. 38v.

levantados a costa de Cali y Almaguer, los cuales saldrían en febrero del año siguiente, pero que en realidad partieron en abril, conducidos por el capitán Lorenzo de Paz Maldonado<sup>455</sup>.

Tan solo unos días después del despacho de las tropas, se solicitó nuevamente el envío de hombres y bastimentos, pero los habitantes de las ciudades de la gobernación argumentaron que se encontraban en mucha pobreza y que no podían dar más para la guerra<sup>456</sup>. Por este motivo, a comienzos de mayo los miembros del cabildo trajeron a colación una propuesta diferente para la financiación del conflicto. Según ellos, existían reales cédulas por las cuales se autorizaba sacar y gastar dinero de la Real Caja para el castigo de rebeliones indígenas, tal como se hizo en la reducción de los nativos de la gobernación del adelantado Juan de Salinas. Por tal motivo, se proponía enviar 40 soldados aviados y pagados a costa de la Real Hacienda<sup>457</sup>. Sin embargo, los oidores de la Real Audiencia de Quito negaron esta posibilidad debido a que ese dinero debía guardarse para responder a posibles ataques de corsarios ingleses en la Mar del Sur. En su lugar, mandaron que la ciudad de San Juan de Pasto diese 15 soldados, y que los 400 pesos que se iban a usar para avío y pago de hombres se repartiesen entre las ciudades de Popayán, Cali, San Juan de Pasto, Almaguer, y Buga<sup>458</sup>. No se sabe si Pasto envió los soldados requeridos, pero sí despachó 40 puercos, 40 mantas, 100 pares de alpargatas, 10 libras de algodón y algunos pesos de oro, según se lo requirió la Audiencia<sup>459</sup>.

El conflicto continuó con intensidad, como se describió en el capítulo 1, sin obtener ningún resultado concluyente. Incluso, en noviembre de 1588, el gobernador de Popayán, Juan de Tuesta Salazar, reprendía a los encomenderos de Popayán por no tener armas y caballos para la guerra, tal y como era su obligación. Para ello, mandó a que se pregonara que todos ellos, además de los vecinos y mercaderes “quantiosos”, es decir, acaudalados, se hicieran con los pertrechos de guerra necesarios, so pena de multas y la suspensión de sus encomiendas por tiempo de dos años<sup>460</sup>.

Por su parte, la campaña de 1603 realizada en conjunto entre la gobernación de Popayán y ciudades del distrito de la Audiencia de Santa Fe, como Ibagué y Tocaima, presentó las siguientes

---

<sup>455</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 17 de diciembre de 1585”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 90r-90v.

<sup>456</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 29 de abril de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 154r-155r.

<sup>457</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 9 de mayo de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, f. 159v.

<sup>458</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 29 de abril de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 160r-160v.

<sup>459</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 21 de julio de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, f. 186r.

<sup>460</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 24 de noviembre de 1588”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 332v-333r.

características en su financiación. Al igual que la descrita anteriormente, esta campaña se financió principalmente del dinero y los bastimentos aportados por los encomenderos, vecinos, moradores y mercaderes de las ciudades, a raíz de sus obligaciones con el gobierno y la seguridad de la tierra. De este modo, el teniente general de la gobernación de Popayán, el bachiller don Rodrigo de Villalobos y Mendoza, vecino de Cartago, comenzó a visitar las diferentes ciudades de la gobernación para recolectar lo que correspondía a cada una de ellas. En Cartago, por ejemplo, reclutó 20 hombres aviados a costa de los vecinos y encomenderos de la ciudad, quienes entre todos recogieron la cantidad de 419 pesos de oro de veinte quilates, gastados en la tienda del mercader Marcos González para comprar las armas y provisiones necesarias para repartir a los soldados<sup>461</sup>. Medidas iguales fueron tomadas en Buga<sup>462</sup>, Toro (en donde se recolectaron 200 pesos de oro de veinte quilates)<sup>463</sup>, Cali, Arma, y Anserma<sup>464</sup>. Todo esto se hacía con el fin de hacer cumplir las obligaciones a los súbditos del rey y evitar tocar los dineros de la Real Hacienda<sup>465</sup>. El castigo para los encomenderos que no respondieran con su obligación era la privación de su encomienda, una multa de 50 pesos para gastos de la guerra, y dos años de destierro de la gobernación<sup>466</sup>.

La Audiencia de Santa Fe ordenó a Juan de Aguilar, corregidor de Mariquita, para que levantase dos compañías en las ciudades de Ibagué y Tocaima para atacar a los pijaos desde el lado oriental de la cordillera<sup>467</sup>. Timaná, a pesar de estar ubicada también en esta región, era parte del gobierno de Popayán. Desde allí se levantaron 30 soldados al mando del capitán Andrés del Campo, los cuales fueron aviados a costa de los propios de la ciudad y de los oficiales del cabildo<sup>468</sup>.

Vale la pena señalar que, para estas ocasiones, se expidieron autos de la Real Audiencia en los cuales, si bien recordaban la responsabilidad de los encomenderos en el gasto de la guerra, se

---

<sup>461</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en Archivo General de la Nación (A.G.N.), *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 269r-270r.

<sup>462</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 300r-304r.

<sup>463</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 305r-306r.

<sup>464</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 311r-313r.

<sup>465</sup> “[Carta del gobernador de Popayán, Vasco de Mendoza y Silva]”, 14 de abril de 1601, en A.G.I., *Quito*, 16, R.11, N.27, f. 1v.

<sup>466</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 99.

<sup>467</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 25-26.

<sup>468</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 51-55.



permitía el uso de dinero de la Real Hacienda para solventar gastos de la misma. El 14 de enero, por ejemplo, se autorizó para que se sacasen 100 pesos de veinte quilates destinados a la compra de pólvora, municiones y bastimentos<sup>469</sup>. Pocos meses después, el 8 de julio, se expidió otro auto en que se mandaba sacar 200 pesos para el mismo fin<sup>470</sup>.

En este contexto el capitán Alonso Ruiz de Sahajosa, vecino de Ibagué, realizó también un ofrecimiento para hacer la guerra bajo capitulación, para lo cual ofrecía efectuar cuatro entradas de a 40 soldados cada una y gastar en ello más de 4.000 pesos de veinte quilates, entre otras cosas. Sin embargo, parece que la oferta no fue aceptada<sup>471</sup>.

En mayo del mismo año, se recogió el dinero y los bastimentos para la compañía que saldría de Tocaima. El cabildo se comprometió a contribuir con 30 hombres, un quintal y medio de pólvora, tres arrobas de plomo, tres arrobas de cuerda, 30 mantas de algodón, 300 pares de alpargatas, 18 fanegas de maíz en harina, seis vacas de cecina en tasajos, 12 arrobas de sal, 24 caballos de avío, y diez arrobas de queso. Para cubrir el gasto generado por esto se decidió que el capitán Pedro Jaramillo de Andrada, designado para dirigir aquella compañía, aportaría una tercera parte del total, y la ciudad las partes restantes, repartidas entre los vecinos. La cobranza recaudó 168 pesos, de los cuales Jaramillo de Andrada ofreció 50, y los demás vecinos el resto en aportes de entre 2 y 4 pesos<sup>472</sup>.

En Ibagué se realizó de manera similar a Tocaima. El dinero recogido entre los vecinos encomenderos (un total de 118 pesos) estuvo destinado al alistamiento de 30 hombres con 30 arcabuces, diez rodela y diez lanzas; dos arrobas de pólvora y cuatro de plomo; cuatro arrobas de cuerda; diez sayos de armas; 30 mantas de algodón; 200 pares de alpargatas; 12 arrobas de sal; y 10 arrobas de quesos<sup>473</sup>. La derrama se repartió de la siguiente manera.

#### **REPARTICIÓN DE LA DERRAMA PARA LA GUERRA ENTRE LOS VECINOS ENCOMENDEROS DE IBAGUÉ. MAYO DE 1603.**

Nombre	Aporte (en pesos)
Capitán Francisco López Matoso	15
Capitán Rodrigo de Moscoso	9

<sup>469</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 46-48.

<sup>470</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 130-131.

<sup>471</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 75-76.

<sup>472</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 158-163.

<sup>473</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 175-176.

Capitán Alonso Ruiz de Sahajosa	15
Capitán Gaspar Rodríguez	9
Juan García de Valdés	6
Capitán Bartolomé Talaverano	4
Capitán Juan de Leuro Bocanegra	4
Sebastián de Porras	6
Hernando Lorenza	3
Juan Bautista Gómez	4
Pedro Talaverano	6
Francisco Guerra	6
Capitán Alonso Tello	6
Juan de Valderrama	2
Gaspar de Oviedo	5
Damián de Luna	2
Francisco del Pulgar	4
Sebastián de Escavias	6
Gonzalo Vásquez	2
Cristóbal Valdés	2
Rodrigo Pérez Navarro	2

**Tabla 5.**

**Fuente:** Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables. La guerra de los pijaos* (Bogotá: Prensas del Ministerio de Educación Nacional, 1949), 175-176.

Otros individuos decidían aportar mucho más, seguramente en busca de obtener favores políticos de los oficiales reales. De los 152 pesos y 1 tomín que Juan Beltrán Lasarte utilizó para la compra de diferentes bastimentos mandados a traer por el oidor Lorenzo de Terrones, 132 pesos y tres tomines y medio fueron dados por Cristóbal de San Juan, vecino de Tocaima. Lo restante fue solicitado al presidente y a los oidores de la Audiencia<sup>474</sup>.

Como puede verse hasta aquí, la financiación de la guerra contra los indígenas pijaos provenía de tres fuentes principales. La primera, de las capitulaciones realizadas entre las Audiencias y ricos vecinos y encomenderos; la segunda, de las obligaciones a que estaban sujetos los vecinos y moradores de las ciudades; y la tercera, de una muy medida ayuda de las arcas reales. Esta

<sup>474</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 192-193.

organización funcionó hasta el año de 1606, cuando el nuevo presidente de la Audiencia de Santa Fe, don Juan de Borja, asumió el liderazgo y administración de la guerra. Como se señaló en el capítulo anterior, por diferentes razones este nuevo gobierno representó un giro en el modo de hacer la guerra en el Nuevo Reino de Granada. A nivel económico, como se verá, dio paso a una intervención más directa del temprano Estado moderno español en tanto que invirtió mucho más dinero para la financiación del conflicto. Sin embargo, no debe pensarse que las formas anteriores fueron reemplazadas por completo, sino que más bien hubo una combinación con estas. La fuerza e influencia que podían ejercer los ricos vecinos y encomenderos, quienes tenían tejidas toda una serie de relaciones y clientelas políticas y comerciales, era por mucho más poderosa que la que podía ejercer un poder burocrático centralizador con un cuestionable nivel de efectividad.

En una Real Cédula fechada el 25 de abril de 1605, el rey informaba a su nuevo presidente que para el desarrollo de la guerra contra los píjaos podía “gasta[r] para esto todo lo que presçisamente fuere neçesario escusando (por los caminos justos y combinientes que pudieredes) que no se toque en mi real hacienda pero tomando della lo que no se pudiere escusar”<sup>475</sup>. Así, utilizando este documento como justificación, el presidente Borja sacó en repetidas ocasiones dinero de la Real Hacienda para las campañas militares. Cabe resaltar que para esta nueva etapa de la guerra los costos aumentaron notablemente, pues además de un mayor número de gente que marchó hacia el frente de batalla y que debían ser armados y aprovisionados (solo el grupo que acompañó al presidente en su primera salida estaba compuesto por 400 personas<sup>476</sup>), se decidió que, para fomentar la participación y la estadía de los soldados en las zonas de conflicto, se les pagaría a cada uno de ellos un salario de 100 pesos al año<sup>477</sup>. Así pues, el solo uso de los métodos tradicionales de financiamiento no daría abasto para suplir los crecidos gastos.

Aun así, el presidente procuró por otros medios no tan tradicionales evitar utilizar en lo posible los dineros de las arcas reales. Uno de ellos fue el de suspender la provisión de las encomiendas

---

<sup>475</sup> “[Reales disposiciones de gobierno a las autoridades de la Audiencia de Santa Fe]”, en A.G.I., 1572-1607, en A.G.I., *Santa Fe*, 528, L. 1, ff. 214r-215r.

<sup>476</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provinçia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 997v.

<sup>477</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provinçia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 987r.

que iban quedando vacas para que sus frutos fueran aplicados a gastos de la guerra<sup>478</sup>. También incentivó a los vecinos a realizar donaciones graciosas a la campaña. Con esta última directriz se recogieron 6.265 pesos, cinco tomines y nueve granos de oro de trece quilates de servicio gracioso para las acciones de guerra comprendidas entre 1606 y 1608 (ver Anexo 1 para la lista pormenorizada de los contribuyentes)<sup>479</sup>. Por último, propuso al rey cobrar una composición a las personas que hubieran pasado sin licencia a Indias, pero esta opción fue rechazada por el monarca<sup>480</sup>.

Varios soldados y capitanes que participaron en la guerra afirmaron también que el presidente Borja había hecho todo lo posible para no cargar de gastos adicionales a la Real Hacienda. Para ello tomó medidas como pagar un salario básico tanto a los soldados rasos, que “ha sido el más menudo que en todas estas partes se gana”, como a todos los capitanes y oficiales, a quienes muchas veces ni siquiera se les pagaba o lo cobraban. Tampoco se pagaron sueldos a los llamados “ministros forçosos”, a saber, veedores, proveedores, tenedores de bastimentos, y comisarios de la guerra, quienes ejercieron sus oficios graciosamente con la esperanza de ser premiados por sus servicios. Según el mismo presidente, tampoco se incurrió en gastos de oficiales menores de primera plana, ni de envío de correos<sup>481</sup>.

De todas formas, y a pesar de los diferentes arbitrios, la cantidad de dinero que debió de extraerse de la Real Hacienda debió de haber sido considerable. Sin embargo, en torno al número exacto de oro utilizado de esta fuente hay diferentes testimonios que traen afirmaciones disímiles. Según el mismo Borja en una carta al rey del 12 de junio de 1611, en los últimos seis años se había sacado de la Real Caja la cantidad de 18.167 pesos de veinte quilates<sup>482</sup>. Por su parte, el contador de la Real Audiencia, don Diego Arias Forero, envió una certificación hecha el 21 de junio de 1608, en la que afirmaba que los gastos de la guerra hasta la fecha ascendían a 14.408 pesos, siete

---

<sup>478</sup> “[Reales disposiciones de gobierno a las autoridades de la Audiencia de Santa Fe]”, en A.G.I., 1572-1607, *Santa Fe*, 528, L. 1, f. 256r; “Don Juan de Borja informa sobre la guerra contra los indios Pijao [25 de mayo de 1610]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 481

<sup>479</sup> “Cuenta de Juan de Valladolid proveedor y pagador que fue de la guerra contra los yndios llamados pejaos, desde 1º de julio de 1606 hasta 23 de diciembre de 1608”, 1606-1608, en A.G.I., *Contaduría*, 1306, ff. 2-7.

<sup>480</sup> “[Reales disposiciones de gobierno a las autoridades de la Audiencia de Santa Fe]”, en A.G.I., 1572-1607, *Santa Fe*, 528, L. 1, f. 256r.

<sup>481</sup> “Carta de Don Juan de Borja sobre el estado de la guerra contra los indios Pijao [12 de junio de 1611]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 491-493; “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, f. 1014r

<sup>482</sup> “Carta de Don Juan de Borja sobre el estado de la guerra contra los indios Pijao [12 de junio de 1611]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 492-493.

tomines y tres granos de veintidós quilates y medio, de los cuales 12.202 pesos, cuatro tomines y cuatro granos habían sido recibidos de la Real Hacienda<sup>483</sup>. El licenciado don Álvaro de Zambrano, quien en 1609 estaba realizando una visita a la Real Audiencia de Santa Fe, denunció que los gastos del dinero del rey eran excesivos y que ascendían a los 48.398 pesos, cuatro tomines y cuatro granos de oro de 13 quilates, cifra que sería confirmada días después por el mismo contador Arias Forero<sup>484</sup>.

Según el historiador Manuel Lucena Salmoral, quien revisó cuidadosamente estas cuentas, el presidente Borja efectivamente había extraído más de 48.000 pesos de la Real Hacienda hasta el año de 1610, pero estima que gracias a que de algún modo pudo recuperar este déficit para 1611, la guerra terminó por costar, efectivamente, los 18.167 pesos de oro de veinte quilates mencionados por Borja<sup>485</sup>. Esto significaría una participación multitudinaria de dineros de particulares que habrían aportado para cubrir la deuda al fisco real, habiendo pagado de esta forma aproximadamente el 62.5% del costo total de la guerra<sup>486</sup>. Si se considera que solo lo pagado por el sueldo y el avío de algunos de los soldados entre 1606 y 1608 sumaba 13.056 pesos, tres tomines y ocho granos, los cálculos y la hipótesis de Lucena Salmoral parecen verosímiles<sup>487</sup>.

La participación de dineros privados se siguió dando por medio de los mecanismos tradicionales que se habían venido practicando hasta el momento. Por ejemplo, el presidente Borja realizó una capitulación con Pedro de Velasco y Zúñiga<sup>488</sup>, “el hombre mas rico que ay en la governacion de Popayan”, según palabras del mismo Borja, quien a cambio del gobierno de Timaná por seis años, debía de asistir durante todo el tiempo que durase la guerra con 100 hombres y 200 indios amigos levantados a su costa para apoyar a la presión militar desde el sur del territorio pijao<sup>489</sup>.

---

<sup>483</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 242. El documento original está ubicado en A.G.I., *Santa Fe*, 52, núm. 28, pero lastimosamente no pudo ser consultado directamente.

<sup>484</sup> “Consulta que haze a Vuestra Magestad el licenciado Alvaro de Zambrano visitador de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada”, 20 de noviembre de 1609, en AGI, *Santa Fe*, 191, N. 13, ff. 12v-13v; Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 243.

<sup>485</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 243.

<sup>486</sup> Según el mismo visitador Álvaro de Zambrano, el oro aportado por los vecinos pasaba de la cantidad de 100.000 pesos. “Consulta que haze a Vuestra Magestad el licenciado Alvaro de Zambrano visitador de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada”, 20 de noviembre de 1609, en AGI, *Santa Fe*, 191, N. 13, f. 12r.

<sup>487</sup> “Cuenta de Juan de Valladolid”, 1606-1608, en A.G.I., *Contaduría*, 1306, ff. 22-32

<sup>488</sup> Ver capítulo 1, nota al pie 321, para más información sobre Pedro de Velasco y Zúñiga.

<sup>489</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff.987r, 1004r; “Carta de Don

Por otra parte, los vecinos y encomenderos continuaron cargando con la mayor parte del gasto del conflicto acorde a sus obligaciones al servicio del rey, pues de no hacerlo incurrirían en la suspensión de sus encomiendas<sup>490</sup>. Cabe resaltar además que no solo los encomenderos de las ciudades de frontera amenazadas directamente fueron obligados a participar, sino también los de otras poblaciones, como por ejemplo Pasto o Tunja, quien en junio de 1606 remitió hombres, bastimentos y dinero para el inicio de la guerra<sup>491</sup>.

Muchas otras personas, como algunos capitanes aventureros, fueron a la guerra llevando hombres y bastimentos a su propia costa. Según algunos documentos, esto lo hicieron animados por el hecho de ver al presidente marchando personalmente a la guerra<sup>492</sup>, pero lo cierto es que debieron de haberlo hecho en busca de algún beneficio por parte de las autoridades o con el fin de obtener botines como la captura de esclavos que luego podrían vender<sup>493</sup>. Así lo hicieron, por ejemplo, don Hernando Pérez de Vargas y Cañizares, vecino de Santa Fe, quien en dos ocasiones entró a la guerra a su propia costa<sup>494</sup>; el capitán Alonso Ruiz de Sahajosa, vecino de Ibagué, quien además de haber levantado algunos soldados, hizo rozas de maíz para alimentar a los soldados de los fuertes<sup>495</sup>; Juan Bautista de los Reyes, capitán que condujo consigo diez esclavos negros de su propiedad y ocho españoles como soldados, todos proveídos de lo necesario a su costa; o el propio gobernador de Popayán, Francisco Sarmiento de Sotomayor, quien en una carta al rey informaba que en lo que iba de la guerra había despachado a más de mil hombres aprovisionándolos y armándolos de su hacienda<sup>496</sup>. En otros documentos se informa también que se debieron pedir préstamos a mercaderes pudientes, como los de Cali, para solventar los costos<sup>497</sup>.

---

Juan de Borja sobre el estado de la guerra contra los indios Pijao [12 de junio de 1611]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 490.

<sup>490</sup> “Auto en razon de los perjuicios que en la guerra causa de que los soldados que entran a ella lleven cargados los bastimentos y otras cosas”, 1606-1610, en A.G.N., *Caciques e Indios*, t. 48 Bis, doc. 15, ff. 909r-909v.

<sup>491</sup> “Auto en razon de los perjuicios que en la guerra causa de que los soldados que entran a ella lleven cargados los bastimentos y otras cosas”, 1606-1610, en A.G.N., *Caciques e Indios*, t. 48 Bis, doc. 15, ff. 923r-925r.

<sup>492</sup> “Autos y diligencias hechas...”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, ff. 1023v, 1026v-1027r, 1041r; “Don Juan de Borja informa sobre la guerra contra los indios Pijao [25 de mayo de 1610]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo IV, 476

<sup>493</sup> Ver el capítulo 1 y las justificaciones y motivos del bando hispánico para hacer la guerra.

<sup>494</sup> “Don Hernando Perez de Vargas vecino desta ciudad. Provança de officio de sus servicios”, 1624, en A.G.N., *Historia Civil*, t. 12, doc. 8, ff. 706r-717r.

<sup>495</sup> “[Información sobre los servicios militares de Alonso Ruiz de Sahajosa, en la conquista de Coyaimas y Pijaos]”, 1580-1621, en A.G.N., *Historia Civil*, t. 17, doc. 6, ff. 210v, 211r.

<sup>496</sup> “[Carta de Francisco Sarmiento de Sotomayor, gobernador de Popayán, a S.M.]”, 1 de mayo de 1611, en A.G.I., *Quito*, 16, R. 12, N. 43, f. 1r.

<sup>497</sup> “[Carta de Pedro Lasso de la Guerra]”, 15 de abril de 1606, A.G.I., *Quito*, 29, N. 5, f. 1r.

De esta forma, durante la segunda etapa de la guerra, la financiación de la misma se llevó a cabo de una manera conjugada entre una participación económica mayoritariamente de particulares, quienes acudían por obligación o en busca de recompensas, y un aporte oficial extraído de la Real Hacienda de la Corona, que por primera vez interfirió de una forma más directa y poniendo a disposición una cantidad de recursos que, si bien no superaban los dineros privados, sí marcaba una enorme diferencia con los que había ofrecido en años y campañas anteriores.

### **2.5.2. ORGANIZACIÓN Y RECLUTAMIENTO DE LAS TROPAS**

Ya se ha analizado de dónde se sacaba el dinero para financiar la guerra, en especial para el avío y bastimento de los soldados que iban a ella. Ahora se ahondará en quiénes eran precisamente estos hombres que marchaban a las fronteras donde se realizaban las entradas, cómo eran reclutados, y de qué manera se organizaban a nivel interno en las compañías.

Sobre las personas que componían las primeras expediciones al territorio de los pijaos no se cuenta con mucha información al respecto. Los documentos y crónicas solo hablan del número en general de soldados “levantados” por los capitanes que obtenían autorización de la Real Audiencia para visitar las ciudades de su jurisdicción y reclutar hombres a los que les ofrecían como recompensa el botín arrebatado a los indígenas, pero más importante aún, títulos de encomiendas y cargos públicos en las nuevas tierras colonizadas. Lo poco que se sabe, según se puede concluir de las investigaciones de Germán Colmenares, era que la mayoría de estos hombres venían de expediciones de conquista de años anteriores de las cuales no habían podido sacar mucho provecho. En especial hubo un flujo de aventureros venidos del Perú tras la finalización de las guerras civiles de aquellas tierras en 1548, pero también los había de las tropas que habían compuesto las comitivas de Sebastián de Belalcázar, Gonzalo Jiménez de Quesada, Jerónimo de Lebrón, o el presidente Lope Díez de Armendáriz. Incluso los oficiales de la Real Audiencia propiciaron la organización de nuevas jornadas para “desaguar” el Nuevo Reino de la enorme cantidad de hombres desocupados que no habían podido hacer fortuna<sup>498</sup>.

La misma relativa escasez de información ocurre en los documentos relativos a las campañas realizadas durante el siglo XVI por capitulaciones con privados. Por lo general los documentos

---

<sup>498</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social*, 24-25.

que más tratan el desarrollo de estas jornadas son las relaciones de méritos y servicios que hacen los capitanes algunos años después para solicitar favores al rey por las acciones realizadas. Sin embargo, en ellas solo se mencionan a los principales oficiales que hicieron parte de las expediciones, como algunos maeses de campo o sargentos, pero no hay información detallada sobre el grueso de las tropas que componían las compañías. Aun así, debido al mismo carácter de estas capitulaciones, no muy diferentes a las pactadas a mediados de siglo con los oficiales reales, puede deducirse que la mayoría de los soldados eran también viejos conquistadores y blancos empobrecidos en busca de nuevas oportunidades, así como mestizos tratando de posicionarse socialmente por medio de las recompensas que podían obtener.

No es sino hasta la década de 1580 que se encuentran fuentes documentales más detalladas con respecto a la identificación particularizada de los soldados que fueron a la guerra. Aun así, hay que aclarar que la mayoría de estos hombres no participaban ya en los enfrentamientos por medio de capitulaciones de particulares, sino que lo hacían porque eran enviados desde los diferentes centros poblados en busca de asegurar la defensa de los términos de los mismos.

Como ya se mencionó, la obligación que tenían los vecinos encomenderos para el servicio del rey no era únicamente de dar dinero para las campañas militares, sino también de ir personalmente a la guerra, o por lo menos, mandar soldados equipados a su costa cuando existiera una amenaza latente. Así se hizo en la gobernación de Popayán a mediados de la década de 1580. El 30 de enero de 1586, el cabildo de la ciudad de Popayán delegó a Alonso de Paz y a Bartolomé de Godoy, regidor y alcalde ordinario respectivamente, como encargados de levantar 30 soldados que irían a la guerra a costa de los vecinos encomenderos y de algunos mercaderes, vecinos, y mineros que tuvieran el dinero suficiente para ello<sup>499</sup>. Entre los primeros ninguno se ofreció a ir personalmente, pero se encargaron de entregar 15 soldados a su nombre y pagados por ellos<sup>500</sup>. El resto fue elegido de la siguiente manera. Realizando grupos de entre dos a seis hombres, debían echar suertes para ver quién de ellos iría a la guerra, o entre todos pagar un soldado que fuera en su representación<sup>501</sup>. A pesar de que en las actas del cabildo no se realiza una lista o reseña detallada de los hombres finalmente elegidos, se sabe que tenían por costumbre implementar para ello soldados desocupados que hubiera en la ciudad<sup>502</sup>. Además, el grupo debió

---

<sup>499</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 30 de enero de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 115r-115v.

<sup>500</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 30 de enero de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 115r-116r.

<sup>501</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 30 de enero de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, ff. 116v-120r.

<sup>502</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 1 de enero de 1584”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, f. 35v



haber sido bastante variopinto étnicamente, pues según una carta del gobernador Juan de Tuesta Salazar escrita el 28 de julio de 1586, en donde narraba los sucesos de la guerra, describe que un grupo de soldados se había amotinado en contra de sus capitanes. Sobre ellos da algunos nombres y datos que permiten conocer un poco sobre sus características. Menciona a un Pedro Rengifo, casado en Popayán; Diego Gal, soldado de los de Cali; Juan, escribano; un tal Vergara; Hernando Alonso, Marcos de Berna; Antón de Godoy, mulato; Juan Martín, mulato; Pedro de Navas; Pedro Moreno (mulato); un tal Rojas, mestizo; y Pedro de Toro, mestizo<sup>503</sup>.

Para la campaña llevada a cabo en conjunto entre la gobernación de Popayán y la Real Audiencia de Santa Fe en 1603, se cuenta con más abundancia de datos y descripciones. Según los registros llevados a cabo por el licenciado don Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación, y encargado por el gobernador don Vasco de Mendoza y Silva de todas las actividades relativas al reclutamiento y avío de hombres en la gobernación, los soldados que fueron a la guerra desde la jurisdicción de su gobernación, fueron los siguientes.

#### **SOLDADOS ENVIADOS DESDE LA GOBERNACIÓN DE POPAYÁN PARA LA CAMPAÑA DE 1603.**

<b>Nombre</b>	<b>Información</b>
Sebastián de Gracia	Ofrecido, pagado y aviado por el tesorero Lucas Solís
Francisco Hernández	
Juan Ramos	
Alonso Gómez	
Juan de Aguilar	
Miguel David	
Francisco Vélez	
Juan de Mora Hinestroza	
Gaspar Guzmán	Mulato, criado del sargento Francisco Ruiz de Zurita
Hernando Ramos	
Andrés Hernández	
Domingo Maldonado	Mulato
Don Pedro Mamaca	Cacique de Roldanillo
Antón Guayacán	
Pedro del Pozo	

<sup>503</sup> “Acta del cabildo de Popayán del 24 de julio de 1586”, en A.C.C., *Cabildo*, Libros de Belalcázar, f. 190v.

David	
Diego de Alameda	Capitán
Juan Martín	
Cacique de Tacurunbiau	Indio
Juan Martínez	
Juan Mateo de Moreta	
Bartolomé de la Yuste	
Gabriel de Morales	
Alonso de Barreda	
Francisco Marín	
Juan de Villanueva	
Alonso Marín	
Martín de la Feria	
Don Francisco Daza	
Don Cristóbal	Cacique de Bao y Chinchiná
Juan Jiménez	
Don Gaspar de Fuenmayor	Teniente y capitán
Diego de Bocanegra	Capitán y cabo de la compañía de Gaspar de Fuenmayor
<b>TOTAL SOLDADOS:</b>	<b>33</b>

**Tabla 6.**

**Fuente:** “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en Archivo General de la Nación (A.G.N), *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 269r-289r.

Los datos por parte de la jurisdicción de la Audiencia de Santa Fe son incluso más exactos, aportando, además de los nombres de los soldados, su equipamiento, cargo, etnia, procedencia, edad, y estado.

**COMPAÑÍA DE LA GENTE DE IBAGUÉ QUE PRESENTÓ EL CAPITÁN GASPAR RODRÍGUEZ DEL OLMO. 29 DE JUNIO DE 1603**

Nombre	Cargo / Información	Armas	Edad (años)	Procedencia	Estado
Gaspar Rodríguez del Olmo	Capitán	Espada y arcabuz	40		
Francisco Vicario	Alférez de la compañía	Espada y arcabuz	25	Ibagué	Soltero
Cristóbal de Valderrama	Sargento	Espada y arcabuz	25	Ibagué	Soltero

Alonso Cobo		Espada y arcabuz	40	Ibagué	Soltero
Juan de Mosquera		Espada y arcabuz	40	Ibagué	Casado
Diego Ortiz		Espada y arcabuz	24	Vélez	Casado
Alonso Vicario		Espada y arcabuz	23	Ibagué	Soltero
Francisco Galeano		Espada y arcabuz	22	Ibagué	Soltero
Pedro de Valderrama		Espada y arcabuz	23	Ibagué	Soltero
Alonso Arias		Espada y arcabuz	23	Santa Fe	Soltero
Juan Lozano		Espada y arcabuz	30	Ibagué	Soltero
Cristóbal de León		Espada y arcabuz	29	Ibagué	Casado
Blas Cobo		Espada y lanza	18	Ibagué	Soltero
Juan Galeano		Lanza y rodela	25	Ibagué	Soltero
Sebastián de Riveros		Espada y lanza	36	Portugués	
Miguel de la Peña		Espada y arcabuz	58	Ibagué	Casado
Bartolomé de la Peña		Espada y arcabuz	22	Ibagué	Soltero
Bartolomé Rodríguez		Espada y rodela	18	Ibagué	
Domingo de Argutia		Lanza y rodela	18	Ibagué	Soltero
Diego Cobo Barrera		Espada y rodela	17	Ibagué	
Sebastián González		Espada y arcabuz	30	Ibagué	Casado
José Temiño	Indio	Espada y rodela	18	Indio criollo	Soltero
Juan Velásquez		Espada y arcabuz	25	Almagro	Soltero
Juan Pacheco		Espada y arcabuz	50		Casado
Pedro de Almansa		Espada y lanza	18	Mariquita	Soltero
Pedro Talaverano	Alcalde de la Hermandad	Espada y arcabuz	23	Ibagué	Soltero
Juan Gutiérrez		Espada y arcabuz	23	Andújar	Soltero
Juan de Escobar		Espada y arcabuz	18	Timaná	Soltero
Pedro Lozano		Espada y rodela	30	Ibagué	Soltero
Juan Pardo		Espada y arcabuz	31	Santa Fe	Soltero
Melchor de Escobedo		Espada y rodela	46	Tocaima	Soltero
Andrés Vásquez		Espada y rodela	19	Tunja	Casado
Francisco Guerra		Espada y arcabuz	20	Ibagué	
Andrés de Godoy	Mulato	Espada y rodela	35	Ibagué	Casado

**TOTAL SOLDADOS:**

**34**

**Tabla 7.**

**Fuente:** Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables. La guerra de los pijaos* (Bogotá: Archivo Nacional de Colombia, 1949), 199-201.

**COMPAÑÍA DE LA GENTE DE TOCAIMA QUE PRESENTÓ EL CAPITÁN PEDRO JARAMILLO DE ANDRADA. 29 DE JUNIO DE 1603**

<b>Nombre</b>	<b>Cargo / Información</b>	<b>Armas</b>	<b>Edad (años)</b>	<b>Procedencia</b>	<b>Estado</b>
Pedro Jaramillo de Andrada	Capitán		60		
Francisco de Reyes	Alférez		-	Cabañuelas	Soltero
Jerónimo de Heredia	Sargento		30	Sigüenza	Soltero
Hernando Díaz		Espada y arcabuz	30	Cartago	Casado
Juan Ortiz		Espada y arcabuz	20	Vélez	Casado
Lorenzo Ramos		Espada y arcabuz	21	Cartago	Soltero
Juan de Rivera	Mulato	Espada y rodela	20	Tocaima	Casado
Domingo Castilla	Mulato	Espada y arcabuz	30	Ibagué	Soltero
Pedro Castilla	Mulato	Espada y rodela	40	Tocaima	Soltero
Sebastián Báez		Espada y rodela	40	Tocaima	Soltero
Mateo Rodríguez		Espada y rodela	35	San Sebastián de La Plata	Casado
Antonio de Castiblanco		Espada	40	La Palma	Casado
Martín Rodríguez		Espada y rodela	40	Venezuela	
Sebastián de Porras		Espada y rodela	55	Tocaima	Casado
Mateo Merino		Rodela y lanza	18	Málaga	
Diego de la Gasca		Espada y arcabuz	20	Tocaima	
Baltazar Rodríguez		Espada y rodela	25	Mariquita	Casado
Pedro Rodríguez de Meneses		Espada y arcabuz	34	Zamora	Casado
Francisco de Mendoza		Espada y arcabuz	20	Mariquita	Casado
Juan de Alejos		Espada	25	Pamplona	Casado
Juan de Castiblanco		Espada	19	La Palma	Soltero
Juan Durán		Rodela	22	Cartagena	Soltero
Juan Vásquez		Espada	25	Tocaima	Soltero
Cristóbal de Campos	Mulato	Rodela y lanza	18	Tocaima	Soltero
Antonio de Meneses	Mulato	Espada	19	Ibagué	Soltero
Manuel Hernández		Rodela y chuzo	17	Vitoria	Soltero

Diego de Pernia	Arcabuz	33	Mérida	Soltero
Juan Marín	Arcabuz	26	Toledo	Soltero
Diego de Cervera	Espada y arcabuz	33	Vitoria	Casado
Antonio de Vargas	Espada	18	Sevilla	Soltero
<b>TOTAL SOLDADOS:</b>		<b>30</b>		

**Tabla 8.**

**Fuente:** Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables. La guerra de los pijao* (Bogotá: Archivo Nacional de Colombia, 1949), 201-203.

Al analizar esta información puede hacerse una descripción, reconstrucción y análisis más detallado de la composición social de los ejércitos. Sin embargo, debe tomarse consciencia de que lo más seguro es que las fuentes estén incompletas o no traten, por diversos motivos, de todos los hombres que realmente fueron a la guerra, en especial de soldados que no fueran blancos españoles, fenómeno generado por los prejuicios existentes en la época.

En primer lugar, se muestra que el tamaño promedio de las compañías que salían desde las diferentes ciudades rondaba los 30 hombres, más o menos. Este aspecto contrasta bastante con la usanza en Europa por la misma época, en donde las compañías se organizaban en su gran mayoría de a 300 infantes, las cuales a su vez se componían de doce escuadras de a 25 soldados cada una<sup>504</sup>. En otras palabras, parece que la compañía neogranadina y payanesa correspondía más a una escuadra según los autores militares de la época<sup>505</sup>. Sin embargo, la organización de cargos al interior del cuerpo militar sí se asemejaba bastante con su contraparte europea. Así, cada compañía estaba a cargo de un capitán que la gobernaba, quien a su vez designaba a un alférez que tenía a su cargo la bandera o pendón real, y a un sargento para poner a los soldados en orden. Si por algún motivo el grupo debía dividirse más, se nombraban cabos de escuadra, también llamados coloquialmente caudillos<sup>506</sup>.

En cuanto a la procedencia de los soldados, es evidente que la mayoría de ellos eran nacidos en Indias, sobre todo en ciudades cercanas al conflicto o en jurisdicción de la Audiencia de Santa Fe. En la compañía de Ibagué, 21 de los 34 soldados fueron nacidos en aquella ciudad, mientras

<sup>504</sup> Bernardino de Escalante, *Diálogos del Arte Militar*, f. 29v.

<sup>505</sup> De todas formas, según pareceres de la época, como el del capitán Bernardo de Vargas Machuca, una compañía de 50 soldados era número suficiente como lo eran 200 en Italia. Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 36.

<sup>506</sup> Bernardino de Escalante, *Diálogos del Arte Militar*, f. 29v; Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 251-256, 261-262.

que tan solo tres o cuatro eran provenientes de la Península Ibérica. En la compañía de Tocaima había un poco más de europeos, pero los nacidos en América seguían siendo predominantes.

A pesar de que no se cuenta con la información sobre la etnia o raza de cada uno de los soldados, es fácil deducir que se trataba mayoritariamente de mestizos y mulatos debido al alto porcentaje de mestizaje que para esos años había ya en el Nuevo Reino y Popayán. Tanto era así que se llegaron a nombrar caudillos (cabos) mulatos, como Juan Armero, durante el desarrollo de la jornada<sup>507</sup>. Esta información se confirmará, como ya se verá, cuando se trate de los soldados de la campaña dirigida por el presidente don Juan de Borja. Además de esto, resalta el hecho de que la mayoría estaban en un rango de edad entre los 17 a los 25 años, o por encima de los 40 (el promedio de edad total es de aproximadamente 28 años). Esto puede deberse a un intento por combinar la veteranía y experiencia de soldados baquianos que ya tenían experiencia en este tipo de jornadas<sup>508</sup>, con hombres jóvenes que pudieran aceptar órdenes y ser disciplinados de manera más fácil, pues no contaban con tantos resabios.

Si bien no se asienta de manera explícita en los documentos, parece que estos soldados servían a sueldo pagado por los vecinos y encomenderos de diferentes ciudades. Así, por ejemplo, en la campaña organizada desde Popayán en 1606, algunos vecinos de Cartago pagaban y aviaban a soldados para que fueran en su representación; incluso mandaban algunos de sus familiares, como el caso del capitán Marcos de la Yuste, quien ofreció como soldado a Francisco Arcos, su cuñado, o de Juan Martín, quien dispuso para ello a su hijo, del mismo nombre<sup>509</sup>. Sin embargo, no faltaron también los encomenderos y vecinos que ofrecían sus personas, aviadas a su costa, para ir personalmente a la guerra. Para esta misma campaña se ofrecieron a ir las siguientes personas de las ciudades de Buga y Cartago:

**ENCOMENDEROS Y PERSONAS DE BUGA Y CARTAGO QUE SE OFRECIERON  
PARA IR A LA GUERRA. SEPTIEMBRE DE 1606.**

Nombre	Información y vecindad
Gregorio de Astigarreta y Avendaño	Vecino y encomendero de Buga
Capitán Lázaro Cobo	Encomendero de Buga
Mateo de Lemos	Alcalde ordinario de Buga

<sup>507</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 256.

<sup>508</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 36-37.

<sup>509</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, f. 313v.

Capitán Luis Velásquez Rengifo	Vecino y encomendero de Buga
Diego Velásquez	Vecino de Buga. Hijo del anterior
Gonzalo de Valenzuela	Vecino de Buga
Diego de Arenas	Vecino de Buga
Juan Núñez Allani	Vecino de Buga
Francisco Hernández del Barco	Escribano público y de cabildo de Buga
Juan de Ayala	Alférez Real de Buga
Capitán Andrés de la Cruz	Vecino de Buga
Don Rodrigo de Villalobos de Mendoza	Vecino de Cartago. Teniente general de la gobernación de Popayán.
Diego de Alameda	Vecino de Cartago
Melchor de Salazar	Vecino de Cartago

**Tabla 9.**

**Fuente:** “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en Archivo General de la Nación (A.G.N), *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 300r-304r, 307v-310v.

Como ya se mencionó, la cantidad de soldados que asistió a la guerra durante la campaña dirigida por el presidente don Juan de Borja fue mucho mayor que la de cualquier otra acción bélica que se hubiera intentado antes en las jurisdicciones de la Real Audiencia de Santa Fe y la gobernación de Popayán. Fue en este período que el término “ejército” realmente llegó a corresponder con una realidad tangible, no solo por la cantidad de soldados movilizados (como se dijo, solo del Nuevo Reino salieron 400 hombres), sino por todo el ceremonial que lo acompañaba. Además de la toca de cajas (tambores) y trompetas<sup>510</sup>, el presidente mandó a hacer un nuevo pendón con las armas del rey, hecho en damasco carmesí, y bordado de oro y seda traídas de Milán, que costó nada menos que 80 pesos<sup>511</sup>.

Si bien quienes comandaban esta gran comitiva eran prestigiosos personajes de la élite neogranadina, como fray Pedro Leonardo, vicario del arzobispo, Domingo de Erazo, gobernador de Muzo y Colimas, don Francisco Maldonado de Mendoza, o Antonio de Olalla, el grueso de ella estaba compuesto, como en ocasiones anteriores, por una mezcla de blancos empobrecidos, mestizos, indios, y mulatos. Sin embargo, el tratamiento a los hombres por su

<sup>510</sup> “Cuenta de Juan de Valladolid”, 1606-1608, en A.G.I., Contaduría, 1306, f. 23.

<sup>511</sup> “Cuenta de Juan de Valladolid”, 1606-1608, en A.G.I., Contaduría, 1306, f. 88.

origen étnico no solo se reflejaba en el trato que recibían, sino incluso en el salario que les pagaban. Así, mientras que los soldados blanco-españoles ganaban 12 pesos de oro al mes por sus servicios, los demás hombres pertenecientes a otras razas, obtenían solo 8 pesos por el mismo trabajo<sup>512</sup>. No obstante, llegó a existir una compañía entera de mulatos y mestizos que contaba con su correspondiente capitán, alférez y sargento, la cual fue levantada por mandato del presidente Borja en Santa Fe en julio de 1607, y que servía voluntariamente sin sueldo<sup>513</sup>. Seguramente su recompensa estaría en los pijaos que pudieran capturar para vender como esclavos, o en los favores y beneficios que podían obtener una vez terminada la guerra, como el caso de Sebastián González, mulato vecino de Tocaima, quien por haber servido en esta campaña, solicitaba para el año de 1640 la relevación del pago de tributos para sí y sus descendientes<sup>514</sup>.

Había también otros hombres que ganaban un salario diferente por su trabajo en otras ramas del ejército apartes de la soldadesca. El licenciado Álvaro de Auñón, español graduado de medicina en la universidad de Alcalá<sup>515</sup>, y considerado persona de mucha “ciencia, pratica y experiencia”, recibía un salario de 60 pesos al mes<sup>516</sup>. Por su parte, su ayudante, el cirujano Francisco Pianeta, recibía tan solo 8 pesos al mes<sup>517</sup>. También se cuenta con información de Francisco de Castro, nombrado armero mayor del ejército, quien por el tiempo en que se ocupó trabajando en el fuerte de San Lorenzo en el aderezo de las armas recibió 50 pesos<sup>518</sup>.

Lo que puede concluirse de la forma de organización del ejército y la gente de guerra en el margen de este conflicto es que se trató por encima de todo de unos grupos compuestos por una multitud de hombres pertenecientes a todas las etnias que habitaban el territorio, y que se organizaban en torno a unos capitanes y oficiales elegidos por las autoridades por su experiencia bélica o sus posibilidades de contribución económica a la guerra. Se evidencia que su participación se debía

---

<sup>512</sup> “Cuenta de Juan de Valladolid”, 1606-1608, en A.G.I., *Contaduría*, 1306, ff. 22-32

<sup>513</sup> Por la documentación, solo se sabe que el alférez de la compañía era Miguel de Angulo. “Cuenta de Juan de Valladolid”, 1606-1608, en A.G.I., *Contaduría*, 1306, ff. 27, 31; “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 1002r.

<sup>514</sup> “[Sebastián González, mulato, vecino de Tocaima, su solicitud de relevación del pago de tributos para sí y sus descendientes, en razón de sus servicios militares en la campaña contra los pijaos]”, 1640, en A.G.N., *Tributos*, t. 20, doc. 9, ff. 259r-275v.

<sup>515</sup> Juan Flórez de Ocariz, *Genealogías del Nuevo Reino*, árbol XXIV, 4, 358.

<sup>516</sup> “Cuenta de Juan de Valladolid”, 1606-1608, en A.G.I., *Contaduría*, 1306, ff. 29-30.

<sup>517</sup> “Cuenta de Juan de Valladolid”, 1606-1608, en A.G.I., *Contaduría*, 1306, ff. 25, 26, 30-31.

<sup>518</sup> “Cuenta de Juan de Valladolid”, 1606-1608, en A.G.I., *Contaduría*, 1306, f. 28.



tanto al cumplimiento de obligaciones al servicio del rey, como por la esperanza de la obtención de beneficios económicos y sociales.

Es importante resaltar aquí, sobre todo en el período de la campaña de Borja, la proliferación del oficio de soldado con base en el pago de un salario remitido desde las arcas reales. Esto parece indicar un quiebre con las formas tradicionales de guerra, en tanto que promueve la creación de un grupo social diferenciado al de la vida civil, cuyo oficio es únicamente el ejercicio de la guerra, ya no como actividad ocasional, sino como una forma de ganarse la vida. Es evidente que no puede compararse en magnitud con la soldadesca profesional de los tercios españoles en lugares como Italia o los Países Bajos, pero sí es un cambio significativo si se compara con el fenómeno a nivel regional en años anteriores. Además, el hecho de que este oficio pudiera ser ejercido por cualquier tipo de persona, fuera blanco, mestizo, mulato o indígena, contribuía a la formación del ya mencionado “sentimiento protonacional”, es decir, una sensación de filiación de los diferentes individuos de la sociedad a un conjunto político y social, en este caso, el Imperio español, representado en la figura del servicio al rey<sup>519</sup>. La manifestación de este “sentimiento” se refleja sobre todo en la participación y ayuda de ciudades y hombres que poco o nada tenían que ver con la zona de conflicto. La idea de la pertenencia a un organismo mayor estaba siempre vigente, tal como se lo recordaron los vecinos de Ibagué a los habitantes de Santa Agüeda, Mariquita, y Cartagena, a quienes ellos anteriormente habían ido a ayudar, y que ahora solicitaban su socorro a cambio<sup>520</sup>.

---

<sup>519</sup> José Antonio Maravall, “Ejército y Estado”, 33-34, 39.

<sup>520</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 85-89.



**Imagen 6. Reconstrucción de un arcabucero mestizo recargando su arma (finales del siglo XVI - comienzos del XVII), realizada a partir de fuentes documentales, pictóricas y piezas de museo.**

1. Sombrero “del Reino”.
2. Jubón de paño y camisa de lienzo.
3. Arcabuz de mecha.
4. Correa con frascos que contenían pólvora, conocidos popularmente como “doce apóstoles”.
5. Espada de lazo.
6. Alpargatas.

### CAPÍTULO 3.

#### CULTURA MATERIAL Y VIDA COTIDIANA EN LA GUERRA CONTRA LOS INDÍGENAS PIJAOS

Dentro de muchas corrientes historiográficas el interés por el estudio de la cultura material y la vida cotidiana ha sido relegado a un segundo plano, siendo visto no más que como una curiosidad o un anexo al estudio de las estructuras y dinámicas sociales, culturales y económicas. Pareciese que los historiadores, dejándose absorber por la búsqueda de leyes y mecanismos de funcionamiento, ceden repetidamente a una abstracción excesiva, sin realizar un intento por conocer y comprender la condición material de los hombres inmersos dentro de aquellos engranajes. Es por esto que muchas veces este tipo de trabajos han sido abandonados a los eruditos anticuarios o historiadores no profesionales, quienes, a pesar de haber hecho en ocasiones trabajos bastante bien logrados, no cuentan con las herramientas metodológicas enseñadas en un ambiente académico universitario. La investigación en este campo busca introducir al hombre en la historia a través del estudio de su vida material y cotidiana, permitiendo no solo comprender el pasado desde su nivel más “básico” o tangible, buscando lo que podría llamarse una mayor sensibilidad histórica (tan olvidada por algunos académicos), sino que permite entender y observar las causas y consecuencias de procesos estructurales en el nivel de la cotidianidad y la materialidad<sup>521</sup>.

En el caso que se analiza en este trabajo, lo que se busca con la inclusión de estos niveles de investigación es analizar los efectos que el desarrollo bélico y las técnicas de administración del temprano Estado moderno tuvo en la materialidad y la vida diaria de los hombres que lucharon en esta guerra. La intención es analizar, hasta donde sea posible, el funcionamiento interno y la cultura material bélica del bando español y el bando pijao, pues como lo señala el historiador Álvaro Jara, “No basta con analizar uno u otro de los factores: hay que considerarlos tal como estuvieron en su realidad, fuertemente conjugados y determinados recíprocamente”<sup>522</sup>.

---

<sup>521</sup> Jean-Marie Pesez, “Historia de la cultura material”, *Clio*, núm. 179 (2010), 229-230, 273-274; Eloy Benito Ruano, “La historia de la vida cotidiana en la historia de la sociedad medieval”, en *La vida cotidiana en la Edad Media: VIII Semana de Estudios Medievales: Nájera, del 4 al 8 de agosto de 1997*, coord. José Ignacio de la Iglesia Duarte (España: Instituto de Estudios Riojanos, 1998), 11-18.

<sup>522</sup> Álvaro Jara, *Guerra y Sociedad*, 44.

Pocos han sido los esfuerzos investigativos, al menos para el caso colombiano, que se hayan ocupado de la cultura material y la vida cotidiana en el campo de la guerra en los siglos XVI y XVII. Una de las pocas excepciones, tal vez la única, es el trabajo de José Ignacio Avellaneda Navas sobre la vida cotidiana en la Conquista<sup>523</sup>, pero más allá de esto, no parece contarse con mucho más. Sumado a esto, tampoco se hallan fuentes diferentes a las escritas que puedan aportar información valiosa. Los registros arqueológicos-históricos son casi inexistentes en los museos, además de que los pocos que hay están pésimamente clasificados. Los trabajos recopilatorios sobre la cultura material, entre los que resalta el gran esfuerzo de José Manuel Patiño, tratan muy poco, y en ocasiones nunca, el aspecto militar. Por estos motivos, se ha debido recurrir casi exclusivamente a las fuentes textuales que mencionan con cierta variedad de detalle aspectos como el armamento, las tácticas utilizadas o el diario vivir en los campamentos y campañas. Adicionalmente, para tener una mejor idea de las medidas, manufactura y utilización de los diferentes objetos implementados en la guerra, concretamente sobre armas y armaduras, no solo se ha comparado con información textual de tratados militares de la época o con fuentes de otros territorios del imperio español, sino que también se han realizado consultas en textos que presentan las colecciones que guardan este tipo de objetos, como la Real Armería de Madrid o el Museo Armería José Estruch, y que nos ofrecen, además de evidencia gráfica, información ricamente detallada sobre pesos, longitudes, calibres, entre otros.

A continuación, se presenta una breve exposición de los principales aspectos de la vida material y cotidiana en la guerra entre pijaos y vasallos de la Corona española. Para cada bando se ha tratado de compilar de la mejor manera posible los elementos usados como armamento y protecciones, así como también las diferentes tácticas, costumbres y dificultades que se presentaban en el diario vivir del conflicto.

### **3.1. BANDO ESPAÑOL**

#### **3.1.1. ARMAMENTO**

Las armas utilizadas por los soldados que pelearon en el bando español durante la guerra contra los indígenas pijaos, consistían en armamento procedente de diferentes etapas del desarrollo

---

<sup>523</sup> José Ignacio Avellaneda Navas, “La vida cotidiana en la Conquista”, en *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, ed. Beatriz Castro Carvajal (Bogotá: Norma, 1996), 15-56.

bélico europeo, parte de él modificado para una mejor adaptación a las características de la tierra en que se luchaba. Se puede constatar, como se verá a continuación, un avance armamentístico algo lento y rudimentario, pues aunque se encuentra una buena cantidad de soldados armados con arcabuces, también los hay con partesanas, montantes, y algunas piezas de armadura que ya eran obsoletas en los campos de guerra europeos, y que habían sido utilizadas a finales del siglo XV y comienzos del XVI.

### 3.1.1.1. ARMAS DE FUEGO

Debido a la accidentada geografía en donde se luchaba, caracterizada por altos montes forrados de una espesa selva, muchas de las armas de fuego que eran utilizadas en Europa o en los fuertes y baluartes del Caribe y el Pacífico, fueron obsoletas. En especial, jamás se introdujo artillería pesada, como culebrinas<sup>524</sup> y falconetes<sup>525</sup>, sino que se hizo uso tan solo de armas de fuego portátiles, es decir, aquellas que podían ser cargadas fácilmente por los soldados.

Una de ellas, especialmente popular entre los hombres que servían de escoltas a viajeros que se movían entre las diferentes ciudades afectadas por el conflicto, fue la escopeta. Ésta arma fue desarrollada a partir de las culebrinas o cañones de mano utilizados desde el siglo XIV. En sus primeras presentaciones, y compartiendo algunas características de sus antecesoras, las escopetas eran bastante simples. Estaban compuestas de tan solo un cañón unido o montado a una vara de madera, y se disparaban cuando el soldado acercaba una mecha encendida a un pequeño agujero del cañón, en donde entraba en contacto con la pólvora que previamente había sido introducida junto con la bala, y ajustadas hasta el fondo del arma con varios golpes de baqueta.

Con el paso del tiempo, se realizaron algunas mejoras a esta arma. Los cañones comenzaron a ser fabricados en hierro, mucho más resistente que el llamado *metal* (latón) con el que se hacían antes. También se incorporó la llave de mecha, o estopín, que servía a manera de gatillo, y que

---

<sup>524</sup> Pieza de artillería de cañón muy largo. Tenía una longitud aproximada de 10 pies y pesaba entre 1.240 y 1.700 kilogramos. Sus balas pesaban 7.3 kilogramos. Poseía un alcance de 1.120 pasos. Ver: Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana* (Madrid: Luis Sánchez, 1611), f. 259; Jorge D'Wartelet, *Diccionario Militar* (Madrid: Imprenta de D. Luis Palacios, 1863), 234; Diego Ufano, *Tratado de la Artillería*, 27; Raimundo Sanz (traductor), *Diccionario Militar* (Madrid: Oficina de D. Gerónimo Ortega y Herederos de Ibarra, 1794), 60.

<sup>525</sup> Cañón de menor potencia que la culebrina. Su longitud era de 7 a 8 pies. Era arma de poco efecto, pues apenas tenía un alcance de 498 pasos, por lo cual fue utilizado principalmente para la defensa de plazas. Su peso podía variar entre los 550 y 620 kilogramos. Sus balas pesaban alrededor de 1 kilogramo. Ver: Jorge D'Wartelet, *Diccionario Militar*, 341; Diego Ufano, *Tratado de la Artillería*, 27; Raimundo Sanz (traductor), *Diccionario Militar*, 60-61.

consistía en una pieza metálica en forma de S de la cual se colgaba la mecha, y que, al accionar el muelle (disparador), bajaba para tocar la pólvora depositada en una recámara lateral conectada por un pequeño agujero al cañón, conocida como cazoleta, y producir la ignición para el disparo. Si bien el uso de esta nueva tecnología permitía a los soldados disparar apuntando con el arma al hombro, a diferencia de como se hacía antes (apoyando la escopeta en la cintura, pues una mano estaba sosteniendo el arma y la otra llevando la mecha hasta el cañón), ambas formas de disparo convivieron juntas durante un buen tiempo, pues pueden encontrarse registros pictóricos de 1514 en los que ya se había incorporado la llave de mecha, así como otros de 1533 en los que se evidencia que todavía se usaba la manera antigua de disparo<sup>526</sup>.

En comparación con el arcabuz, el cual fue desarrollado unos años más tarde, la escopeta era de menor calibre<sup>527</sup>. A pesar de esto, contaba con la ventaja de ser más larga, lo que permitía alcanzar objetivos a mayor distancia, aunque sin realizar el daño que podía hacerse con un arcabuz o un mosquete<sup>528</sup>. Por esta razón, la escopeta fue bastante popular para cazar, y algunos soldados la siguieron prefiriendo por encima de las nuevas armas, como en el caso de Bernardo de Vargas Machuca<sup>529</sup>, o de algunos de los hombres que viajaban en compañías de diez o doce personas entre Timaná y Tocaima durante la guerra contra los pijaos.<sup>530</sup>

La escopeta coexistió durante las primeras décadas del siglo XVI con otras armas a distancia, como la ballesta y el novedoso arcabuz, tanto en los campos de batalla europeos, como en las nuevas tierras americanas. Así, podemos leer en varias ocasiones cómo Hernán Cortés menciona que sus tropas estaban compuestas básicamente de soldados a caballo, infantería con armas blancas, ballesteros y escopeteros, además de una grana suma de indígenas aliados.<sup>531</sup> Un patrón similar se repite en las diferentes expediciones a través del territorio americano hasta mediados

---

<sup>526</sup> Ver: Melchior Feselen, *Asedio de Alesia* (1533), y Juan de Borgoña, *La Toma de Orán por el cardenal Cisneros* (1514).

<sup>527</sup> En los catálogos de las armerías españolas es común encontrar la confusión entre arcabuces y escopetas. Sin embargo, existen un par de ejemplares que pueden ser identificados sin ningún error como escopetas, y que tienen un calibre de 13 milímetros. Ver: Juan Bautista Crooke y Navarrot (Conde de Valencia de Don Juan), *Catálogo Histórico-Descriptivo de la Real Armería de Madrid* (Madrid: Fototipias de Hauser y Menet, 1898), 298-299.

<sup>528</sup> Diego García de Palacio, *Dialogos militares de la formacion*, ff. 104r-104v.

<sup>529</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 4.

<sup>530</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en Archivo General de Indias (A.G.I.), *Patronato*, 196, R.28, ff. 1018v – 1020r.

<sup>531</sup> Hernán Cortés, “Tercera carta-relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V. Coyoacán, 15 de mayo de 1522”, en *Cartas de relación* (México: Editorial Porrúa, 1994), 105, 108, 110.

de siglo. En la siguiente imagen puede apreciarse a un conjunto de soldados españoles armados como se menciona anteriormente, en combate contra un grupo de guerreros mexicas.



**Imagen 7. Detalle. Enfrentamiento entre españoles y guerreros mexicas.**

**Fuente:** Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España* (Códice Florentino). Libro XII (Manuscrito. <https://www.wdl.org/es/item/10623/#q=c%C3%B3dice> (consultado el 2 de julio de 2017), ca. 1577), f. 56r.

A pesar de que la escopeta persistió como un arma efectiva en las campañas bélicas en Indias hasta el siglo XVII<sup>532</sup>, poco a poco fue siendo remplazada por los nuevos y mejorados arcabuces, por lo que su utilización quedó relegada para actividades de caza. El arcabuz era una nueva arma de fuego que, aunque tenía un funcionamiento similar y un menor alcance por ser más corto<sup>533</sup>, era de mayor calibre, y por tanto, hacía un daño mucho mayor al impactar<sup>534</sup>. Además, por ser

<sup>532</sup> En Europa la sustitución fue mucho más rápida. Para mediados del siglo XVI, casi todos los escopeteros habían sido reemplazados por arcabuceros. En la afamada Instrucción de 1536, también conocida como “Ordenanza de Génova”, ya no se hace mención de los soldados que utilizaban este tipo de armas

<sup>533</sup> Según los registros de la Real Armería de Madrid, puede deducirse que los arcabuces tenían una longitud promedio entre 1 y 1.3 metros. Por su parte, las escopetas medían entre 1.4 y 1.6 metros Ver: Juan Bautista Crooke y Navarrot (Conde de Valencia de Don Juan), *Catálogo Histórico-Descriptivo*, 299 – 304, 319 – 329; Diego García de Palacio, *Dialogos militares*, ff. 104r – 104v.

<sup>534</sup> Como ya se mencionó en una nota anterior, la escopeta tenía un calibre de 13 milímetros. El arcabuz, por su parte, variaba entre 1 o  $\frac{3}{4}$  de onza, lo que se traduce en una bala de 15.4 a 17 mm que pesaría entre 21.5 y 28.7 gramos. Ver: Cristóbal Lechuga, *Discurso del capitán Cristoval Lechuga* (Milán: Palacio Real y Ducal, 1611), 76.

más ergonómico permitía disparar con mejor puntería, y su menor longitud facilitaba manipularlo en combates en terrenos estrechos. Así, por ejemplo, se recomendaba a los soldados que los arcabuces que utilizaran en tierras montañosas, como la de los pijaos, fueran de cuatro palmos (alrededor de 84 centímetros), por no ser tan “embarazosos”<sup>535</sup>.

Esta sustitución armamentística es bastante relevante, pues demuestra que los efectos de la llamada Revolución Militar en Europa también se sentían –aunque no de manera tan explícita o multitudinaria– en los territorios americanos, incluso en el interior continental. Es interesante comprobar que mientras que en los relatos de las primeras conquistas americanas, como en el caso mexicano, se intercalan constantemente menciones de ballestas, escopetas y arcabuces trabajando en conjunto, en ocasiones con una preponderancia de las primeras (como se aprecia en la imagen anterior), para comienzos del siglo XVII el panorama es totalmente diferente. En marzo de 1603, en la lista y reseña de los soldados de Ibagué que iban a la guerra, se cuentan cuatro escopetas y 16 arcabuces<sup>536</sup>. Meses más tarde, a finales de junio, se llevó a cabo una nueva lista de las compañías que saldrían de Tocaima e Ibagué para hacer una nueva entrada. En esta ocasión se alcanzan a contar 31 arcabuces, pero no aparece ninguna escopeta<sup>537</sup>. En los cuadernos presentados por don Rodrigo de Villalobos y Mendoza, vecino de Cartago, y teniente general de la gobernación de Popayán, sobre las cuentas de la guerra contra los pijaos para las campañas de 1606 y 1607, aparecen 16 arcabuces y una escopeta<sup>538</sup>. Por su parte, las ballestas parece que nunca fueron utilizadas de nuevo, pues no se encuentra ninguna mención de ellas. Tampoco se evidencia un uso extendido de mosquetes en las expediciones<sup>539</sup>, arma de fuego similar al arcabuz, pero de mayor calibre, seguramente porque a pesar de ser más potentes, su mayor peso y longitud hacía que fuera necesario utilizar una horquilla para dispararlos, lo que resultaba inmanejable para la guerra pijao. Es posible que solo se utilizaran para la defensa de plazas y fuertes<sup>540</sup>. En las listas también aparecen algunos pistolettes, arma de fuego mucho más

---

<sup>535</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 47.

<sup>536</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 93 – 95.

<sup>537</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 199 – 203.

<sup>538</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 300v – 303r, 316r, 319v. Puede ser que las armas aquí mencionadas sean las mismas que repartió a su compañía el maese de campo don Gaspar de Fuenmayor, en Buga, a 30 de marzo de 1608. Ver: “[Expedición contra los pijao: preparación]”, 1606-1608, en A.G.N., *Caciques e Indios*, t. 6, doc. 15, f. 219r.

<sup>539</sup> Tan solo se ha hallado una carta en la que el presidente Borja menciona la adquisición de cuatro mosquetes traídos desde Cartagena. Ver: “Traslado de los papeles del Maestre de Campo Isidro Coronado, que lleva el Padre Maestro Baltasar de Lagunilla”, 1637, en B.N.E., MSS/12063, f. 15v.

<sup>540</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 47.



pequeña antecesora de la pistola, aunque no de manera tan prolífera como los arcabuces o las armas blancas.<sup>541</sup>

Aparte del arcabuz, los soldados debían llevar otros implementos necesarios para la utilización del arma y el abastecimiento y la carga de municiones. En primer lugar, habían de proveerse de una buena cantidad de cuerda, también llamada mecha, pues era con este utensilio, encendido en uno de sus extremos, con lo que se realizaba la ignición de la pólvora<sup>542</sup>. Mientras que en Europa esta cuerda era fabricada de cáñamo<sup>543</sup>, en el Nuevo Reino y Popayán se hacía utilizando hilo de algodón<sup>544</sup>. Debía de llevarse una gran cantidad, pues las fuertes lluvias ocasionaban que las mechas se humedecieran y tuvieran que ser vueltas a encender o reemplazadas. Además, debido al constante estado de alerta en que estaban los soldados cuando hacían sus entradas, por temor a una emboscada indígena, las mechas se llevaban siempre encendidas y preparadas para disparar, lo que ocasionaba un inmenso gasto de este bastimento<sup>545</sup>. La cantidad de hilo que se entregaba a cada soldado para que elaborara sus mechas era de dos a tres libras, como puede comprobarse por los repartimientos que gobernadores y capitanes hacían a sus compañías<sup>546</sup>.

La pólvora se llevaba en frascos, también llamados polvoreras, de diferentes formas y tamaños. Los había redondos, trapezoidales, en forma de cuerno, o con diseños irregulares. Se fabricaban de diversos materiales, como marfil, astas, madera, o hierro, aunque en Indias el cuero era más popular, pues evitaba que el contenido se humedeciera<sup>547</sup>. Por lo general, se cargaban dos polvoreras, una de las cuales, llamada frasquillo, contenía pólvora más fina con la cual se cebaba

---

<sup>541</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 223, 239.

<sup>542</sup> Para esta época existían también las armas de rueda, es decir, aquellas que en vez de producir la ignición de la pólvora a partir de una mecha, lo hacían con unas piezas de metal y piedra que generaban la chispa necesaria. Sin embargo, según la documentación consultada, el uso de este tipo de mecanismo en el territorio estudiado fue casi inexistente hasta el siglo XVIII. Tan solo se encuentra el caso de una escopeta de pedernal utilizada por un tal capitán Roa en la expedición organizada por Bartolomé Talaverano a comienzos de la década de 1580. Ver: Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXIX, 356-357.

<sup>543</sup> Jorge D'Wartelet, *Diccionario Militar*, 227-228, 503.

<sup>544</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 317r-317v.

<sup>545</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXIX, 356-357; “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 992r.

<sup>546</sup> “[Expedición contra los pijao: preparación]”, 1606-1608, en A.G.N., *Caciques e Indios*, t. 6, doc. 15, ff. 199v, 202v, 204v-205v; “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 316v-317v.

<sup>547</sup> *Museo-Armería de D. José Estruch y Cumella* (Barcelona: 1896), lámina CXXXXIV; Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 50.

la cazoleta del arcabuz, pues ésta generaba una mejor ignición<sup>548</sup>. También se utilizaban unos frasquillos de madera colgados de una bandolera de cuero cruzada sobre el pecho, que contenían la carga exacta de pólvora para introducir por la boca del cañón. Por lo general se solían llevar doce de estos frascos, por lo que se les conoce comúnmente como “los doce apóstoles”.

Las balas se cargaban en una pequeña bolsa llevada al cinto o cosida a la bandolera, aunque Vargas Machuca advertía que cuando se utilizaran sayos de armas, la mejor forma de llevar la munición era en mochilas indígenas<sup>549</sup>. Además, debían cargarse otros utensilios como limas y moldes para hacer balas<sup>550</sup>, así como herramientas para realizar mantenimiento a los arcabuces, como sacapelotas<sup>551</sup>, sacatrapos<sup>552</sup>, rascadores<sup>553</sup> y lavadores<sup>554</sup>. De manera regular, los capitanes de las compañías realizaban una revisión de sus tropas antes de salir a territorio enemigo, en donde además de comprobar el estado de los arcabuces, para ver si se encontraba bien “acondicionado”, se le entregaba a cada hombre las municiones y bastimentos que le hacían falta, como brazas de cuerda, balas, y cargas de pólvora.<sup>555</sup>

Una buena imagen de cómo era el equipo completo de un arcabucero de finales del siglo XVI y comienzos del XVII es presentada en algunos de los grabados de Jacob de Gheyn II, dibujante y grabador holandés. Además, éstos ilustran los pasos a seguir para disparar correctamente mosquetes y arcabuces. Si bien los hombres allí representados son soldados europeos, el equipo que utilizan, excluyendo sus ropajes, es bastante similar al usado por los hombres de las compañías que participaron en la guerra contra los pijaos (ver imagen 8).

Pese a la gran ventaja que representaba el uso de armas de fuego, éstas traían consigo una buena cantidad de problemas que se veían multiplicados debido al terreno en que se luchaba. En primer lugar, y como ya se ha mencionado, la preocupación por mantener seca la pólvora y la mecha era fundamental, pues en caso de mojarse, los arcabuces eran totalmente inútiles y no servirían

---

<sup>548</sup> José Almirante, *Diccionario militar etimológico, histórico, tecnológico, con dos vocabularios francés y alemán* (Madrid: Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1869), 513.

<sup>549</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 49.

<sup>550</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 50.

<sup>551</sup> Instrumento de hierro con forma de espiral utilizado para sacar las balas del arcabuz. José Almirante, *Diccionario militar etimológico*, 985; Jorge D'Wartelet, *Diccionario Militar*, 650.

<sup>552</sup> Instrumento que se enrosca a la punta de la baqueta para retirar los tacos de pólvora y descargar el arma. José Almirante, *Diccionario militar etimológico*, 985; Jorge D'Wartelet, *Diccionario Militar*, 650.

<sup>553</sup> Instrumento de hierro enastado utilizado para limpiar la parte superior de un proyectil y el ánima y recámara de las piezas de artillería. José Almirante, *Diccionario militar etimológico*, 940; Jorge D'Wartelet, *Diccionario Militar*, 622.

<sup>554</sup> “Especie de baquetón que se emplea para limpiar la parte interior del cañón o de los fusiles ó carabinas.” Jorge D'Wartelet, *Diccionario Militar*, 465.

<sup>555</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 278-280.

más que como grandes garrotes. Los pijaos comprendieron rápidamente esta debilidad y sacaron provecho de ella, como puede comprobarse cuando intentaron apagar el fuego que tenía el cuerpo de guardia del campamento del capitán Diego de Bocanegra, para que así los soldados no tuvieran forma de encender las cuerdas<sup>556</sup>. Además, los arcabuceros debían estar muy atentos de no disparar sus armas hasta ser sentidos en la tierra del enemigo, pues éstos, que generalmente contaban con indios que corrían la región, podían descubrirlos y organizar una emboscada<sup>557</sup>.

El transporte de las municiones y bastimentos necesarios para la utilización de las armas de fuego era, en ocasiones, bastante dificultoso, por lo que requerían la ayuda de indios amigos que les sirviesen como cargueros<sup>558</sup>. Adicionalmente, existía el constante temor de que estas armas fueran a parar en manos de los enemigos, quienes habían ya asimilado de manera eficiente su uso y llegaron a robarlas para utilizarlas en contra de las compañías de soldados<sup>559</sup>.



**Imagen 8. Mosquetero en guardia.**

**Fuente:** Jacob de Gheyn, *Maniement d'Armes, d'Arquebuses, Mousquetz et Piques* (Amsterdam: Robert de Baudous, 1608), lámina 36.

<sup>556</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXX, 361.

<sup>557</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 63-64.

<sup>558</sup> “Autos en raçon de los perjuicios que en la guerra causa de que los soldados que entran a ella lleven cargados los bastimentos y otras cossas”, 1607-1610, en A.G.N., *Caciques e Indios*, t. 48bis, doc. 15, ff. 907r-907v.

<sup>559</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXXI y XXXII, 366, 371.

### 3.1.1.2. ARMAS CUERPO A CUERPO

Si bien la capacidad bélica de las compañías que lucharon para el bando español reposaba en gran medida en el uso de armas de fuego, no por ello descuidaron u obviaron el uso de armas blancas y cuerpo a cuerpo, como tampoco lo hicieron de armaduras y diferentes tipos de protecciones para resguardarse de los daños que las lanzas, dardos y macanas del enemigo podían hacer.

#### 3.1.1.2.1. ESPADAS

Como era tradición en las diferentes campañas que se hicieron en Indias y Europa desde comienzos del siglo XVI, la espada ocupaba un importante lugar en el armamento de los soldados, y la guerra contra los pijaos no fue la excepción. La popularidad de esta arma se debió no solo a sus evidentes ventajas en el combate (ligereza, resistencia, y capacidad de cortar y estocar), sino que otorgaba a su portador un indiscutible símbolo de prestigio social, honor y valor. Tanto era así que el cargar la espada al cinto mientras se paseaba por la ciudad o se asistía a las reuniones de los diferentes funcionarios reales era un privilegio que debía ser otorgado por el rey. Si bien las leyes expresaban que el uso de esta arma (y de muchas otras) estaba prohibido a indígenas, mulatos, negros y esclavos, y que los mestizos solo las podrían llevar con permisos especiales<sup>560</sup>, en la práctica pocas veces se cumplía, seguramente por las dinámicas particulares de un mundo con un gran sincretismo étnico y cultural, como también por las apremiantes necesidades de la guerra. Así, por ejemplo, en la muestra de la compañía de la gente de Tocaima, presentada por el capitán Pedro Jaramillo de Andrada ante el oidor de la Audiencia de Santa Fe, doctor Lorenzo de Terrones, se encuentran cuatro mulatos utilizando este tipo de armas<sup>561</sup>. También puede resaltarse el caso de Sebastián González, mulato vecino de Tocaima, quien además de pedir excepción del pago de tributos, solicitaba que tanto él como sus hijos pudieran traer espadas en la cintura para su defensa. Todo esto lo pedía en razón de los servicios militares prestados en las compañías de pardos de la campaña contra los pijaos organizada por el presidente Borja<sup>562</sup>.

---

<sup>560</sup> *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, libro VI, título I, ley XXXI; libro VII, título V, ley XIV; libro VII, título V, ley XV.

<sup>561</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 202.

<sup>562</sup> “[Sebastián González, mulato, vecino de Tocaima, su solicitud de relevación del pago de tributos para sí y sus descendientes, en razón de sus servicios militares en la campaña contra los pijaos]”, 1640, en A.G.N., *Tributos*, t. 20, doc. 9, ff. 259r-275v.

A pesar de que durante los siglos XVI y XVII se introdujo de manera definitiva y multitudinaria el uso de armas de fuego, este mismo período fue también uno de los momentos en los que se dio un desarrollo más vertiginoso en el diseño y manufactura de la espada, especialmente de mano de los armeros españoles, entre los que resaltan los espaderos de Toledo. Este auge estuvo influenciado principalmente por la proliferación del uso de la espada en el mundo civil, pues si bien antes era un objeto de uso de exclusivo de la alta nobleza y caballeros de las órdenes militares, con el tiempo fue adoptado también por aventureros, personas adineradas, e incluso hombres de letras<sup>563</sup> (como el caso de Francisco de Quevedo, quien mantuvo fuertes disputas con el reconocido maestro de esgrima Luis Pacheco de Narváez).

Además del desarrollo técnico en la producción de espadas, hubo también un interés general en toda Europa por darle al arte de la esgrima la calidad de ciencia, según los parámetros de la modernidad, que en el caso de España se materializó en la escuela o corriente de combate conocida como *Verdadera Destreza*, la cual basaba todo su sistema de combate en conceptos matemáticos y geométricos, y que buscaba distinguirse de la antigua manera de combatir, denominada destreza vulgar o común<sup>564</sup>. Quien sentó las bases e impulsó la nueva forma de combate fue el sevillano don Jerónimo Sánchez de Carranza, quien en 1582 publicó su libro *De la Filosofía de las Armas y de su Destreza y la Aggression y Defensa Cristiana*. Posteriormente, Luis Pacheco de Narváez retomaría y ampliaría estas lecciones, mediante la publicación de varios libros durante la primera mitad del siglo XVII, entre los que resalta su *Libro de las grandezas de la espada*, publicado en 1600. Este nuevo modo de esgrimir se popularizó rápidamente entre los soldados y hombres de armas españoles, tanto en Europa como en el Nuevo Mundo<sup>565</sup>, por lo que es posible que hubiera sido implementado por lo menos por los altos mandos del ejército enviado contra los pijaos (tal vez por el mismo presidente don Juan de Borja). La herencia de la Verdadera Destreza perduraría por largo tiempo en la tradición del imperio español, en manos de autores como Francisco Antonio de Ettenhard y Abarca, y Francisco Lórenz de Rada. Incluso en el siglo XVIII pueden encontrarse casos como el de Domingo Pérez de Aguilar, quien en

---

<sup>563</sup> Germán Dueñas Beraiz, “Introducción al estudio tipológico de las espadas españolas: siglos XVI-XVII”, *Gladius*, núm. 24 (2004): 209-210; José María Peláez Valle, “La espada ropera española en los siglos XVI y XVII”, *Gladius*, núm. 16 (1983): 166-167.

<sup>564</sup> Algunos de los autores y representantes más importantes de la destreza vulgar fueron Pedro de la Torre, con su libro *El manejo de las armas en combate*, publicado en 1474, y Francisco Román, autor del *Tratado de la Esgrima*, de 1532.

<sup>565</sup> El mismo Jerónimo Sánchez de Carranza fue nombrado en 1589 como Gobernador y Capitán general de la provincia de Honduras, en donde con toda seguridad debió de instruir por lo menos a algunos de los hombres a su cargo. Ver: José María Hermoso Rivero, “Jerónimo Sánchez de Carranza, 5-98.

1730 se ve obligado a viajar desde Manila, Filipinas, a la Nueva España para certificarse como Maestro en la enseñanza de la Verdadera Destreza<sup>566</sup>.

A pesar de la copiosa cantidad de estilos, formas y tamaños que tenían las espadas, lo cual llevaba a darles diferentes nombres según sus características, en el caso de la documentación de la guerra contra los pijaos, tan solo se emplea el genérico *espada*, sin importar su tipología, para llamar a cualquiera de estas armas. Son muy pocos los casos en que se distingue el tipo de espada utilizada por cada soldado. Por tal motivo, se presentan aquí algunas de las tipologías más comunes implementadas durante la segunda mitad del siglo XVI y comienzos del XVII, las cuales debieron de haber sido las más habituales en el enfrentamiento contra los pijaos.

La mayoría de las espadas de este período se enmarcan en la transición entre las espadas de punta y corte (*sideswords* en inglés) de comienzos del siglo XVI, como la utilizada por Francisco Pizarro<sup>567</sup>, y las espadas roperas, popularizadas desde mediados de siglo. Realizar una diferenciación tajante entre los estilos es bastante complejo, pues comparten demasiadas características en común, e incluso en la época no se preocupaban demasiado por distinguir unas de otras. El diseño de estas armas fue volviéndose cada vez más intrincado, en busca no solo de una mejor protección de la mano con que se empuñaba, sino también de un mejoramiento estético (ver partes de la espada en imagen 9). Por lo general tenían una hoja de 80 a 100 centímetros de largo y de 2.5 centímetros de ancho, aunque tendieron a hacerse más delgadas a comienzos del siglo XVII. Los tipos de guardas y empuñaduras fueron muy variados desde mediados del siglo XVI. Los principales estilos utilizados durante este período fueron los que se muestran en la imagen 10.

Otro tipo de espada utilizada en esta época, y de la cual se encuentra menciones de haber sido utilizada en el enfrentamiento pijao, fue el montante<sup>568</sup>. Esta enorme espada de influencia alemana, manejada especialmente por los lansquenets, medía alrededor de 1.5 a 1.7 metros, por lo que era necesario blandirla utilizando ambas manos<sup>569</sup> (ver imagen 11). A pesar de sus inmensas dimensiones, esta espada llegó a ser utilizada de manera elegante y eficaz por diferentes

---

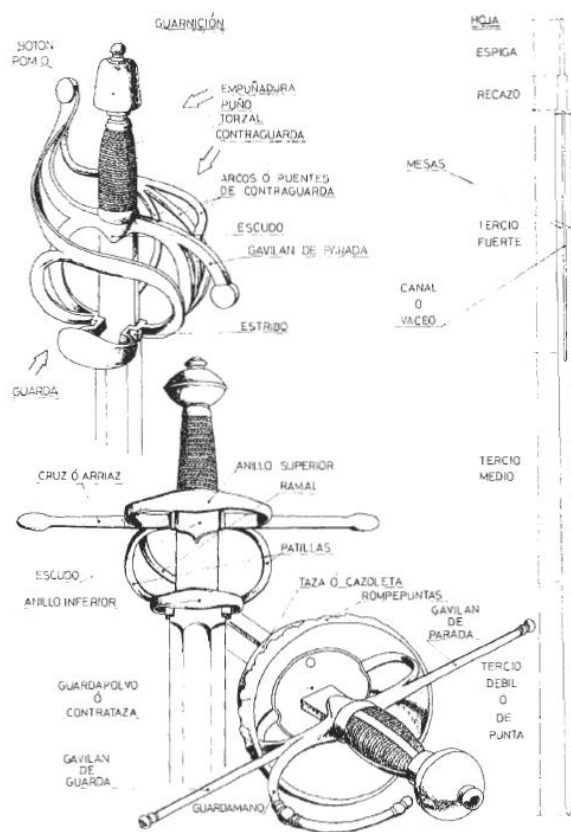
<sup>566</sup> Matt Galas (ed.), “Master Certificate of Domingo Pérez de Aguilar (Mexico City, 1730)”, *Monumenta Historica Dimicatoria*, núm. 1 (2013).

<sup>567</sup> Albert F. Calvert, *Spanish arms and armour* (Londres: J. Lane; New York: J. Lane Company, 1907), plate 170.

<sup>568</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inquistables*, 94-222.

<sup>569</sup> Juan Bautista Crooke y Navarrot (Conde de Valencia de Don Juan), *Catálogo Histórico-Descriptivo*, 195-196.

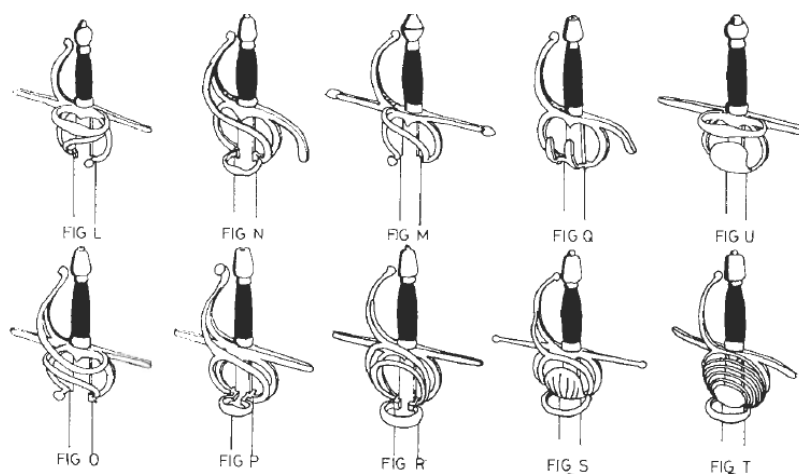
maestros de esgrima<sup>570</sup>, entre los que resalta el portugués Domingo Luis Godinho, quien en 1599 publicó su libro *Do Arte de Esgrima*, en donde se enseñaba a utilizar correctamente el montante y otras armas. Estaba diseñada especialmente para que un solo hombre pudiera hacer frente a una buena cantidad de enemigos, por lo que fue un arma bastante popular para realizar trabajos de escolta. Puede que esta característica haya sido también la razón por la que los vecinos de las diferentes ciudades asoladas por los pijaos utilizaron esta arma, pues la diferencia numérica era abrumadora. Sin embargo, dado el gran tamaño de la misma, puede suponerse que debió de haber sido casi inmanejable en un terreno tan montañoso y cubierto de espesa vegetación. La idea de que éstas eran armas legadas por sus antepasados, y de que no contaban con ninguna otra, parece más plausible para explicar su uso en este conflicto.



**Imagen 9. Partes de la espada española.**

**Fuente:** José María Peláez Valle, “La espada ropera española en los siglos XVI y XVII”, *Gladius*, núm. 16 (1983): 152.

<sup>570</sup> Germán Dueñas Beraiz, “Introducción al estudio tipológico”, 221.



**Imagen 10. Detalle. Guardas de la espada española.**

**Fuente:** José María Peláez Valle, “La espada ropera española en los siglos XVI y XVII”, *Gladus*, núm. 16 (1983): 155.

Un último tipo de espada implementada por las compañías de soldados fue el llamado alfanje, o bracamarte, también conocido en la Península con el nombre de *terviado*, el cual corresponde al denominado *falchion* inglés y al *badelaire* francés. Estas eran espadas anchas y cortas, con una hoja de aproximadamente 50 centímetros de largo que en ocasiones podía ser curva, y diseñadas especialmente para herir al oponente con tajos<sup>571</sup>. Vargas Machuca recomendaba utilizar estas armas en conjunto con la rodela en vez de las espadas tradicionales, pues se lograba una mayor libertad de movimiento en los territorios de espesa vegetación<sup>572</sup>.

<sup>571</sup> Germán Dueñas Beraiz, “Introducción al estudio tipológico”, 218-219.

<sup>572</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 48.





Imagen 11 (Izquierda). *Landsknechte* [Lansquenete con montante].

Fuente: Atribuido a Peter Flötner, ca. 1525-1580.

Imagen 12 (Derecha). Detalle de un grabado elaborado por Theodore de Bry, en el cual se muestra a un soldado español blandiendo un alfanje o bracamarte.

Fuente: Bartolomé de las Casas, *Narratio regionum indicarum per hispanos quosdam deuastatarum verissima* (sumptibus Johan Theodo. de Bry: Typis Hieronymi Galleri, 1614), 101.

### 1.7.2.1. ARMAS DE ASTA

Además del arcabuz, la lanza (llamada pica cuando era utilizada por la infantería<sup>573</sup>) fue el arma más popular entre los hombres de las compañías que entraron a pacificar el territorio pijao. Su uso multitudinario, tanto en Indias, como en Europa, le trajo la reputación de ser conocida como la “reyna de las armas”, tal y como la denominó Lelio Brancaccio, maestre de campo del ejército español en Flandes e Italia<sup>574</sup>. Una de las principales razones para su extenso uso era la facilidad de fabricación y los bajos costos que representaba. Según las cuentas de Rodrigo Villalobos y

<sup>573</sup> Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*, f. 514r.

<sup>574</sup> Lelio Brancaccio, *Cargos y preceptos militares* (Barcelona: Sebastián y Jaime Matevad, 1639), f. 21v.

Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán a comienzos del siglo XVII, una lanza con su hierro costaba alrededor de dos pesos de oro<sup>575</sup>.

Aunque no se cuenta con datos que permitan conocer la longitud exacta de las lanzas utilizadas en esta guerra, puede estimarse que debieron de haber sido similares a las manipuladas por los soldados españoles en los campos de batalla de Europa, pues si según Vargas Machuca los indígenas enemigos utilizaban lanzas de hasta 30 palmos<sup>576</sup> (aproximadamente 6.2 metros), no es difícil creer que las usadas por los soldados del bando español midieran entre 25 y 27 palmos (5.2 a 5.6 metros), tal y como lo recomendaban oficiales expertos de la guerra de Flandes<sup>577</sup>, o como se puede evidenciar por las pinturas y grabados de este mismo conflicto<sup>578</sup>. La asta de las picas no era de grosor constante, sino que se iba adelgazando conforme llegaba a la punta<sup>579</sup>. También existía otro tipo de lanza más corta, de unos 18 o 19 palmos (3.7 a 3.9 metros) conocida como jineta, usada como insignia por los sargentos y capitanes de infantería<sup>580</sup>. La moharra, es decir, la parte metálica, era conocida como *hierro*. Para esta época, lo más común es que su forma fuera de diamante (cuatro caras planas), de hoja de olivo, o de hoja de laurel<sup>581</sup>. Había también otro tipo de hierro que daba a la lanza la denominación de chuzo, el cual no contaba con hoja abierta, sino que tan solo era una punta de metal<sup>582</sup>. En el extremo inferior de la lanza se ponía el regatón, pequeña pieza de hierro que servía para proteger la madera, equilibrar el peso, y clavarla en la tierra<sup>583</sup>. Adicionalmente, se propendía al uso de la lanza junto con la espada por si el soldado debía de luchar en escenarios más estrechos y con menos maniobrabilidad<sup>584</sup>. Muchos de estos hombres también blandían la lanza con rodela colgada al frente o en la espalda para detener los ataques enemigos<sup>585</sup>.

---

<sup>575</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 315r, 317v.

<sup>576</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 5.

<sup>577</sup> Martín de Eguiluz, *Milicia, discurso y regla militar*, ff. 9v, 15r

<sup>578</sup> Ver, por ejemplo, *La rendición de Breda*, el famoso óleo de Diego Velázquez pintado entre 1634 y 1635, también conocido como *Las Lanzas*.

<sup>579</sup> Sancho de Londoño, *El discurso sobre la forma*, f. 10r.

<sup>580</sup> Martín de Eguiluz, *Milicia, discurso y regla militar* f. 15r; Enrique de Leguina, *Glosario de voces de armería*, 508-509, 595; Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*, f. 436v.

<sup>581</sup> Enrique de Leguina, *Glosario de voces de armería* (Madrid: Librería de Felipe Rodríguez, 1912), 591-592.

<sup>582</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 202, 239.

<sup>583</sup> José Almirante, *Diccionario militar etimológico*, 957-958.

<sup>584</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 94, 199, 200. Esta disposición también fue utilizada en Europa en la misma época, como puede comprobarse por los grabados de Jacob de Gheyn.

<sup>585</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 94, 95, 202; Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXVIII, 396.

También se utilizaron otro tipo de armas de asta como alabardas y partesanas, aunque el poco número de estas en comparación con las lanzas evidencia un abandono de este tipo armamento<sup>586</sup>. La longitud de la asta de las primeras era de unos dos metros y su moharra tenía forma de hacha con una hoja ancha en la parte frontal (normalmente en forma de medialuna) y una aguda en la posterior, acompañada de una punta metálica en la parte superior. Era un arma bastante devastadora pues podía herir mortalmente por estocada o corte. Por su parte, la partesana era similar a la lanza, aunque se diferenciaba de ésta porque su hierro era mucho más largo y contaba con un par de alas en forma de media luna ubicadas al inicio de la hoja.



**Imagen 13. Pica con hoja de laurel [izquierda], alabardas, y partesana [centro].**

**Fuente:** *Museo-Armería de D. José Estruch y Cumella*, (Barcelona: 1896), lámina XCVII.

### **1.7.2.2. ARMADURAS Y PROTECCIONES**

El tipo de armadura más comúnmente utilizada durante esta época por el grueso de las tropas fue el sayo de armas, que para este tiempo resulta difícil de diferenciar del escaupil, chaleco acolchado de origen mexicana (*ichcabuipilli*) similar al gambeson europeo. Ambos eran fabricados y

---

<sup>586</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 94, 222, 223; Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXX, 362.

rellenos con mantas de algodón y debían ser lo suficientemente anchos para poder detener los ataques de las armas enemigas, especialmente los dardos y lanzas, sin causar fuertes daños. Según Vargas Machuca, se necesitaban aproximadamente seis libras de algodón para su elaboración, lo que equivalía entre una y dos mantas de algodón, u ocho libras si se quería uno que llegase hasta la rodilla. Estos sayos se cerraban por los lados con botones de madera o tiras, procurando que ambas caras quedaran superpuestas con el fin de evitar la exposición de las costillas. Además de sus evidentes cualidades protectoras, los sayos también servían a manera de colchón para impedir la humedad del suelo. Los soldados debían de tener especial cuidado de que éstos no se mojaran, pues en tal caso, el algodón se tupiría y serían fácilmente atravesados por flechas, dardos o lanzas<sup>587</sup>.

Otros tipos de armaduras utilizadas, aunque en mucha menor escala, fueron las cotas de malla, los coseletes, brigantinas, y los coletes o cueras. Las primeras, fabricadas a partir de anillas de hierro entrelazadas, estaban diseñadas para evitar el corte producido por las espadas. Ya que los indígenas no contaban con este tipo de armas, las cotas parecen haber sido bastante inútiles, pues además de su peso (entre 9 y 13 kg), acaloraban excesivamente a quien la portaba. Seguramente las pocas que sobrevivían y se utilizaban a finales del siglo XVI y comienzos del XVII eran herencias que los vecinos de las ciudades en conflicto habían recibido de sus abuelos que habían venido desde Europa, aunque vale la pena mencionar que, en otros lugares del Nuevo Mundo, como en el norte de la Nueva España, este tipo de protección seguía siendo muy popular<sup>588</sup>. Por su parte, los coseletes, es decir, el conjunto de armadura compuesto por celada (casco), peto, espaldar, gola (gorjal), hombreras, brazales, faldar, y guanteletes, eran, muy seguramente, solo utilizados por soldados de alto rango (como el presidente de la Audiencia, los gobernadores, o algún veterano) que podían darse el lujo de costearse este equipo (ver imagen 14). Es más usual que se utilizaran solo partes del mismo, en especial el casco, que para esta época podía ser de diferentes estilos, como borgoñota, celada (sallet) o morrión<sup>589</sup>. Por último, también se ha encontrado mención del uso de brigantinas y coletes. Las primeras eran jubones de tela o cuero con pequeñas láminas de acero que, remachadas, cubrían la parte interior<sup>590</sup>. Por

---

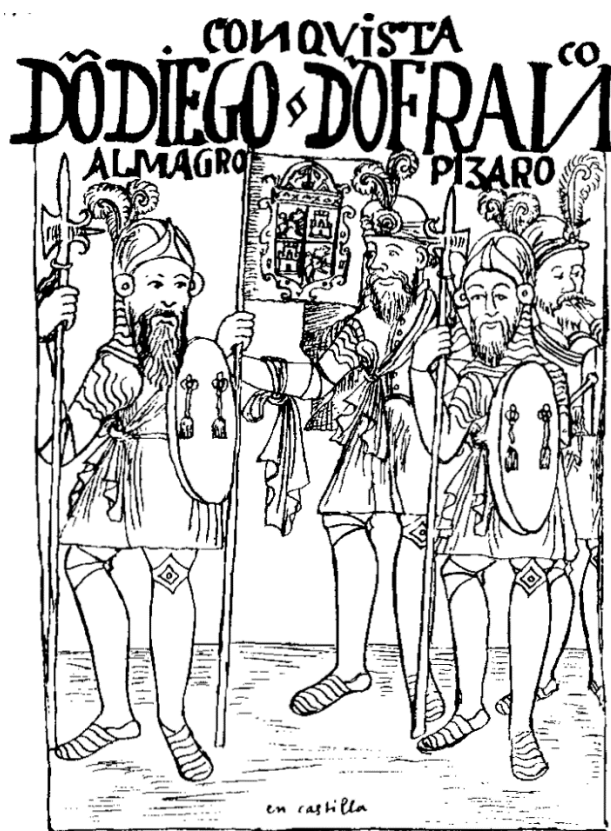
<sup>587</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 48.

<sup>588</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 95, 223; Luis Weckmann. *La herencia medieval de México* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, Colegio de México, 1984), 100-112.

<sup>589</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 94-95, 222.

<sup>590</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 94.

su parte, los coletes, o cueras, eran unas chaquetillas de cuero de ante que se utilizaban encima de la ropa<sup>591</sup>.



**Imagen 14 (Izquierda).** Soldados españoles en Castilla, entre los que se encuentran Diego de Almagro y Francisco Pizarro, equipados con coseletes, adargas y alabardas.

**Fuente:** Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva Corónica y Buen Gobierno* (Caracas: Biblioteca de Ayacucho, 1980 [ca. 1615]), tomo I, 268.

**Imagen 15. (Derecha).** Detalle de guerrero tlaxcalteca usando un escapuil.

**Fuente:** *Lienzo de Tlaxcala*, [https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/31/Lienzo\\_de\\_tlxcala\\_full\\_SD.jpg](https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/31/Lienzo_de_tlxcala_full_SD.jpg) (Fecha de consulta: 17 de mayo de 2017)

En cuanto al tipo de escudos, éstos eran básicamente de dos tipos. El primero, no muy popular en la guerra contra los pijaos debido a que era un tipo de escudo especialmente diseñado para la caballería, fue la adarga<sup>592</sup>. Estaba fabricado completamente de cuero y podía tener una forma circular, ovalada o de dos óvalos juntos (similar a un corazón, ver imagen 16). El segundo tipo

<sup>591</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 223; Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLII, 411.

<sup>592</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 94, 222, 238-239



de escudos, mucho más utilizado en todo tipo de enfrentamiento a lo largo y ancho del Imperio español, fue la rodela. Tradicionalmente fabricado de metal, tenía forma completamente redonda, con un diámetro que podía variar entre los 50 y los 60 centímetros aproximadamente<sup>593</sup>. Su superficie podía ser lisa o con punta en el medio. El peso de una de estas rodelas podía oscilar entre los 3.5 y 5 kg, aunque las llegó a haber de hasta 17.5 o 22.7 kg diseñadas para detener el impacto de las balas<sup>594</sup>. Según parece, la mayoría de las rodelas utilizadas en la guerra pijao eran hechas de madera forrada en cuero, pues según una lista de las armas que había en las casas de la ciudad de Ibagué realizada el 5 de julio de 1603, el escribano diferencia claramente las “rodelas” (de las cuales hay cinco), de una “rodela de acero”<sup>595</sup>. Además de esto hay menciones del uso de “rodela de palo” traídas desde Honda<sup>596</sup>, y de una rodela de higuerón, utilizada por un piquero mulato llamado Francisco de Mendoza<sup>597</sup>.



**Imagen 16 (Izquierda). Detalle. Español armado de espada y adarga cortando la mano de un indio que asistía a la fiesta de Huitzilopochtli.**

**Fuente:** Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España* (Códice Florentino). Libro XII (Manuscrito. <https://www.wdl.org/es/item/10623/#q=c%C3%B3dice> (consultado el 2 de julio de 2017), ca. 1577), f. 33r.



**Imagen 17 (Derecha). Detalle. Soldados españoles marchando, armados con rodelas y coseletes.**

**Fuente:** Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España* (Códice Florentino). Libro XII (Manuscrito. <https://www.wdl.org/es/item/10623/#q=c%C3%B3dice> (consultado el 2 de julio de 2017), ca. 1577), f. 56r.

<sup>593</sup> Juan Bautista Crooke y Navarrot (Conde de Valencia de Don Juan), *Catálogo Histórico-Descriptivo*, 134-157.

<sup>594</sup> *Catálogo de la Real Armería* (Madrid: Por Aguado, impresor de Cámara de S.M., 1849), 7, 16, 20, 27, 45, 47, 109, 120.

<sup>595</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 222-223.

<sup>596</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 186.

<sup>597</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXVII, 394.



**Imagen 18. Reconstrucción de un soldado mulato sosteniendo su lanza en posición de defensa (finales del siglo XVI - comienzos del XVII), realizada a partir de fuentes documentales, pictóricas y piezas de museo.**

1. Camisa de lienzo y escaupil fabricado en algodón.
2. Rodela terciada al hombro fabricada de madera de higuerón
3. Lanza o pica.
4. Alpargatas.

### 3.1.2. PROCEDENCIA Y MANUFACTURA

Es importante anotar que en general es difícil conocer la procedencia o el lugar de manufactura de las armas y armaduras utilizadas en este conflicto, pues en general esta información no se especifica en la documentación. Sin embargo, hay algunos casos que pueden ayudar a dar algunas pistas acerca de dónde traían o fabricaban por lo menos parte del equipo.

La mayoría de los arcabuces eran traídos desde Cartagena. A finales de julio de 1603, los oficiales de la Real Audiencia ordenaron sacar 100 pesos de oro de veinte quilates de la Real Caja de la ciudad para comprar arcabuces en la ciudad costera<sup>598</sup>. Asimismo, en una carta del presidente Borja enviada al gobernador de Tímaná, Isidro Coronado, del 26 de marzo de 1607, éste le informa de la llegada desde aquella ciudad de 70 arcabuces y cuatro mosquetes, seguramente provenientes de la península Ibérica o de bastiones en el Caribe<sup>599</sup>. Por otro lado, desde una fecha tan temprana como 1556, se cuenta con registros que hablan acerca de la fabricación de arcabuces con sus aderezos en la ciudad de Santa Fe, lo que indica otra potencial fuente de armas para la guerra<sup>600</sup>. Además de la producción, también había artesanos capaces de reparar o reponer parte de los arcabuces, como es el caso de Cristóbal de Salcedo, herrero de Cartago, a quien se le pagaron 2 pesos y 2 tomines por el gatillo y la tapa de cazoleta de uno<sup>601</sup>. Muchos otros arcabuces y escopetas fueron entregados por los vecinos y encomenderos a razón de sus obligaciones militares. Sin embargo, resulta imposible descifrar la procedencia de éstos o si se trata de los mismos que venían siendo utilizados desde muchos años atrás.

Los aderezos y municiones de las armas de fuego (pólvora, plomo, e hilo para mecha) eran traídos desde el puerto de Honda y de ciudades relativamente cercanas, como Tocaima y Mariquita<sup>602</sup>. También se compraban a mercaderes, como es el caso de Marcos González, quien tenía una tienda en Cartago, y a quien se le pagaron 117 pesos, 7 tomines y 6 granos de oro de veinte quilates por varias municiones, entre las que se contaban 2 arrobas y 4 libras de plomo, 3

---

<sup>598</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 145-146.

<sup>599</sup> “Traslado de los papeles del Maestre de Campo Isidro Coronado, que lleva el Padre Maestro Baltasar de Lagunilla”, 1637, en B.N.E., MSS/12063, f. 15v.

<sup>600</sup> “[Pedro de Frías y Pedro Navarra, su memorial para que les fueran aceptados y pagados por los oficiales reales de Santa Fe unos arcabuces que habían fabricado]”, 1556-1557, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 30, ff. 30r-92v.

<sup>601</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, f. 318v.

<sup>602</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 26, 152, 158-159, 166, 186-187.



arrobas y 3 libras de hilo, y 1 arroba y 12 libras de pólvora<sup>603</sup>. En algunas ocasiones, las mujeres eran obligadas a fabricar las “municiones de pelota” (balas), como sucedió en los preparativos para la defensa de Ibagué, en febrero de 1603<sup>604</sup>.

En cuanto a las armas blancas y de combate cuerpo a cuerpo, parece ser que las únicas que podían ser compradas y fabricadas en lugares cercanos eran las lanzas. El precio de una de estas, incluyendo el asta y el hierro, era de 2 pesos de oro, aproximadamente<sup>605</sup>. De las demás armas (espadas, alabardas, y partesanas) no se tienen registros de su procedencia, aunque es muy factible que vinieran desde España dado el auge y la exorbitante cantidad de producción de los gremios de herreros y espaderos de ciudades y regiones como Toledo, Valencia, Vizcaya, Zaragoza, Barcelona y Sevilla<sup>606</sup>. Tan solo se ha encontrado la mención de dos espadas que compró el capitán Pedro Jaramillo de Andrada en Tocaima por 30 pesos que habían sido entregados por Fernando Arias, vecino de la ciudad<sup>607</sup>. Por su parte, parece que las rodela eran fabricadas localmente. También se traían algunas desde Honda<sup>608</sup>, tal vez provenientes de Cartagena.

Los sayos de armas y escaupiles se fabricaban a nivel local en las poblaciones cercanas, como Cartago, Roldanillo, Tocaima o Ibagué<sup>609</sup>. También se traían desde el puerto de Honda, algunos de los cuales habían sido utilizados en la guerra contra los indígenas Carare<sup>610</sup>. Es posible que éstos también hubieran sido fabricados en ciudades y villas de la jurisdicción de la Audiencia de Santa Fe o de la gobernación de Popayán. Las mantas de algodón utilizadas para su manufactura eran compradas o traídas desde Tocaima, Roldanillo, Cartago, Anserma y “el Reino”<sup>611</sup>.

---

<sup>603</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, f. 287r.

<sup>604</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 65-66.

<sup>605</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 273r, 283v, 315r, 317v.

<sup>606</sup> Germán Dueñas Beraiz, “Introducción al estudio tipológico”, 251-256.

<sup>607</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 194-195.

<sup>608</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 186-187.

<sup>609</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 273r-275r, 286r

<sup>610</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 26, 186-187

<sup>611</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 270v, 271r, 271v, 272r, 273r, 273v; Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 158-159, 192

### 3.1.3. ORGANIZACIÓN, TÁCTICAS Y ESTRATEGIAS

Una vez que los oficiales reales y los capitanes hubieran reunido a las tropas y conseguido los bastimentos, armas y municiones necesarias para la jornada, salían de sus ciudades de manera organizada hacia la tierra del enemigo. Según los consejos de las autoridades y de los hombres más experimentados en la guerra, el mejor tiempo para realizar las campañas era a comienzos o mediados del año, pues era temporada de verano, por lo que las grandes lluvias y aguaceros que por lo general caían en esta región no impediría el hacer la guerra, especialmente porque la pólvora no se mojaría y los caminos estarían en mejor estado<sup>612</sup>. Estas lecciones habían sido aprendidas amargamente con los desastres de las compañías que habían salido anteriormente, como la del capitán Francisco de Trejo, vecino y encomendero de Tunja, quien en 1556 había intentado conquistar a los pijaos<sup>613</sup>.

Las compañías marchaban de manera organizada y en el mayor silencio posible para evitar ser sentidos sin que lo desearan, aunque en ocasiones debían de romper las formaciones ideales debido a las fragosidades de la tierra<sup>614</sup>. Los indios cargueros que llevaban los matalotajes de las tropas caminaban entre los soldados, pues en caso de ser atacados, podían ser protegidos rápidamente por estos<sup>615</sup>. Según Vargas Machuca, la carga ideal que debía llevar cada uno de estos indígenas para poder rendir en la jornada, era de dos arrobas (aproximadamente 23 kilos)<sup>616</sup>. Los soldados marchaban con sus armas alistadas, y los arcabuceros del grupo solían mantener sus cuerdas encendidas para estar preparados ante cualquier emboscada, lo cual también aprovechaban para prender tabaco y fumar durante los viajes<sup>617</sup>.

Liderando al grupo iban los indios amigos, especialmente coyaimas y natagaimas, los cuales conocían la tierra en la que se adentraban. Eran estos hombres quienes advertían al resto de los soldados de las posibles rutas, emboscadas y trampas que los enemigos usaban, pues ellos también se valían de ellas o las conocían por la larga experiencia adquirida en antiguas guerras<sup>618</sup>.

---

<sup>612</sup> Manuel Lucena Salmoral, *Presidentes de Capa y Espada*, 143,168; Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 24-25, 51-52, 62-63, 96-98, 154.

<sup>613</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXV, 333.

<sup>614</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 63-64; Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 265-267.

<sup>615</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 62-63.

<sup>616</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 64.

<sup>617</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 63; Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXIX y XXXV, 356-357, 384.

<sup>618</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 247-248; “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I.,

Además, eran excelentes guerreros, y al igual que los pijaos de la sierra, se valían sobre todo de lanzas para luchar. Dado el extraño caso de no tener indios amigos como guías, los soldados avanzaban lenta y cuidadosamente tanteando el terreno con sus lanzas o espadas para advertir cualquier artimaña enemiga, o llevando perros por delante<sup>619</sup>. Además de esto, solían capturar a algún natural de la tierra para que les sirviera de guía<sup>620</sup>. En estos casos, a más de otros que se presentarían, era de vital importancia contar con personas que supieran la lengua nativa con el fin de dar a entender sus exigencias y evitar caer en engaños. Personajes como el padre Isidro Cobo, el maese de campo Antonio de Olalla, o el capitán Martín Bueno fueron de inmensa ayuda para esta labor<sup>621</sup>.

Los soldados también solían preparar diferentes tipos de emboscadas a los enemigos para capturarlos o eliminarlos sorpresivamente<sup>622</sup>. Una de estas formas era ubicarse a ambos lados de los caminos, ocultos entre la espesura del monte, donde esperaban sin hacer ningún ruido. Cuando los pijaos pasaban por allí, uno de los soldados disparaba su arcabuz al aire y daba el Santiago, esto es, el grito de guerra en el que invocaban al apóstol para que viniera en su auxilio<sup>623</sup>. Los demás salían a socorrerlo, rodeando a los oponentes, y teniendo los arcabuces listos para disparar, pues además del gran daño que estos ocasionaban, los pijaos solían temer mucho a este tipo de armas<sup>624</sup>. También solían avanzar sin ser sentidos hacia los lugares en que los indios tenían sus casas, campamentos y labranzas, tomándolos por sorpresa, sin necesidad a veces de tener que llegar a las armas<sup>625</sup>.

---

*Patronato*, 196, R.27, f. 995r; “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, ff. 1017v, 1020v, 1024r, 1033r, 1039v.

<sup>619</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 5, 54, 64-65; Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXXII y XXXIX, 369-370, 400.

<sup>620</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXI, 365-366; Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta*, tomo II, libro dieciséis, capítulo 2, 723.

<sup>621</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, f. 1047r.

<sup>622</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 255-256; “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 995r.

<sup>623</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 67-68.

<sup>624</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 258-259.

<sup>625</sup> “[Información de méritos y servicios del capitán Bernardo de Vargas Machuca], 1592, en A.G.I., *Patronato*, 164, R.1, ff. 98r-98v; Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXVI, 338-339; Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 265-267; Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 87.

Una de las más importantes estrategias del bando hispánico fue la construcción de fuertes para guarecerse, abastecerse y planear las jornadas. El más importante de todos estos fue el fuerte de San Lorenzo del Chaparral, también llamado San Juan de Gandía, erigido por el gobernador de Muzo, Domingo de Erazo a mediados de 1606. Estaba ubicado en la mesa del Chaparral, donde ya antes otras expediciones se habían fortificado, como la de Francisco de Trejo o la de Bernardino de Mojica Guevara<sup>626</sup>, y contaba con vista a las provincias de Amoyá, Ambeima, Irico, Paloma, Marto, Biuni, y los llanos del Magdalena<sup>627</sup>. Tiempo después, el fuerte fue traslado a “dos tiros de escopeta” en dirección hacia la cordillera<sup>628</sup>. No se encontraron menciones a su forma y construcción, pero debió de haber sido de un tamaño considerable, pues además de ser el centro de operaciones del presidente Borja, podía albergar alrededor de 300 personas entre soldados e indios amigos<sup>629</sup>. Incluso llegó a contar con una pequeña campana de dos arrobas, y un óleo de San Lorenzo guarnecido en madera, de poco más de una vara de alto<sup>630</sup>. Hubo también otros fuertes de diferentes tamaños e importancia como el de Nuestra Señora de las Nieves, ubicado en la provincia de los Totumos, el de la Limpia Concepción de Nuestra Señora del río de La Paila, construido en términos y jurisdicción de la ciudad de Buga, el de la mesa de Ibagué, en la encomienda de doña Ana de Carrión, o el fuerte de La Trinidad, en la provincia de Bulira, el cual contaba con 21 casas. Estos bastiones eran construidos de tejas, tapias y palenques de gruesas maderas. Sin embargo, del único del cual se cuenta con una descripción detallada es del fuerte levantado por Juan de Acegarreta, vecino de Buga, en un repartimiento de indios que poseía. Este era de “cuatro tapias en alto con su contrafoso de tres varas de ancho y dos de hondo, con una torrecilla de mampuesto bien fuerte en que tenía tres arcabuces con sus municiones y otros tantos españoles que los jugaban cuando lo pedía la necesidad, las puertas fuertes y chapeadas de hierro, que todo prometía inexpugnancia para las flacas armas que sólo son lanzas de estos indios pijaos”<sup>631</sup>. En cuanto a representaciones pictóricas, solo se cuenta con el detalle de un mapa realizado por el oidor Luis Enríquez, en donde puede observarse el fuerte

<sup>626</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXV y XXXII, 334, 371-372.

<sup>627</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXV, 385.

<sup>628</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXV, 385.

<sup>629</sup> “[Información sobre los servicios militares de Alonso Ruiz de Sahajosa]”, en A.G.N., *Historia Civil*, t. 17, doc. 6, f. 265r; “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 1004v.

<sup>630</sup> “Autos para que se hagan ornamentos para las yglesias de coyayma y natagaima de la R<sup>1</sup> corona”, 1621-1623, en A.G.N., *Fábrica de Iglesias*, t. 15, doc. 5, ff. 148v-149r.

<sup>631</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXVIII, 349-351.

de las barrancas bermejas, mandado a levantar para combatir a los indígenas carares (ver imagen 19). Éste, a pesar de haber sido construido en una zona diferente del Nuevo Reino de Granada, puede darnos una imagen bastante aproximada debido a que su construcción data de comienzos del siglo XVII, como la mayoría de los fuertes de la guerra de los pijaos.



**Imagen 19. Detalle. Fuerte de las barrancas bermejas construido para combatir a los indios carares del Magdalena.**

**Fuente:** “Mapa del Río Grande de la Magdalena, desde su desembocadura hasta más arriba de la Ciudad de Mariquita, con expresión de gran número de poblaciones y de ríos que en él desembocan”, ca. 1601-1603, en A.G.I., *Mapas y Planos*, Panamá, 24.

Con el paso del tiempo y las tensiones generadas por la situación de guerra, la convivencia en los fuertes también tuvo problemas que debieron ser remediados por los oficiales encargados. Uno de los más renombrados casos, tratado ya por Manuel Lucena Salmoral<sup>632</sup>, fue el del intento de desertión propiciado por un soldado de apellido Trigueros en el fuerte de La Trinidad en julio de 1607. Este hombre había levantado los ánimos de varios soldados para huir a la sábana y desamparar el fuerte, para lo cual, en la noche del 18 de julio, hizo incendiar su casa y crear un caos en el cual pudiera escapar. El resultado de esto fue la quema de parte de las municiones y todas las comidas que había en el fuerte, las cuales estaban racionadas para cuatro meses y

---

<sup>632</sup> Manuel Lucena Salmoral, “Intento de desertión el fuerte de Bulira”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico* vol. 6, Núm. 06 (1963), 833-835.

medio<sup>633</sup>. Otro caso es el de un tal soldado Sandoval, quien fue quemado en la hoguera por orden del gobernador Domingo de Erazo por haber cometido el “pecado nefando” (sodomía), y confesado “haberlo cometido muchas veces en Italia, donde se estrenó en aquel vicio abominable, y en otras muchas partes siendo soldado”<sup>634</sup>. Para esto y los demás problemas presentados en las jornadas y reclutamientos, los oficiales y capitanes establecieron penas y medidas que podían ir desde amenazas sin repercusiones serias, hasta multas, torturas, e incluso ejecuciones<sup>635</sup>. Por ejemplo, Cristóbal de la Feria, caudillo del fuerte de la Trinidad, mandó que ningún soldado abandonara el fuerte sin licencia, so pena de 50 pesos de veinte quilates y dos años de destierro sin sueldo al puerto de Buenaventura. En caso de que la persona no pudiera pagar esta cantidad, la pena sería de 200 azotes y cuatro años de destierro de la gobernación de Popayán<sup>636</sup>.

Por su parte, las ciudades y quienes quedaban en ellas en ausencia de los soldados, también buscaron fortalecerse durante los tiempos de conflicto. Para ello, como hicieron Cartago, Ibagué, y San Sebastián de la Plata, cercaban las poblaciones con tapias y palenques para impedir el avance enemigo<sup>637</sup>. También solían guarecerse en las pocas casas de tejas o en la iglesia (la construcción más grande en una población hispánica) por temor a que las de techo pajizo fueran quemadas, además de traer a la gente del campo a la ciudad y levantar cuerpos de guardia que rondaran y vigilaran durante el día y la noche<sup>638</sup>.

Aparte de de la construcción de fuertes, la estrategia más importante que fue utilizada por los soldados fue la quema y tala de las comidas y las casas del enemigo, lo cual, según el capitán Diego de Ospina, vecino y alguacil mayor de la ciudad de la Concepción del Valle de Neiva, “fue uno de los mas exficazes rremedios y de maior ymportancia y efeto que se pudo usar”<sup>639</sup>. Esta táctica había sido heredada de la Edad Media española en los tiempos de la Reconquista, y

---

<sup>633</sup> “[Expedición contra los Pijaos: preparación], 1606-1608, en A.G.N., *Caciques e Indios*, t. 6, doc. 15, ff. 213r-213v.

<sup>634</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo 48, 439-440.

<sup>635</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 3-4, 12, 99, 131, 222; Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXIX y 48, 356, 438.

<sup>636</sup> “[Expedición contra los Pijaos: preparación], 1606-1608, en A.G.N., *Caciques e Indios*, t. 6, doc. 15, f. 214r.

<sup>637</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 44-45, 55-56, 75-76, 107, 237; “Memorial que da Fray Geronimo Descobar”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 406.

<sup>638</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 55-56, 65-66.

<sup>639</sup> “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, f. 1022v.

buscaba, en pocas palabras, “doblegar al enemigo con el hambre antes que con las armas”<sup>640</sup>. Con esto, unido al avance de las tropas desde ambos lados de la cordillera (Nuevo Reino y Popayán), se buscaba que los pijaos se vieran obligados a rendirse o a retirarse a las regiones más escarpadas, donde tarde o temprano se quedarían sin alimentos y morirían<sup>641</sup>. Fue esta la clave para el triunfo definitivo del bando hispánico.

Entre otras tácticas de la guerra, se encuentra el uso de indios y perros para llevar mensajes entre las compañías y las ciudades. A los perros se les ataba al cuello un pedazo pequeño de caña hueco donde se metían los papeles que debían ser enviados<sup>642</sup>. Los indios que servían como mensajeros debían de ser pagados, ya fuera en especie (mantas, alpargatas, lienzo, o pan) o en oro<sup>643</sup>.

También se solían engrasar las balas, “por ser de muerte las heridas”, como lo hizo el gobernador Diego de Ospina cuando mató al famoso cacique Calarcá<sup>644</sup>. Asimismo, realizaban tenebrosas ejecuciones ejemplares para atemorizar a los demás indios, como lo hizo el mismo Ospina cuando mandó a cortar las cabezas de los atacantes y ponerlas en los palos de la cerca del fuerte<sup>645</sup>, o las diferentes compañías que colgaban cuerpos ahorcados cerca a los caminos<sup>646</sup>, sin mencionar los indios que fueron muertos al ser tirados a los perros, o empalados en los caminos<sup>647</sup>. Sin embargo, el valor de los pijaos no decaía ante estas artimañas, pues como sociedad eminentemente guerrera, no temían a la muerte. Estas crueldades fueron, como

---

<sup>640</sup> Francisco García Fitz, “¿Más fuerte que la espada? El hambre como arma y motor de la guerra en la Castilla plenomedieval”, en *Guerra y carestía en la Europa medieval*, coords. Pere Benito i Monclús, Antoni Riera i Melis (España, Editorial Milenio, 2014), 37.

<sup>641</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R. 27, f. 1004v.

<sup>641</sup> “Autos para que se hagan ornamentos para las yglesias de coyayma y natagaima de la R<sup>l</sup> corona”, 1621-1623, en A.G.N., *Fábrica de Iglesias*, t. 15, doc. 5, ff. 995r, 999v, 1001v, 1002v, 1003v, 1004r; Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 247-248, 255-256.

<sup>642</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 998v.

<sup>643</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 135, 190, 205; “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en A.G.N., *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 276r, 277v.

<sup>644</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLII, 412.

<sup>645</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLII, 414.

<sup>646</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 1003v, 1005r, 1005v, 1006r, 1007r.

<sup>647</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XLII, XLVII, L, 414, 435, 445; “[Información de méritos y servicios del capitán Bernardo de Vargas Machuca], 1592, en A.G.I., *Patronato*, 164, R.1, ff. 98r-98v.

menciona fray Pedro Simón, “machacar en hierro frío”, al ver que los enemigos no se inmutaban ante ellas<sup>648</sup>.

### 3.1.4. ROPAJES Y COMIDAS

Los ropajes de los soldados parecen haber sido muy similares sin importar su procedencia étnica o geográfica. Utilizaban sobre todo mantas de algodón y algunas de lana. Éstas últimas eran usadas además para improvisar toldos donde guarecerse<sup>649</sup>. Por calzado llevaban siempre alpargatas, aunque puede suponerse que los oficiales y algunos hombres pudieron haber utilizado botas o botines. Para las camisas y pantalones se utilizaban varas de lienzo, traído principalmente desde Muzo y La Palma, y tocuyo (yute)<sup>650</sup>. Además de esto, algunos soldados llevaban también sombreros “del Reino”. Por lo general, el avío que se daba a cada soldado para participar en una jornada era de tres o cuatro mantas, ocho pares de alpargatas, y seis u ocho varas de lienzo o tocuyo<sup>651</sup>. Estas prendas no eran muy costosas, pero dada la inmensa cantidad requerida, los gastos ascendían a grandes sumas de dinero. El precio por una manta de lana era alrededor de un peso<sup>652</sup>; una de algodón, entre uno y dos pesos<sup>653</sup>; 8 o 12 pares de alpargatas, un peso<sup>654</sup>; una vara de lienzo, medio peso<sup>655</sup>; un sombrero del Reino, 6 tomines<sup>656</sup>.

Durante esta guerra el aprovisionamiento de comidas fue algo más complicado que de costumbre, pues si bien en cualquier jornada de pacificación y conquista contra indígenas

---

<sup>648</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo 48, 438.

<sup>649</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 204-205.

<sup>650</sup> Tocuyo era también una ciudad ubicada en la gobernación de Venezuela en la cual se fabricaba este tipo de tejido.

<sup>651</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en Archivo General de la Nación (A.G.N), *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 271r-271v, 272r-273v, 280r-286r.

<sup>652</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en Archivo General de la Nación (A.G.N), *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 287r, 337r.

<sup>653</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en Archivo General de la Nación (A.G.N), *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 273r, 280v, 316r.

<sup>654</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 166, 192-193; “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en Archivo General de la Nación (A.G.N), *Real Hacienda*, tomo 48, ff. 273v, 280r.

<sup>655</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en Archivo General de la Nación (A.G.N), *Real Hacienda*, tomo 48, f. 316r.

<sup>656</sup> “[Cuentas de gastos de la guerra con los pijaos, realizados por Rodrigo de Villalobos y Mendoza, teniente general de la gobernación de Popayán]”, 1609, en Archivo General de la Nación (A.G.N), *Real Hacienda*, tomo 48, f. 316r.



rebeldes se llevaba una buena cantidad de bastimentos, también se contaba con que se podría consumir lo que capturaran al enemigo. Sin embargo, debido a la táctica de la tala y quema de todas las comidas de los pijaos, incluyendo los frutales, los soldados poco o nada pudieron valerse de esta alternativa<sup>657</sup>. Por ello, el aprovisionamiento de los fuertes y campamentos fue de vital importancia y requería una perfecta administración. Los soldados salían desde las ciudades con bastantes cantidades de maíz, quesos, ganado (principalmente cerdos), y sal para hacer tasajos. Sin embargo, una vez adentrados en la tierra y guarecidos en los fuertes, dependían de los envíos de bastimentos que la Real Audiencia enviara a través de socorros remitidos desde las diferentes poblaciones, o en el caso del período de gobierno de don Juan de Borja, por medio de un particular avalado por el presidente. En el segundo caso, puede mencionarse la figura del capitán Alonso Ruiz de Sahajosa, vecino de Ibagué, quien desde 1607 enviaba periódicamente importantes cantidades de ganados, tasajos y maíz al fuerte del Chaparral<sup>658</sup>. Otra estrategia utilizada fue la siembra de un poco de maíz cerca a los fuertes con la ayuda de los indios de la cercana parcialidad de Anaytoma, actividad que fue también supervisada por el mencionado Sahajosa<sup>659</sup>. Sin embargo, y a pesar de todas estas previsiones, los inesperados sucesos de la guerra ocasionaron repetidas veces que los soldados se vieran en medio de la tierra enemiga sin nada que comer. En estas situaciones recurrían a medidas desesperadas, como la de comer los pocos caballos que llevaban, el cuero de las rodela y las petacas, o algunas papayas verdes, realmente desagradables<sup>660</sup>. También solían apretarse mucho el estómago con paños de lienzo, “con que lo pasaban menos mal”<sup>661</sup>.

---

<sup>657</sup> Víctor Manuel Patiño, *Recursos naturales y plantas*, 135.

<sup>658</sup> “[Información sobre los servicios militares de Alonso Ruiz de Sahajosa]”, en A.G.N., *Historia civil*, t. 17, doc. 6, ff. 250r-260r.

<sup>659</sup> “[Información sobre los servicios militares de Alonso Ruiz de Sahajosa]”, en A.G.N., *Historia civil*, t. 17, doc. 6, ff. 240r-241r.

<sup>660</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXXI y 48, 365, 439.

<sup>661</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo 48, 439.

## 3.2. BANDO INDÍGENA

### 3.2.1. ARMAMENTO

Aunque el armamento pijao era mucho más reducido que el utilizado por sus enemigos, esto no quiere decir que no fuera verdaderamente mortal y efectivo. Tanto sus armas como su estilo de lucha estaban diseñados para combates grupales y tácticas de emboscada.

El arma principal de los pijaos era, sin lugar a dudas, la lanza. Estas eran fabricadas de palma o guadua, y medían entre 25 y 30 palmos de largo (entre 5.2 y 6.2 metros)<sup>662</sup>. En las puntas colocaban una punta de palma delgada de madera más recia para hacer mayor daño al enemigo<sup>663</sup>, aunque al parecer también utilizaban el metal de los cañones de los arcabuces que robaban para hacer estas piezas<sup>664</sup>. Su efectividad era tal que incluso podían traspasar rodela de madera y sayos de armas<sup>665</sup>. En la parte inferior se colocaba una pequeña pieza de metal, conocida como recatón o regatón, la cual servía no solo para dar un mejor balance a la lanza, sino también para golpear con ella y abrir huecos en las paredes de los fuertes y casas que pretendían asaltar<sup>666</sup>. Desde muy tierna edad se adiestraba a los niños a utilizar este tipo de armas, de manera que desde muy jóvenes podían participar en la guerra<sup>667</sup>. Un ejemplo de esto es el caso de un muchacho pijao de unos catorce años quien, estando oculto entre la maleza, logró emboscar y matar con su lanza a un soldado llamado Roa, de la compañía del gobernador Diego de Ospina, a quien atravesó por entre dos costillas<sup>668</sup>. También había lanzas arrojadizas, como la que utilizaron para herir en la pierna al capitán Francisco de Poveda<sup>669</sup>.

Otras armas utilizadas fueron las macanas hechas de duras cortezas de palmas y con bordes afilados (ver imagen 1). Éstas eran de aproximadamente cuatro dedos de ancho y su longitud variaba entre la de una espada (1 metro) y un montante (1.7 metros)<sup>670</sup>. También hicieron uso de

---

<sup>662</sup> Julio César Cubillos, “Apuntes para el estudio, 63; Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 5; Fray Pedro Simón *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XL, 405.

<sup>663</sup> Julio César Cubillos, “Apuntes para el estudio”, 63.

<sup>664</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLIII, 419.

<sup>665</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXVII, 394.

<sup>666</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 6, 22.

<sup>667</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 991v.

<sup>668</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXVIII, 397.

<sup>669</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXVII, 392.

<sup>670</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes

dardos de palma arrojadizos, a los cuales se les amarraba palos de yesca para encenderlos e incendiar con ellos los fuertes de los españoles<sup>671</sup>. Estos dardos eran lanzados con la fuerza del brazo, pues al parecer los pijaos ignoraban el uso de arcos<sup>672</sup>. Por su parte, las hondas eran utilizadas para lanzar piedras del tamaño de un huevo, las cuales cargaban en mochilas<sup>673</sup>.

El uso de galgas, es decir, grandes piedras que eran lanzadas desde las alturas, fue también un arma ampliamente utilizada por los pijaos. Solían amontonarlas sobre angostas laderas por las que los españoles debían de pasar para soltarlas mientras aquellos marchaban por allí<sup>674</sup>. También solían dejarlas preparadas para lanzar y cubrir sus retiradas, tal como lo hicieron en el asalto a la estancia del capitán Hernando de Lorenzana, cerca de Ibagué, el 2 de julio de 1603<sup>675</sup>. Además utilizaban otro tipo de trampas, como hoyos llenos de estacones de palos de palmas que cubrían con varas delgadas y paja para que no se vieran y los enemigos cayeran en ellos<sup>676</sup>. Estos agujeros eran de dos estados de hondo<sup>677</sup> y su ancho era tal que en uno de ellos cabían dos hombres con sus caballos armados<sup>678</sup>.

No utilizaban ningún tipo de armadura para el combate, sino que peleaban completamente desnudos, lo que dificultaba sujetarlos en el combate con las manos<sup>679</sup>. Es posible que solo usaran algunas piezas ornamentales, como collares hechos de conchas de caracol y de materiales pétreos, o de dientes y muelas de sus enemigos, como también algunas narigueras y pectorales de oro y

---

de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 991v; Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 5.

<sup>671</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 996r.

<sup>672</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXVII, 391; “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 991v.

<sup>673</sup> Julio César Cubillos, “Apuntes para el estudio”, 64; Juan Rodríguez Freyle, *El Carnero*, 348.

<sup>674</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 992r.

<sup>675</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 209-211.

<sup>676</sup> Julio César Cubillos, “Apuntes para el estudio”, 65.

<sup>677</sup> Un “estado”, medida utilizada en la época para estimar la profundidad, equivalía aproximadamente a la estatura de un hombre promedio. Ver: Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*, f. 382r.

<sup>678</sup> Fray Pedro de Aguado, *Recopilación Historial*, 345.

<sup>679</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 5.

cobre<sup>680</sup>. Sin embargo, usaban escudos de cuero de ante con forma de paveses, los cuales echaban delante para protegerse mientras jugaban sus lanzas<sup>681</sup>.

Además de las armas nativas, los pijaos aprendieron a utilizar también el armamento traído e implementado por los españoles. Así, durante sus asaltos y emboscadas solían robar arcabuces y pólvora<sup>682</sup>, e incluso arrebatárselos de las manos a los soldados de las compañías que entraban a sus tierras<sup>683</sup>. En una ocasión, un grupo de pijaos comandados por un cacique llamado Chanama, atacó a los soldados del capitán Diego de Bocanegra en su expedición del año 1584. El cacique luchaba con una partesana, mientras que algunos de sus hombres disparaban escopetas, con las cuales lograron matar al soldado Francisco de Rojas<sup>684</sup>.

### 3.2.2. TÁCTICAS, ESTRATEGIA Y MODO DE LUCHA

Las tácticas y el estilo de lucha pijao se caracterizaba por ser grupal y sorpresivo. Era similar a lo que se conoce como guerra de guerrillas, es decir, realización de emboscadas y ataques rápidos, evitando en lo posible los enfrentamientos abiertos, por más que los enemigos los provocaran con el ondeo de banderas y el toque de tambores<sup>685</sup>. Si el bando español tenía cierta superioridad armamentística, el pijao contaba con la ventaja de un conocimiento detallado de la zona adquirido por siglos de asentamiento en aquella tierra. Además, a pesar de la idea que se tiene de la guerra indígena como algo desordenado o no tan estructurado como el estilo importado de Europa, lo cierto es que peleaban ordenadamente en escuadrones divididos. Tanto es así, que incluso el adelantado Pascual de Andagoya llegó a encontrarse en batalla contra una coalición de paeces y pijaos, en donde estos estaban formados en “escuadrón cerrado tan bien hordenado como se podrá hazer en toda Ytalia”<sup>686</sup>.

---

<sup>680</sup> Julio César Cubillos, “Apuntes para el estudio”, 57-58.

<sup>681</sup> Julio César Cubillos, “Apuntes para el estudio”, 64-65; Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 6-7; Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia Indiana*, 5.

<sup>682</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 6, 107-108.

<sup>683</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 1008v.

<sup>684</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXI, 366.

<sup>685</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 995r.

<sup>686</sup> “Relacion que da el adelantado de Andaboya de las tierras y probincias que abaxo se ara mencion”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, tomo I, 180.

Para montar sus emboscadas, solían buscar en la espesura del monte algún camino barrancoso y estrecho por el que los españoles tuvieran que pasar obligatoriamente. Se ubicaban a los lados, donde no pudieran ser vistos, no sin antes limpiar el terreno de árboles y ramas para poder maniobrar sus lanzas y dardos con facilidad. No se olvidaban tampoco de prevenir sus mortales galgas para despeñarlas y aplastar a sus enemigos<sup>687</sup>. Debido a lo angosto del camino, sumado a troncos y ramas que ubicaban para estorbar aún más, los soldados de las compañías debían de marchar necesariamente uno detrás de otro, lo que facilitaba la creación de un caos a la hora del ataque, pues una vez lanzada la emboscada, los hombres rompían la formación y se atropellaban entre ellos para salir de la mortal trampa<sup>688</sup>. En el momento del ataque, los indígenas daban grandes gritos y tocaban sus trompetillas y fotutos para atemorizar a sus oponentes y dar órdenes a los escuadrones<sup>689</sup>. Tanto durante como después de la refriega, solían despedazar los cuerpos de los enemigos caídos y cortarles las cabezas, como lo hicieron, por ejemplo, con don Pedro de Mendoza, hijo del gobernador de Popayán, don Vasco de Mendoza y Silva, y sus acompañantes, a quienes mataron en el camino a tres leguas de la ciudad de Cartago<sup>690</sup>, o con varios de los habitantes de Ibagué en su asalto a la ciudad el 20 de julio de 1606<sup>691</sup>. Todo se envolvía en un gran caos, pues a la ferocidad de los guerreros se sumaba el hecho de que casi siempre realizaban sus ataques en medio de la noche o la madrugada<sup>692</sup>.

Además de las emboscadas, los pijaos solían asaltar y desolar poblados que podían ir desde una pequeña estancia de un encomendero, hasta villas y ciudades importantes. Como ya se ha mencionado, sus continuos ataques ocasionaron el despoblamiento de varias ciudades y el desplazamiento de otras. La táctica utilizada para arremeter contra estos lugares fue más o menos constante a lo largo del tiempo. Su principal treta era prender fuego a las casas, las cuales ardían

---

<sup>687</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provinçia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 1000r, 1003r

<sup>688</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provinçia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 992r; Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXVII, 394; Fray Pedro de Aguado, *Recopilación Historial*, 337.

<sup>689</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provinçia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 1008v; Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 69, 127, 205-208; Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXV, XXXI, XXXIV, 335-336, 363, 381; Fray Pedro de Aguado, *Recopilación Historial*, 341.

<sup>690</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 115-117.

<sup>691</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXIV, 381.

<sup>692</sup> Julio César Cubillos, “Apuntes para el estudio”, 65.

con facilidad por ser casi todas hechas de techo pajizo, como lo hicieron en la villa de Neiva<sup>693</sup>, San Sebastián de la Plata<sup>694</sup>, Medina de las Torres<sup>695</sup>, o el repartimiento de doña Ana de Carrión que quedaba a seis leguas de Ibagué “la tierra adentro”<sup>696</sup>. Tras esto, entraban en escuadrones y lanceaban a cuantos se encontraran para después robar armas, comidas, ropajes, animales domésticos, e incluso personas<sup>697</sup>. Según fray Pedro Simón, durante el ataque de mediados de 1606 a Ibagué, los pijaos quemaron alrededor de 60 casas y mataron a 70 personas, entre hombres, mujeres y niños. Descuartizaban a quienes asesinaban y asaban y comían sus carnes durante el mismo ataque<sup>698</sup>.

Los caminos fueron los lugares de ataque favorito de los pijaos. En ellos robaban, asaltaban y mataban a cuanto incauto transeúnte se aventurara a cruzarlos sin escolta suficiente. Tal fue el caso, por ejemplo, de Sancho García del Espinal, gobernador de Popayán, quien fue asaltado en el camino del Quindío cuando regresaba de la ciudad de Santa Fe. En el ataque, los pijaos mataron a un español, dos esclavos africanos, tres indios de servicio, y la mayoría de sus mulas y caballos. Le robaron también más de 5.000 pesos de oro, joyas y plata labrada<sup>699</sup>. Tiempo después, las tropas del capitán Diego de Bocanegra encontrarían algunos de los objetos robados, como una cadena y un tejo de oro, y un arcabuz que tenía el nombre de García del Espinal grabado en letras de oro<sup>700</sup>.

Los pijaos también comprendieron rápidamente que una de las maneras más efectivas de hacer retroceder el avance e influencia de sus enemigos era acabar con sus repartimientos de indios encomendados. De esta forma cortaban de raíz la principal fuente de trabajo con la que se obtenían los recursos necesarios para la subsistencia y, tarde o temprano, forzaría a los habitantes

---

<sup>693</sup> Destruída en abril de 1569. Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXIV, 331.

<sup>694</sup> Quemada el 17 de junio de 1577. Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXIV, 331.

<sup>695</sup> Atacada en 1584 o 1585. Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXII, 369-370; “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 993r.

<sup>696</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 5-22.

<sup>697</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 5-22 “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 995r.

<sup>698</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXIV, 381.

<sup>699</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXX, 360.

<sup>700</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXI, 364-365.

de los lugares cercanos a abandonarlos<sup>701</sup>. En una fecha tan temprana como comienzos de 1570, Álvaro de Mendoza, gobernador de Popayán, informaba de que los pijaos habían comido a más de 500 indios de paz en la provincia de Neiva, y “mas de veinte mill yndios de quinze años a esta parte”<sup>702</sup>. Fray Pedro Simón se aventuraba a decir que los aguerridos indígenas habían matado y comido alrededor 40.000 indios de paz. Si bien las cifras pueden ser mentirosas o exageradas, da la idea de una situación usual y preocupante<sup>703</sup>.

Otras tácticas que utilizaron los pijaos en la guerra fue el uso de espías y de falsas propuestas de paz. Antes de lanzar su ataque sobre Ibagué, consultaron a un indio ladino llamado Belara, natural de la provincia de Cacataima, para que les diera más detalles acerca de las características, organización y funcionamiento de la población. Este indígena se había criado desde niño en casa de uno de los vecinos de la ciudad y servido al padre Andrés Ruiz, pero apostató y huyó a su tierra para ayudar a los suyos<sup>704</sup>. De manera similar, fueron varios los casos en que uno o varios indios se acercaban a los fuertes españoles para negociar la paz, aunque en realidad lo que buscaban era evaluar las defensas del enemigo para comunicarlo a sus tropas y capitanes<sup>705</sup>. De esta manera, por ejemplo, los pijaos sabían en qué lugar tenían fuego los soldados del fuerte para antes del ataque apagarlo con calabazos llenos de agua e impedir que pudieran encender las mechas para disparar sus arcabuces, o también conocer que algunos indios amigos entraban a trabajar al fuerte en la madrugada para así camuflarse entre ellos<sup>706</sup>.

En cuanto a la organización interna de sus tropas, es sabido que debido a la falencia de líderes supremos se solía elegir a una especie de capitán temporal para que dirigiera cada acción guerrera. Para ello, convocaban a *juntas* a las diferentes parcialidades por medio de señales de fuego y

---

<sup>701</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 3, 5, 7, 22, 28, 31-35 “Autos y diligencias hechas en razón del estado que al presente tiene la guerra de los indios pijaos y la demora y tributo que pagan los indios coyaimas y natagaimas de la real corona, y otras cosas a esto tocantes”, 1613, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.28, ff. 1016r-1016v, 1018v, 1025v, 1026r.

<sup>702</sup> “Carta de Álvaro de Mendoza, gobernador de Popayán, a Su Majestad”, Cali, 16 de enero de 1570, en A.G.I., *Quito*, 16, R.5, N.12, f.47v.

<sup>703</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXIV, 328.

<sup>704</sup> Fray Pedro “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, Relación y discurso de la Guerra..., 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 995v-995r.

<sup>705</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 999r, 1000r, 1006r; Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXVII y XXX, 342, 361.

<sup>706</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXX, 361-362.

humo<sup>707</sup>, en donde entre todos seleccionaban a su líder, el cual debía de ser un gran guerrero, y por lo general, también mohán o hechicero, como en el caso de Calarcá<sup>708</sup>.

### 3.3.3. ORGANIZACIÓN, RITOS, CREENCIAS Y COSTUMBRES GUERRERAS

Como pueblo eminentemente guerrero, el ejercicio de la guerra atravesaba de manera transversal los diferentes escenarios de la vida individual y grupal, llegando a configurarlos de manera decisiva. De ahí el gran peso y devoción de las costumbres religiosas relacionadas al ejercicio bélico. Antes de emprender cualquier acción hostil, consultaban a su mohán para conocer los presagios y augurios. Para ello, el hechicero ayunaba por ocho días durante los cuales se dedicaba a atizar un pequeño fogón. Cumplido este tiempo revisaban las cenizas y cocinaban unos bollos de maíz. Si la ceniza era blanca y los bollos quedaban enteros, se tomaba por buena señal; si salía negra y los bollos partidos, era concebido como una inminente catástrofe. Cuando al fin tenían la seguridad requerida, los guerreros salían a la jornada, no sin antes ser escupidos por los viejos de la comarca, lo que se consideraba una especie de bendición para preservarlos del peligro<sup>709</sup>. También se embetunaban el cuerpo con bija (achiote), y se pintaban líneas coloradas y amarillas en las caras<sup>710</sup>. Durante las campañas, el jefe electo no se cubría con ningún tipo de abrigo o prenda, no comía sal ni ají, ni yacía con mujer alguna. Si durante el camino alguno de ellos se lastimaba un dedo del pie, regresaba a su casa por considerar esto un muy mal augurio. De allí que a los buenos sucesos les llamaran “avidos con dedo sano”. Si tenían éxito en sus acciones, regresaban y repartían el botín. En caso de malos resultados, solían golpear al mohán y pedirle satisfacción por los daños recibidos, e incluso podían privarle de su oficio<sup>711</sup>.

Tenían otras costumbres como las de guardar pelos de animales dentro de calabacillos en sus casas. Según don Baltasar, indio pijao ladino y aliado de los españoles, “traían los pelos de león para que los hiciese valientes; los de la mona, trepadores; las plumas de águila y gavián para que

---

<sup>707</sup> Enrique Ortega Ricaurte, *Los inconquistables*, 106; Julio César Cubillos, “Apuntes para el estudio”, 66

<sup>708</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XXXIII, 376.

<sup>709</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 989v-990v; Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLI, 409.

<sup>710</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias históricas*, tomo VI, séptima noticia, capítulos XXXVII, XL, XLII, 394, 405-406, 411.

<sup>711</sup> “Relación y discurso de la Guerra que por especial cédula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, ff. 989v-990v.



los hiciese ligeros”<sup>712</sup>. También posicionaban ídolos de madera con armas y pintura de guerra en posición hacia el enemigo, los cuales creían que los ayudarían en la batalla<sup>713</sup>. Un evento particular que llama la atención es aquel en que algunos soldados del bando español se aventuraron a unas casas abandonadas de los pijaos, en donde encontraron una gran piedra con una concavidad en la parte inferior. En este lugar estaba atado un grillo con una delicada cuerda. Al parecer, el grillo simbolizaba a los soldados enemigos, a quienes habrían de vencer con sus galgas de piedra, tal como la que tenía encima el pequeño animal<sup>714</sup>.

Un último aspecto no menos importante, y que llamó la atención de los españoles, era el poco temor que tenían los pijaos a la muerte y su valentía para enfrentarla. Según el presidente don Juan de Borja, éstos eran “grandes sufridores de trabajos y de notable valor y animo en rreçivir la muerte y qualquier genero de tormento sin quexarse ni hazer desvio ni señal de sentimiento mas que si fuesen insensibles”<sup>715</sup>. En varias ocasiones fueron arrojados a los perros para que los despedazaran, sin que llegaran a mostrar flaqueza alguna por considerarse una gran cobardía<sup>716</sup>. Incluso en una ocasión, mientras un par de estos animales destrozaban las entrañas de un indio, este gritaba mil oprobios hacia los españoles, mencionando especialmente que todavía quedaban sus parientes y que éstos tomarían venganza “comiendo los hocicos de todos los españoles”<sup>717</sup>.

---

<sup>712</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XL, 405.

<sup>713</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XL, 405-406.

<sup>714</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo, XL, 405-406.

<sup>715</sup> “Relaçion y discurso de la Guerra que por especial çedula y horden de su magestad cometida a Don Joan de Borja Presidente Governador y Cappitan General del Nuevo Reyno de Granada se haze contra los indios rebeldes de la provincia de los Pixaos”, 20 de junio de 1608, en A.G.I., *Patronato*, 196, R.27, f. 991v.

<sup>716</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLII, 414.

<sup>717</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias historiales*, tomo VI, séptima noticia, capítulo XLVII, 435.

## CONCLUSIONES

Esta tesis tuvo como objetivo principal ahondar en las características y formas de organización que tuvo la guerra contra los pijaos entre 1550 y 1615. Este conflicto de tan prolongada duración, y quizás uno de los más recordados del pasado colonial de la actual Colombia, permite analizar con cierto nivel de detalle las maneras en que se desarrolló el ejercicio bélico, tanto por parte de los indígenas como de los españoles, en especial por la abundante cantidad de información en documentos de archivo, crónicas, y hallazgos arqueológicos.

También se buscó ofrecer una imagen de los pijaos y la población que hacía parte del régimen hispánico más acorde a lo que puede deducirse de la documentación y evidencia arqueológica con la que se cuenta hasta hoy día. En sentido opuesto a la tradicional identificación de su accionar como una lucha entre la civilización y el salvajismo o como una utópica resistencia en contra de la opresión, se propendió por una comprensión que diera cuenta hasta donde fuera posible de la intrincada composición política, social, cultural y económica de este conglomerado de grupos y etnias que habitaron el territorio de frontera que mediaba entre la gobernación de Popayán y el distrito de la Audiencia de Santa Fe. Más que el enfrentamiento entre dos bandos monolíticos, lo que se dio fue una reestructuración de identidades e intereses en la que ambas partes se vieron influenciadas y modificadas según las condiciones y las particularidades que la guerra generó.

Los pijaos, como se evidenció, no eran una sola nación de guerreros salvajes, sino que era un aglomerado de tribus de las cuales algunas se unieron a los españoles, mientras que otras decidieron resistir al avance de la colonización. Su estilo de vida y relaciones con otros grupos indígenas fueron tanto de paz como de guerra, pues estas se modificaron a lo largo del tiempo que duró el conflicto, como por ejemplo los contactos con sus vecinos paeces, con quienes durante el siglo XVI atacaron y despoblaron varias ciudades, pero contra quienes tendrían que luchar a comienzos del siglo XVII cuando decidieron someterse y aliarse a las tropas españolas que penetraron con real dureza en su zona de habitación. No se trataba entonces, como se ha querido ver en ocasiones, de unos adalides de la libertad indígena, pues la clave para derrotarlos fue precisamente el empleo de tropas de indios amigos que desde tiempos prehispánicos tenían rivalidades contra los pijaos de la sierra. Por medio del estudio detallado de sus formas de habitación, organización social, actividades de subsistencia, densidad demográfica y

motivaciones guerreras, el lector pudo hacerse una mejor imagen de estos indígenas para así comprender su accionar y justificaciones en la guerra.

Por parte del bando hispánico, se realizó un repaso general por la situación del Nuevo Reino y de la gobernación de Popayán que llevó a la expansión hacia el territorio pijao en la Cordillera Central. La necesidad de mano de obra indígena, yacimientos auríferos, comunicación entre centros poblados, y recompensas a conquistadores que no habían obtenido mayores ganancias en empresas anteriores, hicieron imperante este fenómeno que dio paso a la fundación de ciudades y a la expansión del régimen colonial español. La guerra contra los pijaos comenzó entonces como una manera de desplazar la frontera imperial a la vez que trataba de defender los puestos avanzados que poco a poco iban apareciendo en el territorio. De esta forma, la justificación del conflicto se articuló con base en intereses políticos, económicos y sociales, pero también bajo el amparo del marco legal y cultural europeo con premisas como el derecho y el deber de la defensa o la esclavización de aquellos que practicaran el canibalismo. A partir de entonces, comenzaría una larga sucesión de capitulaciones con particulares para realizar entradas y someter a los pijaos a su costa, como también la preparación de la defensa de las ciudades y caminos por parte de los encomenderos, vecinos, mercaderes, y habitantes en general.

En cuanto a la forma de organización y financiamiento de la guerra, se expusieron los diferentes métodos y formas que tuvo a lo largo del conflicto, resaltando que, a diferencia de las tesis que sostienen una división tajante entre las maneras de administración bélica en diferentes períodos, lo cierto es que lo usual fue que se realizara una conjugación de maneras de financiación y organización en donde entraban a forma parte la herencia bélica del pasado medieval ibérico, las experiencias en otras partes de Indias y en campos de batalla europeos, y los desarrollos propios de carácter regional y local llevados a cabo por los hombres baquianos de la tierra. Si bien sí existieron algunos cambios significativos, sobre todo con la llegada del presidente don Juan de Borja en 1605, donde se evidenció una participación mayor del temprano Estado moderno, esto no quiere decir que sustituyó por completo la manera tradicional de hacer la guerra.

La financiación se realizó por medio de tres fuentes principales: 1) a costa de particulares que capitulaban con la Real Audiencia; 2) por derramas que debían ser recogidas entre los vecinos y encomenderos de las ciudades; y 3) por medio de la extracción de dineros de la Real Hacienda. También se realizaban donaciones graciosas con el fin de obtener favores de las autoridades y el rey, pero no fueron una fuente de ingresos considerable a comparación de las otras. Si bien la

primera y la segunda fueron las formas más utilizadas para la obtención de dinero que solventara el conflicto, la última, aunque ya había sido utilizada y propuesta en campañas como la de 1585 y 1603, solo vino a participar de manera activa a partir de 1605, financiando aproximadamente un 37.5% de la campaña llevada a cabo por Borja. En esta última fase se logra distinguir el uso de los tres métodos mediante el uso de recursos de las arcas reales, el cumplimiento de las obligaciones de vecinos y encomenderos, y las capitulaciones, como la que se realizó con Pedro de Velasco y Zúñiga.

La organización y constitución de las tropas respondió sobre todo a formas propias desarrolladas en el margen de la Conquista americana y a la composición de la sociedad y la población que desde la segunda mitad del siglo XVI habitaba el territorio estudiado. De esta forma, las compañías rondaban los treinta hombres, cuya mayoría estaban entre los 20 y 30 años de edad, y que habían nacido en ciudades de frontera como Ibagué o Tocaima. Además, se trataba de una mezcla étnica particular, pues tanto blancos españoles, como mestizos, mulatos, e indios aliados componían el grueso de las tropas. Su reclutamiento se llevaba a cabo por ofrecimientos personales o en representación de vecinos encomenderos que debían responder a sus obligaciones militares. Con el paso del tiempo, en especial a partir del siglo XVII, puede decirse que había en el Nuevo Reino y en Popayán una soldadesca semiespecializada, es decir, hombres que se dedicaban a ganarse la vida por medio del ejercicio de las armas. De esta forma, los grupos de gente de guerra pasaron de ser compuestos por personas armadas temporalmente, a estructurarse bajo la expansión del oficio de soldado. El establecimiento de un salario estable remitido desde las arcas reales, a diferencia de la obtención de un botín prometido por un caudillo (muchas veces inexistente), fue un factor clave en el desarrollo de esta característica de la guerra.

Por último, la descripción detallada de la vida cotidiana y la cultura material de los hombres de ambos bandos que sufrieron en carne propia las inclemencias de la guerra, buscó no solo ubicar la investigación a un nivel más tangible y sensible, sino también evidenciar de qué manera los grandes procesos y estructuras anteriormente estudiadas afectaron a los actores históricos en su cotidianidad. Por medio del estudio del armamento, equipo defensivo, tácticas, aprovisionamiento, creencias, y ritos, se vio cómo, por parte del bando hispánico, se trató de una conjunción entre la herencia de la Conquista y el uso de implementos de la tierra para sobrevivir. La implementación de tácticas como la tala y la tierra quemada, la construcción de

fuertes, o el uso de armas y armaduras como el arcabuz y el escaupil, denota claramente las diferentes influencias que los hombres de guerra adoptaron a su situación. Por su parte, los indígenas pijaos, cuya habilidad e ingenio para la guerra no podía ser obviado por sus contendores por más que los repudiasen, se valieron tanto de técnicas bélicas propias de carácter tradicional, en donde resaltan la emboscada y la preparación de trampas, como de influencias y adaptaciones que hicieron de sus enemigos, como el uso de alabardas, escopetas, sabotaje de armamento, o tácticas para infundir miedo y pavor entre los soldados que entraban a su territorio.

## ANEXO

### ANEXO 1

**Vecinos y encomenderos que realizaron donaciones gratuitas a la campaña dirigida por el presidente don Juan de Borja en los años de 1606 a 1608 (en oro de 13 quilates)**

Nombre	Cantidad	Información
Alonso Bravo de Montemayor	130 pesos	
Capitán Luis de Colmenares	120 pesos, 6 tomines, 6 granos	
Cristóbal Bautista Quijada	50 pesos	
Don Cristóbal Clavijo	130 pesos	
Francisco de Estrada	200 pesos	
Doña María Maldonado	200 pesos	
Francisco de Ortega	450 pesos	Vecino de Santa Fe
Simón de Sosa	26 pesos	Es lo que valieron 30 tostones de a ocho reales
Gaspar López Salgado	132 pesos, 4 tomines	
Capitán Pedro Juárez De Villena	116 pesos, 2 tomines	
Alonso Arias	70 pesos	
Pedro del Monte	50 pesos	Vecino de Tunja

Doña Isabel Lanchero	176 pesos, 2 tomines, 6 granos	
Diego Maldonado	128 pesos	
Luis Cardoso	139 pesos	
Juan Bautista de Bermeo	130 pesos	
Diego Ordóñez (Boticario)	10 pesos, 4 tomines	Es lo que valieron 12 tostones de a ocho reales
Juan Díez	10 pesos, 4 tomines	Tratante
Pedro Ramos	6 pesos	Tratante
Roque Cortés	6 pesos	
Hernán Rodríguez	5 pesos	Tratante
Capitán Pedro Flores	50 pesos	
Martín de Verganzo	128 pesos, 4 tomines	
Simón del Basto	150 pesos	Vecino de Pamplona. Para el avío de los soldados que había traído a su cargo.
Juan Román Pérez	10 pesos	Tratante
Antonio Ascencio	10 pesos	
Antón Calvo	10 pesos	
Domingo Sánchez	20 pesos	
Diego Martín Tomé	10 pesos	
Francisco Díaz	10 pesos	

Alexandre de Salinas	10 pesos
Juan Moyano	15 pesos
Juan de Chávez	10 pesos
Alonso Muñoz	10 pesos
Andrés Martín	10 pesos
Juan de Pérez	10 pesos
Manuel Fernández	20 pesos
Cristóbal de los Reyes	20 pesos
Pedro de Castro	15 pesos
Diego de la Cruz	10 pesos
Pedro Mateo	15 pesos
Diego Villanueva	10 pesos
Pedro de Chavarría	6 pesos
Pedro García	10 pesos
Gabriel Pérez	10 pesos
Pedro Rodríguez de Nájera	10 pesos
Bartolomé Díaz	6 pesos
Juan García Durán	6 pesos
Juan Marín	10 pesos
Hernán González	6 pesos
Lorenzo Suárez	10 pesos
Bartolomé García	6 pesos



Diego de León	10 pesos	
Francisco Rodríguez	10 pesos	
Miguel Rata	6 pesos	
Diego García	10 pesos	
Antonio Patiño	6 pesos	
Diego López Salgado	50 pesos	
Juan Francisco Rodríguez	130 pesos	
Diego Osorio	50 pesos	
Juan Martín	10 pesos	Asturiano
Pelayo de Alurturco	100 pesos	
Íñigo de Alviz	50 pesos	
Don Francisco de Rivadeneira	30 pesos	
Juan del Río	130 pesos	
Pedro Díez	130 pesos	
Antonio García	150 pesos	
Andrés Franco	65 pesos	
Hernándo Juárez	10 pesos	
Alonso Ruiz	10 pesos	
Juan de Olivares	40 pesos	
García Bravo	20 pesos	

Sebastián Pérez	20 pesos	
Juan de Mandojana	10 pesos	
Jaime de Salinas	20 pesos	
Álvaro González	6 pesos	
Francisco Sereno	12 pesos	
Sebastián de Alcivia	50 pesos	
Quevedo	19 pesos, 4 tomines	
Bartolomé Concomo	10 pesos	
Jusephe López	9 pesos, 6 tomines, 6 granos	
Domingo de	12 pesos	
Domingo Pérez	4 pesos	
Malvenda	4 pesos	Tratante
Juan López Coronado	10 pesos	
Juan Sánchez	10 pesos	Carpintero
Pedro Díez Nieto	65 pesos	
Juan Sánchez Hurtado	761 pesos, 6 granos	
Pedro de Silvera	6 pesos	Portugués
Melchor de Aguirre	10 pesos	Zapatero
Esteban Martín	20 pesos	
Pedro de Alviz	5 pesos	

Domingo de Guevara	130 pesos	
Corregidor de Tunja	70 pesos	Es en lo que vendió 10 caballos
Juan de Silva Collantes	12 pesos	Precio de dos caballos muy malos que dio
Juan Clemente de Chávez	105 pesos	
Juan Capa de Lagos	30 pesos	
Juan Capa de Lagos	160 pesos	100 de ellos por Juan de Salazar, 40 por Álvaro Juárez de Deza, y 20 por Francisco de Avendaño
Pedro Niño	20 pesos	Precio de dos caballos que dio
Juan Beltrán de Lazarte, el mozo	400 pesos	
Gaspar Núñez	150 pesos	Clérigo
Esteban de Orejuela	81 pesos, 4 tomines	
Pedro de Orejuela	41 pesos	
Don Diego de Vargas	5 pesos	Por 20 libras de cuerda que faltaron
Capitán Bernardino de Rojas	50 pesos	

**Fuente:** “Cuenta de Juan de Valladolid proveedor y pagador que fue de la guerra contra los yndios llamados pejaos, desde 1º de julio de 1606 hasta 23 de diciembre de 1608”, 1606-1608, en A.G.I., *Contaduría*, 1306, ff. 2-7.

## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

### FUENTES MANUSCRITAS

#### ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN (BARCELONA)

Fondo *Consejo de Aragón*, legajos 0634

#### ARCHIVO CENTRAL DEL CAUCA (POPAYÁN)

Fondo *Cabildo*, tomo Libros de Belalcázar

#### ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (SEVILLA)

Fondo *Contaduría*, 1306

Fondo *MP-México*, 41

Fondo *MP-Panamá*, 24, 31

Fondo *MP-Santo Domingo*, 13, 16

Fondo *Patronato*, 157, 164, 196, 233

Fondo *Quito*, 8, 16, 29

Fondo *Santa Fe*, 17, 18, 65, 134, 147, 191, 528

#### ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (BOGOTÁ)

Fondo *Caciques e Indios*, 6, 48bis, 52

Fondo *Curas y obispos*, 43

Fondo *Encomiendas*, 9, 13, 25, 31

Fondo *Fábrica de Iglesias*, 15

Fondo *Historia Civil*, 12, 17, 18

Fondo *Poblaciones*, 2

Fondo *Real Hacienda*, 30, 48

Fondo *Tributos*, 20

Fondo *Visitas Tolima*, 1

#### **ARCHIVUM ROMANUS SOCIETATIS IESU (ROMA)**

Fondo *Novi Regni et Quito*, tomo 12

#### **BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA (MADRID)**

Signatura MSS/12063

#### **FUENTES IMPRESAS**

Aguado, Fray Pedro de. *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*, 2 tomos. Madrid: Establecimiento tipográfico de Jaime Ratés, 1916.

Aguado, Fray Pedro de. *Recopilación Historial*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1906.

Almirante, José. *Diccionario militar etimológico, histórico, tecnológico, con dos vocabularios francés y alemán*. Madrid: Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1869.

Anónimo. “Visita de 1560”, en Tovar Pinzón, Hermes. *No hay caciques ni señores*. Barcelona: Sendai, 1988, 21-120.

Brancaccio, Lelio. *Cargos y preceptos militares*. Barcelona: Sebastián y Jaime Matevad, 1639.

“Carta de Don Juan de Borja sobre el estado de la guerra contra los indios Pijao [12 de junio de 1611]”. En *Relaciones y Visitas a los Andes*, ed. Hermes Tovar Pinzón, cinco tomos. Bogotá: Tercer Mundo, 1993-2010. Tomo IV, 487-498.

Casas, Bartolomé de las. *Narratio regionum indicarum per hispanos quosdam denastatarum verissima* (sumptibus Johan Theodo. de Bry: Typis Hieronymi Galleri, 1614),

Castellanos, Juan de. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Bogotá: Gerardo Rivas Moreno, 1997.

*Catálogo de la Real Armería*. Madrid: Por Aguado, impresor de Cámara de S.M., 1849.

*Colección de Documentos inéditos para la historia de Chile: desde el Viaje de Magallanes hasta la Batalla de Maipo: 1518-1818*, colectados y publicados por J. T. Medina. Santiago de Chile: Imprenta Elzeviriana, 1901. Tomo XXVIII.

Colón, Cristóbal. *Diario de bordo*. Madrid: DASTIN, 2000.

*Corpus de Carlos V*, cinco tomos, ed. Manuel Fernández Álvarez. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1975.

Cortés, Hernán. “Tercera carta-relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V. Coyoacán, 15 de mayo de 1522”, en *Cartas de relación*, 97-172. México: Editorial Porrúa, 1994.

Covarrubias, Sebastián de. *Tesoro de la Lengua Castellana*. Madrid: Luis Sánchez, 1611.

Crooke y Navarrot, Juan Bautista (Conde de Valencia de Don Juan). *Catálogo Histórico-Descriptivo de la Real Armería de Madrid*. Madrid: Fototipias de Hauser y Menet, 1898.

D’Wartelet, Jorge. *Diccionario Militar*. Madrid: Imprenta de D. Luis Palacios, 1863.

“Descripción del Nuevo Reyno [Santafé 9 de junio de 1572]”. En *Relaciones y Visitas a los Andes*, ed. Hermes Tovar Pinzón, cinco tomos. Bogotá: Tercer Mundo, 1993-2010. Tomo III, 267-321.

*Diccionario Militar*, trad. Raimundo Sanz. Madrid: Oficina de D. Gerónimo Ortega y Herederos de Ibarra, 1794.

“Don Juan de Borja informa sobre la guerra contra los indios Pijao [25 de mayo de 1610]”, en *Relaciones y Visitas a los Andes*, ed. Hermes Tovar Pinzón, cinco tomos. Bogotá: Tercer Mundo, 1993-2010. Tomo IV, 473-484.

Eguiluz, Martín de. *Milicia, discurso y regla militar*. Amberes: Casa de Pedro Bellero, 1595.

Escalante, Bernardino de. *Diálogos del Arte Militar*. Bruselas: Casa de Rutger Velpio, 1595.

Fernández de Piedrahita, Lucas. *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Amberes: Juan Baptista Verduffen, 1688.

Flórez de Ocariz, Juan. *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*, cinco tomos. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1990 [1676].

García de Palacio, Diego. *Dialogos militares de la formacion, é informacion de Personas, Instrumentos, y cosas nescessarias para el buen uso de la Guerra*. México: Casa de Pedro Ocharte, 1583.

Gheyn, Jacob de. *Maniement d'Armes, d'Arquebuses, Mousquetz et Piques*. Amsterdam: Robert de Baudous, 1608.

“Informe de Domingo de Erazo sobre la guerra contra los indios pijaos, 1606”. Transcripción por Mauricio Arango Puerta. *Historia y Sociedad*, núm. 33 (julio-diciembre 2017): 380-396.

Isaba, Marcos de. *Cuerpo enfermo de la milicia española*. Madrid: Casa de Guillermo Drovy, 1594.

*Las siete partidas del rey don Alfonso El Sabio*, tres tomos. Madrid: Imprenta Real, 1807.

Lechuga, Cristóbal. *Discurso del capitán Cristoval Lechuga*. Milán: Palacio Real y Ducal, 1611.

Leguina, Enrique de. *Glosario de voces de armería*. Madrid: Librería de Felipe Rodríguez, 1912.

Londoño, Sancho de. *El discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Bruselas: Casa de Roger Velpius, 1589.

López de Velasco, Juan. *Geografía y descripción universal de las Indias*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1894.

Maquiavelo, Nicolás. “El Arte de la Guerra”, en *Maquiavelo*. Madrid: Gredos, 2011.

Master Certificate of Domingo Pérez de Aguilar (Mexico City, 1730). Traducido al inglés por Matt Galas. *Monumenta Historica Dimicatoria*, núm. 1 (2013): 2-9.

“Memorial que da Fray Geronimo Descobar Predicador de la Orden de Sant Agustin al Real Consejo de Yndias de lo que toca a la Provincia de Popayan (1582)”. En *Relaciones y Visitas a los Andes*, ed. Hermes Tovar Pinzón, cinco tomos. Bogotá: Tercer Mundo, 1993-2010. Tomo I, 385-427.

Mendoza, Bernardino de. *Comentarios de Don Bernardino de Mendoça, de lo sucedido en las Guerras de los Payses baxos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Madrid: Pedro Madrigal, 1592); *Theorica y práctica de guerra* (Amberes: Emprenta Plantiniana, 1596.

*Museo-Armería de D. José Estruch y Cumella*. Barcelona: 1896.

Ortega Ricaurte, Enrique. *Los inconquistables. La guerra de los pijaos*. Bogotá: Archivo Nacional de Colombia, 1949.

Ortega Ricaurte, Enrique. *San Bonifacio de Ibagué del Valle de las Lanzas. Documentos para su historia*. Bogotá: Editorial Minerva, 1952.

Pacheco de Narváez, Luis. *Libro de las grandezas de la espada*. Madrid: Por los herederos de Iván Iñiguez de Lequerica, 1605.

Poma de Ayala, Felipe Guamán. *Nueva Coronica y Buen Gobierno*, dos tomos. Caracas: Biblioteca de Ayacucho, 1980 [ca. 1615].

Pulgar, Fernando. *Claros varones de Castilla y Letras*. Madrid: Don Gerónimo Ortega e hijos de Ibarra, 1789.

Pulgar, Fernando del. *Glosa a las Coplas de Mingo Revulgo*. Edición digital a partir de la de Jesús Rodríguez Bordona, Madrid, Espasa-Calpe, 1958, URL: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/glosa-a-las-coplas-de-mingo-revulgo--0/html/> (consultado el 20 de junio de 2018).

*Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*. Madrid: Julián de Parede), 1681.

“Relación de las cosas notables que hay en el distrito de esta Audiencia de el Nuevo Reyno de Granada [ca. 1608]”. En *Relaciones y Visitas a los Andes*, ed. Hermes Tovar Pinzón, cinco tomos. Bogotá: Tercer Mundo, 1993-2010. Tomo III, 483-501.

“Relaçion de las provinçias, çiudades y lugares que se contienen y comprehenden en el gobierno de Popayán, mandado a hazer por el governador don Lorenço de Villaquirán para remitir a Su Magestad [ca. 1635]”. Transcripción por Juan David Montoya Guzmán. En *Historia y Sociedad*, núm. 23 (julio-diciembre 2012): 269-281.

“Relación de Popayán (Siglo XVI)”. En *Relaciones y Visitas a los Andes*, ed. Hermes Tovar Pinzón, cinco tomos. Bogotá: Tercer Mundo, 1993-2010. Tomo I, 468-472.



“Relacion que da el adelantado Andaboya de las tierras y probincias que abaxo se ara mencion”. En *Relaciones y Visitas a los Andes*, ed. Hermes Tovar Pinzón, cinco tomos. Bogotá: Tercer Mundo, 1993-2010. Tomo I, 103-186.

Rodríguez Freyle, Juan. *El Carnero*. Caracas: Biblioteca de Ayacucho, 1979.

Salazar, Diego de. *Tratado de re militari*. Bruselas: Casa de Roger Velpius, 1590.

Simón, Fray Pedro. *Noticias Historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, seis tomos. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1981.

Solórzano y Pereira, Juan de. *Política Indiana*. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta, 1776.

Ufano, Diego. *Tratado de la Artillería y uso della*. Bruselas: Casa de Juan Momarte, 1613.

Valdés, Francisco de. *Espejo y disciplina militar*. Bruselas: Casa de Roger Velpius, 1596.

Vargas Machuca, Bernardo de. *Milicia Indiana*. Caracas: Biblioteca de Ayacucho, 1994 [1599].

## BIBLIOGRAFÍA

Acevedo Tarazona Álvaro, y Sebastián Martínez Botero, “El camino Quindío en el Centro Occidente de Colombia. La ruta, la retórica del paisaje y los proyectos de poblamiento”. *Estudios Humanísticos. Historia*, núm. 4 (2005), 9-36.

Amaya Palacios, Sebastián. “Las galeras de Cartagena de Indias (1578-1624). *Revista de historia naval*, núm. 138 (2017):27-45.

Anderson, Perry. *El Estado absolutista* (México D.F.: Siglo XXI, 1998).

Arens, William. *The Man-Eating Myth: Anthropology and Anthropophagy*. New York: Oxford University Press, 1979.

Avellaneda Navas, José Ignacio. “La vida cotidiana en la Conquista”. En *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, editado por Beatriz Castro Carvajal, 15-56. Bogotá: Norma, 1996.

Avellaneda Navas, José Ignacio. *La expedición de Alonso Luis de Lugo al Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco de la República, 1994.

Avellaneda Navas, José Ignacio. *La expedición de Sebastián de Belalcázar al Mar del Norte y su llegada al Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco de la República, 1992.

Avellaneda Navas, José Ignacio. *La jornada de Jerónimo Lebrón al Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco de la República, 1993.

Avellaneda Navas, José Ignacio. *Los compañeros de Federman: cofundadores de Santa Fe de Bogotá*. Bogotá: Tercer Mundo, 1990.

Avellaneda Navas, José Ignacio. *La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada al Mar del Sur y la creación del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco de la República, 1995.

Avellaneda Navas, José Ignacio. *The Conquerors of the New Kingdom of Granada*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1995.

Black, Jeremy. *A Military Revolution? Military Change and European Society, 1550-1800*. Londres: MacMillan Press, 1991.

Boccaro, Guillaume. “Etnogénesis mapuche: resistencia y reestructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVI-XVIII)”. *The Hispanic American Historical Review*, vol. 79, núm. 3 (agosto, 1999), 425-461.

Bolaños, Álvaro Félix. *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios pijaos de fray Pedro Simón*. Bogotá: CEREC, 1994.

Bonilla Mayta, Heraclio. «Este reyno se va consumiendo...»: *las minas de la provincia de Mariquita en el siglo XVII*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá), Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia, 2017.

Cadenas y López, Ampelio Alonso de y Adolfo Barredo de Valenzuela y Arrojo, *Nobiliario de Extremadura*, tomo VII. Madrid: Ediciones de la revista Hidalguía, 2002.

Cadenas y López, Ampelio Alonso de y Adolfo Barredo de Valenzuela y Arrojo, *Nobiliario de Extremadura*, tomo IV. Madrid: Ediciones de la revista Hidalguía, 1999.

Caillavet, Chantal. “Antropofagia y Frontera: El caso de los Andes Septentrionales”. En *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*, comp. Chantal Caillavet y Ximena Pachón, 57-109. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Universidad de los Andes, 1996.

- Calvert, Albert F. *Spanish arms and armour*. Londres: J. Lane; New York: J. Lane Company, 1907.
- Carlyle, Thomas. *Los héroes* (Madrid: SARPE, 1985).
- Carrillo Cázares, Alberto. “Las juntas teológicas de México sobre la guerra chichimeca (1567-1575)”. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 70 (1997): 106-127.
- Carrillo Cázares, Alberto. *El debate sobre la Guerra Chichimeca, 1531-1585: derecho y política en Nueva España*. Zamora, Mich.: El Colegio de Michoacán, El Colegio de San Luis, 2000.
- Chicangana-Bayona, Yobenj Aucardo. *Imágenes de caníbales y salvajes del Nuevo Mundo: de lo maravilloso medieval a lo exótico colonial, siglos XV-XVII*. Bogotá: Editorial universidad del Rosario, Escuela de Ciencias Humanas, 2013.
- Clastres, Pierre. “Arqueología de la violencia: la guerra en la sociedad primitiva”, en *Investigaciones en antropología política*, 180-216. Barcelona: Gedisa, 1981.
- Clavijo Ocampo, Hernán. *Formación histórica de las élites locales en el Tolima*, dos tomos. Bogotá: Banco Popular, 1993.
- Colmenares, Germán. “La economía y la sociedad coloniales, 1550-1800”, en *Nueva Historia de Colombia*, vol. 1, director científico Jaime Jaramillo Uribe, 117-152. Bogotá: Planeta, 1989.
- Colmenares, Germán. *Historia económica y social de Colombia, 1537-1719*. Medellín: La Carreta, 1978.
- Colmenares, Germán. *La provincia de Tunja en el Nuevo Reino de Granada. Ensayo de Historia Social (1539-1800)*. Bogotá: TM Editores, 1997.
- Córdoba Ochoa, Luis Miguel. “Guerra, Imperio y Violencia en la Audiencia de Santa Fe, Nuevo Reino de Granada. 1580-1620”. Tesis doctoral, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2013.
- Crossman, R. H. S. *Biografía del Estado Moderno*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Cubillos, Julio César. “Apuntes para el estudio de la cultura pijao”. *Boletín de Arqueología*, vol. 2, núm. 1 (enero-marzo 1946), 47-81.
- Cubillos, Julio César. “Arqueología de Rioblanco (Chaparral, Tol.)”. *Boletín de Arqueología*, vol. 1, núm. 6 (noviembre-diciembre 1945): 519-530.

Cuervo, Jesús y Alejandro Caicedo. *Camino de Santa Isabel. Su historia, conveniencia y practicabilidad y ventajas sobre los demás que atraviesan la Cordillera Central*. Bogotá: Imprenta Zalamea Hermanos, 1888.

Díaz López, Zamira. *Oro, sociedad y economía. El sistema colonial en la Gobernación de Popayán: 1533-1733*. Bogotá: Banco de la República, 1994.

Dueñas Beraiz, Germán. “Introducción al estudio tipológico de las espadas españolas: siglos XVI-XVII”. *Gladius*, núm. 24 (2004): 209-260.

Elias, Norbert. *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2016.

Elliott, John H. *Empires of the Atlantic world: Britain and Spain in America, 1492–1830*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2006.

Espinosa Rico, Miguel Antonio y Salomón Salazar Morales. *Poblamiento y espacios en el Alto Magdalena-Tolima. La configuración histórica del territorio*. Ibagué: Centro de Estudios Regionales de la Universidad del Tolima, 2003.

Friede, Juan. *Los Quimbayas bajo la dominación española*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1982.

Gangotena y Jijón, Cristóbal. *Genealogía de la Casa de Borja*. Quito: Imprenta Nacional, 1932.

García Fitz, Francisco. “¿Más fuerte que la espada? El hambre como arma y motor de la guerra en la Castilla plenomedieval”. En *Guerra y carestía en la Europa medieval*, coords. Pere Benito i Monclús, Antoni Riera i Melis, 35-64. España, Editorial Milenio, 2014.

Gil Pujol, Xavier. “Integrar un mundo. Dinámicas de agregación y de cohesión en la Monarquía de España”. En *Las Indias Occidentales. Procesos de incorporación territorial a las Monarquías Ibéricas*, eds. Óscar Mazín y José Javier Ruiz Ibáñez, 69-108. México D.F: El Colegio de México, 2012.

Góngora, Mario. *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530). Fisionomía histórico-social de un tipo de conquista*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Centro de Historia Colonial, 1962.

González de León, Fernando. “‘Doctors of the Military Discipline’: Technical Expertise and the Paradigm of the Spanish Soldier in the Early Modern Period”. *The Sixteenth Century Journal*, vol. 27, núm. 1 (1996): 61-85.

Gruzinski, Serge. *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Guerrero L. Cristián. “¿Un ejército profesional en Chile durante el siglo XVII?”. *Tradición y Saber*, año 10, núm. 2 (2013): 31-50.

Guzmán, Ángela Inés. *Poblamiento e historias urbanas del Alto Magdalena Tolima. Siglos XVI, XVII y XVIII*. Bogotá: Ecoe ediciones, 1996.

Hermoso Rivero, José María. “Jerónimo Sánchez de Carranza (¿1539-1608?), creador de la verdadera destreza y gobernador de Honduras”. *Cartare (Boletín del Centro de Estudios de la Costa Noroeste de Cádiz)*, núm. 5 (2015): 65-98.

Hintze, Otto. “Esencia y transformación del Estado moderno (1931)”. En *Historia de las formas políticas*, 293-322. Madrid: Editorial Revista de Occidente, 1968.

Huizinga, Johan. *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial, 1982.

Jara, Álvaro. *Guerra y Sociedad en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria S.A., 1981.

Jaramillo E., Luis Gonzalo. “Guerra y Canibalismo en el valle del río Cauca en la época de la Conquista española”. *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XXXII (1995), 41-84.

Kagan, Richard L. *Imágenes urbanas del mundo hispánico: 1493-1780*. Madrid: El Viso, 1998.

Kuethe, Allan J. *Reforma militar y sociedad en la nueva Granada, 1773-1808*. Bogotá: Banco de la República, 1993.

Langebaek, Carl Henrik. “Reconstrucciones demográficas de la población indígena de Colombia antes y después de la Conquista española”. En *La economía colonial de la Nueva Granada*, eds. Adolfo Meisel Roca y María Teresa Ramírez G., 21-61. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, Banco de la República, 2015.

Leonard, Irving A. *Los libros del conquistador*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1953.

Lockhart, James. *Los de Cajamarca. Un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*, dos tomos. Lima: Editorial Milla Batres, 1986.

Lucena Salmoral, Manuel. “Calarcá no murió a manos de Baltasar”. En *Boletín cultural y bibliográfico*, núm. 10 (1962): 1265-1269.

Lucena Salmoral, Manuel. “Intento de deserción el fuerte de Bulira”. En *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 6, núm. 6 (1963): 833-835

Lucena Salmoral, Manuel. *Presidentes de Capa y Espada (1605-1628)*. En *Historia Extensa de Colombia*, vol. III, tomo 2, dir. coord.. Luis Martínez Delgado. Bogotá: Ediciones Lerner, 1965.

Mantecón Movellán, Tomás A. y Susana Truchuelo García, “La(s) frontera(s) exteriores e interiores de la Monarquía Hispánica: perspectivas historiográficas”. *Historia Crítica*, núm. 59 (enero-marzo, 2016): 19-39.

Maravall, José Antonio. *Estado Moderno y mentalidad social. Siglos XV a XVII*, dos tomos. Madrid: Revista de Occidente, 1972.

Maravall, José Antonio. *Teoría española del Estado en el siglo XVII*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1944.

Marchena Fernández, Juan y Ramón Romero Cabot, “El origen de la hueste y de la institución militar indianas en la Guerra de Granada”. En *Andalucía y América en el siglo XVI: actas de las II Jornadas de Andalucía y América*, vol. 1, coords. Bibiano Torres Ramírez y José J. Hernández Palomo, 91-112. España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1983.

Marchena Fernández, Juan. *Ejércitos y milicias en el mundo colonial americano*. Madrid: MAPFRE, 1992.

Marchena Fernández, Juan. *La institución militar en Cartagena de Indias en el siglo XVIII (1700-1810)*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982.

Martínez de Salinas Alonso, María Luisa. “Los intentos de pacificación de los indios pijao (Nuevo reino de Granada) a fines del siglo XVI”. *Revista de Indias*, 1989, vol. XLIX, núm. 186: 355-377.

Martínez Ruiz, Enrique. “La aportación española a la ‘revolución militar’ en los inicios de los tiempos modernos”. *Cuadernos del CEMYR*, núm. 13 (2005): 211-229.

Mejía Pavony, Germán Rodrigo. *La ciudad de los conquistadores, 1536-1604*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2012.

Mena García, Carmen. “Lo privado y lo público en la exploración y conquista del Nuevo Mundo (hasta Felipe II)”. En *De la unión de coronas al Imperio de Carlos V*, vol. II, coord. Ernest Belenguer Cebriá, 399-440. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001.

Montealegre Sánchez, Humberto. “Diego de Ospina y la guerra de los pijaos”. En *Historia comprehensiva de Neiva*, eds. Bernardo Tovar Zambrano y Reynel Salas Vargas, 157-170. Neiva: Alcaldía de Neiva, Academia Huilense de Historia, 2012.

Montoya Guzmán, Juan David y José Manuel González Jaramillo, *Indios, poblamiento y trabajo en la provincia de Antioquia, siglos XVI y XVII*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, 2010.

Montoya Guzmán, Juan David. “Las más remotas tierras del mundo: historia de la frontera del Pacífico, 1573-1687”. Tesis de doctorado en Historia de América Latina, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2014.

Murra, John. “El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas”. En *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, 59-115. Lima: Instituto de Estudios Peruano, 1975.

Páez Courvel, Luis. *Historia de las medidas agrarias antiguas*. Bogotá: Librería Voluntad, 1940.

Pardo Molero, Juan Francisco. “Defender la monarquía de Felipe II. Valores, instituciones y estrategias en la construcción de un imperio mundial”. En *Felipe II y Almazarrón: la construcción local de un Imperio*, vol. 1, editado por María Martínez Alcalde y José Javier Ruiz Ibáñez, 161-188. Murcia: Universidad de Murcia, 2014.

Parker, Geoffrey. *La Revolución Militar. Innovación militar y apogeo de Occidente, 1500-1800*. Madrid: Alianza Editorial, 2002.

Patiño, Víctor Manuel. *Recursos naturales y plantas útiles en Colombia. Aspectos históricos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

Peláez Valle, José María. “La espada ropera española en los siglos XVI y XVII”. *Gladins*, núm. 16 (1983): 147-199.

Pesez, Jean-Marie. “Historia de la cultura material”. *Clio*, núm. 179 (2010), 221-274.

Pietschmann, Horst. *El Estado y su evolución al principio de la colonización española de América*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1980.

Piñacué Achicué Juan Carlos, y Elías Sevilla Casas. *Los nasa de tierradentro y las huellas arqueológicas, primera aproximación*. Cali: CIDSE, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, 2007, URL: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cidse-univalle/20121123041231/Doc102.pdf> (consultado el 20 de junio de 2018)

Plazas de Nieto, Clemencia y Ana María Falchetti de Sáenz. “Orfebrería prehispánica de Colombia”. *Boletín Museo del Oro*, núm. 3 (1978): 1-53.

Quintero Guzmán, Miguel Wenceslao. *Linajes del Cauca grande. Fuentes para la Historia*, tres tomos. Bogotá: Ediciones Uniandes, CESO, Facultad de Ingeniería, 2006.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo. “Colombia indígena, período prehispánico”. *Nueva Historia de Colombia*, vol. 1, director científico Jaime Jaramillo Uribe, 27-68. Bogotá: Planeta, 1989.

Restrepo Canal, Carlos. “Gobierno de don Juan de Borja en el Nuevo Reino de Granada, 1605-1628”. En *Revista de Indias*, núm. 50 (octubre-diciembre 1952): 729-744.

Rodríguez Hernández, Antonio José. “Los primeros ejércitos peninsulares y su influencia en la formación del Estado Moderno durante el siglo XVII”. En *Un Estado militar: España, 1650-1820*, editado por Agustín González Enciso, 19-64. Madrid: Editorial ACTAS, 2012.

Rozo, Vidal Antonio. “La pieza del Museo (1981): Zona arqueológica Tolima”. *Boletín Museo del Oro*, núm. 12 (septiembre-diciembre 1981).

Ruano, Eloy Benito. “La historia de la vida cotidiana en la historia de la sociedad medieval”. En *La vida cotidiana en la Edad Media: VIII Semana de Estudios Medievales: Nájera, del 4 al 8 de agosto de 1997*, coord. José Ignacio de la Iglesia Duarte, 11-24. España: Instituto de Estudios Riojanos, 1998.

Ruiz Ibáñez, José Javier y Caetano Sabatini. “La construcción de la Monarquía Hispánica y el uso de la violencia: entre la conquista y la guerra civil”. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 44, *Hermenéuticas* (2010): 17-32.

Ruiz Ibáñez, José Javier. “La milicia general, la monarquía, la guerra y el individuo (Corona de Castilla, 1580-1640)”. *Panta Rei II* (1996): 43-48.



Ruiz Ibáñez, José Javier. *Las dos caras de Jano. Monarquía, ciudad e individuo: Murcia, 1588-1648*. Murcia: Servicio de Publicaciones, Universidad de Murcia, 1995.

Sánchez, Magdalena S. “A ‘Spanish’ Reason of State in the Early Modern Period”. *Mediterranean Studies*, vol. 1, Iberia & the Mediterranean (1989): 53-62.

Skinner, Quentin. *El nacimiento del Estado*. Buenos Aires: Gorla, 2003.

Suaza Español, María Angélica. “El territorio de Neiva: desde los cazadores-recolectores hasta los aguerridos pijaos”. En *Historia comprensiva de Neiva*, eds. Bernardo Tovar Zambrano y Reynel Salas Vargas, 23-67. Neiva: Alcaldía de Neiva, Academia Huilense de Historia, 2012.

Tascón, Tulio Enrique. *Historia de la conquista de Buga*. Bogotá: Editorial Minerva, 1938.

Thompson, Irving Anthony A. “Milicia, sociedad y Estado en la España moderna”. En *La guerra en la historia: décimas Jornadas de Estudios Históricos organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea*, Salustiano Moreta, Irving Anthony A. Thompson, Francisco J. Garcíadiego [et al], 115-133. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1999.

Thompson, Irving Anthony A. *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Barcelona: Crítica, 1981.

Tilly, Charles. *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Madrid: Alianza Editorial, 1992.

Tovar Pinzón, Hermes. “Las cifras y los métodos en la reconstrucción de la población colombiana”. En *La economía colonial de la Nueva Granada*, eds. Adolfo Meisel Roca y María Teresa Ramírez G., 104-143. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, Banco de la República, 2015.

Tovar Zambrano, Bernardo. “Conquista española y resistencia indígena. Las provincias de Timaná, Neiva y la Plata durante el siglo XVI”, en *Historia General del Huila*, vol. 1, director científico Bernardo Tovar Zambrano, 213-326. Neiva: Instituto Huilense de Historia, 1996.

Triana Antorveza, Adolfo. *La colonización española del Tolima, siglos XVI-XVII*. Bogotá: Funcol, 1992.

Varela, Consuelo. *Isabel la Católica y Cristóbal Colón*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006, URL: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc7m0m9> (consultado el 5 de marzo de 2018)

Weber, Max. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2012.

Weckmann, Luis. “The Middle Ages in the Conquest of America”, *Speculum*, vol. 26, núm. 1 (enero 1951): 130-141.

Weckmann, Luis. *La herencia medieval de México*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, Colegio de México, 1984,

White, Richard. *The middle ground. Indians, empires and republic in the Great Lakes region, 1650-1815*. New York: Cambridge University Press, 2011.

Zavala, Silvio A. *Las instituciones jurídicas en la Conquista de América*. México: Editorial Porrúa, 1971.

Zuluaga, Francisco. “Por la montaña del Quindío. El camino real de Santafé hasta Quito, por la montaña del Quindío”. En *Caminos Reales de Colombia*, directores del proyecto Pilar Moreno de Ángel y Jorge Orlando Melo, 157-179. Bogotá: Fondo FEN Colombia, 1995.